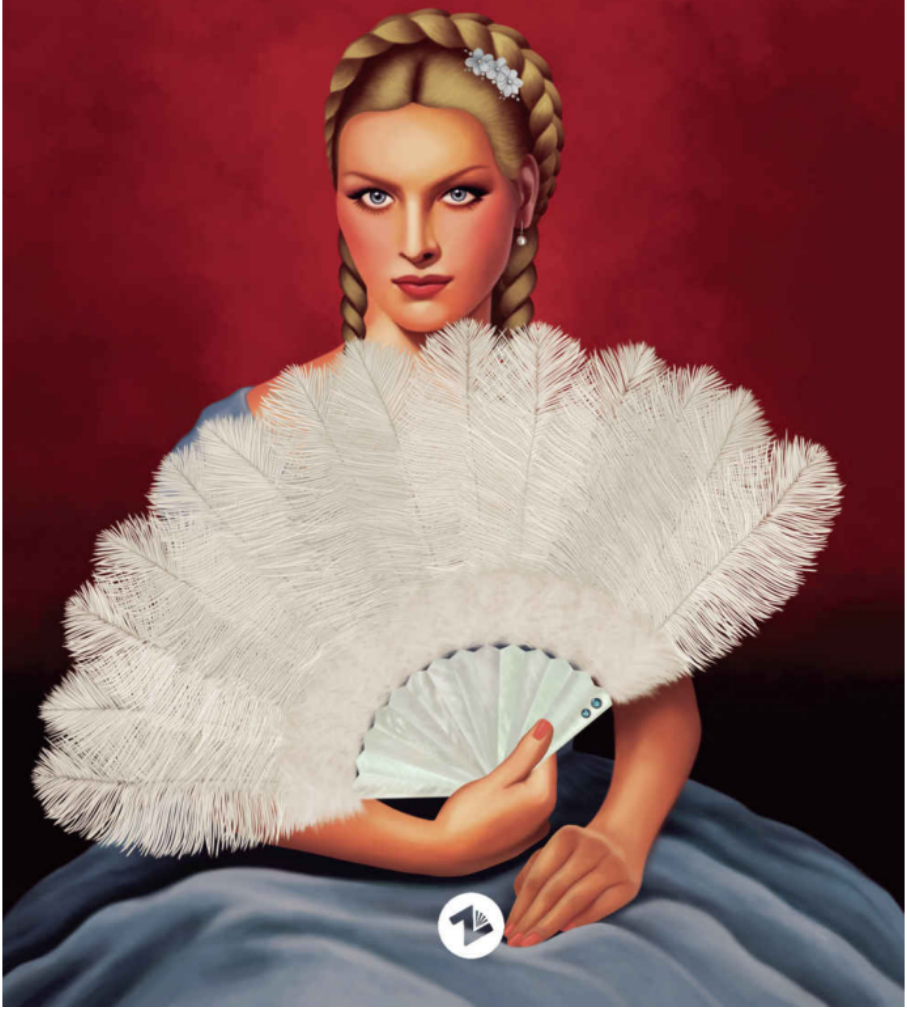
EL ABANICO DE PLUMAS

Clotilde Sánchez



EL ABANICO DE PLUMAS

CLOTILDE SÁNCHEZ

Título original: El abanico de plumas

Autora : © Clotilde Sánchez Muñoz

Ilustración de cubierta : © Laura S. López (@balita_xx)

Diseño de cubierta : © Uzanza Editorial

Maquetación de interior: © Raquel Castillejo López

Edición : © Uzanza Editorial

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, su incorporación a un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición : febrero de 2022

© Uzanza Editorial

ISBN : 978-84-126250-2-8

Depósito Legal : LG G 00048-2023

www.uzanzaeditorial.com

Impreso en España

Imprenta **:** Liberis S.L.

C/ Camino Empedrado, N.º 33, Parque Empresarial Parque Plata, 41900 Camas, Sevilla

A mi hermana Toñi, allá donde esté. Siempre ha sido fuente de inspiración para mí su dulzura y su belleza

A María Teresa Müller, cuyo epitafio descubrí una mañana mientras paseaba por un camposanto.

No hay nada como un sueño para crear el futuro.

Víctor Hugo

PRIMERA PARTE

Las ermitas de Córdoba (Principios del Siglo XX)

Me siento hastiado de la vida y de los hombres. Qué dura y larga es la vida para quien hace tiempo no quiere vivirla…

Nunca he sido de santos ni de darme golpes de pecho, pero pienso que quitarse la vida es de cobardes y yo me debo un *rispeto. No me ahínco en la postura* , pero la vida es la vida y deber ser *rispetada* . *Asín* que aguantaré mi vela, hasta que el viento la apague y ciegue mi vida entera. Igual que *mancarrón mañero* , caballo viejo que ya no puede *galopiar* , voy al tranco, mejor al trote, porque todo ha de llegar. Me gusta hablar medio en verso porque siempre fui cantor, con mi poncho y mi guitarra, este gaucho que les habla de siempre le cantó al sol.

Parece que fue hace un siglo cuando *galopiaba* con mi *zaino* por las llanuras de la Pampa.

Qué feliz era *jineteando* veloz, mientras el viento me azotaba la cara y el sol curtía mi piel. Mi techo eran las estrellas, mi mejor amigo mi caballo. Era temido y *rispetado* por todos, mi *fierro el más afilao.* No aguantaba ni pulgas ni *zonceras de naide.*

Cómo disfrutaba aquellas tardes cuando bajaba al pueblo a retozar con las mozas y beber hasta perder la vergüenza, que era bien poca. En todas las *pulperías* era yo conocido. Los forasteros se arremolinaban alrededor de la gauchada. Apostaban la plata para ver quién de nosotros era capaz de aguantar más, con decencia, los litros y litros de ginebra que a buen precio nos llegaba desde Holanda. Empapábamos nuestras gargantas secas durante toda la noche, mientras un *payador* improvisaba y nos entretenía con sus canciones de amor y muerte. Todos teníamos *esperencia* en el beber. Pero ya de amanecida salíamos ebrios como *peludos sancochaos.*

Las mujeres lidiaban entre ellas para ver quién gozaba de mis abrazos cada noche. En verdad que yo de mozo era alto y bien *formao,* no como ahora, que parece que mermo por días. Contaba también con anchas espaldas, brazos fuertes y manos grandes que me permitían el buen uso del lazo trenzado en las domadas. Ahora, sin embargo, mi espalda anda algo encorvada y mis manos temblorosas.

Mi mayor atractivo según el *hembraje* eran mis ojos, negros como la noche, atrevidos y desvergonzados. Hasta la fecha, siempre llevé barba: antaño oscura y recortada, ahora blanca y luenga.

Así que, como pueden imaginar, con este porte *entonao* , nunca me faltó una *china* que me diese calor. Yo me dejaba querer, pero si les soy sincero, yo querer, quería bien poco. Las mujeres sabían que mi alma era libre y salvaje, así que mi *concencia* estaba tranquila. No engañaba a nadie. Por más de una mozuela *gatié las ramas,* pero ninguna gata acabó cazando al ratón. Siendo un mocoso barbilampiño ya estaba aleccionado sobre mujeres, caballos, ganado y peleas. Pero no fue hasta bien *pa'lante* que no descubrí el amor.

No conocí a mi padre y mi madre murió bien joven. Si cierro los ojos aún puedo oír su voz.

— Morado, *carne de paloma* .

A mi mente llega un recuerdo. Tal vez de los pocos que conservo de ella en la memoria. Teresita me da un buen tirón de orejas porque he perdido el *calamaco* , el pequeño poncho que ella misma tejió para mí con sus propias manos. He estado pescando en el río hasta la caída de la tarde. Vengo aterido de frío y estoy ansioso por calentarme en la lumbre.

—¡Pero m'hijo, si vienes morado como carne de paloma! —Me regaña agarrándome de la oreja— . ¿Cuándo vas a echar cabeza y vas a dejar de ser un *bagual* ? El caballo salvaje también debe ser domado.

Yo tenía solo seis años cuando ella murió. La recuerdo guapa, morena, de cabello lacio que recogía en una gruesa trenza. Está tan grabada en mi mente la última vez que la vi, que parece que hubiese sido ayer.

Aquella mañana, como otras muchas, mi madre se dirigió al río a lavar la ropa. Pero esa vez fue distinta. Nunca más volvió. El torrente se la llevó. Hubo murmuraciones de todo tipo: que si podía haber sufrido un mareo, que si alguien pudo haberla empujado… La que más fuerza adquirió entre los vecinos y la que más daño nos hizo a mi abuelo y a mí fue la de que Teresita se había arrojado por voluntad propia a la corriente, siendo una muerte segura porque no sabía

nadar.

Todo el pueblo llegó a la misma conclusión. Desde que el cordobés, mi padre, había pasado por su vida, ella nunca había vuelto a ser la muchacha alegre y risueña de antes. Según decían, yo no lo recuerdo, se había vuelto triste, taciturna y callada. Ni mi abuelo ni yo quisimos dar credibilidad a la opción del suicidio, habría sido demasiado doloroso para nosotros. Fue así como Celestino se convirtió en mi única familia.

—¡ *Güelo, g üelo !* ¡Cuénteme de nuevo cómo se llamaban mis antepasados indios y qué significan sus nombres!

Cómo me gustaba cuando era muchacho ir a dormir con él, al raso, cerca del río. Solos los dos, cantando al son del *koolo* , una especie de violín hecho con costilla de guanaco y cerdas tensadas de caballo, Celestino había aprendido a construirlo durante el tiempo que vivió con los indios.

Y mi abuelo, con una paciencia infinita, volvía a contarme de nuevo la historia de mis ancestros, tal y como lo había hecho antes decenas de veces. La atrayente vida de mi bisabuela Margarita, capturada por los indios tehuelches y bautizada como Mailén, que en mapuche significa preciosa, me atrapaba como en un sueño.

En esos lejanos recuerdos también veo mi casa. No era más que un modesto rancho hecho de adobe y *quincho* , el tejido de juncos que nos servía como techumbre. Tenía una sola habitación y piso de tierra apisonada. Un lugar humilde pero al que yo siempre le tuve *querencia* . Mi madre Teresita casi todos los días asaba carne de vaca a la *cancana.* Mi plato favorito. Atravesaba la res cortada en forma de tiras en una rama hincada en la tierra. Jamás he vuelto a probar un manjar tan exquisito como aquel. Mientras, mi abuelo Celestino me enseñaba a sacar brillo a las *lloronas* , aquellas espuelas de rodajas grandes, que tanto me fascinaban.

El único recuerdo material que me queda de él son mis *boleadoras* . Regalo de Celestino que hizo de padre, de abuelo y de amigo tras la muerte de mi madre.

Ahora me parece mentira, después de casi cuarenta años vividos en esta España singular, puesto que llegué acá por el año 1878, que todavía vengan a mi mente recuerdos tan nítidos y aquellos vocablos que, en su día, aprendí en mi tierra patria. Tantas aventuras y desventuras pasadas en esta Andalucía que me adoptó y mi cultura materna se niega a dejarme. Después de tantos años en esta bendita tierra donde conocí el amor más grande y puro, sigo teniendo el

acento de Río de la Plata, eso sí, mezclado con un sonoro deje andaluz que a nadie resulta indiferente.

Pero … *¡Ah, m'hijo!* Disculpen mi falta de cortesía. Tanta escritura y tanto verso y aún no me he presentado. Mi nombre en Argentina fue Alonso Venegas Rodríguez. Aunque aquí, en Córdoba, mi ciudad adoptiva, todo el mundo me conoce como *El Gaucho.*

Las ermitas de Córdoba (Principios del Siglo XX)

A Alonso le gustaba recordar las andanzas vividas con su abuelo, como la primera vez que durmieron juntos bajo las estrellas. Él, por aquel entonces, era solo un adolescente imberbe. Corría el mes de febrero en la Pampa argentina. Ese año se había presentado un verano realmente sofocante. Soplaba el viento del norte, cálido y húmedo, que traía días tórridos durante el estío. Normalmente, con los primeros calores, tenían lugar violentas tormentas, a veces acompañadas de vientos huracanados y fuertes aguaceros. Pero esa noche habían tenido suerte, el cielo estaba totalmente raso. Alonso cumplía doce años. Él y Celestino habían decidido que esa noche, a la que seguirían otras muchas en su vida, dormirían a la intemperie a orillas del río Areco. Desde que era solo un niño le había encantado galopar junto con su abuelo por la extensa llanura, con el viento golpeando sus rostros y gritando el alarido de guerra de los indios tehuelches, de cuya raza descendían.

Bajaron la cañada y se dispusieron a acampar cerca del agua.

Le encantaba pasar la noche al relente, con su abuelo , mientras este le iba desgranando historias de sus antepasados.

Celestino seguía recordando muchas de las enseñanzas aprendidas durante su convivencia con los salvajes. Él era un mestizo, pero su sangre india predominaba, tanto en su forma de ser como en su característica fisonomía. El viejo era de complexión fuerte y bastante alto. Su mirada, directa, con aquellos ojos oscuros y pequeños. Recordaban también a sus antepasados la nariz ancha entre unos pómulos sobresalientes y los labios gruesos. De su etapa vivida con los tehuelches, cuyo significado es hombre bravío, le quedaba la destreza en la doma de caballos y su pericia en el lanzamiento de las boleadoras. Alonso no conocía a ningún jinete más diestro ni con mejor puntería para lanzar las bolas que su abuelo. Celestino había transmitido todas sus enseñanzas al chaval, pero este sabía que, por

muy bueno que fuese, jamás conseguiría la inigualable perfección de su maestro.

Las bolas o boleadoras eran una herramienta muy usada y útil para un gaucho. Servían tanto de arma de caza como de defensa. Consistía en dos o tres bolas de piedra, pulidas y forradas de cuero. Estaban unidas entre sí por cuerdas o tientos con un cabo común. Para los tientos se utilizaba el cuero del guanaco, una especie de llama autóctona, así como el tendón de la pata del ñandú, el avestruz americano.

Descabalgaron y ataron sus baguales a un hermoso caldén, el árbol leguminoso oriundo de aquellas tierras, cuyo fruto es utilizado para dar de comer al ganado. Hicieron una pequeña fogata para preparar la cena y se dispusieron a asar el matambre, que era una buena pieza de carne. La habían sacado de entre el cuero y el costillar de una vaca que habían carneado esa misma mañana. Después de tan suculento banquete y unos tragos de aguardiente, ambos se recostaron sobre unas mantas de lana ya viejas de tanto usarlas. Apoyaron la cabeza sobre la silla de su montura y se quedaron en silencio, extasiados, contemplando aquel cielo majestuoso y plagado de estrellas, como si fuese la primera vez que lo admiraban.

—Abuelo, cuénteme cómo la bisabuela Margarita fue a vivir con los indios —Alonso apoyó el codo sobre la manta y, volviendo su cara hacia Celestino, se dispuso a escuchar atento la historia que, no por muchas veces oída, perdía ni un ápice de su interés.

Aquellos momentos eran mágicos para el chaval. Los recordaría a menudo a lo largo de su azarosa vida.

Celestino, con voz grave y profunda igual que la de su nieto, comenzó a narrar lentamente la aventura de su madre Margarita.

—Pues *m'hijo* . Mi mamá, como ya sabes, vivía con su familia en una aldea cerca de Santa Cruz, muy lejos de aquí. Una noche de madrugada, mientras todos en el pueblo dormían, sufrieron un feroz ataque por parte de *los malones.*

Malón, le explicó a su nieto, era una táctica militar, muy utilizada por los pueblos indígenas de América. Los guerreros indios perpetraban un ataque sorpresivo y breve a caballo. Atacaban aldeas, fuertes o estancias. Robaban caballos, ganado y capturaban prisioneros, sobre todo mujeres y niños. El éxito en la contienda estaba en la rápida retirada.

—Esa noche asesinaron a decenas de personas e incendiaron el pueblo casi por completo —prosiguió el abuelo—. Entre otras

mujeres, capturaron a mi madre, tu bisabuela. Contaba solo catorce años de edad. Los primeros meses los pasó muerta de miedo, no quería comer y casi no dormía por pánico a que la matasen durante la noche. Pero poco a poco se fue adaptando a aquella forma de vida nómada. Las mujeres mayores la hacían trabajar como si fuese una esclava. La obligaban a ir a buscar leña, agua, cocinar, preparar cueros… hasta aprendió a montar y desmontar el *kau.* Yo, de niño, también aprendí a hacerlo. Aunque a mi padre no le gustaba que lo hiciese, decía que era un trabajo de mujeres.

—Yo también sé cómo se hace, abuelo —decía Alonso orgulloso de sí mismo, y repetía como un loro lo escuchado desde que tenía uso de razón de boca de Celestino—. Deben hincarse varias varas de madera en el suelo, a una distancia de dos metros unas de otras, en dos hileras, de la más alta a la más baja, y hay que colocar la más baja en la parte que azota el viento. Sobre el armazón se tienden unos cueros cosidos y se forma el *toldo* . ¿A que es así? —El muchacho se quedó pensativo—. ¿Eran todas iguales o la del jefe era la más grande?

—Pues recuerdo que había algunos *toldos* en los que vivían hasta dos familias enteras, podían contener hasta doce personas —El abuelo cogió un ascua de la fogata y encendió un cigarro—. Todos dormían en el fondo de la tienda, menos las mujeres solteras, que tenían que dormir al lado del fuego. Creo que para tenerlas a la vista y que no tuviesen malos pensamientos —Guiñó un ojo al muchacho.

Celestino estaba muy orgulloso de su nieto. Era muy similar a él en muchos aspectos. Pero no en el físico, evidentemente. Había sacado parecido a su padre, el maldito español que robó el corazón de su hija Teresita y luego la abandonó. Alonso había heredado de su progenitor su pelo rizado, sus ojos grandes y negros, su nariz fina y recta, su cuerpo bien formado… La pena, para el abuelo, es que la sangre del muchacho estaba mezclada con aquel malnacido. Cordobés, pero no de la Córdoba de Argentina, sino de mucho más allá. Originario de España, al otro lado del mar. Un mar que, por cierto, ni él ni su nieto habían visto jamás. Pero el muchacho, aunque criollo, conservaba mucho de su estirpe india. Era solo un adolescente, pero ya presumía de ser un experto jinete. Lanzaba las bolas con una precisión increíble y trabajaba el cuero como pocos. Él mismo se había fabricado las botas que calzaba y lucía con orgullo. Eran botas de potro, de una sola pieza y sin suela, cortadas de la articulación de la pata trasera de un caballo cimarrón.

—¿Usted cree que la bisabuela Margarita se enamoró en realidad del indio? —Mientras esperaba la respuesta le pasó al abuelo el bernegal de arcilla con el mate amargo.

—¡Por supuesto! —replicó Celestino ofendido—. Yo nací fruto del amor de esa pareja. Mi padre fue el gran guerrero Taihel, cuyo nombre significa hombre libre, y mi abuelo era el cacique Caupolicán, que quiere decir pedernal azul. Mi madre, aunque al principio estuvo algo asustada y confusa, con el tiempo se enamoró profundamente de mi padre. Acabó admirándolo y amándolo por su valentía y lealtad. Jamás volvió a estar con ningún otro hombre después de su muerte.

—A mí el nombre que más me gusta es el suyo, abuelo. No el cristiano, Celestino, sino el indio, Quillén —dijo el muchacho henchido como un pavo.

El viejo sonrió. Él también prefería su nombre mapuche.

—Quillén quiere decir hermoso —explicó el abuelo—. Lástima que cuando contaba doce años de edad toda mi vida se fuera al carajo —Bebió un sorbo de mate y *prendió un negro* —. Hubo un ataque sorpresa por parte del ejército. Actuaron con la misma táctica malona que habían aprendido de los indios. De noche y por sorpresa. Hubo una batalla terrible, mataron a mi padre, a mis tíos y a mis abuelos. El capitán Luis Moreno, responsable de la expedición, se encontró a mi madre acurrucada junto a mí en el fondo del kau. Le extrañó ver a una mujer blanca, joven y asustada, abrazada a un chico mestizo. Supuso que había sido raptada y violada por los indios. El militar dio orden inmediata de que nos protegieran y nos dieran un caballo. Nos alejamos para siempre de aquella tierra donde habíamos sido tan felices y de una forma de vida con la que éramos completamente libres.

»Estuvimos cabalgando varios días hasta llegar a un fuerte que la Real Compañía de Carlos IV había construido en Puerto Deseado. Era utilizado para la extracción de aceites de lobos marinos y ballenas. Es allí donde fui bautizado cristianamente y empecé a llevar los apellidos de mi madre. Ella trabajaba como cocinera al servicio del capitán hasta que el fuerte dejó de ser rentable y lo clausuraron. La señora del oficial sintió lástima de nosotros y, cuando la familia se trasladó a San Antonio de Areco, de donde procedían, nos llevaron con ellos.

»Yo en realidad nunca fui aceptado por los *huincas* , los hombres blancos. Me veían como a un pequeño salvaje. Apenas tuve amigos de mi edad. Así que, cuando cumplí dieciséis años y mi madre murió, decidí construir mi propia casa y me vine a vivir al campo. Conocí a tu abuela Carmencita y formé mi propia familia. La pobrecita se me murió joven, lo mismo que tu madre, Dios las guarde en su seno.

—Cuando madre murió, usted debió quedar muy solo.

El abuelo carraspeó varias veces para que el muchacho no notase que se le quebraba la voz. Le resultaba muy duro todavía aceptar la muerte de su única hija.

—Sí, *m'hijo* . Menos mal que me quedaste tú. Es lo único que tengo que agradecer al demonio de tu padre. Tuve que cambiar mis hábitos de gaucho loco para cuidar de un mocoso que se pasaba el día agarrado a mis *bombachas* . Se me acabó el andar por ahí de noche, buscando *hembraje* que me diese calor. Se terminó el *apedarme* de día y de noche con ginebra barata, y gastarme la plata en peleas de gallos. Todo lo hice por ti, todo fue *pal'mozo* —Le revolvió cariñosamente el cabello ensortijado—. Pero bien contento me tienes… ¿Y tú, ¿piensas en tu madre?

—Sí, algunas veces. Tengo en mi memoria un recuerdo claro de ella, del último día que la vi, con su camisa blanca y sus trenzas negras. Llevaba la cesta de ropa sucia apoyada en la cadera para ir a lavar al río. ¡Qué guapa era!, ¿verdad, *güelo* ? Me dio un beso en la frente y me alborotó el pelo, como usted ha hecho ahora *mesmo.*

Los ojos del muchacho brillaban a la luz de la lumbre. Volvió el rostro para evitar que su abuelo lo viese llorar y pensara que era débil. ¿Sería verdad lo que decían las habladurías de que su madre se había quitado la vida por amor?

En una ocasión, hacía unos años, Alonso había preguntado al abuelo por su padre, pero Celestino se había encocorado tanto, que el muchacho no osó preguntarle nunca más sobre el asunto.

El anciano había jurado que, si tenía la oportunidad de volver a echárselo en cara, le rebanaría el pescuezo al padre del pequeño con su facón de cincuenta centímetros. Aunque se convirtiese en un gaucho matrero perseguido por la justicia.

Así que Alonso se había criado sin más familia que su abuelo y sin siquiera saber el nombre del gringo que lo había engendrado. Nunca se hablaba de ello, era un tema tabú. Lo único que conservaba de su padre era un camafeo grabado en plata que había pertenecido a su madre. En su interior se ocultaba un pequeño retrato. Su padre se lo había regalado a Teresa y esta lo había guardado durante años con un celo casi místico.

Su abuelo no tenía ningún aprecio por el cordobés. Según decía, había actuado con cucañas *,* con mala fe, aprovechándose de su hija. El viejo siempre había *maliciado* que tarde o temprano la abandonaría. Para Celestino el extranjero era peor que *el malo,* el mismísimo diablo hecho persona. Nunca había sido de su agrado. Era

garifo, eso había que reconocérselo, apuesto y galán. Pero enredó a su hija con sus zalamerías hasta hacerla perder la cabeza. Cuando se enteró de que estaba embarazada, eludió sus responsabilidades y se largó .Como excusa le explicó a la enamorada muchacha que debía ultimar unos negocios en Buenos Aires, asegurándole, eso sí, que volvería en breve. Con esa promesa, pensaba el abuelo, no había hecho más que acentuar el dolor de Teresa, porque nunca más se supo de él.

A pesar de todos los argumentos que blandía Celestino en contra de su yerno, cuando Alonso miraba aquel pequeño retrato que colgaba de su cuello, no podía evitar sentir una curiosidad inmensa. Quería saber más sobre aquel hombre moreno, de hermosos ojos oscuros que tanto se le asemejaba. Deseaba conocer más de aquella España lejana de donde él procedía. Necesitaba entender qué había empujado a aquel andaluz a abandonar a la mujer que llevaba su hijo en las entrañas. No podía ni quería admitir que fuese verdad todo lo que el abuelo contaba. Y así fue creciendo junto a Celestino, dejando atrás una infancia feliz y sosegada… y pensando, en lo más profundo de su ser, que lo único que veía en la mirada de aquel hombre al que nunca conoció era una inmensa bondad.

Selva Negra, Alemania, segunda mitad del siglo XIX

—¡Vamos, Elisabeth Therese! Si no te das prisa, arrancaré tu bonita y larga trenza rubia y la usaré como escoba para barrer el suelo. —Frederika empujaba a su hermana, que a duras penas podía avanzar por la nieve con sus viejas raquetas.

El camino serpenteaba sinuoso por el interior del profundo bosque. Abundaban los helechos, dedaleras, musgo y altos abetos, todo se encontraba cubierto de espesa nieve. Pronto llegaría la noche. Entre la espesura de los árboles, la imaginación hacía ver extrañas sombras siniestras. Los romanos habían bautizado aquella zona germánica como La Selva Negra. El bosque era tan frondoso que los rayos del sol apenas podían traspasar el follaje para iluminar los numerosos senderos que se dispersaban por él. El paisaje era típicamente

navideño. Las ramas de los abetos plateados se doblaban bajo al peso de la nieve que se acumulada sobre ellas. Una ardilla roja sacó la cabeza de su segura madriguera en el tronco de un árbol, pero pareció arrepentirse y regresó al calor de su pequeño refugio. El cielo, de un rojo fuego resplandeciente, predecía que, en breve, las sombras se adueñarían del bosque y el tenue sol de enero partiría a dormitar durante unas horas detrás de las montañas.

Aún les quedaba un buen trecho para llegar a casa.

—¡Vamos, vamos, date prisa! —Volvió a insistir Frederika a su hermana pequeña—. No tengo ganas de oír a tu madre sermonearnos por la tardanza.

A la muchacha no le apetecía en absoluto tener que dar explicaciones a Henrietta, la madre de Elisabeth, la segunda esposa de su padre. Tendría que mentirle. No podía contarle que se les había hecho tarde porque ella había estado coqueteando durante un buen rato con el señor Hoffman.

Karl Hoffman era el pastor de la iglesia evangélica. Se ocupaba de las almas que conformaban la comunidad en el valle. Era un hombre alto y delgado, de mediana edad, de fino cabello y barba rojos. Algo desgarbado y con unos brazos demasiados largos con los que parecía no saber qué hacer. Un hombre tímido que perdía todo vestigio de fragilidad en el pulpito de su iglesia; se transfiguraba en un Sansón, un Hércules o un Atila cuando lanzaba sus estudiados sermones a los piadosos feligreses. Adquiría tal fuerza y seguridad en sí mismo que encandilaba a todos sus oyentes con su poderosa imagen y su abundante verborrea. Fue en uno de aquellos sermones donde Frederika se enamoró apasionadamente de él. El hecho de estar casado no había supuesto impedimento alguno para que ella se hubiese lanzado, sin ningún atisbo de remordimiento, a su conquista. El pastor, en un principio, no había reparado en la joven que lo miraba arrobada desde el primer banco de la iglesia, lo que hizo que la pasión de Frederika hacia él se enardeciera aún más. Siempre le habían gustado los retos.

La muchacha no era guapa, ni siquiera resultaba atractiva. Tal vez, el hecho de ser demasiado alta y delgada le quitaba atractivo para los hombres, que las preferían más voluptuosas y de caderas anchas. Aunque es cierto que precisamente esa esbeltez le imprimía un aspecto elegante y distinguido. Sus facciones no estaban carentes de toda armonía o belleza, pero su rostro cuadrado, de marcada mandíbula, daba al conjunto un aspecto de dureza poco agraciado en una mujer. Sus ojos grandes, color avellana, parecían no querer

perderse nada de lo que ocurría a su alrededor. Su abundante pelo castaño, recogido en una trenza y enrollado en su nuca, la hacía parecer mayor de sus veintitrés años. La nariz algo afilada y su boca grande de labios carnosos, que se resistían a sonreír con frecuencia, daban un aspecto de frialdad y severidad a su rostro. Su fisonomía concordaba con su enérgica personalidad. Era fuerte, astuta, manipuladora, egocéntrica y mentirosa. Si se proponía algo, nada ni nadie le impedía conseguir su objetivo.

El último hito que se había propuesto no había sido otro que seducir a Hoffman, y lo había conseguido. Era su amante desde hacía unos meses. De manera sagaz, encubierta por una afable amabilidad, se había ofrecido para acompañar al pastor por el valle. Visitaban, durante dos mañanas a la semana, las numerosas granjas esparcidas por toda la zona con el fin de conocer personalmente a sus feligreses y las necesidades de la comunidad. El hombre, religioso y temeroso de Dios, se blindó en un principio ante aquellas claras insinuaciones y zalamerías de Frederika, pero con una esposa enferma desde hacía años, con la que el sexo era totalmente inexistente, había sucumbido, muy a su pesar, a las hábiles artimañas de la joven. Bien predicaba él mismo que la carne era débil.

Comenzaba a haber rumores de la extraña pareja a la que se podía ver casi todos los días en el destartalado carro del pastor haciendo visitas a sus convecinos. Las habladurías habían llegado a oídos de la propia Frederika, pero le traían sin cuidado. Se defendía diciendo que ella era una mujer libre y podía hacer de su capa un sayo si le venía en gana.

—No puedo más, Frederika —Elisabeth Therese, extenuada se dejó caer sobre una roca tras despejarla de nieve minuciosamente con su mano enguantada—. ¿Por qué no descansamos un poco? ¡Estoy agotada!

—Ni hablar. Pronto se hará de noche y tu madre se enfadará. Nos castigará a las dos —Recordó la dulce cara de su madrastra, que guardaba gran parecido con su hija Elisabeth, y un sentimiento de odio se apoderó de ella.

Jamás había consentido llamarla madre, como su padre hubiese deseado, a pesar de que llevaba viviendo con ella más tiempo que con la mujer que le había dado la vida. Henrietta había usurpado el lugar de su *mutter* cuando esta murió, y jamás se lo perdonaría. Su padre, Otto Müller, se volvió a casar a los dos años de haber quedado viudo, cuando Frederika contaba cuatro años de edad. Los hombres solo parecían pensar con lo que llevaban escondido en su bragueta. ¿Qué

necesidad tenía de buscar otra mujer? Si hubiese esperado unos años, ella misma se hubiese encargado de las tareas domésticas y de cuidarlo. Pero claro, él necesitaba calentar su cama, y tuvo que elegir, para más fastidio, a esa forastera venida de España. Una mujer extraña, hija de alemanes pero nacida y criada en una tierra lejana, con costumbres totalmente diferentes a las de la región.

—Quiero descansar un rato —Elisabeth insistió convencida de que ablandaría el duro corazón de su hermana—. Además, yo no tengo la culpa de que te hayas entretenido hablando con el señor Hoffman.

—¡Cállate! —Se volvió airada, Frederika—. No se te ocurra decir ni una palabra de esto a tu madre o dejaré de hablarte el resto de mi vida.

Elisabeth Therese guardó silencio. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Ella quería muchísimo a su hermana mayor. Aunque el amor fraternal jamás había sido recíproco, ella se negaba a admitirlo.

Frederika se había sentido completamente desplazada cuando Elisabeth Therese nació. Hasta entonces ella siempre había sido el centro de atención de su padre. Pero todo cambió cuando aquella niña de pelo dorado como el trigo y grandes ojos azules se introdujo en sus vidas. Otto pareció volverse bobo con aquella niña regordeta que le sonreía ante cualquier carantoña y lo miraba fascinada con sus bellos ojos. Le había robado el cariño de su padre y ella la odiaba por ello. La detestaba por su cara de ángel, su amabilidad, su ternura y su comprensión para con todo el mundo. Aunque Frederika era lo suficientemente astuta como para no dejarlo entrever abiertamente ante los demás.

Ahora, las tres mujeres vivían solas en la granja. Otto había muerto hacía un año escaso. El hombre, además del cuidado de la granja, había sido de profesión balsero, una de las profesiones más peligrosas y duras que existían en el lugar. Los grandes árboles de la selva negra eran transportados hasta los puertos fluviales de Holanda en forma de balsas por el rio Kinzig, pasando por el rio Rin. El oficio era de alto riesgo, pero su padre era un avezado balsero, gran nadador y un hombre prudente. Por eso nadie pudo explicar qué le pasó aquel día cuando, en uno de los rápidos del río, perdió el equilibrio y cayó al agua, quedando a merced de la corriente, sin que ningún compañero pudiese socorrerle. Su cuerpo jamás fue encontrado. Henrietta lo había llorado hasta quedar sin lágrimas. Aún no se hacía a la idea de no volver a verlo nunca más. Desde su ausencia, la granja estaba descuidada. Ella hacía lo que podía, pero su asma se había agravado y cualquier tarea que realizase la dejaba

extenuada. Para colmo, su madrastra la trataba con mucha más inquina que cuando su marido vivía, lo que le provocaba un gran desasosiego y malestar. Era evidente que, desde pequeña, su hijastra había dejado claro que no la aceptaba, a pesar de todos sus esfuerzos y desvelos por ganarse su cariño. Con el tiempo se había resignado y había dado por perdida la batalla con Frederika.

La mujer, ahora viuda y sola, añoraba con toda su alma la tierra que la vio nacer: Andalucía, su sol, el aroma de sus calles, el olor a especias, a flores, la gracia de sus gentes, la luz entrando a raudales por las ventanas, el frescor de los patios regados en verano… Anhelaba dormitar la siesta a la sombra de una parra mientras oía el griterío de la gente en una plazuela pregonando sus mercancías. Cerraba los ojos y podía ver a los muchachos arremolinados en las puertas de las tabernas, tocando la guitarra, y a las gitanas bailando en las callejas de la judería por unas monedas y echando la buenaventura.

Era cierto que llevaba en sus venas sangre alemana, la de sus padres, pero su alma era cordobesa. Mientras hacía las tareas de la casa, se la escuchaba canturrear coplas de amor y celos con una entonación casi perfecta, con ese *quejío* lastimero y doliente que a ella tanto le gustaba. Desde que las niñas eran pequeñas, Henrietta se había preocupado por enseñarles el castellano. Su marido no había puesto ningún impedimento. Así que, varias horas al día, practicaba con las muchachas y así no olvidaba su lengua nativa. Frederika, aunque sabía hablarlo perfectamente, así como leerlo y escribirlo, se negaba a participar en las tertulias vespertinas. Por lo tanto, era con Elisabeth Therese con la que pasaba las veladas conversando en castellano mientras cosían en el banco de la sala de estar, bajo la ventana. Su hija hablaba un castellano muy peculiar, con un divertido acento andaluz mezclado con la áspera entonación alemana.

Henrietta siempre se había sentido como en tierra de nadie. En Córdoba era la hija de los alemanes y desentonaba por su piel blanca, sus grandes ojos azules y su pelo dorado; en Alemania era *la española* , con una fisonomía típicamente germana, pero a la que le costaba emular el acento alemán.

Sus padres habían dejado Alemania y se habían marchado a España cuando eran muy jóvenes huyendo del hambre y la pobreza. Eran muchos los alemanes de la comarca que, desde hacía años, habían decidido emigrar a este país para buscar una mejor forma de vida.

Hacia finales del siglo XVIII, Carlos III había fundado las llamadas

Nuevas Poblaciones. Con esta iniciativa se pretendía desarrollar una zona despoblada que era nido de bandoleros y maleantes y así aumentar la seguridad de los caminos que iban hacia Madrid. Para poder residir en alguno de aquellos pueblos había que cumplir ciertas condiciones: ser jóvenes, católicos y conocer las labores del campo. A los candidatos se les proporcionaba casa y tierras que labrar, protegidos por un fuero especial concedido por el rey. Entre estas poblaciones se encontraba el pueblo de La Carlota, llamado así en honor al rey.

Las malas cosechas de los últimos años en Centroeuropa impulsaron a la gente a buscar otros lugares donde empezar una nueva vida. Así que, con el reclamo del rey, las tierras andaluzas se poblaron de franceses, italianos, holandeses y, sobre todo, alemanes. Esta Andalucía profunda se vio repleta, de pronto, de apellidos tales como Heffelin, Hamer, Hens, Hermán, Ots, Reifs, Rider, Wic, Petidier… como es natural, comenzaron a abundar los matrimonios mixtos, por lo que apellidos y vecinos con rasgos germanos perduran hasta nuestros días.

Una epidemia de paludismo en 1768 mermó mucho la población. Los padres de Henrietta llegaron a Andalucía más de medio siglo después, atraídos por las historias que habían oído contar a las gentes de la región. El primer destino de los padres de Henrietta no fue otro que La Carlota.

Una vez en España descubrieron que nada de lo que les habían contado tenía que ver con la cruda realidad. Aun así, vivieron unidos y felices durante años mientras trataban de adaptarse a aquel clima infernal en verano y a aquellas gentes de distinto pensamiento y forma de vida. Allí nacieron sus dos hijas y eso los ató aún más a una tierra a la que nunca llegaron a amoldarse. Cuando la madre de Henrietta enfermó, le rogó a su marido que la llevase a Alemania, quería morir allí, deseaba ver de nuevo la nieve y sentir el frío en el rostro.

Cuando sus padres comunicaron a las muchachas que habían decidido volver a su país, a su hija pequeña, Henrietta, se le cayó el mundo encima. Andaba enamoriscada de un chaval llamado Manolito, de oficio zapatero remendón. De la noche a la mañana, la muchacha tuvo que abandonar su vida en Córdoba para empezar en un país desconocido para ella. Su hermana Annika, ya casada, se quedó con su marido en España, algo que también fue muy duro para ella. No la había vuelto a ver desde que se marchó. Cuando su hermana mayor se enteró de que Henrietta se había quedado viuda, le envió varias cartas para convencerla de que volviese a Córdoba con

ella. Annika trabajaba en la ciudad para una tal doña Ramonita y su hermano don Cipriano, dos buenas personas, según le contaba en sus misivas, muy pudientes y de cierta importancia en la capital. La mujer estaba tan contenta con sus señores que de seguro les ofrecerían trabajo a su hermana y sus hijas, si se decidían a mudarse.

Henrietta se lo había planteado en varias ocasiones; al fin y al cabo, ya nada la retenía en Alemania, ni siquiera la granja le había pertenecido nunca. Sus padres la habían tenido arrendada a unos familiares de Otto. Así es como ella había conocido a su marido, que fue el intermediario en la transacción. Tras la muerte de sus padres, el arriendo había pasado al joven matrimonio. El flechazo había sido inmediato: a pesar de la timidez de ambos, Otto supo en cuanto la vio que sería su mujer. Ella nunca se arrepintió de casarse con él. Había sido un marido y un padre ejemplar y su matrimonio había sido la envidia de muchos lugareños. Es por lo único por lo que se alegraba de haber ido a vivir a Alemania, porque había conocido al mejor hombre que el destino podría haber puesto en su camino. Hasta que el río, celoso de su amor, se lo arrebató. Sentía que nunca lo superaría. Su salud se había resentido desde la muerte de su esposo, pero estaba segura de que mejoraría si se decidía a volver a Andalucía. Aquel clima andaluz, más seco y templado, era mucho más beneficioso para su asma. Tal vez para la próxima primavera decidiera marcharse con su hija. Si Frederika quería irse con ellas, sería bienvenida. Si no era así, ella sabría; por su parte, su conciencia estaba tranquila.

Henrietta se acercó a la ventana. Limpió con la palma de la mano el vaho de los cristales que le impedía ver el exterior. Pronto se haría de noche y las muchachas aún no habían regresado. Al poco las vio salir, presurosas, del sendero que llevaba al bosque y cruzar el prado que las separaba de su hogar.

Al divisar la granja, las hermanas se sintieron más seguras.

Las chicas entraron en la casa acompañadas de una fría ráfaga de viento que se instaló en todos los rincones del hogar. Dejaron los botines en la entrada y pasaron a la sala de estar. Era una estancia

acogedora, con suelos, paredes y techos de madera y muebles rústicos y fuertes. En un lateral, una enorme estufa de azulejos verdes, *Kachelofen,* desprendía un agradable calor capaz de hacer revivir a un muerto.

—¿Qué hace, madre? —Elisabeth sacudió la nieve de su capa y se despojó de sus guantes y de la gorra. La muchacha se acercó y dio un cariñoso beso a Henrietta en la mejilla.

—Estoy acabando de hacerte el *bollenhut,* para que puedas estrenarlo en la fiesta de la Epifanía —dijo en español, como era habitual a esas horas del día.

Frederika ni siquiera había saludado al entrar. Estaba entretenida poniendo a secar sus medias mojadas.

—Madre, le noto el rostro cansado —Se preocupó su hija mientras le acariciaba una mano—. ¿Se encuentra usted bien?, ¿quiere que prepare yo la cena?

—No, hija, ya está todo listo, cenamos en un *periquete* . —Cuando la mujer cuando hablaba en alemán no podía evitar que de su boca emanaran vocablos andaluces—. He hecho pastel de cebolla y acabo de hornear un enorme pan de centeno. Ven acá, querida, antes de que cenemos quiero que te pruebes el sombrero. Deseo ver cómo te queda.

La chica se colocó el elegante tocado de pompones que su madre le había confeccionado. Consistía en un bonete de paja pintado de negro con el ala blanca que cubría casi todo el cabello. Sobre él lucían catorce pompones de lana roja en forma de cruz. La tradición marcaba que las chicas solteras llevaran los pompones de color rojo, mientras que las mujeres casadas los llevaban en negro.

—¡Estás preciosa! Serás la envidia de todas las jóvenes del pueblo. —Henrietta estaba muy orgullosa de la belleza de su hija y, sobre todo, de su bondad.

—Espere, madre, voy a probarme el traje completo y así veo el efecto —El vestido nuevo lo había confeccionado ella misma bajo las directrices de su madre. Se sentía muy orgullosa de haberlo terminado con tanto esmero.

Ya en su habitación, se colocó primero las enaguas de lana roja, a las que había cosido una cinta de terciopelo negro en el dobladillo, y la falda negra de cáñamo y lana, cuyo acabado brillante le daba un aspecto de seda. Sobre la camisa blanca de mangas abullonadas y encaje de algodón que tanto le había costado confeccionar se colocó el *leibchen* , el corpiño de terciopelo negro con flores de colores que

ella misma había bordado primorosamente. Se puso con cuidado en el cuello un *goller* morado adornado con lentejuelas plateadas y rojas. Completaban todo el atuendo un delantal negro plisado, unos zapatos planos de corte ancho, los *waddies,* y unas medias blancas de liebre que había tejido su madre. «Ah ,se me olvidaba el *tschoben* ,me será muy útil para el frío», recordó. Antes de salir se puso sobre los hombros la chaqueta corta de mangas largas hecha de seda oscura y forrada con tela de lana carmesí.

Con el atuendo completo, se presentó ante su madre y giró sobre sí misma para que esta pudiera apreciarlo. Henrietta se acercó y le ajustó bien la chaquetilla. Se separó un poco para ver el resultado y sonrió muy satisfecha.

—¡Estás maravillosa! El día 6 de enero serás la chica más bonita del valle. Peinaré tu cabello haciéndote unas bonitas trenzas. Ya tengo las cuentas y cintas de colores preparadas.

—Frederika, ¿te gusta cómo queda? —Elisabeth giró de nuevo sobre sus talones para que luciese bien todo el conjunto, haciendo que el vuelo de la falda se expandiera como un globo.

Su hermana, que llevaba tiempo mirándola de reojo, reconoció, muy a su pesar, que la chica estaba preciosa. Emitió una especie de gruñido como respuesta y luego añadió escuetamente.

—No está mal.

—Bueno, ve a quitarte el traje y vamos a cenar, que es tarde —Henrietta se dispuso a montar la mesa—. Por cierto, ¿por qué os habéis retrasado tanto hoy?

Frederika miró a su hermana y, antes de que esta pudiese contestar, adelantó la respuesta.

—He estado ayudando a la señora Hoffman con unos recados. Ya sabe, está delicada de salud y me dio pena verla tan cargada.

—Has hecho bien —afirmó su madrastra—. Es misión de todo buen cristiano ayudar al prójimo.

Frederika sonrió satisfecha por su astucia. Mientras, Elisabeth se quedó asombrada, como siempre, por la facilidad con la que su hermana era capaz de construir una mentira sin siquiera pestañear.

—Pues ahora que lo mencionáis —dijo Henrietta mientras cortaba un buen trozo de pan negro—, había pensado que podríamos invitar a almorzar al señor Hoffman y a su esposa después de la misa de Epifanía. No tienen familia por la zona y creo que es un día para

pasarlo acompañado. ¿Qué os parece?

Frederika se dirigió a la alacena para coger unos platos y evitar así que las dos mujeres pudiesen ver que se había ruborizado hasta las orejas con la sola mención de su amor.

—A mí me parece una buena idea, madre. Marlene Hoffman me parece simpática y una buena mujer.

—¿Simpática? No creo que tenga nada de simpática —Frederika colocó los platos sobre la mesa y procuró parecer indiferente—. Es una sosa y tiene poca conversación. Pero, si es vuestro deseo, no seré yo quien me oponga a él.

—Entonces no se hable más —afirmó Henrietta resuelta—. Mañana mismo me acercaré al pueblo a comprar algunos artículos y me acercaré a su casa para invitarlos.

Cuando acabó de cenar, Frederika fingió tener dolor de cabeza y se retiró temprano a su habitación, dejando a madre e hija hablando sobre España y sus particulares costumbres. Compartía un pequeño dormitorio con su hermana. Era modesto y sobrio, con dos camas de madera separadas por una sencilla mesita y un pequeño crucifijo en la cabecera que velaba el sueño nocturno de las muchachas. Después de cepillarse la larga melena, se metió en la cama y se arropó con una cálida manta de lana hasta la barbilla. Estaba deseando que llegase el día seis. Podía imaginarse la escena. Le parecía morboso estar allí con Karl, sentados los dos en la misma mesa como si tal cosa, tratando de parecer indiferentes ante todos los demás cuando solo ellos sabían de su pasión incontrolada. Sería sumamente erótico rozar su mano cuando cogiera un trozo de pan o mirarse con lascivia cuando ella le sirviera un vaso de vino mientras los demás, ajenos a lo que ocurría, mantenían conversaciones insustanciales sobre el clima, los vecinos o la cosecha. Vio a Marlene Hoffman conversando con su madrastra sobre recetas con ese tono monótono y aburrido que solía utilizar cuando hablaba de cocina. Tal vez mientras, ella se atreviera a acariciar el sexo del pastor por debajo de la mesa. ¿Cuál sería su reacción? Sonrió maliciosamente en la oscuridad Y sintió un leve cosquilleo en el bajo vientre. Con tales imágenes en la cabeza, bostezó, rezó sus oraciones, más por pura superstición que por devoción, y se quedó dormida al instante.

El día de la Epifanía amaneció frío, nevado y con un cielo azul admirable, despejado de toda nube. Los rayos de sol hacían brillar la nieve como si millones de diminutos cristalitos se hubiesen esparcido por los campos.

Desde muy temprano había bullicio en la granja. Henrietta estaba acabando de asar el urogallo que serviría en la comida acompañado de jamón ahumado y verduras de la huerta que tenía en conserva. De postre había preparado una tarta de bizcocho con *kirsch,* un licor de cerezas que preparaba ella misma para todo el año.

Las chicas estaban revoltosas, colocándose sus trajes y acicalándose para el evento. Elisabeth Therese estrenaría su traje y su sombrero de pompones que imitaba a las rojas cerezas. Frederika no había querido confeccionarse nada nuevo y llevaría el mismo traje y el *bollenhut* de hacía tres años.

—Madre, ¿me cepilla el pelo y me adorna la trenza?—Elisabeth ya estaba preparada a falta del tocado.

Su madre, solícita, soltó su cabello rubio y lacio y lo cepilló pacientemente con mimo hasta desenredarlo por completo. Dividió el pelo en tres partes y lo fue entrelazando con cintas y cuentas de colores. Colocó la gorra de tul y encima el sombrero de orlas rojas. Estaba sencillamente encantadora.

Las tres mujeres, ya ataviadas para la ocasión, subieron al carro y tomaron el camino del bosque que llevaba hasta la aldea.

Llegaron a un pueblo bonito y pintoresco. Atravesaron la Puerta de la Torre, situada en la muralla de época medieval, que había servido en otros tiempos a la ciudad como defensa. Abundaban las casas de varias plantas con tejado a dos aguas, escalonadas con gablete. Algunas familias tenían sus negocios en la planta baja. Las fachadas lucían una peculiar arquitectura de entramados de madera pintada para reforzar la estructura.

En la plaza del mercado, los niños de la estrella ataviados como los Reyes Magos entonaban canciones navideñas y llamaban a las puertas

de las casas para obtener unas monedas. Con tiza bendecida pintaban en el vano de las portezuelas la inscripción 18*C+M+B+78. Esta leyenda simbólica permanecería allí dibujada hasta que la borrase la lluvia. El dieciocho y el setenta y ocho hacían referencia al año actual de la bendición: 1878. El asterisco representaba la estrella de Belén, que guiaría a los Reyes Magos hasta la puerta de la casa. Las iniciales correspondían a las palabras en latín de *Christus Mansionem Benedicat,* «Dios bendiga esta casa». Por último, las cruces intercaladas simbolizaban la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Los habitantes de estos pueblos y valles eran muy devotos, pero también tremendamente supersticiosos. Su cultura estaba poblada de leyendas, de mitos y seres extraños que vivían en los tenebrosos bosques.

Una de las historias que más gustaba oír a Elizabeth era la de «las Damas Blancas». Su padre la sentaba en su regazo cuando era pequeña y le contaba la leyenda una y otra vez hasta que la niña se quedaba dormida. La historia contaba que las Damas eran mujeres bellas y etéreas que vivían en cuevas escondidas en la profundidad de los bosques; hadas buenas y hermosas que socorrían a los viajeros perdidos y desvalidos, ayudaban a las parturientas cuando se presentaba un parto difícil y consolaban a las personas cuyas almas estaban tristes por la pena. Era imposible verlas, porque solo se mostraban ante los seres humanos nacidos en domingo o los portadores del talismán mágico, y también ante aquellos bebés afortunados que habían sido besados por una de ellas al nacer.

Algunas veces se podían convertir en seres malignos, sobre todo cuando alguien las exasperaba y enojaba, y eran capaces de congelar el corazón de quien las ofendía con solo una mirada.

Para Frederika, sin embargo, la leyenda preferida era la de Loreley.

Contaba la leyenda que una muchacha hermosísima, abandonada por su amado, se arrojó desde el acantilado de Loreley, que se encuentra en la parte alta del Rin. Esta parte del río es la más profunda y estrecha y uno de los trayectos más peligrosos del torrente. El alma de la muchacha quedó allí atrapada para la eternidad. De tal forma que la hija del Rin, llena de rencor, llevaba a los navegantes a una muerte segura atrayéndolos con su dulce canto y sus cabellos de oro.

A Frederika le encantaba contar esta historia a su hermana cuando era pequeña, sabía el miedo que le inspiraba el relato de Loreley y disfrutaba con ello. Sobre todo en las tenebrosas noches de tormenta,

de tal manera que la pobre niña, atemorizada por el cuento, pasaba la noche en vela, cubriéndose la cabeza con la manta y oyendo el canto lejano de una mujer que la llamaba por su nombre lastimosamente desde el Rin.

En la plaza se dejó oír el tañido de la campana y la gente se dirigió hacia la puerta de la pequeña iglesia. En su entrada se iban congregando todos los feligreses. Había un revuelo de sombreros con bolardos rojos y negros, según la condición civil de quien los portaba. Los vecinos se felicitaban y saludaban en ese día festivo y alegre. Algunos, debido a la cantidad de nieve caída y a las inclemencias del tiempo, llevaban meses sin verse, al quedar intransitables los caminos. Era agradable socializar y ponerse al día con las nuevas noticias acaecidas en el valle.

La pequeña capilla era modesta. Encima del dintel de la puerta de entrada un Cristo tallado daba la bienvenida a los feligreses desde su sencilla cruz. A su alrededor eran visibles los instrumentos de la pasión, el *Arma Christi* : los dados con los que los soldados romanos echaron a suertes las vestiduras de Jesús, el martillo que sirvió para clavar los pies y manos del Mesías, las escaleras utilizadas para hacer descender su cuerpo y las tenazas para extraer los clavos.

Hombres, mujeres y niños entraron y se acomodaron en los ajados bancos de madera. Henrietta, Elisabeth y Frederika se sentaron en la primera fila. A esta última se le aceleró el corazón cuando Karl Hoffman hizo acto de presencia.

El hombre comenzó su oratoria como era habitual. Una voz clara y rotunda se escuchó en toda la sala. Leyó el Evangelio de San Mateo 2: 1-12, incluido en el Nuevo Testamento. El nuevo pastor consiguió que la llegada de los Magos de Oriente a Jerusalén para ofrendar al Rey de los judíos calase como jamás antes había ocurrido en las almas temerosas de los allí reunidos.

Acabada la ceremonia, los parroquianos se acercaron a felicitar al pastor. Poco a poco se fueron dispersando por las distintas calles del pueblo o por las granjas del valle para celebrar el día con los suyos.

Karl Hoffman y su esposa aceptaron la invitación de Henrietta y se prepararon para pasar la velada junto a ella y sus adorables hijas.

Resultó agradable entrar en el acogedor y caliente salón de la granja en contraste con la temperatura que reinaba en el exterior. La enorme estufa de cerámica era el foco principal de la estancia. Frederika, solícita, se prestó a guardar las capas de los invitados y a ofrecerles un reconfortante vaso de vino caliente, que Marlene rehusó

por motivos de salud.

Elisabeth preparó la mesa mientras Henrietta calentaba el asado. Después de bendecir los alimentos, todos los presentes se dispusieron a dar buena cuenta de ellos. La velada comenzó distendida, todos parecían estar a gusto, menos el señor Hoffman, que se encontraba algo más callado de lo habitual. Sentado frente a Frederika, apenas articulaba palabra y se le veía algo envarado. Hubo un momento en que su mujer, preocupada, le preguntó si se encontraba mal.

Frederika disfrutaba de lo lindo con la situación. Era divertido ver a su amante agarrotado y con cara de no haber roto un plato en su vida. Disimuladamente la joven se quitó el zapato, extendió la pierna hasta encontrar lo que buscaba y, con el pie protegido por una suave media, comenzó a masajear la entrepierna del prudente pastor. Este, que no esperaba aquella intromisión por parte de la muchacha, no pudo evitar dar un respingo por la sorpresa y casi murió atragantado. Marlene comenzó a dar golpecitos en la espalda de su esposo mientras Frederika procuraba aguantar la risa para no ser descubierta.

Acabados los postres, la muchacha propuso ir a la bodega a por una botella de licor de cerezas, así todos podrían brindar por la velada tan magnífica que estaban disfrutando. Le pidió al pastor que fuese tan amable de acompañarla, quería mostrarle una silla de madera que había fabricado y pintado ella misma con los utensilios de carpintero de su padre. Al hombre no le quedó otra que levantarse y seguirla, solícito.

Una vez solos, la muchacha se abalanzó literalmente sobre el predicador como una gata en celo. Comenzó a besarlo con furia y deseo. El hombre a duras penas conseguía zafarse de los abrazos de la joven.

—Frederika, ¡por Dios, compórtate! Podrían vernos, mi mujer está a solo unos metros de aquí.

—No utilices el nombre de Dios en vano —le riñó la desvergonzada muchacha mientras reía y le mordía el lóbulo de la oreja—. ¡No puedo aguantarme! Te veía sentado frente a mí y todo mi cuerpo ardía en deseos de que me tocases.

Desabrochó su propia camisa y sacó un pecho blanco y suave como un copo de algodón, invitando sensual a que el pastor lo acariciase. Éste lo sobó y mordió el erecto pezón con sumo placer.

De pronto, la puerta de la bodega se abrió de golpe. Henrietta se quedó paralizada bajo el dintel ante la escena que acababa de descubrir. Había bajado para buscar una cesta de mimbre y llenarla

de nueces para regalar al matrimonio. Frederika la vio de inmediato, plantada allí con la cara lívida como un cadáver. Lejos de sentir vergüenza, la miró desafiante. Se abrochó los botones de la camisa y se colocó bien el pelo. Karl Hoffman, sorprendido y avergonzado, salió de la habitación como alma que lleva el diablo sin apenas mirarla.

El resto de la tarde continuó con un silencio impostado y un ambiente enrarecido. Elisabeth no entendía muy bien qué había pasado. La alegría de los allí presentes se había apagado. Solo Marlene y ella parecían seguir teniendo ganas de conversar.

Su madre, después de despedir a los invitados, dijo sentirse mal y se encerró en su habitación. Frederika, por su parte, parecía estar de mal humor. Dio un sonoro portazo y bajó al establo a echar de comer a los animales. Elisabeth, que la conocía bien, sabía que lo más prudente sería esperar a que pasara la tormenta y no cruzarse en el camino de su hermana. Así que la muchacha se ocupó en recoger y fregar la vajilla, dejándolo todo preparado y limpio para el día siguiente. Se preguntaba qué podía haber ocurrido para que la agradable jornada hubiese dado un vuelco tan repentino.

Pasaron varios días. Frederika y Henrietta apenas se dirigían la palabra. Por su parte, Elisabeth dedujo que algo grave había tenido que ocurrir en la bodega, pero no acababa de entender qué. Recordó que fue en el preciso momento en que su madre volvió con la cesta vacía de nueces cuando se había producido el cambio. Ahora, su hermana y su madre se ignoraban por completo. Ni siquiera sentadas a la mesa cruzaban palabra. Ella había intentado sonsacarles información, pero todo había sido en vano.

Le preocupaba su madre. Llevaba varios días ojerosa y con la tez muy blanca, lo que le daba un aspecto enfermizo y frágil. Por la noche la oía llorar y luego comenzar con el angustioso ahogo que le producía el asma. Seguramente habría cogido frío durante el camino de vuelta a la granja el día de la Epifanía. Al salir de la iglesia se había levantado un aire helado y húmedo que seguramente había afectado a la delicada salud de la mujer.

Había pasado una semana desde la visita del pastor. Henrietta se levantó ese día muy cansada, había sufrido continuas pesadillas durante la noche. Eso, junto a la tos insistente y un sonido sibilante que salía de su pecho a cada exhalación, apenas la había podido dormir. Elisabeth no quería dejarla sola, aunque aquella mañana tenía un compromiso con Katia, la hija de la familia Wagner, cuyas tierras eran colindantes. La muchacha había prometido ayudar a la pequeña

Katia, que quería bordar su chaquetilla con flores de colores. La chiquilla de doce años se había prendado de la que lució Elisabeth en la iglesia el día de La Epifanía.

Henrietta había convencido a su hija para que fuese a casa de los Wagner. No quería que se preocupase por ella. Elizabeth era joven, quería que disfrutase y no que estuviese en casa encerrada cuidando de ella. La mujer le aseguró que solo estaba un poco resfriada y cansada, pero nada de importancia.

—Está bien, iré —afirmó su hija—, pero con la condición de que usted no salga de casa en todo el día. Hace frío. Si necesita algo, pídaselo a mi hermana.

La besó en la mejilla. Se alarmó al notar que estaba encendida.

—Madre, creo que tiene algo de fiebre. —Le colocó el dorso de su mano en la frente para tomarle la temperatura—. Creo que no, que, pensándolo mejor, no voy a ir. —Comenzó a quitarse el sombrero—. No voy a dejarla a usted sola.

—Vamos, niña, no seas tonta, si además está aquí tu hermana. No te preocupes, eres joven y debes divertirte; siempre estás encerrada en casa, necesitas airearte un poco.

La muchacha aceptó a regañadientes. Henrietta prefería estar sola. No había podido hablar con Frederika después de lo ocurrido. Era algo muy delicado y debía buscar el momento adecuado. No quería que Elisabeth se enterase de que su hermana era una perdida. En cuanto su hija se marchase, abordaría a su hijastra. Aquello tenía que terminar, no sabía desde cuándo llevaría pecando con aquel hombre casado, ni quería saberlo. Pero tenía que conseguir que le jurase que no volvería a verlo.

«¡El señor Hoffman! —pensó—. ¡Vaya fraude de hombre religioso! Hipócrita, mentiroso, pecador, adúltero…No volveré a asistir a su iglesia. Prefiero pecar antes que oír los sermones de ese farsante».

Se abrigó y salió a la puerta a despedir a su hija. La vio cruzar los campos en dirección a la casa de los Wagner. Elizabeth se volvió preocupada a mirar a su madre, le dijo adiós con la mano y esta le devolvió el saludo.

Henrietta cerró la puerta y llamó a Frederika. No recibió respuesta. Al cabo de un rato la vio bajar del desván.

—Frederika, tú y yo tenemos que hablar. —El tono no admitía ningún tipo de duda o excusa.

—No sé de qué, no tengo nada que decirle —le contestó su hijastra con actitud indiferente. Entró en la cocina seguida de Henrietta.

Frederika, ignorando por completo a su madrastra, cogió el soplador y comenzó a avivar el fuego. Echó más leña, el humo se extendió rápidamente por toda la habitación, Henrietta intentó hablarle pero sufrió un ataque de tos.

—Márchese de aquí y déjeme en paz. No le va nada bien esta tizne —le dijo una Frederika con mirada torva.

Se fue hacia la zona del ahumadero y comenzó a colgar unos tocinos para que se curaran al lado de unos jamones que ya estaban listos para ser degustados. Su madrastra la siguió, no estaba dispuesta a zanjar el tema así sin más.

—No, no voy a marcharme hasta que no escuches lo que tengo que decirte. Y voy a ser muy clara —recalcó con énfasis estas palabras—. Quiero que dejes inmediatamente esa relación pecaminosa que mantienes con el señor Hoffman.

—No es una relación pecaminosa, ¡nos queremos! —Frederika se volvió rabiosa hacia ella.

—El pastor está casado con una buena mujer que, además, está enferma.

—Pues precisamente esa circunstancia lo llevó hasta mí —contestó Frederika con una mueca en su boca, llena de sarcasmo—. Debería haber sabido cuidar mejor de su esposo. Lo tenía abandonado maritalmente hablando, y yo le di lo que ella le negaba. —Soltó una sonora carcajada al ver la cara de asco de su madrastra.

—¡Cómo eres tan desvergonzada… cómo te atreves a hablarme así, me debes un respeto! —A la mujer le costaba respirar, los silbidos sonaban cada vez más roncos. Su pecho subía y bajaba intentado coger un poco de aire que entrase en sus maltrechos pulmones.

Frederika regresó al lar y avivó el fuego de nuevo. La humareda se hizo cada vez más espesa. Henrietta se colocó el pañuelo en la boca para protegerse del hollín.

—¿Respeto? —Casi le escupió Frederika con una ira terrible—. ¿Qué intentas, hacerte la mosquita muerta conmigo? —De pronto, comenzó a tutearla, nunca antes lo había hecho—. Ahora me vienes con monsergas y pecados y con que Dios me va a castigar. ¡La santita! —Una irónica carcajada salió de su garganta—. ¿Crees que no os oía a padre y a ti por la noche, en vuestros momentos de pasión, gimiendo como perros? Bien que parecía gustarte lo que ahora tanto te

escandaliza.

Henrietta no se lo pensó dos veces y le dio una sonora bofetada que resonó en la habitación. Nunca antes le había pegado, ni siquiera de niña. La mano le ardía. Un nuevo brote de tos se apoderó de ella.

—¡No voy a dejarlo! —le gritó su hijastra, fuera de sí. Tenía la mejilla roja y dolorida—. Me da igual lo que me digas o lo que me prohíbas, nos deseamos. Nadie conseguirá separarnos. Me acostaré con él todos los días de mi vida si me da la gana, y gritaré de placer por ser suya, te guste o no te guste.

Sus ojos estaban rojos de odio. Henrietta retiró el pañuelo de su boca para poder hablar. Entre sonidos sibilantes y tos seca logró hacerse entender. La miró duramente y la amenazó con el dedo.

—Si esto no lo acabas tú, lo acabaré yo. Iré a contárselo todo a Marlene y a toda la comunidad si hace falta. Conseguiré que el señor Hoffman sea expulsado del valle.

—¡No lo harás, juro por Dios que no lo harás! Te aborrezco, Henrietta, te detesto desde el primer día en que cruzaste esa puerta. Te he odiado siempre, desde que era una niña y te odiaré hasta el día en que me muera. —Estaba lívida, pero no gritaba. Sus ojos reflejaban una mirada fría y serena, como la de un lobo antes de arrojarse sobre su presa.

Henrietta sintió miedo, vio que su hijastra daba media vuelta y, antes de poder reaccionar, Frederika había salido de la habitación y había atrancado la puerta con un hacha.

Enseguida fue consciente de la situación. La humareda, al no tener ningún orificio de salida, se hizo mucho más espesa en el habitáculo. La mujer sufrió un nuevo ataque de tos acompañado de una sibilancia aguda. Se tapó nariz y boca con el pañuelo para evitar inhalar más monóxido de carbono. Todo era en vano, no podía respirar. Consiguió llegar a duras penas hasta la puerta, la aporreó débilmente, casi sin fuerza, le faltaba el deseado oxígeno. Intuía que Frederika estaba al otro lado, acechando. Intentó llamarla, pero no pudo articular palabra. De pronto sintió un fuerte zumbido en los oídos, una sensación de vértigo y un fuerte dolor en el pecho. La falta de hemoglobina en sus células obligaba al corazón a realizar un esfuerzo hercúleo para bombear más sangre a sus tejidos hambrientos de oxígeno. Todo era inútil. Durante un breve instante supo que iba a morir. Sintió pánico. Su respiración se hizo cada vez más lenta. Perdió el conocimiento. Su rostro sufrió una leve convulsión e, inconsciente, se orinó encima. Minutos después estaba muerta.

Frederika esperó un rato considerable. No se oía ningún ruido dentro de la habitación. Acercó su oído al postigo… Quitó cautelosamente la tranca de la puerta e intentó abrir pero el cuerpo de Henrietta, sin vida, al otro lado, se lo impedía. Empujó de nuevo hasta que consiguió abrir un pequeño hueco y pudo entrever que la mujer estaba tendida en el suelo. La llamó en voz baja.

—Henrietta, Henrietta…

No obtuvo respuesta. «La he matado —pensó—. Pero la culpa ha sido de ella, no mía. Se lo ha buscado por entrometida».

Se sentó en una silla. Debía pensar, tenía que urdir un plan. Era extraño, no sentía miedo por lo ocurrido. Ni siquiera un ápice de remordimiento. Tenía que hacer algo antes de que regresara Elisabeth Therese y lo descubriera todo. De pronto, tuvo una idea magnífica, tenía que adelantarse a los acontecimientos.

—No, no esperaré a que sea ella quien llegue. Iré yo a buscarla.

Cogió algo de abrigo y corrió rauda a través del campo nevado. Iría ella misma a dar la noticia a casa de la familia Wagner.

—¡Señor Wagner, Señora Wagner, Elisabeth!…¡Por Dios, que alguien me abra! —Aporreaba la puerta con todas sus fuerzas mientras gritaba pidiendo auxilio.

El señor Wagner, en la parte trasera de la casa, se disponía a enganchar el carro para ir al pueblo a comprar algunos víveres. Al oír gritos se alarmó y fue a ver qué ocurría.

Cuando llegó a la parte delantera de la vivienda, su mujer, su hija y Elisabeth intentaban tranquilizar a una Frederika que lloraba histérica. La muchacha iba totalmente despeinada, sudorosa, con las mejillas arreboladas por el frío. Balbuceaba, lloraba, temblaba…era imposible entenderla.

—¿Qué ha pasado, Frederika? Cálmate, no podemos entenderte —gritaba el hombre, mientras la zarandeaba para que reaccionase.

—Es Henrietta, es Henrietta… ha sufrido un ataque de asma.

Elisabeth, al oírla, intentó salir corriendo hacia casa, pero el señor Wagner la detuvo sujetándola por el brazo.

—Espera, muchacha. No puedes ir sola. Tengo el carro preparado. Subid. —Se dirigió a su esposa que observaba la escena alarmada—. Vamos, mujer, deprisa, no sabemos qué nos encontraremos en casa de los Müller.

Al llegar, Elisabeth casi se bajó del carro en marcha. Entró gritando el nombre de su madre. Tenía la esperanza de que saliera a recibirla con su dulce sonrisa, como cada vez que volvía a casa. Por el camino, Frederika, ya algo más tranquila, había contado lo sucedido.

Ella había estado toda la mañana limpiando el establo de las inmundicias de las vacas. Luego subió al desván por la puerta trasera, así que no pudo ver ni oír nada extraño. Cuando acabó las tareas cotidianas, se dirigió a la cocina para coger un trozo de jamón ahumado y trincharlo para la cena. Se percató de que había demasiado humo en la casa. Pensó que Henrietta se había excedido con el carbón para alimentar el lar. Entonces, según contó, empezó a preocuparse por el problema de asma que padecía su madrastra.

—La llamé y no obtuve respuesta —había narrado de manera compungida y entre sollozos—. Me dirigí a la cocina, que estaba cerrada, y noté que algo me impedía abrir la puerta. Empujé con todas mis fuerzas y solo conseguí abrir una pequeña rendija. Pude ver su cuerpo inconsciente caído en el suelo. La llamé pero, al ver que no contestaba, me asusté y vine a buscarlos.

—¡Madre, madre! —Elisabeth empujaba con todas sus fuerzas, pero la puerta no cedía—. ¡Dígame algo, por favor, madre!

El señor Wagner la retiró suavemente agarrándola de los hombros.

—Déjame a mí, pequeña.

El vecino de los Müller era un hombretón de anchas espaldas y metro noventa de estatura. La puerta apenas se le resistió.

Allí, tirada en el suelo, en una cocina de paredes tiznadas y fuerte olor a humo, yacía Henrietta. El hombre trató de reanimarla bajo la atenta mirada de su mujer y las tres chicas. Elisabeth estaba lívida, pendiente de que su madre mostrase algún rastro de vida. Todo fue inútil.

El hombre miró a las mujeres y negó con la cabeza.

A Elisabeth se le cayó el mundo encima. No, no podía ser cierto. Hacía solo unas horas su madre amorosa la había despedido desde la puerta, llena de vida. No podía estar muerta. Era absolutamente imposible.

Se arrodilló en el suelo y apoyó la cabeza sobre su pecho, buscando algún latido que le diese una gota de esperanza. La besó en la frente, en los ojos, en las mejillas, acarició su pelo, sus manos, la comisura de sus labios…

Lloraba en silencio, sin gritos, sin aspavientos, calladamente. Abundantes lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sentía un dolor hondo, cruel, penetrante.

La señora Wagner se enjugaba el llanto con su delantal. A una señal de su marido, se acercó a Elisabeth y, asiéndola delicadamente por los codos, la ayudó a incorporarse.

—Vamos, hija, habrá que lavarla y amortajarla. Hay que prepararla para el funeral. El señor Wagner irá a buscar al señor Hoffman para ponerlo al corriente de lo ocurrido.

En ese preciso instante, Elisabeth Therese fue consciente de la cruda realidad: funeral, entierro, muerte.

Miró a la señora Wagner como si no entendiese bien sus palabras. Sus ojos, de un azul limpio, la miraban implorando compasión. No podía pensar. Su mente, abotargada por las circunstancias, no la dejaba pensar racionalmente.

El señor Wagner cogió en brazos el cuerpo exánime de la mujer. Con sumo cuidado, lo llevó hasta la habitación que le indicó Frederika. El buen vecino la depositó suavemente sobre aquella cálida colcha de lana, tejida por la propia difunta la primavera pasada. Su último descanso fue en aquella cama de madera con dosel que Otto había construido para ellos antes de casarse. Allí Henrietta había descubierto el amor más sincero y la entrega más absoluta. Allí había dado a luz a su única hija. Y allí estaba ahora tumbada, sin vida.

—Katia, hija, trae un cubo con agua —La señora Wagner comenzó a dar órdenes. Se subió las mangas de la camisa y se hizo dueña de la situación.

—¿Hay que calentar el agua, madre? Ay, perdón —dijo la chiquilla apurada ante la metedura de pata—. Ella ya no puede sentir nada.

Aquella estúpida pregunta de una niña de doce años fue el detonante para que el cerebro de Elisabeth recibiera una descarga y entendiese en toda su magnitud lo que estaba ocurriendo. Su madre estaba muerta y ya no podría sentirla más, ni hablar con ella, ni cantar coplas andaluzas, ni acariciarla….

Un sollozo terrible escapó de su garganta. Se dobló de dolor como una espiga a merced del viento y comenzó a llorar sin consuelo. La señora Wagner la abrazó empatizando con su dolor, la envolvió contra sus enormes pechos de matrona hasta casi ahogarla. Elisabeth derramaba amargas lágrimas que empapaban la camisa de la bondadosa mujer. Esas caricias de mamá osa surtieron efecto y la

reconfortaron profundamente. De pronto, un suave llanto a sus espaldas llamó la atención de la joven.

Su hermana mayor, con las manos ocultando su rostro, lloraba afligida la muerte de su madrastra. Elisabeth se acercó hasta ella. Frederika, al notar su presencia, se descubrió. Por un momento pensó que su hermana le reprocharía la muerte de su madre, no haberla cuidado en su ausencia y no haberla auxiliado antes de ir a buscar ayuda. Pero Elisabeth, que no conocía la maldad aunque la hubiese mirado a los ojos, hizo algo inesperado, se abrazó a su hermana y la besó.

—Ahora estamos solas, Frederika. Solas tú y yo…completamente solas.

—Sí, Elisabeth —murmuró su hermana—. Pero no te preocupes por nada, yo cuidaré de ti. Eres mi hermana pequeña y nunca te abandonaré. Aunque la relación entre tu madre y yo siempre fue algo tensa, yo la apreciaba mucho por todo lo que había hecho por mí. Solo deseo devolverle el favor cuidando de ti y que desde el cielo pueda sentirse muy orgullosa de mí.

Miró a Henrietta y la vio inmóvil, inerte. La acción implacable de la muerte cambiaba su fisonomía por momentos. Sus rasgos parecían más afilados y sus pómulos más hundidos. Por unas milésimas de segundo, solo un fugaz instante, un leve remordimiento cruzó su conciencia. Algo que su mente, metódica, descartó al instante.

La mañana siguiente amaneció gélida y gris. Como sentía Elisabeth su propia alma. El cielo pálido amenazaba nieve. Ella siempre había amado el invierno. Le gustaba sentir el frío en su cara hasta que las mejillas se le arrebolaban. Llegar al calor de la casa, donde su madre la esperaba con una sopa humeante y un beso en la frente. Sentarse con ella a coser cerca de la estufa, mientras cantaban juntas canciones de amor y pena. Decididamente, los inviernos ya no serían nunca igual sin ella.

La pequeña iglesia estaba a rebosar. Todos los habitantes del pueblo y

del valle habían querido acudir a decir el último adiós a Henrietta. Había sido una mujer querida por todos. Lo ocurrido se había extendido como la pólvora en pocas horas y sus vecinos habían acudido a rendirle homenaje.

Karl Hoffman hizo una bonita homilía. Digna de él, enfatizada y emotiva. De algún modo era su forma de pedirle perdón a la madre de Frederika, y resarcirla por la desagradable y vergonzosa escena que había tenido que soportar la última vez que estuvo en su casa de visita.

Al acabar el funeral, la familia Wagner y los Hoffman acompañaron a las muchachas hasta la granja. Les resultaría menos doloroso para enfrentarse a la terrible soledad de la casa.

Frederika preparó algo de comer. Unos huevos y un poco de tocino ahumado con pan negro, acompañado de un buen vino que se elaboraba en la zona. Comieron en silencio. Nadie quiso pronunciar palabras de consuelo. Estas suenan vacías y necias cuando el dolor se ha instalado en el alma. ¿De qué serviría soltar un par de frases hechas cuando el sufrimiento era tan grande?

La visita se marchó antes de que anocheciera. Frederika, cortés y educada, los despidió en la puerta, agradeciéndoles todo lo que habían hecho por ellas en los últimos días. En un descuido, la muchacha, hábilmente, introdujo una nota en el bolsillo del señor Hoffman. En dicha misiva le expresaba el deseo ansioso de encontrarse con él, necesitaba consuelo tras la muerte de su madrastra. Podían verse en el refugio del bosque, el que estaba cerca del lago donde ya se habían visto en otras ocasiones. El encuentro sería dentro de dos semanas. Le hacía entender que debía guardar luto y respeto a la querida Henrietta, no viéndose con ánimos antes de ese tiempo prudencial. Sabía que el pastor se escandalizaría ante su petición si no dejaba transcurrir un espacio de tiempo decoroso. Podría cambiar su impresión hacia ella.

Elisabeth Therese se había retirado temprano; estaba agotada física y emocionalmente. Había decidido que, de ahora en adelante, dormiría en la habitación de Henrietta. Así la sentiría más cerca. Se embriagaría de su olor, de su presencia, de su calidez. Aunque sabía que todo eso solo sería un espejismo, un fingimiento, un autoengaño, pero, en ese momento, necesitaba esa mentira, esa quimera, para poder sobrellevar la súbita y terrible muerte de su madre.

Frederika no se opuso. Mejor, así tendría la habitación para ella sola. Había noches en las que esperaba ansiosa que Elisabeth se durmiese, hasta oír su respiración acompasada. Así podía dar rienda

suelta con toda libertad a sus instintos naturales, amparada por la oscuridad del pequeño dormitorio que ambas compartían. Había noches que su cuerpo estaba ardiente como un carbón encendido. Repleto de deseo, voluptuosidad y sensualidad. Todos los poros de su piel pedían a gritos que Hoffman la poseyera y la llevase al éxtasis más sublime. Pero, a falta del salvaje e impúdico cuerpo a cuerpo, se consolaba fantaseando con su amado pastor. Cerraba los ojos y se tocaba el pubis por debajo de las mantas con destreza y precisión, entregándose al placer. Llegado el clímax, mordía sus labios hasta hacerlos sangrar y ahogaba sus gritos en la mullida almohada. Más tarde, exhausta, relajada y tranquila se entregaba plácidamente a los brazos de Morfeo.

Habían pasado ya varias semanas desde la muerte de Henrietta. Elisabeth Therese seguía como un alma en pena, vagando por la casa sin apenas articular palabra. Por el contrario, Frederika había vuelto pronto a ser la misma de siempre. Si en algún momento la pequeña albergó la idea de que su hermana mayor se fuera a convertir en un ser dulce y cariñoso para con ella, ya hacía tiempo que lo había descartado. En muy poco tiempo, la joven había perdido a sus dos progenitores y los echaba tanto de menos... Era una sensación extraña, no tener ni padre ni madre, se sentía totalmente desarraigada. Era desolador saber que estaba sola en la vida. Bueno, sí, tenía a su hermana, pero esta nunca podría llenar la parcela emocional y el apego que ella necesitaba.

A veces, al llegar el ocaso, se descubría a sí misma escuchando atenta, pretendiendo oír el canturreo de su madre por la casa. Cuando cruzaba el prado, instintivamente, volvía la cabeza, esperando ver su dulce rostro a través de la ventana. Ahora todo era silencio y tristeza. Una calma espesa que hacía que los días y las noches fuesen interminables.

Al anochecer, le gustaba sentarse en el sitio preferido de su madre, buscaba el libro de poesías escritas en castellano que a ella tanto le gustaba y leía su preferida. Era una de don Ángel de Saavedra, que Henrietta siempre recitaba con una buena entonación: «Pálida está de amores / Mi dulce niña: / ¡Nunca vuelven las rosas / A sus mejillas! / Nunca de amapolas / O adelfas ceñidas / Mostró Citerea / Su frente divina / Téjenle guirnaldas / De jazmín a sus ninfas / Y tiernas violas / Cupido le brinda. / Pálida está de amores / Mi dulce niña: / ¡Nunca vuelven las rosas / A sus mejillas!».

Se abrió la puerta y un remolino de nieve y viento entró envolviendo a Frederika.

—¿Otra vez estás con eso? —la regañó. Llevaba en los brazos unos pesados troncos que dejó caer al suelo estrepitosamente, junto al lar en la cocina—. Pensé que nos habíamos librado de esas poesías romanticonas y cursis que tanto gustaban a tu madre y resulta que ahora has cogido tú el testigo.

Elisabeth Therese la miró con tristeza. ¿Por qué su hermana tenía que resultar tan desagradable, a veces?

—A mí me gusta, no hables así… —respondió a Frederika, que ni siquiera la escuchaba.

—Mañana tengo que ir hasta el pueblo —la interrumpió—. He de comprar un hacha y varios utensilios más o nos quedaremos sin leña. El invierno se prevé largo y la vamos a necesitar. Me llevaré el carro.

—Pero Frederika, el tiempo está muy desapacible —le advirtió su hermana intentando hacerla desistir de su idea—. Sería arriesgado ir a la ciudad. Creo que mañana también nevará. Lo mejor será que vayas dentro de unos días, a ver si remite.

—Me da igual el tiempo que haga mañana. Debo ir al pueblo e iré.

Elisabeth sabía que ya no había nada más que hablar. Si su hermana lo había decidido así, nada ni nadie la haría cambiar de planes.

A la mañana siguiente un frío gélido y una fuerte ventisca fueron las culpables de que la sensación térmica pareciese aún más baja. Frederika insistió terca en su idea de ir hasta el pueblo esa misma mañana. Era el día indicado en su carta para la cita con Karl y por nada del mundo dejaría de acudir.

Compró las cosas necesarias en el pueblo y llegó antes del mediodía al refugio de cazadores que se alzaba junto al lago. Se encontró la puerta abierta de par en par. Seguramente el último visitante no había tenido la precaución de atrancarla. El viento la había abierto dejándola a merced de los animales del bosque y de los elementos. Entró cautelosa. Tenía miedo de que dentro pudiese encontrar alguna bestia peligrosa. Saltó por encima de la nieve acumulada en la entrada. La precaria cabaña estaba vacía. Un montón de hojas secas se arremolinaban al fondo en un rincón. Existían evidentes indicios de que había habido huéspedes de cuatro patas vagando a su antojo. La mesa estaba caída, patas arriba, y había excrementos de animal por todas partes. Hacía frío. El refugio era un pequeño habitáculo de madera, con un estrecho ventanuco cerca del techo. Unos escasos enseres, un pequeño lar, una mesa y un catre. Era muy útil para dar cobijo a los habitantes del valle en el caso de que

fuesen sorprendidos por una tormenta.

Frederika estaba helada. Encontró unos troncos secos al lado de la cama y encendió la cocina para entrar en calor. Abrió el ventanuco para evitar que el refugio se llenase de humo, no quería que le pasara como a la pobre Henrietta, pensó hipócrita.

Salió fuera. Recogió unas cuantas ramas de abeto caídas en el suelo por el peso de la nieve. Aún quedaría al menos una hora para que apareciese el pastor, tendría tiempo de adecentar el lugar. Improvisó una rústica escoba y barrió las heces de los animales. Con todo ya en orden, soltó su larga y espesa trenza, dejando el pelo castaño y sedoso caer sobre sus hombros y espalda. Desabrochó su camisa hasta la cintura dejando entrever sus pechos turgentes y se sentó en el catre a esperar impaciente a su amado.

Pasaron aproximadamente dos horas, no se oía nada en el exterior. Por un momento, Frederika tuvo miedo de que Karl no acudiese a la cita. Luego intentó calmarse y se dijo a sí misma que eso era imposible. Él la amaba y, después de semanas sin verse, la desearía tanto como ella lo deseaba a él. Se echó sobre los hombros la manta que ella misma había llevado y salió fuera para ver si distinguía algo. Oteó el camino que salía del bosque y llevaba hasta el lago. Estaba desierto. No se veía ni un alma. Entró de nuevo, no entendía nada. Sentía ganas de llorar. No había pasado ni media hora, cuando le pareció oír el relincho de un caballo. La puerta se abrió y entró Hoffman sacudiéndose de nieve las botas y el sombrero.

—Maldito tiempo —Fue su escueto saludo.

Frederika se abalanzó sobre él y comenzó a besarlo ansiosamente.

—Por un momento creí que no vendrías. Tenía miedo. ¿Qué ha pasado? ¡Te he echado tanto de menos!

—Frederika, he venido para decirte que… —El hombre intentó escabullirse de sus labios y abrazos, pero era tarea imposible con aquella fogosa muchacha—. Tenemos que hablar, es importante que te diga...

Ella selló su boca con un beso apasionado. No había ido para hablar, ya habría tiempo. Cogió ansiosamente la mano de Karl y la puso sobre su pecho, invitándolo a que lo acariciase.

—Ahora, no —le susurró Frederika al oído—. Ahora solo quiero que nos amemos. Luego me explicarás.

Empujó al hombre que, sin esperarlo, quedó sentado en el catre. La muchacha se quitó insinuante la camisa, dejando su torso al

descubierto. Lo miró provocativa y se subió la falda dejando ver su sexo desnudo. Hoffman dejó de resistirse. La fuerte determinación con la que había llegado no le sirvió de nada. La joven se sentó a horcajadas sobre el pastor y este, loco de deseo, la tendió sobre el lecho para hacerla suya. Hicieron el amor apasionadamente durante horas. El silencio del bosque y el sosiego de sus habitantes fueron rotos por los gritos y gemidos de placer de los amantes. Se besaron, se mordieron, se abrazaron, se arañaron…hasta que quedaron cansados, exhaustos. Frederika, con la cabeza recostada sobre el pecho del pastor, jugaba a ensortijarle el recio y abundante vello. El hombre, apoyando la cabeza sobre su brazo, miraba el techo pensativo. No sabía cómo exponerle a la muchacha lo que había ido a decirle.

—Estás muy callado, Karl. ¿Qué me tenías que decir? No me gusta verte así. —Se incorporó y lo miró fijamente a los ojos.

El pastor respiró hondo y, sin más preámbulos ni adornos, le dio la insólita noticia.

—Mi esposa está encinta.

La joven lo miró asombrada.

—¿Encinta? —balbuceó—. ¡No puede ser! Me dijiste que hacía años que no tenías relaciones con ella porque estaba enferma.

—Y era verdad, no te mentí. Hace años que me rechazaba en la cama y huía de mis caricias. Así que, con el tiempo, me había resignado y dejé de insistirle. Pero, hace poco menos de dos meses todo cambió. Noté que trataba de insinuarse, ella, siempre tan tímida y pudorosa. Creo que han debido de llegarle rumores de lo nuestro o, de alguna manera, ella, que es muy inteligente, lo ha intuido.

Los ojos de Frederika echaban chispas.

—¿Disfrutas en la cama con ella más que conmigo? —El hombre se sorprendió ante aquella inesperada pregunta.

—¿Qué más da eso ahora, Frederika? —le dijo mientras daba un manotazo al aire.

—¡A mí me importa!¡ Quiero que me contestes! —le gritó furiosa.

—No. Jamás sentiré con nadie lo que siento contigo. Nunca volverá a ser lo mismo. Tu pasión, tu sensualidad, tu fuerza…

Hoffman la miraba con una inmensa dulzura en los ojos. Frederika quedó satisfecha con la respuesta, así que sosegó su voz.

—Yo te quiero, Karl, sabes que te quiero —le hablaba con

moderación, intentado mantener la calma—. Estamos hechos el uno para el otro…

—Eres joven, Frederika —la interrumpió el pastor—. No debes ni puedes perder más tiempo conmigo. Encontrarás a un buen hombre, te casarás y tendrás hijos.

—¡Pero yo te quiero a ti! —Repetía el soniquete como una niña caprichosa a la que le quitan un dulce.

Se dio la vuelta en el estrecho catre y quedó de espaldas a él. Los carbones encendidos de la chimenea se reflejaban en sus ojos castaños. Un duendecillo diabólico parecía bailar dentro de sus pupilas.

Karl le acarició la espalda y la besó en el cuello. Ella lloraba. Se imaginaba su vida a partir de ese momento. Lo vería los domingos en la iglesia exponiendo su sermón, sin poder tocarlo, ni besarlo. Solo simulando ser indiferente. Se lo cruzaría por el pueblo con su esposa y, dentro de unos meses, con su hijo. La estampa de una familia feliz y perfecta le daba náuseas. De pronto, su alma se llenó de odio hacia él. La había engañado, se había aprovechado de su amor. Se había reído de ella. Y entonces, en cuestión de segundos, tomó una decisión.

Volvió su cara hacia él. Le dirigió una mirada extraña, fría y dura, que él jamás le había visto antes. Un escalofrío recorrió la nuca del hombre.

—Quiero que lo hagamos por última vez, como despedida; luego te dejaré en paz para siempre. —Le sonrió con dulzura y acarició su miembro con maestría, como sabía que a él le gustaba. El hombre reaccionó a su contacto.

Acabaron sofocados y fatigados. Poco a poco fue llegando el ocaso. Pronto la noche se adueñaría del bosque. Karl dormía plácidamente, agotado y rendido. El flequillo pelirrojo caído sobre los ojos. Roncaba suavemente, de manera pausada. Frederika lo miró con tristeza. Besó con delicadeza sus labios para no despertarlo y musitó:

—Lo siento, mi amor. Te quiero. Hasta siempre.

Se levantó y buscó su ropa y zapatos, ayudada por la tibia luz que desprendían las ascuas de la chimenea. Se vistió sigilosamente. Cogió con decisión los ropajes y las botas de Karl y salió a la intemperie. Vio que el tiempo había empeorado. La ventisca era más fuerte que por la mañana y la nieve en polvo subía hacia arriba, formando remolinos blancos que parecían querer volar hasta el cielo. El caballo del pastor se encontraba atado a un robusto árbol. Lo soltó, le dio una fuerte

palmada en las ancas y lo azuzó para que se marchase.

—¡Vamos, lárgate! —El grito quedó sofocado por el silbido del gélido viento.

Cuando vio que el animal se alejaba adentrándose en el profundo bosque, subió al carro. Se cubrió la cabeza y los hombros con una manta y enfiló el camino a casa. Hacía un frío glacial. Cuando estuvo bien lejos del refugio, tiró las ropas y las botas de Karl a un lado del sendero.

Las abundantes nubes no dejaban ver la luna ni las estrellas. La oscuridad era total. La luz de los dos farolillos que presidían el carro apenas dejaban ver el camino. Pero ella lo conocía de memoria. Podría recorrerlo incluso con los ojos vendados. Llegó a la granja bien entrada la noche.

Elisabeth oyó ruido en la planta de arriba, en el granero, y supuso que Frederika había llegado y estaba guardando el carro. Subió las escaleras de dos en dos. Llevaba horas preocupada por ella.

—¡Hermana! ¿Qué ha ocurrido? Estaba muy asustada por ti, pensaba que te había pasado algo. —Se abrazó a ella—. ¡Estás helada!

—Nada. Se me hizo tarde y cogí el camino equivocado. Pero no seas tonta, suéltame —le dijo desabrida—. Sabes que sé cuidarme sola.

—Bueno, yo voy abajo a calentarte ahora mismo un buen plato de sopa. La he hecho de col y carne, de la que a ti tanto te gusta. Enseguida entrarás en calor. ¡Qué locura haber salido hoy! Cámbiate las ropas mojadas o pillarás un resfriado —le gritó mientras bajaba las escaleras en dirección a la cocina.

Frederika, repuesta después de una buena cena y un vaso de leche caliente, contó a Elisabeth cómo se había despistado y una de las ruedas del carro se había hundido en un promontorio de nieve. Menos mal que había sido lo bastante diestra como para evitar que volcase. Había tardado horas en poder salir de allí.

Elisabeth le dio un beso en la frente. Había sentido verdadero pavor al pensar que a Frederika le hubiese podido pasar algo. Era la única persona que le quedaba en el mundo. Ella y su tía Annika, que vivía en España, y a la que ni siquiera conocía.

Frederika se acostó temprano. El día había sido agotador. Durmió toda la noche como un bebé.

A la mañana siguiente, una mala noticia corrió por todo el valle. Karl

Hoffman había desaparecido. Se había marchado la mañana anterior a visitar a un vecino enfermo y su mujer había dado la alarma porque no había regresado. Por lo visto, nunca llegó a su destino. Un extraño misterio parecía envolver la ausencia del pastor. De madrugada, su caballo había regresado fatigado hasta la casa de los Hoffman, pero no había indicios de su jinete.

Se organizó una batida. Multitud de vecinos se dispusieron a iniciar su búsqueda. Los hombres recorrieron todos los caminos y senderos cercanos. El mal tiempo seguía sin dar tregua.

Sobre las cinco de la tarde se difundió la noticia: el cuerpo del pastor había sido hallado sin vida. La causa, muerte por congelación. No llevaba más ropa de abrigo que un calzón interior que le llegaba a los tobillos. Sus botas y demás vestimenta se habían encontrado muy lejos de donde se encontró el cadáver. Nadie se explicaba qué podía haber sucedido. Todo parecía indicar que había sido víctima de un robo. ¿Pero por qué luego habían tirado sus ropas en el bosque? Había algo extraño e inexplicable en todo aquel asunto.

Hoffman había intentado llegar andando hasta el pueblo, pero había sido una locura, sin ropa, ni calzado, solo había conseguido encontrar la muerte.

Al día siguiente, el pastor fue enterrado en olor de multitud. Todos sus feligreses se encontraban allí, abarrotando la pequeña iglesia. Pese al escaso tiempo que llevaba Karl en aquella pequeña comunidad, todos los allí presentes lo estimaban sinceramente. Su mujer estaba desolada. Elisabeth la estuvo consolando durante el servicio bajo la atenta mirada de Frederika, que se encontraba sentada, esta vez, en un banco de la segunda fila. Se sentía incómoda. Le parecía notar cómo las miradas inquisidoras de los vecinos se clavaban en su nuca. Trató de calmarse pensando que eran suspicacias e imaginaciones suyas. Al salir, observó que había corrillos de gente en la plaza murmurando y mirándola descaradamente. Habían sido meses de murmuraciones y chismorreos con respecto a los supuestos amantes. Ahora estaba en el punto de mira. Tenía que marcharse de aquel lugar. Debía abandonar el valle antes de que las sospechas pudiesen recaer sobre ella.

Karl Hoffman estaba muerto. Ella había matado a Henrietta para salvaguardar su honor y él se lo había pagado abandonándola y engañándola. El pastor se había buscado su desgracia. Ya nada la retenía allí.

Esa misma noche, mientras cenaban, Elisabeth sacó a relucir el extraño caso de la muerte del pastor. Hacía conjeturas de lo que podía

haber pasado. Frederika no parecía escucharla. Estaba ensimismada en sus propios pensamientos. De pronto, posó la cuchara encima del mantel y miró a su hermana, resuelta.

—Elisabeth Therese, mañana mismo escribirás a tu tía Annika —Le ordenó decidida.

—¿A mi tía, para qué? —le contestó su hermana extrañada.

—Dile que aceptamos la proposición que nos hizo cuando murió tu madre de irnos a Andalucía.

—¿A España? —Elisabeth no daba crédito a lo que oía. Su hermana había perdido la cabeza.

—Sí, me has oído bien, nos iremos a vivir a Córdoba. Aquí en el valle no tenemos a nadie. Hay pocos jóvenes casaderos y tenemos que buscarnos un futuro y un marido. Además allí tendrás a tu tía cerca. Lo hago más por ti que por mí, que conste. Así que le escribirás cuanto antes y espero que su respuesta sea afirmativa. Es la mejor opción para nosotras.

Su hermana pequeña se quedó mirándola sin saber qué responder. Si Frederika lo había decidido, aquello era ya un hecho. Por un lado, sentía una pena infinita por dejar todo su mundo, el valle, sus recuerdos. Por otro, le parecía increíble, había fantaseado muchas veces con viajar a España. Ir a Córdoba. Por fin iba a conocer la maravillosa tierra de la que su madre tanto le había hablado y que tanto amó.

Mucho habían cambiado las cosas en los últimos doce años en las llanuras pampeanas. Celestino, ya con sesenta y cuatro años, y su nieto, con veintisiete, veían, preocupados, cómo su forma de vida tan particular peligraba. En este último tercio de siglo, casi todas las tierras estaban ya alambradas y divididas. Había mermado considerablemente el terreno que quedaba libre para gauchos y cimarrones. Las estancias habían proliferado por todas partes. Los gringos habían surcado de verjas, desgraciadamente, infinidad de

hectáreas de La Pampa. Los gauchos, gente nómada, libres e independientes, veían cada vez más limitados los recursos para subsistir y cómo peligraba su peculiar forma de vida. Las vacas y caballos cimarrones no campaban ya libres como antaño por la llanura. Abuelo y nieto se vieron en la necesidad, por primera vez en su vida, de tener que trabajar para otros. Estaban empachados de comer solo ñandú y vizcacha. Eso, junto con la nueva legislación sobre vagos, les apremió a buscar un patrón. Era necesario tener la *papeleta* que certificaba que estaban contratados por alguien y eran ciudadanos honrados y de orden, no maleantes sin oficio ni beneficio. De otra manera, serían detenidos por el delito de «vagancia», reclutados en las milicias de frontera y alistados para luchar contra el pueblo indio. Algo que Celestino no aceptaría jamás.

—Alonso, este mundo nuestro se hunde —dijo el viejo gaucho, que afilaba su cuchillo contra una piedra. Era consciente de que cada vez sería más difícil poder seguir disfrutando de su especial forma de vida —. Yo lo único que sé, *m'hijo* , es que no voy a derramar ni una gota de la sangre que corre por mis venas. *Asín* que no nos queda otra que faenar para un patrón. Mañana temprano irás hasta la estancia *La Vaquilla* y hablarás con su dueño, don Pablo, y le dices que si necesita de cuatro buenos y expertos brazos para llevarle el ganado.

La Vaquilla pertenecía a don Pablo López de Azumaga. Era una buena estancia, de tierra fértil, que ocupaba cinco leguas de ancho por cinco de largo. Contaba con cerca de diez mil cabezas de ganado, entre vacuno, caballar y bovino. También explotaba el cultivo del trigo, el maíz y la caña de azúcar.

En el centro de la finca se encontraba el *casco,* que incluía la vivienda del patrón, los silos, los establos y las cuadras.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, Alonso se dirigió hacia el río para darse un buen baño. Quería presentarse decente y acicalado a solicitar trabajo.

Se colocó todos los *avíos* propios de un gaucho, sin omitir detalle. El chaleco, las bombachas o *chiripá* , metidas por dentro de sus botas de cuero, que le quedaban perfectas, hechas por él mismo de una sola pieza. Después de dejar secar al viento sus largos cabellos negros, que caían por encima de sus hombros, se encajó su *chambergo* de fieltro, de ala corta y copa baja. El pañuelo se lo colocó *a la serenera* , anudado debajo del mentón. Para rematar la vestimenta, se ató en el talle un cinturón de rastras de monedas de plata engarzadas en cuero de lagarto. Había sido obsequio de su abuelo. Se lo regaló cuando domó su primer potro, siendo todavía un muchacho. Recordó cómo

Celestino se presentó de madrugada con el presente, después de haber pasado casi todo el día en las *pulperías* . Lo había ganado jugando a *la taba,* un juego similar a los dados, donde se utilizan huesos de animal. El abuelo llegó con una enorme sonrisa, casi estaba más contento de entregarle el regalo al muchacho que el chaval de recibirlo.

Alonso siguió con el ceremonial de su *pilcha* . Se ajustó a la bota las *espuelas nazarenas* , de rodetes anchos y calados. Como último detalle, su *facón* en el cinto. Este era de grandes dimensiones. Lo mismo podía servir para abrir a un animal en canal que para terminar con una *agarrada.* Él era pacífico por naturaleza, jamás lo había utilizado contra otro hombre. Era de los que prefería evitar el choque y disfrutar de la vida. Pero nunca se sabía con quién podías cruzarte.

Pitó un cigarro y lanzó el humo al aire con indolencia. Parsimoniosamente, ensilló su caballo y tomó el camino que lo llevaba hasta la estancia.

Media hora después estaba abriendo la enorme verja de hierro que daba entrada a la finca. La encontró abierta y nadie le salió al paso. Una larga avenida arbolada conducía al edificio principal. Plantados a ambos lados del camino, y de manera alterna, se encontraban árboles del jacarandá con sus hermosas flores azul violáceo, intercalados con ceibos, en cuyas ramas lucían bellísimas flores rojas con forma de gajos. Corría el mes de noviembre y la primavera había estallado en todo su esplendor.

A medida que se acercaba al *casco* principal, el gaucho pudo observar la bonita mansión que se presentaba ante sus ojos. La fachada de la vivienda era de líneas simples. Con rejas de forja en todas las ventanas que, al igual que las puertas, eran de nichos profundos.

Estaba construida con ocho arcos de medio punto que sostenían las columnas centrales, las cuales formaban un coqueto porche, con piso de cerámica rojo con motivos vegetales esmaltados, adornado con grandes macetones de barro que lucían diversidad de flores con toda la gama de colores.

Un hombre de piel oscura, bajito, con un bigote grande y espeso, se plantó en medio del camino.

—¿A qué *venes* , amigo? ¿Buscas algo por aquí? —A Alonso no le gustó el tono insolente que utilizó el individuo.

—Vengo a hablar con don Pablo —contestó desabrido—. Busco trabajo para mí y para mi abuelo. —Descabalgó y se plantó frente al capataz, que parecía aún más pequeño desde aquella perspectiva.

—Aquí no necesitamos a viejos, gaucho, sino brazos fuertes y jóvenes. —Benito, que así se llamaba el capataz, escupió en el suelo un trozo de tabaco—. Espera aquí, voy a avisar al patrón y que te lo diga él *mesmo*.

Alonso ató su caballo a una argolla situada en una de las columnas de la fachada y se dispuso a esperar en el porche mientras prendía un negro. A los pocos minutos salió el capataz y lo condujo hasta una habitación cuya puerta de madera noble permanecía cerrada. Alonso llamó enérgicamente.

—¡Adelante! ¡Pase! —Una voz contundente se oyó desde el interior.

—Permiso. —Alonso se quitó el sombrero y permaneció de pie sobre una alfombra de yute. Esperó a que se pronunciaran los dos hombres que tenía delante y que hablaban entre ellos.

El individuo más maduro debía de tener cerca de sesenta años. Era moreno, de mediana estatura, pelo cano y bigote recortado y fino. El más joven, poco más de veinte. Era evidente, por su parecido físico, que se trataba de padre e hijo. Pero, a diferencia del individuo de mayor edad, cuya mirada era noble y serena, la del joven estaba llena de petulancia, como si creyese estar por encima de sus semejantes. Su boca prieta, de finos labios, mostraba de algún modo su arrogancia e impertinencia. Iba vestido con traje de lino blanco y chaleco adamascado. Su padre, por el contrario, también muy elegante, vestía de oscuro.

Alonso miró de soslayo a su alrededor. El salón donde se encontraban era de dimensiones enormes, tres veces su humilde covacha. Tenía paredes enjalbegadas donde colgaban grandes cuadros de marcos dorados. Los suelos eran de arcilla roja, decorados con los mismos motivos florales esmaltados que el porche. Al fondo de la habitación se hallaba una enorme chimenea de piedra que, debido a la temperatura reinante, estaba apagada. Los muebles eran austeros, oscuros, pesados. Había sillones de piel de vaca dispuestos por toda la sala con bonitos cojines de seda bordados. Alonso jamás había visto tanto lujo.

—Buenos días, me han dicho que deseaba verme. —El patrón le tendió la mano y lo invitó a tomar asiento—. Soy don Pablo López de Azumaga.

El ganadero se sentó en un enorme sillón de magnífico cuero y respaldo alto, detrás de una mesa colmada de papeles, lacre, plumas, tinta… Su hijo, a su lado, de pie, sin articular palabra, se limitó a

mirar descaradamente a Alonso con un gesto estúpido de superioridad.

—Mi nombre es Alonso Venegas Rodríguez —comenzó a explicarse el gaucho con su voz grave y profunda—. Venía a pedirle trabajo —hablaba sereno. Siempre había sido un hombre seguro de sí mismo, no le intimidaban ninguno de los dos personajes que tenía delante, por poderosos que fueran—. Pero busco trabajo para dos. Quiero trabajo para mí y para mi abuelo, Celestino Venegas.

—¿Para su abuelo? —preguntó sorprendido el más joven, mostrando una mueca de desprecio—. Aquí no necesitamos *mancarrones* .

El padre miró a su heredero recriminándole aquella grosería.

—Disculpe a mi hijo, a veces sus maneras están fuera de lugar. Yo se lo achaco a la juventud y a la falta de experiencia en la vida. Perdone, creo que no les he presentado. Su nombre es Ricardo López Casasola.

Ambos jóvenes se estrecharon la mano. Sus miradas lo decían todo.

—Debe entender —prosiguió don Pablo— que el trabajo es duro y necesitamos gente joven y fuerte.

—Mi abuelo tiene *guen cuero* y todavía puede sacudirse el polvo él solito. Puede *yerrar* el ganado como el primero, y ya quisiera más de un joven usar el *pial* como lo hace él, no hay caballo al que no tumbe. Además, es capaz de *carniar* una res en el tiempo en que usted se *pita* un cigarro. Así que ustedes deciden, busco trabajo para dos o para ninguno. Si solo me quieren a mí, entonces ya hemos hablado de más. Perdonen que les haya hecho perder el tiempo.

Alonso se levantó del asiento que ocupaba y, colocándose de nuevo su *chambergo* , se dirigió hacia la puerta. Ricardo López se quedó boquiabierto. Cómo era posible que aquel majadero y orgulloso gaucho le diese la espalda a su padre y, no contento con ello, tuviese la osadía de dejarlo con la palabra en la boca. Don Pedro, por su parte, de ninguna de las maneras estaba dispuesto a perder a un peón joven, fuerte y decidido como aquel que tenía delante.

—¡Espere, Alonso! Aún no hemos terminado esta conversación. —El gaucho se volvió pausadamente—. He pensado que me gustaría conocer a su abuelo, si a usted le parece bien. Seguro que, si es tal y como dice, podré contratarlos a los dos.

Ricardo miró sorprendido a su padre. Pensaba que, a veces, era demasiado débil con los braceros. Si ese gaucho orgulloso trabajaba

en *La Vaquilla* ya se encargaría él de bajarle los humos.

Cuando don Pablo conoció a Celestino, le agradó inmediatamente. Así le gustaban a él los hombres, bragados de verdad, auténticos, que estrechasen la mano con fuerza y mirasen de frente a los ojos. Sin pensarlo dos veces, contrató a abuelo y nieto, a pesar de las quejas de su hijo, que le recriminó haber contratado a un mestizo.

Los meses fueron transcurriendo plácidamente en la estancia. Alonso se adaptó bastante bien a las tareas que le encomendaron. Tuvo algún que otro encontronazo con el hijo del patrón, pero el gaucho intentaba armarse de paciencia. En más de una ocasión fue la mediación de su abuelo lo que hizo que la cosa no fuese a mayores.

Hacía una semana que el señorito Ricardo se había ido a Buenos Aires a pasar las navidades con su madre, doña Mariana. La mujer, acostumbrada a la animada ciudad, no soportaba la aburrida vida en el campo y vivía separada físicamente de su marido, con un estilo de vida mucho más mundano. En la estancia se respiraba calma y tranquilidad con la ausencia del hijo del patrón. Los peones faenaban con otra disposición, no con vagancia, pero sí más aliviados. No resonaban en los campos y en las cuadras los constantes gritos e insultos con los que, con voz aguda y desagradable, martirizaba Ricardo a sus braceros.

A Celestino sí le ocasionaba más problema trabajar para un patrón. No ser dueño de su propio tiempo se le hacía algo insufrible. Llevaba muchos años a sus espaldas siendo libre y salvaje, como un puma, para que ahora tuviese que acatar las órdenes de otros. En lo que no había transigido ni un ápice fue en mudarse a las viviendas destinadas a los peones y a sus familias dentro de la estancia. Prefería dormir sin duda en su humilde rancho de paja y adobe, conservando así su independencia plena. Se lo hizo saber a don Pedro el primer día de trabajo, quería dejar las cosas claras desde el primer momento, y el patrón había aceptado.

Abuelo y nieto se habían ganado en poco tiempo el respeto de los demás trabajadores de la finca. Eran los primeros en llegar al tajo, antes de que saliese el sol, y los últimos en partir. Eran también los que con mayor maestría domaban a un potranco rebelde, sobre todo Alonso, que no temía ni al *bagual* más brioso. Después de *darle lazo* un buen rato *,* conseguía que el animal fuese como un corderito en sus manos.

Ambos hombres eran los mejores en enlazar, derribar y desollar las reses. Habían alcanzado tal soltura que, en un santiamén, eran capaces de descuartizar a un animal y sacarle el cuero sin la menor

partícula de carne. *Estaqueaban* la pieza con destreza, preparándola en tiras delgadas para el *tasajo* , que acabaría en los saladeros para su posterior exportación.

Los saladeros habían proliferado como setas en todas las estancias. Se había producido una gran demanda de cueros y sebo. Se sacrificaban unas seiscientas mil cabezas de ganado al año en el país. Pero el consumo en Argentina era solo la cuarta parte de las reses sacrificadas. El resto del animal se desperdiciaba y era abandonado, sirviendo como alimento a perros cimarrones y otros animales salvajes. Esto no era rentable para los ganaderos, lo que les llevó a buscar una forma de producción más rentable. Y apareció la industria saladeril. Los saladeros no eran otra cosa que recintos destinados y habilitados para salar carne.

El mundo cambiaba. Y hubo dos razones de peso para que la carne salada se convirtiera en un próspero negocio. Por un lado, se habían multiplicado los navíos de gran tamaño que se acercaban desde cualquier punto del mapa hasta las costas argentinas. Por otro, habían proliferado las cada vez más numerosas plantaciones tropicales en la zona del Caribe. Esto hizo que hubiese una gran demanda de carne para alimentar a marineros y a esclavos. Salar la carne fue una técnica excelente para la conservación de la materia prima.

Los saladeros trajeron la prosperidad a Argentina y, por ende, se mejoraron y modernizaron los puertos. Se abrieron nuevos caminos que llevaban desde las estancias hasta el mismo fondeadero. Se desarrolló una fuerte industria tonelera y la explotación de las salinas.

Los estancieros vieron sus negocios aumentar por este cauce, con una parte negativa: el detrimento de la agricultura.

La forma de vida de los gauchos estaba siendo seriamente amenazada. Alonso y Celestino suspiraban resignados por su preciada libertad.

Había comenzado el año nuevo. Desde el veintiuno de diciembre hasta el veintiuno de marzo sería época estival. El ganado pastaba

tranquilamente en el campo bajo la atenta vigilancia de abuelo y nieto. Llevaba varios días soplando el viento del norte. A Celestino este hecho no le había pasado desapercibido. La cálida brisa había subido las temperaturas de forma inusual y la humedad hacía que las ropas se pegasen al cuerpo.

El viejo gaucho observaba el cielo con recelo.

—Sí no me equivoco, Alonso, creo que se acerca el pampero. El muchacho lo miró preocupado.

—¿Está usted seguro, abuelo? —preguntó mientras observaba en qué dirección venía el viento. No notó nada alarmante.

—Sí, *m'hijo* . La humedad es asfixiante y las temperaturas, más elevadas de lo normal. ¿No lo notas? Para mañana o pasado empezará a cambiar el tiempo. En dos días, tres a lo sumo, soplará el viento del sudoeste y habrá que agarrar el poncho.

—¿Cree que será el pampero húmedo? Porque entonces habrá que prepararse para lo que pueda caer. El último que vivimos trajo tanta agua que casi nos deja sin casa.

—No sé… —Celestino oteó inquieto el horizonte—. Creo que viene un pampero sucio, sin agua. Solo viento y electricidad. Ya sabes, muy peligroso, puede provocar incendios en un santiamén. Será mejor que hablemos con el patrón. Habrá que resguardar a las vacas en los establos.

Dirigieron sus caballos hacia los graneros. A esa hora era habitual encontrar a don Pablo faenando por allí. Pero solo hallaron a Ricardo, que hacía pocos días había vuelto de la capital. Anotaba con diligencia la cantidad de sacos repletos de cereal que se estaban apilando en carretas para su posterior transporte en ferrocarril.

—Buenos días, Ricardo, quería hablar con su padre. —A Celestino no le gustaba tratar directamente con el hijo del patrón.

—Mi padre no está —le confirmó mientras seguía contando, sin ni siquiera dignarse a dirigirle una mirada—. Ha tenido que salir hacia Santa Rosa y tardará varios días en regresar. Y viejo —le amonestó mirándolo, esta vez, fijamente a la cara—, no creo que te haya dado yo confianza como para que me llames Ricardo. Me dices don Ricardo cuando te dirijas a mí, ¿entendido? ¿Para qué lo querías?

Alonso se removió intranquilo detrás de su abuelo. Ese petimetre engreído lo sacaba de sus casillas. Celestino, que lo conocía bien, se volvió y le puso la mano sobre el hombro, rogándole calma.

—Creo que se acerca el pampero —afirmó el viejo sin ningún tipo de duda. Tenía claro lo que se debía hacer—. Sería menester guardar el ganado en el establo, que esté seguro, por lo que pueda ocurrir.

—¿El pampero? —Don Ricardo se acercó hasta la puerta del granero y observó el cielo—. Está despejado de toda nube. ¿Estás loco, viejo? ¡El tiempo es espléndido! Sois unos vagos redomados. Os tengo calados, no es lo mismo vigilar al ganado en la llanura a que esté bien guardado en el establo. ¡Vuelve a tu trabajo! —gritó—. ¡Y deja de molestarme con estupideces!

Alonso iba a protestar. El señorito no le dio oportunidad, le miró fijamente a los ojos, alzó la ceja izquierda y, colocándose el dedo índice sobre los labios, le invitó a guardar prudente silencio. Luego se volvió hacía el resto de la cuadrilla, ignorándolo por completo.

—¡Venga, todo el mundo a trabajar, haraganes! —arengó a los hombres, que apresuradamente volvieron a sus quehaceres—. ¡Basta ya de mirar! No merecéis ni la mitad del jornal que os paga mi padre. Si por mí fuera, estabais todos en la *pucha* calle.

Abuelo y nieto optaron por marcharse. Alonso, antes de irse, desde la puerta le advirtió amenazante:

—Si por culpa del viento perdemos alguna cabeza de ganado, usted será el único responsable ante su padre. Ya me encargaré yo de hacérselo saber.

Subió a su caballo, espoleó al animal y, seguido por Celestino, salieron al galope dejando una espesa estela de polvo tras ellos.

Efectivamente, tal y como había pronosticado el viejo gaucho, pasados dos días, un viento del sudoeste, fuerte y frío, se dejó notar en el ambiente. A lo lejos, en el horizonte, se divisaba una línea oscura de nubes. Eran nubes de polvo y tierra.

Celestino y Alonso habían sido precavidos esa mañana, abrigándose con sus suaves ponchos de lana. Ya desde bien temprano las temperaturas habían bajado considerablemente y se acusaba el viento frío en cara y manos. Se protegieron la boca y la nariz con sus pañuelos. Así evitarían que pudiera asfixiarlos la inmensa polvareda que se acercaba, amenazante, hacia ellos.

Comenzaron a reunir al asustado ganado que, aturdido, comenzaba a descontrolarse. Vieron cómo el brazo del tornado se acercaba a una velocidad alarmante. Los escasos árboles a su paso eran tumbados como si fuesen de cartón, y las ramas volaban enloquecidas sobre sus cabezas. Estaban dispuestos a ignorar la orden dada por don Ricardo,

pero advirtieron que ya era demasiado tarde. La columna del tornado avanzaba hacia ellos. No les daría tiempo a guiar a las reses hasta los establos, las conducirían hacia un lugar seguro.

—¡Abuelo, bajemos por la cañada, hacia el río! —Alonso gritaba todo lo que podía para hacerse oír entre el ensordecedor viento y el mugido de las vacas asustadas.

Celestino asintió con la cabeza, era una buena idea. Allí estarían más resguardados. La tormenta de polvo parecía ir en dirección contraria a la que su nieto había señalado.

Les costó sudor y casi lágrimas reunir a todas las reses que, inquietas, podrían provocar una estampida. El tiempo era oro. Debían bajarlas con premura hasta el río. Con gran habilidad consiguieron guiarlas hasta el refugio natural que les ofrecía la vaguada. Allí, emboscados, permanecieron durante horas interminables. Al llegar la noche, todo volvió a estar en calma, parecía que el peligro inminente había desaparecido. La tormenta se había desviado, alejándose en otra dirección. Al amanecer, contaron rápidamente las bajas que se habían producido. Habían perdido algunas cabezas de ganado. Debían de haberse extraviado durante la tormenta.

El día ya clareaba cuando don Ricardo, con una cuadrilla de peones, apareció en la llanura a galope tendido.

—¡Maldita sea! ¿Dónde estarán esos dos mestizos? —gritaba el hijo del patrón, buscando desesperado algún rastro de los gauchos—. Si le ha pasado algo al ganado, los despellejo vivos.

Parecía no recordar la advertencia que hacía apenas dos días le había hecho Celestino.

—¡Por allí, patrón! —Uno de sus hombres le señaló hacia la lejanía.

Efectivamente, a lo lejos, subiendo el repecho que estaba junto al río, aparecieron mugiendo y corriendo atropelladamente cientos de reses. Detrás de ellas asomaron dos orgullosos gauchos totalmente cubiertos de polvo y suciedad. Las animaban a voces tratando de conducirlas sanas y salvas hasta su destino.

Cuatro días después volvió don Pablo y supo lo ocurrido por boca de su hijo; mandó llamar a Alonso y a Celestino. Quería que le explicasen la temeridad que habían cometido al dejar el ganado en mitad del campo durante la tormenta de arena, arriesgando sus intereses.

Sentado en una mecedora en el porche de su casa, el patrón tamborileaba con los dedos el brazo del balancín. Señal, pensó

Ricardo, de que su padre se encontraba enormemente enojado.

Don Pablo, después de pedir explicaciones a los dos gauchos que se erguían ante él, arrogante y tranquilo, encendió un habano mientras esperaba una explicación convincente que les librase del castigo. Fue Alonso el que tomó la iniciativa.

—Don Pablo, lo mismo la respuesta se la puede dar su hijo. —Miró iracundo a Ricardo—. Mi abuelo le advirtió días antes de la llegada del pampero, de lo peligroso que sería que pillase el ganado en el campo, pero él se mofó de nosotros y nos llamó vagos.

—¿Es eso cierto, Ricardo?— preguntó don Pablo con voz áspera.

—Eso es mentira, padre, fue una decisión tomada por ellos —mintió descaradamente el señorito—, solo quieren escurrir el bulto y echar la culpa de su negligencia a otros. ¡Están mintiendo!

—Tenemos testigos, patrón —afirmó Celestino, tranquilo—, no voy a dejar que un mocoso *sin sombra e barba* me deje por embustero. Estuvimos hablando en el granero, estaban presentes Zacarías, Antonio y Benito.

—Ricardo, ve a por ellos —le ordenó su padre, tajante—. Tráelos, que se expliquen y salgamos de dudas.

Los peones aparecieron acompañados del hijo del patrón. Se les notaba agitados y temerosos. Con la mirada baja y sombrero en mano respondieron a las preguntas que don Pablo les iba exponiendo. Fue Benito el que habló en nombre de todos.

—Patrón, era mucha la distancia a la que nos encontrábamos de su hijo y los gauchos. —El capataz miró a estos últimos de reojo, mientras retorcía nervioso el sombrero entre sus manos—. Vimos que hablaban entre ellos, pero no pudimos escuchar nada.

Abuelo y nieto se miraron. Las amenazas que don Ricardo les habría lanzado a aquellos pobres desgraciados habían surtido efecto.

Don Pablo les ordenó que se marcharan y se quedó un rato pensativo.

—Alonso, Celestino. —El terrateniente los señaló con el dedo de manera amenazante—. Os advierto que será la última vez que pase por alto una negligencia de esta magnitud. La próxima vez habrá consecuencias.

Se levantó airado. Entró en la casa dando un portazo estrepitoso, mientras la mecedora donde había estado sentado continuaba su armonioso balanceo.

Ricardo, con una sonrisa de triunfo, apoyado indolente sobre una de las columnas del porche, se quedó mirando a los gauchos y encendió un cigarro. Alonso, con los puños apretados, intentado contener su furia, se acercó lentamente hacia él y, con voz queda, le susurró al oído.

—Alguna vez tú y yo nos veremos las caras frente a frente.

Ambos se sostuvieron la mirada, desafiantes. Tras unos segundos que parecieron interminables, un escalofrío recorrió la espalda del señorito Ricardo.

El verano llegaba a su fin. Don Pablo López de Azumaga cumplía años aquel mismo día. Estaba pletórico. Se sentía inmensamente feliz. Su mujer acababa de llegar de Buenos Aires. Iba a pasar unos días junto a él en la estancia para poder asistir al convite que se iba a festejar en su honor.

El patrón se sentía generoso. Tanto la explotación ganadera como la agrícola producían formidables beneficios. Había dado orden de que los hombres dejaran de faenar a mediodía. Se celebraría una fiesta al aire libre. Podría asistir todo el mundo, incluidas las familias de los peones que trabajaban para el gringo. Habría toda la ginebra y aguardiente que pudiesen aguantar, una buena parrillada de carne y, para culminar la tarde, se elegiría al mejor jinete de entre todos los presentes. Para ello habría que presentarse como participante a la competición. El ganador recibiría unas espuelas de plata.

La mañana estaba espléndida, el cielo despejado de toda nube. El olor a carne asada llegaba a todos los rincones de la estancia, abriendo el apetito de toda la concurrencia. La parrilla se había colocado detrás de la casa grande, y dos expertos en el asunto cortaban y cocinaban las piezas de las reses sacrificadas el día anterior.

Se habían colocado varias mesas alargadas de recia madera bajo la sombra de un enorme ombú. Una de ellas estaba presidida por don Pablo, como era natural. Sentada a su derecha se encontraba su mujer

y, a su izquierda, don Ricardo. Su hijo, levantándose copa en mano, pidió a todos los asistentes un brindis por su queridísimo padre. Comenzó la fiesta.

Comieron y bebieron hasta hartarse. Hubo risas, canciones, guitarras… Alonso fue uno de los primeros en apuntarse a la jineteada, cosa que no pasó desapercibida al hijo del patrón, que quiso batirse con él.

—Hijo, ¿estás seguro de querer participar? —La madre, alarmada, intentaba disuadir a su vástago—. Estos son hombres duros y medio salvajes, han aprendido a montar a caballo antes de que les saliesen los dientes.

—Por supuesto que quiero hacerlo, madre. Yo estoy igual o más preparado que ellos. Además, quiero darle una lección a aquel gaucho arrogante.

Señaló hacia su derecha donde Alonso, ajeno a todo, hablaba con Rosalía, una mujer con la cual, en su día, había mantenido un romance y que, ahora, Ricardo pretendía.

La mujer era una bonita y joven viuda, con dos hijos que eran la única alegría que había tenido en su corta existencia. Desde que murió su marido, coceado por un caballo, se ganaba la vida como podía para poder subsistir.

—Rosalía, hace días que quería hablar contigo. —Alonso estaba preocupado por la muchacha.

—Pues tú dirás, gaucho. —Siempre lo había llamado cariñosamente por ese apelativo—. Qué serio te has puesto, me estás asustando.

—Mira, voy a ir directo al grano. Quiero advertirte sobre don Ricardo. Te he visto paseando con él dos tardes por la ciudad. Ándate con cuidado, Lía, no es buen tipo.

—¿Acaso estás celoso? —Ella lo miró curiosa. Hubiese deseado que la respuesta hubiera sido afirmativa.

—¡No digas tonterías, mujer! Hace mucho que tú y yo lo dejamos. Pero….

Rosalía quedó decepcionada con la fría respuesta y lo interrumpió, airada.

—Efectivamente, tú lo has dicho, lo nuestro acabó ha-ce-mu-cho-tiem-po —Marcó las sílabas intencionadamente al decirlo—. Así que no tienes ningún derecho a decirme con quién puedo o no puedo

pasear.

—Que lo nuestro acabara no quiere decir que no te quiera. Te tengo un gran cariño, *china*. Has sido una mujer muy especial para mí.

—Muy especial, muy especial —repitió ella con desdén—. Sabes que estaba loca por ti. Te amaba, gaucho. Te amaba con locura y me dejaste tirada como a una colilla.

—Eso no es cierto. Siento que pienses así, Rosalía. —Alonso estaba apesadumbrado ante su despecho. La estimaba de veras—. Sabes que te he ayudado siempre que he podido. Jamás te he dejado en la estacada. No te engañé en ningún momento. Lo nuestro empezó como un divertimento, pero tú te lo estabas tomando demasiado en serio y yo no quería hacerte daño, soy tu amigo.

—Sí, un divertimento, eso fui para ti. —La muchacha se iba enfureciendo cada vez más—. ¡Un divertimento! Pero yo acabé enamorándome de ti, gaucho. Lástima que a ti no te ocurriera lo mismo. —Sonrió sarcástica—. Claro, se me olvidó un pequeño detalle, que tú no tienes corazón.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Rosalía. Alonso se quitó el pañuelo del cuello y se lo dejó amablemente para que se enjugara.

Ricardo desde lejos observaba la escena. Se fue aproximando sigiloso, pero no alcanzó a oír la conversación.

—¿Ocurre algo aquí? —preguntó escamado, sorprendiéndolos.

Rosalía se encontraba de espaldas. La muchacha, al notar su presencia, secó apresuradamente sus lágrimas con el dorso de la mano, intentando disimular su tristeza. Se volvió risueña hacia él y lo agarró del brazo con coquetería.

—Nada, don Ricardo. Alonso y yo somos viejos amigos y hablábamos de otros tiempos vividos. Vayamos a bailar y a beber antes de la jineteada. Hoy tengo unas ganas inmensas de pasarlo bien.

Alonso vio cómo se alejaban por el camino empedrado. Ella volvió la cabeza y sus miradas se cruzaron: la de ella, repleta de rencor; la de él, cargada de tristeza.

Sobre las cuatro de la tarde comenzó la jineteada. La modalidad elegida fue la de *potro pelado* . El jinete debía montar el *bagual* sin montura ni ningún tipo de elemento, ni estribos, ni riendas, solo una lonja de cuero alrededor del cuello del animal.

Mujeres y hombres dejaron todo lo que tenían entre manos y se

acercaron al palenque donde se estaba llevando a cabo la competición. Celestino se encaramó a la empalizada. No quería perder detalle del buen hacer de su nieto. Sabía que el muchacho daría un buen espectáculo.

Los tres primeros jinetes que lo intentaron salieron despedidos en unos seis segundos cada uno. Entre ellos Ricardo que, en cuarta posición, fue lanzado al suelo sin piedad al cabo de tan solo cinco segundos. Se levantó cojeando y sacudiéndose el polvo, con rabia y con las consiguientes risas sordas de sus hombres.

El siguiente en probar a romperse la crisma fue Alonso. El caballo, un pura raza criollo. Un brioso animal, negro azabache, de espesa melena, robusto y musculoso. En cuanto notó sobre él el peso del jinete, el *bagual* se encabritó, retozó, se levantó sobre las patas traseras e intentó con toda su fuerza tirar al gaucho de su lomo. Al comprobar que no lo conseguía, empezó a cocear a diestro y siniestro, mientras Alonso agarraba las crines del potro con toda la fuerza de su brazo izquierdo para no caer y con la mano derecha utilizaba el *rebenque* . El del gaucho medía unos cincuenta centímetros de tralla y el mango estaba revestido por una verga de toro.

Llevaba subido en el potro ocho intensos e interminables segundos. Los espectadores vitoreaban al jinete, aplaudían desaforadamente y lanzaban los sombreros al aire. Rosalía se desgañitaba animando al gaucho, bajo la atenta y colérica mirada de Ricardo, que se sentía humillado. El tiempo pareció detenerse. La gente, expectante, comenzó a contar al unísono: diez, once, doce, trece… En el segundo dieciocho, Alonso, exhausto, fue lanzado sobre la arena. El muchacho se incorporó, sonriente y satisfecho. Se sacudió el polvo de su *chiripá* y se dirigió hacia donde se encontraba su abuelo. La gente lo aclamaba enardecida. Celestino le guiñó un ojo y le dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho, *m'hijo* . No hay quien te iguale. Estoy muy orgulloso de ti.

Acabó la jineteada y Alonso fue el indiscutible vencedor. Don Pablo le hizo entrega de las espuelas de plata y la fiesta se dio por finalizada. La gente aún tenía ganas de seguir divirtiéndose y los más jóvenes decidieron ir hasta las *pulperías* de la ciudad.

El abuelo se fue a casa, pero Alonso se marchó con sus compañeros a festejar su victoria. Entraron en la pulpería de Remedios. Los mostradores de madera envejecida y ajada estaban repletos de vasos con aguardiente y ginebra. El suelo estaba sucio, lleno de polvo, de tabaco y de restos de comida. Pero a nadie parecía importarle. Un

payador cogió su guitarra y comenzó a improvisar una bonita canción que hablaba sobre un hombre que perdió su caballo. Alonso, después de varios tragos, se despidió de sus camaradas. Pensaba ir a visitar a su amiga Candelaria. Era varios años mayor que él, una mujer dulce, de carnes generosas. Le resultaba agradable dormir de vez en cuando pegado a su cuerpo caliente y desnudo.

Salió a la calle. Estaba oscura, solo iluminada por las tenues luces que se distinguían desde las ventanas de los hogares. Había mucha gente deambulando, entrando y saliendo de las pulperías. Todo el mundo parecía tener ganas de divertirse esa noche.

Iba a cruzar la calzada, cuando vio a un jovencito de unos catorce años que corría calle a través pidiendo auxilio. Alonso lo reconoció enseguida y, agarrándolo por la pechera, lo obligó a detenerse. Era el hijo de Rosalía.

—¡Eh, muchacho, calma! ¿Qué pasa, Fernando? Tranquilízate.

El muchacho, con la cara sucia mezcla de mocos y lágrimas, apenas podía articular palabra.

—Mi madre, señor, le está pegando, he intentado defenderla pero solo no puedo —le contó el chaval entrecortadamente por los sollozos y los ojos llenos de pánico— ¡La va a matar!

El chico empezó a llorar más fuerte si cabe y tiró de su camisa, instándolo a que se diese prisa. Alonso se imaginó al instante lo que estaba ocurriendo. Sin pensarlo dos veces, salió corriendo a toda velocidad hacia la casa de Rosalía, seguido de Fernando. Allí se encontró al otro hijo de la mujer, de diez años, Juanito, acurrucado en un rincón al lado de la lumbre, con las manos en los oídos para no oír los gritos de su madre. Alonso recorrió el pasillo, sabía perfectamente dónde se encontraba la alcoba, eran muchas las veces que había estado en aquella casa. De allí provenían los alaridos y los insultos.

La puerta estaba atrancada. Alonso la abrió de un fuerte puntapié. Todo estaba desordenado y olía a alcohol. Rosalía, tirada en el suelo, medio moribunda, lloraba y gemía casi sin fuerzas. Don Ricardo, con una furia incontrolable y una violencia desmedida, le propinaba golpes en la cara mientras le pateaba las costillas. Alonso se lanzó sobre él como una exhalación, con una especie de aullido terrible, el grito que utilizaba de pequeño cuando estaba enfadado, el alarido de guerra de los indios tehuelches que le había enseñado Celestino. Eso desconcertó a su rival.

—¡Hijo de *pucha* madre! Cobarde, pegar a una mujer, malnacido.

El gaucho le lanzaba latigazos con su *rebenque* por todo el cuerpo. Cuello, cabeza, orejas, espalda. Ricardo intentaba esquivar los golpes. Pero era imposible zafarse de aquella ira incontenible.

Después de unos minutos, Alonso trató de controlarse para no matarlo allí mismo. Agarrándolo del pelo, lo arrastró por toda la casa, abrió la puerta y lo arrojó en mitad de la calle. La gente que merodeaba por allí se arremolinó para ver qué ocurría; pronto un murmullo corrió de boca en boca. Era el hijo del patrón.

—¡Qué miráis, desgraciados! —gritaba Ricardo—. Ayudadme a levantarme. Que alguien vaya a por mi montura. ¡Vamos, deprisa!

Malherido, ensangrentado y medio muerto, montó en su caballo rumbo a *La Vaquilla*.

Alonso, mientras tanto, enjugaba las heridas de la mujer con sumo cuidado para no hacerle daño. Esperaba al practicante, había mandado al hijo de Rosalía a buscarlo.

—Mira que te lo advertí, Lía, ese tipo es un mal bicho. —Le acariciaba el pelo, sucio de sangre. La bella viuda estaba irreconocible. El labio reventado y sangrante, los ojos cerrados por la hinchazón que le habían producido los golpes. Le costaba respirar.

«Seguramente —pensó Alonso— tendrá alguna costilla rota».

La mujer quería explicarle algo. Casi en un susurro, se hizo entender. Quería que diese aviso a su hermana Hortensia. Vivía en un pueblo cercano. En cuanto supiese de lo ocurrido, vendría rauda a cuidar de ella y de los muchachos hasta que se restableciera.

Alonso dejó a la mujer en manos del galeno. Sin perder tiempo, montó en su caballo y se dirigió a Duggan. Alguien sabría indicarle dónde vivía Hortensia. Llegó muy cansado. El día había sido extremadamente duro. Se encontraba exhausto. Pero Rosalía y sus hijos lo necesitaban y su conciencia no le permitía dejarla en la estacada.

Alonso llevaba dos días sin aparecer por el rancho del abuelo ni por la estancia del patrón. Don Pablo había preguntado en varias ocasiones por él a Celestino, pero este no supo qué contestar porque nada sabía. El hombre estaba preocupado, porque la ausencia de su nieto había coincidido con la aparición hacía dos noches de don Ricardo a caballo, herido y maltrecho.

El viejo gaucho había preguntado por la ausencia de Alonso a los demás peones que habían estado con él en la ciudad, pero todo eran respuestas vagas. Algo le decía que no querían contar la verdad por miedo al patrón.

Bien es cierto que no era la primera vez que su nieto desaparecía; en más de una ocasión, y habiendo faldas de por medio, había estado hasta una semana sin dar señales de vida. Alonso era ya un hombre y no le tenía que dar explicaciones a nadie. El *rispeto* y la confianza entre ellos debía ser algo primordial.

Sospechaba que el accidente que decía haber sufrido don Ricardo, según su versión, había tenido mucho que ver con su nieto. Lo cierto es que, por alguna razón, el señorito, según dedujo Celestino, había decidido ocultar la verdad a su padre.

Al cuarto día, Alonso, visiblemente demacrado, apareció en su casa al atardecer.

El abuelo no preguntó nada. Ya habría tiempo de hablar cuando el muchacho se repusiera, si lo creía conveniente. Y claro que se lo contaría. Desde niño, pocos secretos había habido entre ambos. Alonso, después de comer algo y lavarse un poco, se acostó en la piel de vaca que le servía como cama y durmió dieciséis horas seguidas.

Cuando despertó, el sol estaba bien alto. Había decidido que, cuando llegase Celestino de trabajar, le pediría que fuesen a cabalgar y a pasar la noche bajo las estrellas, como hacían cuando él era solo un adolescente imberbe.

Así lo hicieron. Cogieron sus caballos y algo de comer. Cabalgaron en silencio, hasta que se escondió el sol. Decidieron acampar al lado del río, en el lugar de siempre. Era su sitio preferido, bajo un bellasombra de diez metros de altura. Colocaron unas piedras en forma de círculo para encender el fuego y asaron una lengua de vaca para cenar.

— *Güelo* , ¿le han contado los hombres algo de lo que pasó en el pueblo la otra noche? —Alonso atizaba las ascuas con un palo. El resplandor de las llamas le quemaba la cara.

—No, *m'hijo* . Nadie han querido darme parecer. Así que nada sé y mucho imagino. Si no me equivoco, que soy *zaino* viejo, creo que tiene algo que ver con el señorito Ricardo.

El muchacho admiraba a su abuelo más que a nadie en el mundo. Era como un viejo chamán que todo lo sabía. Como el mismo viejo decía: Él no era hombre de *cencía* pero sí hombre *sabedor.* Alonso le contó con pelos y señales todo lo ocurrido en el pueblo y lo que más le preocupaba, lo que había rondado su cabeza los últimos días: tenía miedo de sí mismo. Había deseado matar al señorito Ricardo.

—Abuelo, sus enseñanzas desde niño han sido muy valiosas para mí —le decía Alonso con tono apesadumbrado—. Gracias a usted he aprendido, como bien dice siempre, que hay que *rispetar* cuando uno manda y *rispetar* cuando es *mandao.* Aunque nunca me sienta *humillao* ni me arrodille ante *naide* . Que la palabra bien medida tiene el doble de valor y que sepa morderme la lengua cuando no tenga la razón. Y yo me pregunto a menudo, abuelo, ¿qué estamos haciendo entonces en esa estancia? Nosotros no somos hombres sumisos ni cobardes. Siempre nos hemos valido por nosotros mismos, sin tenerle miedo a nada.

El abuelo se quedó unos segundos pensativo.

—Tienes razón, Alonso. Pero tú tienes miedo, *m'hijo* , y con razón. El odio es mal consejero, muchacho, y eso también te lo he enseñado. Algo de lo pasado me barruntaba y he cavilado mucho estos días. Creo que lo mejor será que vayas a hablar con Don Pedro y le digas que vas a dejar el trabajo. Y por mucho que me pese, deberías alejarte de aquí por algún tiempo, o su hijo te hará la vida imposible.

—No soy ningún *maula* , abuelo, no voy a salir *juyendo.*

—A veces, *juir* es lo más sensato. Don Ricardo tiene mucho poder y ese no olvida ni perdona. Recuerda, *m'hijo* , que la víbora *culebrea* . Sé que tú no te *achicas en la postura* , pero ese precisamente es el miedo que tengo, que pueda ocurrir una desgracia.

Alonso calló. No temía a don Ricardo en absoluto. Tenía miedo de sí mismo. Él siempre había sido un hombre de paz hasta que ese ser despreciable se había cruzado en su camino. Maldita la hora en que fueron a trabajar a *La Vaquilla* .

Decidieron que, al día siguiente, Alonso iría a hablar con don Pablo.

Antes de que saliese el sol, los dos gauchos se dirigieron hacia la estancia. Celestino se fue a sus quehaceres con el ganado. Alonso fue

a hablar con el patrón.

Don Pablo estaba ultimando los preparativos para acompañar a su esposa hasta Buenos Aires.

—Por fin apareces, Alonso; me han dicho que querías hablar conmigo. Tengo el tiempo justo. —Se encontraban en el porche de la casa. El patrón supervisaba cómo varios hombres subían un baúl de grandes dimensiones a la parte de atrás del landó que los llevaría hasta la capital—. ¡Cuidado, brutos! Van cosas de la señora muy delicadas, no rompáis nada. —Se dirigió al muchacho—. ¿Y bien?

—Voy a ser muy breve, don Pablo —le habló Alonso, decidido a acabar cuanto antes—. Voy a dejar el trabajo. Tal vez me vaya a vivir a otro lugar, aún no lo tengo decidido, pero no soy hombre de tener amo.

—Pero… ¿Celestino también me deja? —El patrón parecía decepcionado.

—No lo sé. Eso tendrá que preguntárselo a él. Somos hombres de la llanura. Aunque usted sea un buen patrón, esto no es vida para nosotros.

—Bueno, bueno. Ahora mismo no tengo tiempo de hablar del asunto —terció don Pablo, nervioso—. Te pido que lo pensaras hasta mi vuelta. Voy a acompañar a mi esposa a la ciudad. Estaré allí un par de semanas. Cuando vuelva, hablaré con tu abuelo y contigo, si es que todavía trabajáis para mí.

Se estrecharon la mano. Alonso montó en su *bagual* y salió de la finca. Ya en el camino, vio a tres jinetes que se acercaban a toda velocidad hacia donde él se hallaba. Era don Ricardo, que se dirigía hacia La Vaquilla con dos de sus hombres.

Cuando llegaron a su altura, el señorito tiró de las riendas de su caballo hasta hacerlo frenar en seco, jugó a sacar un revólver invisible del cinto, colocó los dedos en posición de apuntar y disparó. Soltó una carcajada estridente y siguió su camino seguido de los otros dos vaqueros.

«¡Qué pena! —pensó Alonso—. No debí de lastimarlo lo suficiente con el *rebenque* la otra noche. Ya está cabalgando de nuevo».

Se avergonzó al instante de ese pensamiento infame…o tal vez no. Como decía su abuelo, la víbora siempre *culebrea* ... y aquel era un reptil despreciable, con toda certeza.

Celestino llevaba varios días sintiéndose mal. Seguramente habría

cogido un enfriamiento. Era últimos de marzo. Llevaba varios días amaneciendo con nieblas persistentes que tardaban en levantar, dejando salir un tímido sol que apenas calentaba. Esto era muy común en la época otoñal en la que se encontraban. Las noches también eran frías y el hombre no había sido precavido con su indumentaria. Se notaba fuerte y en ocasiones olvidaba la edad que tenía.

Don Ricardo le había ordenado que esa noche, antes de marcharse, metiese el ganado dentro de la empalizada. Su padre aún se encontraba en Buenos Aires. Celestino estaba deseando que el patrón volviese. Estaba claro que no se entendía con aquel niñato malcriado, hijo de mala madre. El hombre acató el mandato y metió a las reses en el cubil antes de marcharse para su rancho.

El día siguiente amaneció sin niebla. Alonso tenía pensado ir a llevarle a Rosalía parte del guanaco que había matado el día anterior. Empezaba a despellejarlo cuando su abuelo partió para la estancia.

—¿Se encuentra mejor esta mañana, abuelo? —El muchacho estaba preocupado, su viejo había pasado toda la noche con pesadillas y sudando—. Creo que debería dejar ese maldito trabajo. No vaya usted hoy, ya me acerco yo a dar recado.

Celestino por nada del mundo quería que su nieto se acercase a la estancia. Cruzarse con el señorito Ricardo podría dar lugar a una desgracia.

Le pidió que no se preocupara por él, que se encontraba perfectamente, y le revolvió el pelo en forma de despedida. Hacía años que no le hacía esa carantoña. Casi desde que era un mozalbete. Se le encogió el alma, tuvo un mal presentimiento; también fue el último gesto que le hizo su madre y nunca más volvió. Se quedó mirando cómo Celestino se alejaba en su caballo, erguido, *entonao,* a pesar de su edad, y se sintió sumamente orgulloso de él. Un escalofrío recorrió su espalda.

Cuando el viejo gaucho llegó a *La Vaquilla* se encontró un gran revuelo. El ganado andaba suelto por todas partes y los hombres intentaban reunirlo desesperadamente. Muchas de las reses se habían ido hacia la llanura.

—¿Qué ha pasado? —Celestino agarró del brazo a Benito para que se detuviese.

—¿Que qué ha pasado? Ayer debiste de dejar la *tranquera* mal cerrada y el ganado lleva toda la noche vagando por ahí suelto. Don Ricardo está furioso. Yo que tú me quitaría de en medio, Celestino.

No sé de lo que será capaz. —Era el viejo Elías el que hablaba ahora. Otro gaucho veterano, amigo de toda la vida.

—Ya sabes que hace tiempo que os tiene ganas a ti y a tu nieto.

—No le tengo miedo a don Ricardo. —Celestino no se achicaba así como así—. Tal vez fue mi culpa. Pero se lo puedo explicar. Llevo unos días sintiéndome mal, nada grave, pero la fiebre a veces juega malas pasadas. Puede ser que no cerrase anoche con fuerza la *tranquera* . Pero ahora mismo echo yo una mano y les acompaño a reunir el ganado.

Se disponía a subir a su caballo cuando vio que el hijo del patrón se dirigía hacia él con cara de pocos amigos, sudoroso y manchado de polvo.

—¡Por fin te dignas a echar una mano! Después de la que has armado —le gritó el hijo del patrón con aquella voz que recordaba al graznido de un ganso y que resultaba tan sumamente desagradable.

—Don Ricardo, déjeme que le explique. —Celestino quiso exponer un alegato en su defensa. Cierto era que había sido una negligencia por su parte, pero nada que no se pudiese arreglar.

—¡Cállate! —le gritó el gringo fuera de sí, empujándole— No eres más que un asqueroso *despilchao*. ¡Hijo de una *pucha* madre a la que no le dio asco acostarse con un repugnante indio!

Celestino, al oír aquellas duras y ofensivas palabras hacia su familia, no pudo contener su rabia. En un visto y no visto, se lanzó hacia don Ricardo propinándole un puñetazo en la cara, que le rompió la nariz. Era más viejo, pero más alto y robusto que el señorito. Este, que no esperaba el ataque, cayó al suelo sangrando abundantemente.

El viejo gaucho lo miró altivo y con el pecho henchido de orgullo, se dirigió con voz clara a todos los que allí se encontraban.

—Mi abuelo fue el gran cacique Caupolicán, cuyo nombre significa pedernal azul. Mi padre, su hijo, fue el gran guerrero Taihel, hombre libre, y yo soy Quillen el Hermoso. Por mis venas corre sangre india y guerrera de hombres bravos y valientes. Me siento orgulloso de mi estirpe y les he fallado a los míos al rebajarme ante un gringo. Mi nieto tenía razón. Decidle a don Pablo que ya no trabajo para él.

Dio media vuelta y, cogiendo las riendas de su caballo. Se dispuso a marcharse.

Don Ricardo, cobarde por naturaleza, aprovechó que Celestino le

daba la espalda.

Levantándose raudo, cogió una pala que se encontraba apoyada sobre la empalizada.

—¡Aaaaaah… indio apestoso! —Agarró el utensilio con ambas manos y, con todas sus fuerzas, golpeó a Celestino a traición, abriéndole una brecha en la cabeza.

El viejo gaucho, ante tal felonía, cayó derribado al suelo. Notó que la sangre caliente chorreaba por su frente y por sus sienes. Se sentía mareado y aturdido. De pie junto a él, un Ricardo borroso cogía de nuevo la pala y le asestaba varios golpes en el estómago, en la cabeza, en las costillas…

Los peones se habían arremolinado alrededor de los dos hombres. El caos que hacía unos minutos había en la estancia se había convertido en un siniestro silencio. Solo se oían los gemidos de Celestino y los alaridos de ira e insultos que el hijo del patrón profería hacia el gaucho moribundo.

Nadie se atrevía a moverse ni a socorrer al herido. Celestino sangraba profusamente por la cabeza y la boca. El agudo zumbido en los oídos le resultaba insoportable. Oía murmullos cada vez más lejanos. De pronto, dejó de sentir dolor. El sol dejó de alumbrar. Perdió el conocimiento.

Alonso se encontraba en casa de Rosalía, había ido a llevarle carne de guanaco para ella y sus hijos. Estaba en el corral de detrás de la casa entrenando a los chavales en la técnica de las boleadoras cuando alguien aporreó la puerta principal con fuerza, mientras gritaba su nombre.

El gaucho abrió. Se encontró con Zacarías, el hijo de Benito. Su padre había oído esa mañana las amenazas que don Ricardo profería contra Celestino. «Cuando me lo eche a la cara lo despellejo vivo», había dicho. El capataz temió lo peor y mandó a su hijo que fuese a buscar a Alonso. Zacarías se había acercado hasta el rancho; al no encontrarlo allí, se dirigió hacia el pueblo y fue en la *pulpería* de Remedios, donde le indicaron que estaría en casa de Rosalía.

El gaucho se alarmó al ver allí al muchacho sudoroso y muy alterado. El chico le explicó lo ocurrido con el ganado la noche anterior y cómo el patrón esperaba la llegada de Celestino para castigarlo, no sabía del fatal desenlace.

Alonso, sin perder un segundo, montó en su caballo y, seguido por el muchacho, se dirigió a todo galope hacia *La Vaquilla* . Cuando

llegaron todo parecía estar extrañamente en calma. El ganado se encontraba ya en el corral.

Los semblantes de los hombres que se iba encontrando Alonso a medida que avanzaba por el camino estaban serios, inquietos. A las preguntas que les hacía el muchacho, sus compañeros contestaban con monosílabos. El gaucho comenzaba a impacientarse. Buscó por todas partes a Celestino. Los hombres esquivaban su mirada. Sintiéndose impotente y ofuscado ante aquel comportamiento, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿Alguien puede decirme dónde demonios está mi abuelo?

Benito lo vio desesperado y se apiadó de él. Después de asegurarse de que el hijo del patrón andaba lejos con los nuevos potros cimarrones, pidió a Alonso que lo siguiera. Lo llevó hasta su casa, ubicada en las dependencias destinadas a las familias de los trabajadores. El habitáculo era estrecho y poco aireado. Los ojos de Alonso pasaron de la luz cegadora de la mañana a una oscuridad casi total. Cuando sus pupilas se acostumbraron a aquella penumbra, pudo vislumbrar que la habitación se hallaba dividida en dos zonas por una cortina de dibujos asimétricos de tonos rojos y ocres. Una mujer sin dentadura le hizo ademán para que entrara y descorrió la colgadura. Al otro lado Alonso pudo ver un desvencijado catre, donde un hombre, que reconoció al instante, se quejaba lastimosamente y respiraba con dificultad.

La impresión fue tremenda. Alonso se arrodilló junto al anciano y le agarró la mano.

—¡Abuelo, abuelo! ¿Qué te han hecho?

El hombre volvió la cabeza lentamente con un esfuerzo titánico. Apenas podía distinguir las facciones de la persona que le hablaba. Sus ojos estaban totalmente hinchados y su rostro irreconocible. Pero aquella voz la hubiese reconocido hasta en el mismísimo infierno.

—¡Ah, *m'hijo* ! —Esa voz grave y profunda era inconfundible para él. Era su Alonso del alma, su nieto. Le apretó la mano con fuerza, la poca que aún le quedaba—. Me muero, *m'hijo* , me muero. —Su voz era apenas un susurro imperceptible. Alonso acercó su oído a los labios del abuelo—. Quiero decirte dos cosas antes de despedirme de ti.

Dolía ver a Alonso tan orgulloso, tan feroz, tan enérgico, tan audaz, tan seguro de sí mismo, doblado por el dolor. Lágrimas abundantes corrían por sus mejillas que él no se molestaba en disimular.

—Dime, abuelo, dime —le decía con la voz entrecortada, rota.

—Alonso, nunca te avergüences de tu sangre india. —Celestino tosió y los esputos teñidos de sangre añadieron nuevas manchas a su chaleco.

—Eso no pasará jamás, abuelo. Te lo prometo.

—La segunda —prosiguió el viejo con dificultad— es que quiero que me entierres bajo el ombú, al lado del río, en nuestro rincón secreto, donde tantas noches hemos disfrutado los dos solos al amparo de las estrellas. Hemos sido felices, ¿verdad? —sonrió—. Tú has sido el mejor regalo que me ha dado la vida y estoy muy orgulloso de ti.

Tosió de nuevo. Intentó tomar aire… Se asfixiaba. Los ojos se le salían de las órbitas intentando encontrar un poco de oxígeno que pudiese entrar en sus maltrechos pulmones.

De pronto, comenzó a jadear. Alonso comprendió que su abuelo agonizaba. Apretó su mano y, acariciándole la frente, comenzó a cantarle una vieja canción en mapuche, mientras los ojos se le anegaban de lágrimas. Celestino emitió un sonido ronco. Era el estertor de la muerte. Su cabeza cayó sobre su hombro derecho, inerte. Ya no respiraba. Había muerto.

Alonso soltó un aullido desgarrador que se oyó en todos los rincones de la estancia. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y, ciego de dolor y rabia, salió a buscar al hijo del patrón.

«Será él o yo —se iba diciendo a sí mismo, cegado por la ira—. Pero esta noche alguno de los dos no podrá ver la luna».

Los hombres de la finca, al ver sus ojos inyectados en sangre, se dispusieron a seguirle. Mujeres y niños se fueron uniendo a la extraña comitiva.

Cuando llegó hasta el corralón donde se encontraban los potros salvajes, Alonso gritó con furia desmedida el nombre de su enemigo.

—¡Ricardooooooo!

El hijo del patrón, al oír su nombre, se estremeció. Muerto de miedo y temblando como un niño, se volvió hacia el gaucho. Vio cómo el nieto de Celestino saltaba la valla y cómo todos sus hombres se iban encaramando a la empalizada, dispuestos a ver el espectáculo.

—¡Malditos bastardos! —pensó.

Alonso observó que el señorito estaba lívido. La sangre había desaparecido de sus venas.

—Cobarde, ahora tienes miedo, ¿verdad? —Le escupió a la cara el joven gaucho—. Solo sabes envalentonarte con los viejos y las mujeres ¿no es eso? Hijo de *pucha* madre… ¡aquí me tienes!

Ricardo, por sorpresa, sacó de su cintura un revólver, un Colt Peacemaker. Después de darle a Celestino la brutal paliza que le había costado la vida, reconoció que la cosa se le había ido de las manos. Sabía que Alonso iría a buscarlo, subió al dormitorio de su padre y cogió el arma que este guardaba en el arcón. Después de cargarla la había guardado en su cinturón, preparado para lo que pudiese ocurrir.

Alonso, mucho más rápido y astuto que él, cogió las boleadoras de su cintura y, haciéndolas girar un par de veces sobre su cabeza, las lanzó con toda su fuerza a la mano de Ricardo. Las bolas se enredaron en su muñeca y le desarmaron al instante.

Comenzó entonces un duro combate cuerpo a cuerpo. La acometida fue tremenda. Alonso le propinó un fuerte cabezazo en la parte alta del estómago. El hijo del patrón cayó al suelo, retorciéndose de dolor y sin poder respirar. Se repuso al cabo de un par de minutos. Ricardo, años atrás, había practicado el deporte del boxeo. El no ser muy alto ni robusto había sido una ventaja para él que, como púgil, lo hacía más ágil que muchos de sus adversarios.

Se incorporó y fue Alonso, quien se encontraba de espaldas pendiente de la reacción de los potros salvajes, el que recibió dos fuertes puñetazos en los riñones.

Así estuvieron, golpeándose sin piedad, durante unos minutos que se hicieron eternos. Los cimarrones, asustados y nerviosos, relinchaban en un extremo del redil.

Los asistentes al cruento espectáculo apenas articulaban palabra. Los dos hombres sangraban profusamente.

En un descuido de Alonso, Ricardo se acercó a uno de sus hombres y le robó el arma de la funda. Sus jornaleros lo abuchearon y comenzaron a vitorear y a animar a Alonso. El terrateniente disparó, pero erró el tiro. Fue suficiente para que los potros, al estallido de la detonación, corrieran asustados en estampida.

Al hijo del patrón solo le dio tiempo a girarse y ver cómo un tropel de cimarrones fuertes y briosos venía hacia él a toda velocidad. Alonso tuvo los reflejos suficientes para saltar la valla y huir.

Ricardo fue aplastado y pisoteado por la manada. Alonso, poniendo en juego su vida, volvió a saltar el cercado de nuevo. Echándose al hombro al hijo del patrón lo alejó de donde estaban sus

asustados verdugos.

Lo dejó suavemente sobre la tierra color albero. Todos los allí presentes se arremolinaron alrededor del señorito. Su cuerpo, inerte, se encontraba destrozado, su cara y su cuerpo amoratados por los golpes producidos por los cascos de los caballos. Su frente hundida. Su rostro deformado.

Benito fue el primero en reaccionar.

—Alonso, tienes que marcharte. El patrón llega mañana y mandará a la justicia a prenderte. ¡Tienes que largarte ahora!

—Yo no lo he matado. Han sido los caballos. Todos lo habéis visto. —El gaucho no entendía por qué tenía que huir. Era don Ricardo el asesino, había matado a su abuelo.

—¿Y piensas que te creerán? Aunque nosotros intentáramos ayudarte y contar lo que ha pasado, nuestra palabra no valdría nada, dirán que lo mataste para vengar la muerte de Celestino. Tienes que huir ahora que aún tienes ventaja. Para cuando llegue el patrón ya estarás muy lejos.

Alonso pareció comprender la complicada situación que Benito le dibujaba. Tenía razón, su palabra de gaucho no tendría ningún valor ante la palabra de Don Pablo López de Azumaga. Todo el peso de la justicia caería sobre él.

Ahora se había convertido en un *gaucho matrero* . Tendría que huir. Ya pensaría adónde. Lo mismo a la Patagonia, de donde eran sus ancestros, o, tal vez, más lejos aún.

Sí, sería conveniente poner muchos kilómetros de por medio. Podría cruzar hasta Uruguay. Ya lo pensaría. Ahora tenía mucho que hacer y muy poco tiempo para pensar.

—Tienes razón, Benito. —Alonso se hizo dueño de la situación—. He de marcharme, pero antes debo cumplir mi promesa y enterrar a mi abuelo.

Se dirigieron a casa del peón, donde aún estaba de cuerpo presente el viejo gaucho. Alonso tomó en brazos el cuerpo sin vida de su abuelo, lo depositó con delicadeza sobre la silla de su caballo y encaminó el paso hasta su rancho.

Recogió las cosas necesarias para su huida y otras de valor sentimental que no estaba dispuesto a dejar atrás. Guardó en una alforja de cuero algo de ropa, un poco de comida, el camafeo de su madre con el retrato de su padre, las espuelas de plata y las

boleadoras fabricadas por su abuelo y que siempre llevaba al cinto, una pala y poco más.

Apenas podía pensar, en tan solo unos minutos había cambiado toda su vida. Ahora estaba solo, era un *guacho,* no tenía a nadie en el mundo. Era una sensación extraña que, aun siendo huérfano y bastardo, nunca antes había experimentado. Era un sentimiento de soledad atroz. Su abuelo había sido el pilar de su vida. Había suplido con creces todas las carencias afectivas de un padre y, más tarde, de una madre.

Agarró las riendas de su caballo y se dirigió rumbo al río, dispuesto a cumplir la promesa hecha a Celestino.

Bajó hasta la orilla y lo enterró debajo del árbol bellasombra que tantas otras veces les había dado tan generoso cobijo. Después fabricó una cruz con dos palos y un trozo de cuerda. Una tablilla de madera le sirvió para tallar unas letras, el nombre de su abuelo en mapuche, Quillén. Se sentó al lado de la tumba y perdió la noción del tiempo.

Llegó la noche. Tal vez fue la triste oscuridad que lo envolvía la que hizo que su alma se desahogara llorando amargamente amparado por las sombras. El viento soplaba suave arrastrando las nubes. La luna llena apareció dejando un halo de luz y su reflejo plateado sobre el agua. Comenzó a dolerle la cabeza y el alma, pero tenía que pensar. El tiempo se le acababa. Las horas pasaban sin piedad y debía tomar una decisión. ¿A dónde iría? Volvió a mirar la sepultura. La garganta se le oprimió de dolor. Parecía que una fiera salvaje se empeñara en ahogarlo con su garra poderosa. Necesitaba gritar, aullar su pena, romperse por dentro.

—¡Abueloooooooooo! —gritó de manera desgarradora.

El rugido lastimero rompió el silencio de la noche. Algo, de pronto, llamó la atención del muchacho. La luna hacía brillar un objeto que sobresalía del interior de su bolsa. Alonso se incorporó, tomó delicadamente aquella pieza que centelleaba en su mochila y advirtió que era el camafeo de su madre.

Lo abrió con la misma curiosidad que si hubiese sido la primera vez que lo veía. Un hombre moreno, apenas perceptible en las sombras de la noche, le dedicaba una bondadosa mirada.

Alonso miró al cielo. Aquello le pareció una señal.

—¡Ya sé adónde iré! —Se levantó de un salto—. Venderé en el puerto de Buenos Aires las espuelas de plata y mi querido caballo. Compraré un pasaje y me embarcaré rumbo a España. Iré a Córdoba.

Mis venas también llevan sangre española.

Galopó por la llanura envuelto por la noche. Sería la primera vez en su vida que viera la inmensidad del mar. Pensaba en qué le depararía el destino, cómo sería su vida en aquellas lejanas tierras. En esos momentos no sabía que aquel extenso y profundo océano lo llevaría irremediablemente hasta Belter.

Córdoba, España, segunda mitad del siglo XIX

Alonso por fin había llegado a España. Su primer destino fue el puerto de Cádiz. Después de varios meses de travesía en barco llena de vicisitudes y calamidades había alcanzado su destino: las costas españolas. Se demoró unas semanas en la bella ciudad gaditana. Trabajó como estibador cargando y descargando mercancía de los barcos que arribaban a puerto desde las Américas. La bahía de Cádiz era un trasiego constante de personas y enseres. Cuando reunió los cuartos suficientes, retomó con ilusión su camino hacia Córdoba.

El día que llegó a la hermosa ciudad califal se encontró un ambiente realmente extraño. Lejos de la alegría espontánea que pensaba encontrar, según la reputada fama de los andaluces, se topó con lo contrario. Todo el mundo, mujeres, hombres, niños y ancianos, parecían estar inmersos en un halo de inexplicable tristeza. Entró en una taberna pequeña, oscura y sucia. Pidió un vino de la tierra. Le sirvieron un amontillado fino, de sabor recio y un bonito color oro viejo. Por las conversaciones que mantenían unos lugareños a su alrededor, comprendió enseguida lo que sucedía. España estaba de luto, los parroquianos no hablaban de otra cosa. Un hombre de tez oscura y largas patillas se levantó de su asiento y, con voz alta y lastimera, se dirigió a los allí presentes.

—Parece mentira, con lo jovencita que era y qué poquito nos ha durado. Si era poco más que una chiquilla. Brindemos por la difunta reina.

Todos los concurrentes se pusieron en pie en señal de respeto. Levantaron sus copas y gritaron al unísono.

—¡Viva la reina! ¡Viva carita de cielo!

Ante la cara de asombro de Alonso, el tabernero preguntó, sorprendido:

— ¿Acaso no sabe *usté* lo que ha *pasao,* forastero?

El gaucho negó con la cabeza. Llevaba semanas deambulando por esos caminos de Dios. Era poca la gente con la que se había cruzado por las veredas y menos aún los que le habían dirigido la palabra por la desconfianza que les provocaba un extranjero.

El propietario del bar pronto lo puso al corriente de la noticia. La reina había muerto. Todo el país se encontraba de luto. Su reina más querida, María de la Mercedes de Orleans y Borbón, había fallecido a causa de unas fiebres tifoideas. Hacía solamente dos días que había cumplido dieciocho años de edad. Apenas había disfrutado de los placeres de la vida conyugal. Se había casado por amor cinco meses antes, con su primo, el rey Alfonso XII, hijo de la reina Isabel II y de…

La cuestión del padre biológico, según contó entre mofas, era un tema delicado de tratar. En voz queda, para no desvelar un secreto a voces, el vinatero le contó al gaucho que existían dos versiones: la oficial y la real. La primera decía que el padre de la criatura era el infante Francisco de Asís de Borbón, primo y consorte de la reina. Aunque existían muchas dudas al respecto. Era un hombre poco viril, de gestos más bien amanerados, voz aflautada y andares de duquesa. Las malas lenguas decían que adoraba las telas delicadas, los perfumes finos, los baños largos y las lujosas joyas. Por todo ello el pueblo, que era muy dado al chascarrillo, lo había rebautizado con el nombre de doña Paquita. La segunda versión fue la que más triunfó tras el nacimiento de Alfonso XII. Toda la corte se había hecho eco de un rumor que había corrido como la pólvora por los mentideros de toda Madrid. Estas habladurías señalaban que el verdadero padre del futuro rey, dada la semejanza con el vástago real, no era otro que el capitán de ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans. Algo que podía ser muy cierto, ya que por todos era conocida la vida alocada y amorosa de la reina, cuyos escándalos pasionales y sus numerosos amantes eran la comidilla de todo el país. Así que el joven infante, casi desde el mismo momento de su alumbramiento, recibió el apodo de Puigmoltejo.

Pues bien, la historia de amor entre sus jóvenes reyes había cautivado al pueblo. Alfonso y Mercedes eran primos. Se habían conocido en París durante el exilio de ambas familias. Los muchachos, al encontrarse, habían sufrido un auténtico flechazo.

Su amor tuvo que superar las trabas impuestas por ambas estirpes. Luisa Fernanda de Borbón, madre de la novia, era hermana de la reina Isabel II, y ésta era enemiga acérrima de su cuñado, el duque de Montpessier. Pero, contra todo pronóstico, acabó triunfando el amor.

Todo el mundo tenía una fe ciega en la joven pareja. Se esbozaba en el horizonte un futuro radiante donde el país caminaría hacía la modernidad. Como ejemplo, el día anterior a la boda, los novios mantuvieron la primera llamada telefónica de España. Fue entre Madrid y Aranjuez y duró exactamente quince minutos. La conversación no habría sido muy íntima ni muy romántica, ya que de seguro decenas de cortesanos estarían pendientes de sus palabras. Todos los periódicos del país se hicieron eco de tan novedoso invento.

En aquel día de completa felicidad en que Alfonso y Mercedes creían vivir un fantástico sueño nadie podía presagiar que, en tan solo unos meses, la despiadada muerte los separaría inmisericorde.

El 23 de enero de 1878 se habían dado el «sí, quiero». La joven novia salió radiante de Aranjuez hacia la Basílica de Atocha. Por lo visto, según apostillaba el tabernero, iba preciosa, como si él mismo hubiese estado presente en tan regio evento. Su vestido era de encaje de Aleçon, llevaba mantón de blonda, corona de perlas y brillantes, guantes, abanico y un zapato plano para no parecer más alta que su futuro marido. El traje, regalo del novio, tuvo un coste de treinta y dos mil quinientas cuarenta y seis pesetas de la época. ¡Un dispendio! Madrid en pleno se echó a la calle para admirar y acompañar a los jóvenes reyes que se casaban totalmente enamorados.

—Y como sabe usted —seguía narrando el tabernero— que la gente de este país a *tó* le saca copla, pues la gente cantaba… —Dudó un momento—. Oye *Manué* , cántala tú que tienes mejor voz.

El aludido, cantaor profesional, carraspeó varias veces, dio un trago largo de vino y entonó: «Quieren hoy con más delirio / a su rey los españoles / pues por amor va a casarse / como se casan los pobres».

Los tertulianos aplaudieron frenéticos y el vinatero siguió su retahíla.

—Ese día se tiró la casa por la ventana —proseguía el hombre rememorando lo que habían contado los diarios sobre dicho acontecimiento—. Tengo *entendío* que, para que todos pudiesen festejar el gran día, se incluyó el pan como limosna en el programa de los actos públicos. Y no fue eso *tó*. Mire, lea, aquí tengo guardado el recorte del periódico.

—Lo siento, no sé leer —se disculpó Alonso.

—Pues se lo resumo yo. Hubo funciones gratis en todos los teatros de Madrid. Cientos de lámparas de luz de gas se encendieron por doquier para adornar la capital. En la Puerta del Sol, las dos farolas centrales eran de luz eléctrica y decían los que estuvieron allí presentes que, de pronto, parecía que se había hecho de día. La fuente de Neptuno creo que se adornó por toda su base con mecheros de gas, encerrados en globos de cristal de colores. Me dijo una muchacha vecina mía, que estuvo allí porque…bueno, eso no viene al caso, que todo tenía un aire mágico. En verdad que tuvo que ser bonito. Así que sería un día inolvidable para nuestro Pacificador y nuestra Carita de Cielo. Con ese apodo tan cariñoso es como la conocía el pueblo llano a la pobre mía. La bautizó así el periodista Benito Pérez Galdós. ¿Le conoce usted? —Alonso negó con la cabeza—. Pues es un maestro en todo lo que hace.

—¿Y qué pasó? ¿De qué ha muerto? —preguntó Alonso, ya intrigado por la historia.

Esta vez fue Manuel, el cantaor de largas patillas y voz ronca, el que prosiguió el relato.

—Pues verá, según se dice, todo era felicidad en la vida de la joven pareja. Pero, desgraciadamente, pocos meses después de la boda, Mercedes empezó a sentirse mal. En un principio se pensó que lo mismo era un embarazo, por su carita pálida y sus oscuras ojeras. Pero pronto se descartó esta idea. La reina estaba enferma y muy grave. La última vez que se la vio en público fue en el estreno de *Consuelo* , la obra de teatro de López de Ayala en el Real, en Madrid. Entonces creo que fue a mediados de junio cuando su salud empeoró, y el rey, que tanto la quería, dicen que estaba triste y que no paraba de llorar. Mandó llamar al mejor galeno de España, Federico Rubio y Galí, un médico sevillano que, ya ve *usté,* es republicano y antimonárquico, pero el hombre, profesional como la copa de un pino, no dudó en cumplir con su deber, apartando a un lado sus ideas políticas y tratando de sanar a la joven reina. La mujer de un primo mío que vive en Sevilla y trabaja como cocinera en la casa de este médico oyó una conversación entre el doctor y su esposa que mi pariente me contó. Por lo visto, en cuanto don Federico vio a la reina, sufrió una impresión tremenda y le dio mucha lástima. Dijo que la muchacha parecía estar perdida en aquella enorme cama de sábanas bordadas, tan inmaculadas como su tez, y que supo de inmediato que no había remedio para salvarla. Aun así, le dijo a su mujer que le iba a prescribir aceite alcanforado e inyecciones de cloruro férrico, aunque sabía que todo sería inútil.

El cantaor siguió contando a Alonso cómo, en esos días en los que la reina deliraba, todos los estamentos habidos y por haber, las clases altas, las bajas, los ricos, los pobres, los nobles y el pueblo llano, se lanzaron a las iglesias para elevar plegarias por su vida. Los conventos, ermitas y parroquias de cualquier rincón de España se llenaron de flores, de velas y de olor a incienso. Y cuando en la noche del veinticinco al veintiséis de junio toda esperanza estuvo perdida, se cerraron a cal y canto todos los teatros y cafés de Madrid. La gente acudió en masa a las puertas del palacio. En la Plaza de la Armería y la Plaza de Oriente, por lo visto, el silencio era absoluto. Y la fecha del 26 de junio de 1878 pasó a la historia, ese día expiró María de las Mercedes. La capilla ardiente se instaló en el Salón de Columnas del Palacio Real, y todo Madrid desfiló llorando por delante del cadáver de la reina. La habían amortajado con el hábito de la Merced. «¡Estaba guapísima!», afirmaba el hombre como si él mismo la hubiese visto.

—Está enterrada en el Monasterio del Escorial —prosiguió el tabernero quitándole la palabra al cantaor—. Nunca antes había pasado una cosa igual, ¿sabe? La muerte de una joven reina, recién casada y sin dejar descendencia es algo que nos ha tocado el alma a todos los españoles.

El hombre no pudo evitar que se le empañasen los ojos. Dio media vuelta para evitar que se dieran cuenta y comenzó a fregar unos vasos sucios en una escudilla.

—Ahora el rey está hundido en la tristeza —le contó apesadumbrado otro parroquiano—. Se ha retirado a Segovia, al Palacio de Riofrío, a llorar su duelo. Supongo que, como humano que es, necesitará estar en soledad. Le voy a leer a *usté* lo que escribió Benito Pérez Galdós… ¡Qué razón y que sensibilidad tiene este hombre!

Cogió el recorte de periódico y leyó en voz alta: «Merceditas era la cándida paloma que trajo a España el ramo de olivo. Mientras ella calentó el nido huyeron espantadas las víboras de la trágica escandalera dinástica en el siglo XIX».

Alonso estaba emocionado. Era evidente que el poder y la riqueza no te inmunizan ante la desgracia ni el dolor. Sintió una espontánea simpatía hacia ese joven y desgraciado rey enamorado.

Estuvo departiendo un rato con aquellos hombres tan nobles de corazón. Apuró el vaso de vino, se despidió de la concurrencia y salió a la calle. Al descorrer la vieja cortina que colgaba en la puerta de la taberna para impedir la entrada de las molestas moscas, le cegó un sol

deslumbrante. En la plaza, a la sombra de unos árboles, un grupo de niñas cogidas de la mano jugaban al corro mientras entonaban una triste canción.

«¿Dónde vas, Alfonso XII? / ¿Dónde vas, triste de ti? / Voy en busca de Mercedes / Que ayer tarde no la vi / Si Mercedes ya se ha muerto / Muerta está que yo la vi / Cuatro Duques la llevaban / Por las calles de Madrid / Su carita era de Virgen / Sus manitas de marfil / Y el velo que la cubría / Era un rico carmesí / Los zapatos que llevaba / Eran de rico charol / Regalados por Alfonso / El día que se casó / El manto que la cubría / Era rico terciopelo / Y en letras de oro decía / Ha muerto Carita de Cielo».

Alonso, a su llegada, se encontró Córdoba en esas circunstancias. Cierto es que el pueblo llano es sensible y compasivo pero, en la misma medida, pragmático y sabio. En un par de semanas, la rutina se volvió a apoderar de la tranquila ciudad. Cada cual tenía su vida y sus circunstancias y había que echar *pa'lante* . Aún quedaban muchas secuelas de los años convulsos que habían precedido a la coronación de Alfonso XII. Había habido una revolución, La Gloriosa, un gobierno provisional, un monarca extranjero, Amadeo I de Saboya, una república y se había sufrido un golpe de estado. Todo esto había dejado al país en una situación muy precaria. La gente tenía que buscarse las habichuelas y el llorar por la joven reina no iba a llenar el plato a mediodía, ni iba a acallar los rugientes estómagos. Así que, pronto, la ciudad emprendió de nuevo su rumbo.

Alonso llevaba ya varias semanas en la ciudad y había aprendido, de manera inteligente, que era mejor salir a buscar trabajo con la fresca. Se había levantado temprano. A media mañana los rayos de sol caerían implacables. No tendían piedad alguna con los intrépidos transeúntes que no hubiesen tenido la precaución de buscarse una buena sombra donde guarecerse. Salió de la fonda donde se hospedaba, la Posada de la Madera, sita en la calle Lucano, llamada anteriormente la calle Mesones por la cantidad de establecimientos de este tipo que albergaba.

La mañana invitaba a pasear. El cielo era de un azul tan limpio que casi dolían los ojos al mirarlo. La calle, a pesar de lo temprano de la hora, ya bullía de gente que se movía de un lado para otro, incansable. Observó el aspecto de los transeúntes. Hombres de estatura baja, pelo y tez oscura, grandes patillas, ojos como carbones y sombreros negros de ala muy ancha para protegerse del sol. Tiraban de sus animales de carga y parecían dirigirse a un punto en concreto. Los siguió. A pocos metros de donde se alojaba había una pequeña plazuela, recóndita y coqueta, llamada la Plaza del Potro en honor a

una fuente de agua fresca allí situada que estaba coronada por este noble animal.

Había decenas de tratantes de ganado mular y caballar que exponían sus animales esperando conseguir pingües beneficios. Se mezclaba el humo del tabaco con el sudor humano, el excremento de animal y un olor dulzón. Alonso tenía hambre. Buscó con la vista de dónde provenía el aroma que su fino olfato había captado. Procedía de un angosto portal donde una anciana, arrugada como una pasa, freía algo en abundante aceite caliente. Utilizaba una especie de sartén de hierro con dos asas y un extraño aparato del que, apretando una manga, salía una masa a la que daba la forma de pequeñas ruedas que luego enganchaba en unos junquillos. Alonso compró tres ruedas de aquella masa frita, jeringos era el nombre de aquel exquisito condumio. Se sentó a comer con parsimonia en un poyo de mampostería. Observó a la gente que se movía rápida y risueña delante de sus ojos. Era, como poco, curioso ver cómo se mezclaban tipos rudos, muchos de ellos de etnia gitana, vociferando su mercancía a grito pelado, riendo de forma escandalosa y gesticulando con las manos a una velocidad de molinillos de viento, con muchachos de aspecto cuidado, delicado y de maneras exquisitas, que eran futuros artistas. Se dirigían con premura hacia la entrada del Museo Biblioteca y Escuela de Bellas Artes, que se encontraba en un lateral de dicha plaza. El edificio había sido el antiguo hospital de La Caridad. Su director, según supo después Alonso, era don Rafael Romero y Barros, padre del que luego sería el afamado pintor Julio Romero de Torres.

Justo enfrente del museo estaba ubicada una humilde y blanca posada del mismo nombre que la plaza. Era un hervidero de comerciantes entrando y saliendo durante toda la mañana. Ofrecían su mercancía con astucia y cerraban tratos mientras tomaban algún refrigerio para aclarar la garganta. Alonso se dirigió hacia allí. Debía encontrar trabajo imperiosamente o pronto estaría sin plata. Aquel podía ser un buen lugar en el que buscar. Él era experto en el cuidado y doma de caballos. Había aprendido a montar casi antes que a andar, allá en su lejana Argentina. La imagen clara de su abuelo llegó hasta su mente y sintió una aguda punzada de dolor. ¡Cómo lo echaba de menos! Pero la melancolía no tenía cabida en su mundo ahora mismo. Debía resolver muchas cosas en su presente inmediato como para dejarse envolver por la nostalgia del pasado.

Alonso cruzó el vano de madera que daba paso al recinto. Se adentró en un patio repleto de gentes y bestias. La fonda era sencilla, de paredes encaladas y lisas. Estaba construida a dos alturas. En la planta baja se hallaba el patio central, irregular y empedrado, así

como la zona destinada a las caballerizas. En la zona alta, con una galería con techumbre de madera y una balaustrada del mismo material, se encontraban las habitaciones. La posada había sido construida en el siglo XV y personajes tan ilustres como Cervantes y Quevedo la mencionaban en sus escritos.

Alonso vio a unos comerciantes que fumaban, indolentes, apoyados en la baranda superior. Conversaban y elogiaban las cualidades de los animales que pretendían vender. Miraron al muchacho con descaro, seguramente por su extraña indumentaria, que no pasaba desapercibida.

En el patio, unos hombres sentados sobre sacos llenos de paja mataban el tiempo jugando a las cartas y bebiendo aguardiente a pesar del calor y de la hora tan temprana.

Alonso, decidido, se acercó hacia ellos.

—Buenos días, señores. —Se tocó el ala del sombrero a modo de saludo—. Mi nombre es Alonso Venegas y estoy buscando trabajo. Mi mundo son los caballos, pero estoy dispuesto a trabajar en cualquier cosa.

Dos de los hombres levantaron la mirada de la baraja y lo examinaron de arriba a abajo, con curiosidad. El gaucho no pasaba inadvertido. Era alto, bastante más que la media de los cordobeses de la época, de amplias espaldas y cuerpo atlético. Su vestimenta no se había visto nunca por aquellos lares. Esos estrambóticos pantalones bombachos, ese pequeño sombrero de ala corta y ese pelo largo que casi le llegaba a los hombros. Esto, unido al tono de voz cadencioso y rítmico, levantó la desconfianza de los allí presentes, dando por supuesto que era forastero.

Córdoba era una ciudad provinciana donde casi todo el mundo se conocía y un extranjero era inevitablemente mirado con recelo y suspicacia.

—Ahora mismo no tenemos nada para ti. Pregunta por la plaza —le dijo un individuo tuerto que carecía de dientes—. Puede ser que algún cortijero, que también los hay por ahí, necesite jornaleros.

Alonso dio las gracias y, dando media vuelta, se alejó pensando que iba a ser difícil ganarse la confianza de aquellas gentes.

—Señorito, ¿quiere *usté* un melón dulce como el almíbar?

El gaucho no se volvió, como era un total desconocido en aquella ciudad, no creyó que nadie pudiera dirigirse a él. De pronto notó que alguien a su espalda le tiraba suavemente de la camisa. Volvió la

cabeza y miró por encima de su hombro. Una muchacha, de no más de quince años, espigada y flaca, le sonreía y lo miraba fijamente con unos ojos negros como tizones.

Iba vestida con una blusa gris que, con un poco de agua y jabón, volvería a su original color blanco y una falda marrón de cretona, un tejido nada fresco para aquella época del año. Posiblemente la había heredado de alguna chica bastante más baja que ella, puesto que le quedaba demasiado corta y dejaba ver unos finos tobillos y unos pies descalzos llenos de mugre.

—¿Me habla a mí? —dijo el argentino, señalándose a sí mismo.

— Sí, *señó, a usté*. ¡Ay, qué bonita habla tiene! ¿Es *usté* forastero? ¿No quiere comprarme *ná* ?

La muchacha le señaló el capacho repleto de melones maduros que llevaba colgado del hombro. Le guiñó un ojo.

—Son *mu güenos* , de verdad que no le engaño —prosiguió elogiando su mercancía—. Palabrita del Niño Jesús —le decía mientras marcaba una cruz imaginaria sobre su pecho para dar más credibilidad a sus palabras.

Alonso sonrió. La chiquilla tenía desparpajo.

—Has acertado, muchacha, vengo de muy lejos. Y no, no quiero melones, gracias — dio media vuelta para proseguir su camino, pero la muchacha le interceptó de nuevo.

—Ande, cómpreme *usté* uno, no sea *saborío* —casi le rogó—. Tengo que venderlos todos de aquí a la noche. Si llego a mi casa sin *parné* me pega un *cate* mi tía Juanica que me deja la *chola* tonta.

Alonso no salía de su asombro. ¿Qué clase de idioma hablaba esa muchacha? No había manera de entenderla.

—No entiendo nada de lo que me dices. Solo sé que no quiero melones.

—Pues sí que es *usté* raro, *gachó,* mira que decir que no me entiende, *pos* no hablo yo clarito ni *ná.*

—Ya, el raro soy yo. —El muchacho se encogió de hombros dando por zanjada la conversación y dio media vuelta.

Como pudo, consiguió salir de la algarabía que había entre la concurrida plaza y las calles aledañas. Todo el mundo se volvía a mirarlo, las mujeres con admiración, los hombres con curiosidad.

Comenzó a callejear por el complejo entramado de vías estrechas, que le pareció un laberinto difícil de descifrar. Subió pasajes, bajó cuestas, fue a parar a recónditas plazuelas, a callejones sin salida, para volver a encontrarse en lugares por los que ya había pasado. Desesperado, llegó hasta una calle llamada Pedregosa. Este nombre le venía dado ya desde hacía años atrás, cuando las piedras del suelo estaban demasiado gastadas y pulidas y tenía una gran pendiente, lo que daba lugar a numerosas caídas. En pleno siglo XIX, ya con baldosas en su pavimento, la cosa no había mejorado mucho. A punto estuvo el propio gaucho de resbalar y caer de bruces sobre el adoquinado. Trastabilló, pero consiguió mantener el equilibrio a duras penas. En ello estaba cuando unas sonoras carcajadas a sus espaldas llamaron su atención. Volvió la cabeza y allí estaba, de nuevo, aquella muchacha del demonio, con su mirada pícara y sus melones a cuestas.

—Muchacha, ¿me estás siguiendo? —le dijo Alonso en tono de pocos amigos.

—No, señorito, yo sigo mi camino, si es el mismo que el suyo, ¿qué quiere yo que le haga? Aunque me parece que anda *usté* un poco *perdío*.

Alonso miró a su alrededor y reconoció que no tenía ni idea de dónde se encontraba.

—Tienes razón, muchacha, estoy más que perdido en esta complicada ciudad. Tal vez podrías indicarme cómo ir hacia el río.

—Si me compra *usté* un melón, se lo digo. —La muchacha lo retó con desafiante mirada y la barbilla alzada.

Sin duda, la muchacha era descarada y atrevida, eso le gustaba. Se acercó a ella lentamente. La moza pensó que iba a darle un pescozón por su osadía. Algo, por otro lado, a lo que estaba muy acostumbrada, ya que era raro el día que su tía Juanica no le diera unos buenos sopapos. Cuando no era por una cosa era por otra, siempre sin motivo. La Juana solía tener la mano más larga por la tarde, después de haberse metido entre pecho y espalda litro y medio de vino.

La gitanilla agachó casi por completo la cabeza entre los hombros, esperando así poder esquivar el golpe que, pensaba, recibiría por su desfachatez. Guiñó un ojo y abrió el otro mientras aguardaba el coscorrón.

—No temas —le dijo Alonso, mientras cogía el capacho y se lo cargaba él mismo al hombro—. No voy a pegarte, pero tampoco quiero tus melones. Te voy ayudar a venderlos; estoy pensando en

hacer un trato contigo; necesito a alguien que me haga de guía por unos días. Si quieres ganarte unas monedas, solo tienes que enseñarme los barrios de esta bendita ciudad. Todos, desde donde viven los obreros, a los arrabales, hasta las barriadas más elegantes. Necesito ganarme la vida y buscarme un trabajo. Por cierto, mi nombre es Alonso Venegas. —Le tendió la mano a modo de saludo.

— *Pos yo* me llamo Fuensanta, Fuensanta Heredia, *pa servirle* a Dios y al rey, que está de luto. —Se limpió la mano sucia en la falda antes de extendérsela a su nuevo y peculiar amigo.

Continuaron camino juntos entre recónditas plazas y estrechas callejuelas. Fuensanta no paraba de hablar y de señalarle tal y cual casa de señorío, quiénes eran sus habitantes y hasta por qué tenían tanto *parné*.

—Mire, ahí viven los señores de Zamorano. Son de mucho postín. La hija se ha casado ya tres veces, porque por tres veces se quedó viuda.

—Será una hermosura, ya que pretendientes no le han faltado —apostilló Alonso que, picado por la curiosidad, atisbaba por una reja forjada que daba a un gran patio empedrado y señorial esperando poder ver a la encantadora dama.

—¿Guapa? ¡Es un adefesio! —exclamó la gitanilla—. Con la boca grande como una rana y unos ojos tan chicos que parecen dos rajas en un tomate —decía Fuensanta, mientras estiraba el extremo de sus párpados con ambos índices hasta parecer una extraña geisha de piel oscura—. Lo que pasa es que de todos es sabido que *a la fea el caudal de su padre la hermosea.*

Alonso soltó una sonora carcajada ante la certera frase de Fuensanta.

La muchacha siguió contándole todas las historias y chismes que corrían por la ciudad. Eran lanzadas al viento y se propagaban como la pólvora por todos los barrios, tabernas y colmados, sin saber si la fuente era fidedigna y sin importar que honra se pudiese desgraciar. La mayoría de los rumores comenzaban en las frescas fuentes que había repartidas por toda la ciudad. Allí se reunían todas las mañanas las mujeres que venían de las casas cercanas, con sus cántaros apoyados en la cadera a recoger el agua fresca para el uso diario del hogar. Acudían jóvenes, niñas y ancianas a disfrutar durante horas del atrayente entretenimiento de despellejar vidas ajenas.

Llegaron hasta la calle Alfayatas, llamada así en su día porque allí habitaban mujeres que se dedicaban a coser ropas de hombre, a las

que en ese momento se llamaba sastras, le explicó Fuensanta.

A mitad de la calle se encontraba la especiera de doña Paca y la muchacha le pidió a Alonso un anticipo para poder comprar en dicho establecimiento.

—Señorito Alonso, ¿no podría usted adelantarme unos dineros? Me encargó mi tía Juanica un octavo de aceite y, como no he *vendío ná en toavía,* pues no sé con qué lo voy a comprar y como esté *liá* con el vino, que le gusta más que a un chivo la leche, de un tortazo me deja *fartusca.*

—Veo que temes a tu tía, tus razones tendrás, pero creo que todavía no me has hecho ningún servicio y ya me estás pidiendo dinero; no sé si ha sido una buena idea contratarte —le dijo el gaucho medio en broma, medio en serio.

— No sea *usté salamanqueso* , hombre. Deme algo.

—Anda, entra —Alonso le entregó dos monedas, mientras la empujaba suavemente dentro del colmado—. Compremos lo que te haga falta.

La muchacha olió el dinero depositado en su mano. Alonso la miró extrañado ante aquel inusual gesto. Fuensanta, al notar su asombro, se explicó:

—A gloria huele el dinero, aunque se saque del estercolero. ¿No lo sabía *usté* ? —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Anda, entra de una vez. A ver si podemos vender aquí estos malditos melones, que pesan más que un ahogado.

La tienda era oscura y tenebrosa como una cueva. Tuvieron que esperar unos segundos a que sus ojos se adaptasen de la luminosidad de la calle a la oscuridad del establecimiento. Detrás de un mostrador de madera, medio carcomido y envejecido por los años, se encontraba doña Paca. Era la mujer bajita y regordeta, con el pelo totalmente cano recogido en un moño bajo y unos ojos que, en su día, seguramente habrían roto más de un corazón.

Detrás de ella, una estantería de madera de encina llegaba hasta el techo. Estaba repleta de diversos productos. A la derecha de la tendera, unos recipientes de barro que contenían infinidad de especias envolvían el aire de aromas exóticos. El colmado olía a pimentón, a orégano, a laurel, a canela, a anís, a clavo, a nuez moscada… Era un festival para el olfato. A la izquierda, un par de toneles envejecidos y soberbios dejaban escapar, de entre sus poros, el olor sutil y delicado del vino amontillado que tantos feligreses tenía entre los parroquianos de la ciudad. Otro tonel, algo más pequeño, a su derecha, contenía el exquisito oro verde, algo indispensable en la cocina de cualquier casa cordobesa. El aceite de oliva era muy común en la zona. Extensos campos repletos con miles de olivos centenarios se cultivaban por toda la provincia. La verde aceituna, que tantas propiedades contenía, era llevada a los molinos de aceite, llamados almazaras, donde el fruto era convertido en el maravilloso líquido esmeralda.

—Buenas, doña Paca —saludó, cortés, Fuensanta—. Quería un octavo de aceite que me ha encargado mi tía.

—¿Qué tal está? —preguntó la vendedora—. Hace tiempo que no la veo. ¿Sigue empinando el codo? La última vez que me la encontré estaba muy perjudicada; si sigue así va a durar poco. —Paca cogió el recipiente pequeño de latón que le acercó la gitanilla y lo colocó bien dispuesto en la espita del barril de aceite para no desperdiciar ni una gota.

—Bueno, *usté* ya sabe cómo es mi tía. Le gusta *alegrarse las pajarillas* de vez en cuando.

Sobre el viejo y sucio mostrador, unos arenques dentro de un recipiente redondo de madera, brillaban como peces de plata. Había también unos ricos trozos de tocino con su buena veta y con alguna que otra hormiga paseando tranquilamente por su corteza con absoluta calma y descaro.

Fuensanta, hipnotizada, no podía dejar de mirar tan ricos manjares. A su nariz llegaba el olor de unos chorizos que colgaban de una viga de madera, por encima de su cabeza, y que la hicieron salivar.

Alonso se percató del ansia de la chiquilla por el hambre que tenía.

—Señora. —El muchacho, muy educado, se tocó el ala del sombrero a modo de saludo—. Mi nombre es Alonso Venegas y quería proponerle un trato. En este capacho llevamos seis melones maduros y dulces como el almíbar. Le propongo un trueque, los melones a cambio de mercancía de su tienda.

La mujer lo miró con recelo. ¿Quién sería aquel extranjero con acento tan meloso y esos ojos pícaros?

—Los melones no serán robados, ¿no? —inquirió la Paca, un poco *mosca* .

Fuensanta, nerviosa, esquivó su mirada. Comenzó a retorcerse el pelo con los dedos hasta sacar unos bonitos tirabuzones.

—Mírame a los ojos, niña —insistió la tendera sobre la procedencia de la hortaliza—. ¿No los habrás robado de ninguna huerta?

Alonso esperaba también una respuesta por parte de la muchacha, que no acertaba a decir nada. Supuso que la mercancía no había sido obtenida por medios demasiado lícitos.

— No me miren así — balbuceó la gitanilla — . No es robada, pero como soy gitana, enseguida a desconfiar de mí; pero que sepan los dos que a *cuenta de gitanos, roban muchos castellanos.*

El gaucho decidió echarle un capote.

—Doña Paca. —Alonso se quitó el sombrero y dejó lucir sus rizos azabaches, dedicándole a la señora una de sus mejores sonrisas—. No regañe a la niña, los melones son míos. Los he comprado esta misma mañana a un hortelano que me los ha dejado a buen precio.

¿Hacemos negocio o no? —La mujer quedó fascinada ante aquel hombre tan apuesto y seductor. Que fuese una mujer ya entrada en años no significaba que no tuviese ojos en la cara ni deseos ocultos.

—Está bien, me fío de usted. Hagamos el trato —le sonrió picarona.

En menos de media hora salieron los dos amigos de la especiera de doña Paca con el capacho lleno de viandas: el octavo de aceite de Baena, un cuartillo de garbanzos de Cañete de las Torres, dos chorizos de Espejo, un buen trozo de tocino, pimentón y azúcar.

Fuensanta invitó a Alonso a comer en su casa, era lo menos que podía hacer por él.

De todos era conocida la hospitalidad de la etnia gitana. Tenían sus propias leyes que seguían a rajatabla. Entre ellas, el respeto a la familia, el cuidado de los hijos y ancianos, el honor de cumplir siempre la palabra dada y, sobre todo, la hospitalidad.

Fuensanta vivía al otro lado del Puente Romano, en el barrio del Espíritu Santo, llamado también el Campo de la Verdad. Un barrio humilde con pocas casas próximas a la campiña sur, a orillas del Guadalquivir, muy castigado por las crecidas del río.

Se dirigieron primero hacia el barrio de la Catedral donde Alonso se dio de bruces con un imponente edificio. Según le contó Fuensanta, aquella era la Mezquita. La ciudad había pertenecido durante siglos a los árabes, a quienes ella llamaba *moros* , y era allí donde se reunían para rezar a su Dios. Ahora era la Catedral.

Alonso tuvo curiosidad por conocer aquel impresionante recinto. Entró por una magnífica y majestuosa puerta, conocida como la Puerta del Perdón. Daba acceso al patio de Los Naranjos. Contempló los noventa y ocho árboles frutales que habían sido plantados en hileras por todo el patio. Estaba dividido en tres partes, con un surtidor de agua en cada una donde antiguamente los musulmanes hacían sus abluciones antes de entrar al templo para rezar. Galerías

porticadas rodeaban el recinto en su zona norte, este y oeste. En la época omeya se habían utilizado como escuelas para niños, antes que Alhakén II creara las escuelas públicas.

Las campanas de la Torre, en el antiguo alminar construido por Abderramán III, comenzaron a sonar invitando al rezo a los feligreses.

Varias mujeres, ataviadas con mantilla de encaje negro, cruzaron raudas el jardín hacia el interior del templo. Diáconos lustrosos y bien alimentados dejaron sus charlas a la sombra para ir a confesar a sus devotos. Niños pequeños escapaban de la vigilancia de sus madres y jugaban a tirarse naranjas agrias, produciéndose más de un percance. Rompía el sosiego del recinto el llanto de un pobre crío descalabrado, junto con la pertinente regañina de la madre del infante agresor.

El sol estaba ya muy alto, hacía calor y Alonso se dirigió a la fuente de Santa María, también llamada Caño del Olivo, para refrescarse un poco. Era una fuente barroca, con un pilón en forma rectangular, construida en piedra negra. En cada ángulo había un pilar de bonita ornamentación y en cada uno de ellos, un caño de agua.

El gaucho mojó su pañuelo en el agua fresca. Lo pasó por su frente y por la nuca para aliviarse del sofocante calor. Unas muchachas con flores en el pelo y unos mantoncillos bordados con flecos, colocados de manera que les cruzaban el pecho, lo miraban con curiosidad. Eran bonitas. Llevaban los cántaros apoyados en la cadera y se disponían a llenar sus recipientes con el agua cristalina del caño mientras murmuraban quedas. Al verse descubiertas por el muchacho, que las saludó cortésmente, rompieron en carcajadas nerviosas y sus mejillas arreboladas no dejaron lugar a dudas de que su conversación versaba sobre el apuesto forastero.

— *Amor trompero, cuantas veo, tantas quiero* —le soltó Fuensanta. La muchacha no salía de su asombro. ¡Ese hombre era imposible! Coqueteaba con una escoba con faldas —. Vamos, señorito Alonso, que se queda *usté* traspuesto y, si no nos damos prisa, nos va a pillar *toa la caló.*

Ya algo más aliviados después de remojarse un poco, siguieron su camino. A pocos metros se encontraron con el viejo puente. Se dispusieron a cruzar la obra romana que, con sus dieciséis arcos sobre el Guadalquivir, el Gran Río, unía el barrio de la Catedral con el del Espíritu Santo. Hacía un sol de justicia y mujeres y hombres tirando de sus recuas transitaban rápidos por él para ponerse a resguardo. No había una sola sombra donde guarecerse del astro rey. A la derecha del puente, una gigantesca rueda de madera perteneciente a un

molino harinero de grandes dimensiones, hacía un ruido estrepitoso mientras era impulsada por la fuerza del agua.

En el otro extremo de la pasadera, un viejo edificio de aspecto amenazante y apariencia de fortaleza, conocido como La Calahorra, parecía querer engullir a todo aquel que tuviese la osadía de atravesar el puente. Las viejas y ennegrecidas piedras le daban un aspecto tenebroso. Solo rompían el oscuro color de la roca algunos arbustos que, osados, habían encontrado cobijo de manera caprichosa entre sus tres torres, unidas por dos cilindros de la misma altura. La Calahorra había protegido en el pasado la pasarela de cualquier posible amenaza que entrase por la parte sur de la ciudad.

Llegaron a la margen izquierda del río. Unas vacas lecheras bebían agua en el arenal al borde de la corriente. Cerca unos burros peludos y grises comían bajo la fresca sombra de una alameda.

Había, aparentemente pescando, unos hombres rudos de grandes patillas que saludaron con la mano amistosamente a Fuensanta. Alonso advirtió que no era una caña de pescar lo que portaban en sus manos, sino un gancho atado a una cuerda. Según le dijo la gitana, estaban «pescando» la leña que arrastraba la corriente.

Alonso vio a lo lejos una especie de chozas pequeñas y humildes; en una de ellas vivía Fuensanta.

—Buenas tardes, tía, ¿dónde está? Traigo a un amigo. —La muchacha retiró la cortina sucia y raída que colgaba de la puerta.

El interior de la chabola era deprimente. Las paredes estaban ennegrecidas por culpa, seguramente, de una precaria cocina que, sin lugar a dudas, estaba mal de tiro. El suelo era de tierra arenosa. Una mesa con dos sillas, una alacena de dos baldas con dos cazuelas de barro agrietadas, dos platos, dos jergones sucios sobre dos esterillas y poco más era prácticamente todo el mobiliario de la humilde vivienda.

La tía Juanica tosió roncamente sobresaltando a Alonso, que no se había percatado de su presencia. Se levantó como pudo de uno de los jergones rellenos de hojas de mazorca. A punto estuvo de caer, pero Alonso, rápido de reflejos, la agarró con fuerza del brazo.

La mujer tenía una edad indefinida, con cientos de arrugas en su rostro, unos pechos caídos y barriga prominente, posiblemente por una incipiente cirrosis.

— Mira, tía, este muchacho se llama Alonso —Fuensanta hizo las presentaciones—. Es forastero y ha conseguido venderme todos los

melones a cambio de comida.

La vieja se rascó la cabeza, chasqueó la lengua, que sentía pastosa, y observó al muchacho de arriba abajo sin decir palabra. Luego, como entendiendo de pronto el significado de las palabras de su hija adoptiva, abrió mucho los ojos y su cara comenzó a ponerse roja de ira. Contempló a Fuensanta con mirada torva y le gritó con una voz varonil más propia de un estibador del puerto que de una frágil anciana.

—¡Maldita niña del demonio! ¿No traes ni una sola moneda? —gruñó la Juana.

Fuensanta comenzó a balbucear, asustada.

—Tía, es que traigo comida…para casi toda la semana, y…

No pudo acabar la frase. Juanica la agarró del pelo sin contemplaciones y comenzó a pegarle en la cara, en la cabeza, en los brazos.

—Si no traes dinero, ¿cómo quieres que compre tabaco y vino? ¡Eres una egoísta! —le gritaba la mujer fuera de sí, mientras la golpeaba—. Solo piensas en ti. Sabes que me pongo muy nerviosa si no bebo, pero no, yo no te importo nada. Después de todo lo que he hecho por ti. Te voy a enseñar lo que vale un peine. Como decía mi difunto padre, *no hay razón como la del bastón.*

La muchacha gritaba y trataba de zafarse de su agresora, pero ésta, enloquecida, sacaba fuerzas de donde no había.

—¡Se acabó! —gritó Alonso furioso ante la actitud de la vieja—. No voy a permitir que pegue usted a esta chiquilla delante de mí. —Sujetó a la mujer por ambas muñecas e intentó alejarla de Fuensanta, que no paraba de llorar.

La tía Juanica se revolvía como una fiera rabiosa, intentando morder el brazo de Alonso.

—¡Señora, señora, tranquilícese! No quiero hacerle daño.

—En mi casa hago lo que me da la gana, forastero del demonio —vociferaba Juana mientras daba puntapiés al gaucho—. ¡Largaos de mi casa los dos! Y no volváis por aquí. ¿Me has oído, Fuensanta? No quiero volver a verte. ¡Así te pudras en el infierno! Estoy harta de ti. ¡Desagradecida!

La vieja comenzó a toser estrepitosamente hasta quedar extenuada. Se sentó en una silla de anea y encendió con destreza una pipa de tabaco. Increíblemente, el paso del humo por su garganta le calmó la

tos.

Fuensanta, encogida en un rincón, sollozaba sin saber qué hacer. No era la primera vez que tía Juanica la echaba de casa, pero esta vez parecía que iba en serio. Alonso levantó a la muchacha del suelo.

—Vámonos de aquí, no tienes por qué consentir que esta bruja borracha te pegue.

La tía Juanica, ante el insulto, saltó rápida como un gato, abrió una navaja que llevaba prendida en la media y, poniéndola en la garganta de Fuensanta, aulló.

—¡Fuera de mi casa los dos, si volvéis por aquí, os rebano el pescuezo!

Soltó a la muchacha con furia y echó a los dos jóvenes a empujones fuera de la chabola.

Fuensanta no paraba de llorar. Se detuvieron a la orilla del río; la gitanilla se recostó en la fresca hierba, sumida en un profundo desconsuelo. Alonso, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir, le acariciaba el pelo.

—¿Dónde voy a ir ahora? ¿Qué va a ser de mí? —se lamentaba la chiquilla, asustada ante su incierto futuro.

—Eres de aquí, esta es tu ciudad, tendrás amigos o más familiares a los que recurrir —intentó tranquilizarla el argentino.

—Yo no tengo a *naide* en la vida. Juana ni siquiera es mi tía. Soy hija única. Cuando yo era chica, mi madre se fugó con un payo que la *cameló,* quiero decir que la enamoró, para que tú me entiendas. Yo me quedé a cargo de mi padre, José Heredia. Vivíamos en un pueblo de Sevilla, en Écija. Él era el *hombre de respeto* entre los gitanos. Bueno y justo, los payos lo llaman *el patriarca* , pero a nosotros no nos gusta esa palabreja. Cuando yo tenía nueve años, a mi padre, el pobrecito mío, le entraron unas fiebres que se lo llevaron a la tumba.

—¿Y entonces Juanica? — preguntó curioso Alonso.

—Era vecina de mi padre, no era mala mujer. Cuando él se vio enfermo, le hizo prometer a Juana que me cuidaría. Y bueno, el primer año estaba yo a gusto con ella, no voy a decir lo contrario. Pero conoció a un gitano malo, ladrón y embustero que fue su perdición. El *gachó* era de Córdoba, así que para acá nos vinimos. El gitano a mí me pegaba *to* los días. Me obligaba a robar y a bailar por las calles hasta que caía rendida de puro cansancio. Un buen día el tío se largó y no volvió más. Yo creí que ahí se acababan nuestras penas.

¡Pero qué va! Juanica empezó a aficionarse al *mollate* . Vamos, a beber. Decía que era para olvidar y ya nunca fue la misma. ¡Con lo que yo he cuidado de ella! Si comemos muchos días es gracias a mí, que busco *pa jalar* honradamente. Pero el vino vuelve malas a las personas.

Comenzó a llorar de nuevo.

—Entonces somos dos almas solas en el mundo — le dijo Alonso mientras ponía la mano en su hombro para infundirle ánimos — . Yo tampoco tengo a nadie. Creo, chiquilla, que el destino nos ha unido y debe de ser por algo.

— *Pos* sí, señorito, debe ser eso —asintió la gitanilla, secándose las lágrimas con el borde de la falda—. Ya lo dice el refrán, *un alma sola, ni canta ni llora.* ¡Ay, madre mía! ¿Dónde voy a pasar la noche?

Alonso quedó pensativo. Una idea le rondaba la cabeza.

—A mí me quedan algunas monedas todavía. Podrías venirte conmigo a la fonda donde yo me hospedo.

—Señorito Alonso, yo no puedo dormir con *usté* — le recriminó Fuensanta ofendida — . Yo soy gitana y muy decente.

La muchacha alzó el dedo índice hacia el cielo, dando más empaque a la afirmación sobre su honra.

—Claro que no vas a dormir conmigo —rió Alonso, divertido—, si eres apenas una niña, no tendrás más de trece años.

—No, señorito, tengo quince recién cumplidos — le dijo la gitanilla ofendida.

—¡ *Ah, m'hija* ! Toda una mujer —ironizó el gaucho—. Pagaré otra habitación para ti. No voy a dejar que una muchacha duerma en las calles sola y desamparada, no me tendría *rispeto* a mí mismo si lo hiciera. Aunque bien sabe Dios que tengo que encontrar un trabajo en breve o dentro de dos semanas a lo sumo estaré sin blanca y no tendremos nada que llevarnos a la boca.

—Por lo pronto, señorito Alonso, hoy yo le procuraré el almuerzo.

Fuensanta se levantó, decidida a buscar las viandas mientras el muchacho la seguía.

—Hay aquí cerca una casa que es de un tratante de ganado — le fue explicando al muchacho mientras andaban por un camino rodeado de huertas — . Tiene un huerto que da gloria verlo. Por encima de la tapia sobresale un hermoso peral cuyas ramas están

cargaditas de jugosa fruta. Lo mismo tenemos suerte y no ha pasado aún *naide* por allí. Yo digo que eso no es robar, ¿verdad, señorito?, porque las ramas traspasan el muro hacia el camino, así que esas no tienen dueño.

Continuaron diligentes el camino polvoriento que se extendía por la parte sur de la ciudad. Anduvieron varios metros. Efectivamente, como había dicho Fuensanta, un muro enjalbegado y blanco como la nieve dejaba adivinar un enorme peral. En el suelo varios pájaros aprovechaban la fruta caída y se daban un suculento festín.

Fuensanta se quitó el pañuelo de flores que llevaba anudado al pecho. Fue depositando con mimo el frugal almuerzo. La niña miró a las aves.

— *Cuando el pájaro la pica es cuando la fruta está rica.* Coja *usté* , que es más alto, las peras que están en las ramas. Yo iré recogiendo las del suelo.

Alonso se aupó y fue eligiendo las más gordas y maduras.

—Fuensanta, ¿qué son esos versos que dices? —le preguntó el muchacho con curiosidad, ante la retahíla de ellos que soltaba la gitanilla en cuanto tenía oportunidad.

—¡Anda! No me diga que no sabe lo que es un refrán, ¿pero de dónde viene *usté,* alma de Dios? Es muy fácil de entender *en tus apuros y afanes, pide consejo a los refranes.*

Con la cosecha ya recolectada, las dos almas solitarias se sentaron a la sombra de un viejo olivo centenario de retorcidas raíces a dar cuenta del condumio. Corría una suave brisa proveniente del río. Alonso sacó su navaja de cachas de marfil y comenzó a pelar la fruta. Fuensanta, con la boca llena, explicaba al gaucho toda la sabiduría que encerraba un refrán.

Doña Ramonita se había levantado de buen talante esa mañana. Parecía que el calor por fin les daba alguna tregua. Desde que se

despertó al alba, notó que el día sería bastante más fresco que los anteriores. Hoy tendrían un respiro. El verano estaba siendo especialmente caluroso y largo, casi desde el mes de mayo ya se habían dejado sentir las altas temperaturas. Estaba deseando que comenzase el otoño, su estación preferida.

Se levantó de la cama a pesar de lo temprano que era todavía. Nunca había sido una mujer perezosa. Como cada mañana, lo primero que hizo fue dirigirse hacia el enorme espejo ovalado de la cómoda. Observó que no tenía demasiadas bolsas bajo los ojos, señal inequívoca de que el descanso había sido reparador. La noche anterior Belter le había hecho una infusión a base de hojas de manzanilla, valeriana, tila y pasiflora. ¡Qué suerte había tenido al contratar a aquellas dos chicas venidas de Alemania! Eran huérfanas y sobrinas de su fiel criada Annika, de manera que ella no había tenido ningún inconveniente en ampliar el personal con estas dos muchachas tan bien recomendadas. Llevaban ya varios meses a su servicio. Cierto es que estaban poco refinadas para trabajar en casa de señores, pero había buen material, solo había que pulirlas. Se habían criado en una granja, de ahí que fuesen un tanto rudas. No tenían ni idea de los delicados cuidados que necesitaba una gran dama como ella. Pero eso quedaba en un segundo plano, teniendo en cuenta que eran sumamente trabajadoras, educadas y dóciles. Doña Ramonita sabía que, con una esmerada instrucción y una maestra diligente como era ella, puliría a esos dos diamantes en bruto que habían caído en sus manos. La pequeña de las dos hermanas fue su preferida desde el primer momento, no solo porque era preciosa, sino porque le gustaba su dulzura, apreciaba su buen talante y su buena disposición para aprender. Belter en realidad no era el verdadero nombre de la muchacha, doña Ramonita la había rebautizado así a la semana de llegar a casa. El impuesto por sus padres en la pila bautismal, Elisabeth Therese, era impronunciable para la buena señora que, aunque inteligente, nunca se había preocupado demasiado por instruir su mente en las distintas lenguas del mundo.

La única misión para la que la habían formado en la vida había sido para encontrar un buen marido y convertirse en una buena esposa, sumisa, obediente y ferviente cristiana. Así que Ramona había arreglado lo del nombre de forma práctica. Tradujo el patronímico de la bella alemana al castellano, descubriendo su similar que no era otro que Isabel Teresa. Pero este le seguía pareciendo demasiado largo y complicado de nombrar, así que lo abrevió uniendo la última sílaba de Isabel y la primera de Teresa, quedando como resultado el bonito y original nombre de Belter. Así fue conocida por todos los miembros de su entorno desde aquel mismo momento.

Frederika, la hermanastra de Belter, también le parecía una chica trabajadora, dispuesta, amable y resuelta. Sabía hacer casi de todo y no se amilanaba ante nada. Había que reconocer que tenía arrojo para cualquier cosa y sabía mantener la sangre fría ante cualquier situación. «Casi como si fuese un hombre», pensaba doña Ramonita.

Días atrás se había producido un incidente en la casona donde quedó manifiesta la valentía de Frederika. La hija pequeña del jardinero, jugando con otros niños, se había caído, con tan mala suerte que su cabecita había impactado contra un arriate construido por su propio padre con piedras afiladas. La niña chillaba y sangraba como un cochinillo en época de matanza. Todo el mundo salió corriendo y dejó sus quehaceres para ver qué ocurría. Los allí presentes gritaban alarmados con las manos en la cabeza sin que nadie hiciese nada útil para aliviar a la pequeña. Frederika llegó la última, vio lo que ocurría y, sin decir una palabra, se dirigió a la salita, cogió del costurero de doña Ramonita un hilo de seda y una aguja y salió al patio de nuevo. Limpió la herida de la pequeña con el agua de una fuente cercana. Pidió a Belter y a la madre de la chiquilla que la sujetasen con todas sus fuerzas para que no se moviese y, con toda la calma y serenidad del mundo, comenzó a coser el desaguisado que se había hecho la niña. Más tarde, Belter, ante el asombro de señores y sirvientes, contó cómo siempre era Frederika quien cosía a los perros de su padre cuando estos volvían malheridos de las partidas de caza.

A pesar de las muchas cualidades que doña Ramonita le reconocía, la muchacha la desconcertaba. No sabía muy bien el porqué, pero le causaba un inexplicable desasosiego.

Tocó la campanilla varias veces para que acudiese alguna de las sirvientas que estarían ya limpiando la segunda planta. Deseaba que fuese Belter, tenía una idea en mente desde hacía varios días con respecto a ella. Volvió a tocar con insistencia. Necesitaba ayuda para poder vestirse y peinarse; era imposible que una dama pudiera hacerlo sola, debía estar perfecta antes de bajar a desayunar: una señora no podía dejarse ver de cualquier forma, ni siquiera delante del servicio doméstico. Su hermano, don Cipriano, el propietario de la casa, estaría ya esperándola desde hacía un buen rato en el comedor, leyendo el periódico. Sufría de insomnio desde la muerte de su esposa, hacía ya años.

Doña Ramonita volvió a mirarse de nuevo en el espejo y se colocó bien los prominentes pechos, suspirando con nostalgia. Siempre había presumido de un busto voluminoso y terso. Su marido le decía que toda ella le recordaba a un buque insignia: alta, grande y con una

buena proa. Pero a sus cincuenta y nueve años la teoría de la gravedad pasaba a convertirse en práctica. Es verdad que nunca había sido una hermosura, ella no podía engañarse a sí misma: su nariz algo aguileña y unos ojos grandes y un tanto saltones le habían restado belleza a su rostro. Pero al que no había tenido el gusto de conocerla de jovencita, le contaba el cuento chino de que con dieciocho años «ella estaba que se metía por los ojos», cosa que sus oyentes dudaban, y con razón. Su atractivo nunca lo había marcado su físico, sino su peculiar forma de ser. Ahora, con la menopausia, andaba algo sobrada de carnes, pero había tenido un cuerpo voluptuoso y bien proporcionado. Como siempre había sido presumida y extremadamente coqueta y, además, era de las que pensaba que « *quien tuvo, retuvo* » , volvía locas a todas las doncellas haciendo que tirasen de los cordones de su corpiño hasta casi romperlos. Iba tan apretada y ceñida la buena mujer que apenas podía respirar. Resoplaba constantemente ante cualquier pequeño esfuerzo y en alguna ocasión se había desmayado porque no entraba el aire en sus oprimidos pulmones. Pero, como ella contaba a sus amistades, *quien quiere presumir, tiene que sufrir*.

Siempre había hecho su santa voluntad y de su capa un sayo. Había sido el ojito derecho de su padre, por graciosa, charlatana y por su simpar desparpajo. Este se arrepentía de no haberle sabido poner límites. Cuando creció y se hizo una jovencita rebelde y marimandona, su padre supo que ya no había vuelta atrás. Aun así siempre se profesaron un inmenso cariño y ella lloró desconsoladamente su prematura muerte.

Doña Ramonita no había seguido nunca los cánones de la moda y le importaba un comino lo que pensasen los demás. Desde bien jovencita, por ejemplo, se había negado a usar sombrilla, ya que era un artilugio muy engorroso de llevar, con el consiguiente sofocón de su madre, que veía cómo la pálida tez de su niña se bronceaba y se llenaba de manchas como si fuese hija de una simple labriega. Otro tema de disputa era el de elegir el vestuario apropiado para cada ocasión o para cada hora del día. Ramonita iba escotada a las doce de la mañana si así le apetecía, aunque fuese poco decoroso y de mal gusto, sirviendo de comidilla entre las señoras de su posición y de regocijo para sus elegantes maridos.

A los diecisiete años se enamoró de un brigadier destinado en Córdoba. Guapo, apuesto, encantador y juerguista. Como era de suponer, Ramona hizo caso omiso a las advertencias de su familia. El muchacho no fue muy bien recibido en casa del apellido Fuentes debido a la fama de calavera que se había creado él solito en el poco tiempo que llevaba viviendo en la ciudad. Se casaron en contra de la

voluntad de todos y se fueron a vivir a Madrid para poner tierra de por medio hasta que se pasaran los malos humos.

Don Carlos Bernier la quería, sí, pero a su manera. Resultó algo pendenciero y trasnochador, pero nunca le fue infiel, su esposa era sagrada para él. Otra cosa es que bebiese, jugase y llegase a altas horas de la madrugada, pero le juraba y requetejuraba que no existía en el mundo otra mujer para él. Y ella sabía que era cierto. Pero con los años, la muchacha se desencantó y desenamoró por las continuas broncas, casi diarias, que mantenía con su esposo a causa del alcohol y de la precaria situación económica a la que se encaminaban sin remedio. Sin hijos y sintiéndose muy desgraciada, quiso volver a casa con su familia, a la que tanto echaba de menos. Envió una tierna misiva a su madre, mojada con desesperadas lágrimas de arrepentimiento. La nota, llena de ternura y sentimiento, no consiguió ablandar a la dura dama, de estricta moral y acérrima religión cristiana, católica y apostólica. Contestó a su hija de manera desabrida y escueta: *casamiento y mortaja del cielo bajan.* Por lo que Doña Ramonita llegó a la conclusión de que *a buen entendedor, pocas palabras bastan* . Se resignó a su suerte y se quedó al lado de su marido, siendo la buena esposa que se esperaba de ella.

Pero Ramona, inesperadamente, un buen día quedó liberada de la pesada carga de vivir con un hombre al que ya no amaba ni respetaba. El brigadier, una Navidad, cumplidos los cuarenta, murió repentinamente debido a sus excesos.

La joven viuda quedó sola en la capital. Sin descendencia y con las arcas de la economía familiar precariamente mermadas, una mañana, la mujer, que era de mente práctica y calculadora, se sentó en el despacho de su difunto y comenzó a estudiar los libros de contabilidad. Ya hacía meses que había empezado a sufrir ciertas estrecheces. Sumó, restó, multiplicó y dividió, descubriendo que, con la renta que le había quedado del extinto brigadier, unos doce mil reales anuales, que mentalmente reconvirtió en pesetas, contaba con lo que serían unas tres mil de la casi recién estrenada moneda. Descubrió, atónita y preocupada, que podría permitirse llevar una vida digna, pero no como ella acostumbraba y se merecía. Si empezaba a sumar los cuatrocientos sesenta reales anuales del servicio, unos doscientos de petróleo, trescientos de la lavandera, cuarenta del sereno…sería imposible poder vivir holgadamente .Tendría que renunciar a cosas que para ella eran imprescindibles desde la cuna.

Así que, con todo el dolor de su corazón, tomó una decisión. Debía abandonar Madrid. Dejó la capital una fría mañana de febrero. Lo que

más le dolió, sin duda, fue tener que dejar las tertulias que organizaba los jueves en el salón de su casa, con personajes sumamente interesantes que le abrían un mundo nuevo de viajes y aventuras. Se despidió con lágrimas en los ojos de la infinidad de grandes amigos que había hecho en la villa gracias a su enorme carisma y generoso corazón.

Recogió algunos bártulos y se dispuso a marchar unos meses a Córdoba, a la antigua morada de sus padres, que ahora pertenecía al varón de la familia, su hermano Cipriano. Había quedado viudo hacía dos años y ella había pensado plantearle la idea de ir a vivir con él. Le proporcionaría compañía, no era bueno que un hombre estuviese solo. Además, ella era muy buena en cálculo y le llevaría la contabilidad del hogar sin ninguna mácula, ayudándole a ahorrar unos dineros con su buena administración.

Así que, al igual que Julio César en la batalla de Zela, Ramona «llegó, vio y venció». En pocos meses se convirtió en dueña y señora del hogar familiar, cosa que, por otro lado, su hermano agradeció. Hasta la llegada de doña Ramonita la vida doméstica había sido un verdadero suplicio para don Cipriano. Era un tormento para él tener que tratar con las cocineras y criadas que, además, estaba seguro le sisaban en la compra. Le exasperaban las peleas, quejas y demandas constantes de las mujeres de su servicio, máxime cuando él era un hombre sosegado y tranquilo por naturaleza. Bastante tenía con administrar sus fincas, sus caballos y sus jornaleros. La llegada de su hermana había sido una bendición.

Doña Ramonita volvió a tocar impaciente la campanilla de bronce que reposada sobre la mesita de noche.

—Pero bueno, hoy todo el mundo debe de estar sordo en esta casa —se quejó. Descorrió ella misma las pesadas cortinas de terciopelo, color azul noche. La claridad de la mañana entró a raudales por toda la habitación. Odiaba la oscuridad.

Oyó que alguien llamaba tímidamente a la puerta.

—¡Pasad, ya os vale! Lo que os ha costado oírme.

Belter había subido a airear las habitaciones y escuchó el pertinaz tintineo de la campanilla. La señora ya estaba levantada y pedía ser atendida. La muchacha asomó la cabeza por el dintel de la puerta y pidió permiso.

—¡Buenos días, Belter! Ven, pasa, que no me como a nadie, aunque lo parezca —le dijo Ramona complacida al ver que era la muchacha que prefería la que había acudido a su llamada.

—Buenos días, señora. —La joven miró a su alrededor. Siempre que entraba a aquel aposento quedaba abrumada.

Aquel dormitorio la tenía enamorada desde el primer día que lo contempló. Era amplio y bien iluminado, nada que ver con la pequeña y triste habitación de su casa de Alemania, oscura y austera. A la dueña de aquella alcoba le encantaba el sol y los colores alegres y eso se dejaba ver en la decoración. Tenía dos enormes ventanales con batientes que daban al patio central. Desde allí se podía contemplar la enorme palmera datilera que se encontraba en el centro, erguida y elegante, desafiando al cielo. El aroma de las distintas plantas repartidas en grandes tiestos, bajo la galería, subía hasta el segundo piso, envolviendo toda la habitación. El mobiliario era armonioso y elegante. La cama estaba fabricada con madera de roble. Era fuerte y robusta, con un artístico dosel de gasas vaporosas para evitar los insectos en esta época del año. En invierno estos cortinajes eran sustituidos por otros de más enjundia, como el terciopelo, más útil para mantener el calor del lecho. La señora gustaba de sábanas del más fino algodón cosechado en la vega de Córdoba. Las iniciales de doña Ramonita, en hilo dorado, dejaban ver a las claras que pertenecían al abundante ajuar que llevaba la señora cuando se desposó. La colcha de cama, que era del mismo tejido que la cortina, se encontraba desparramada por el suelo de manera descuidada. Belter la recogió y la posó encima del lecho.

—Don Cipriano ha dicho que la espera para desayunar, señora.

—Bien, pues no podemos hacer esperar al señor. —Doña Ramonita se colocó sobre los hombros la *mañanita* de croché que ella misma había confeccionado. Le gustaba dejarla cerca, sobre el canapé situado junto a la cama; un enfriamiento podía ser algo muy peligroso, incluso mortal—. He dormido como un ángel, Belter, gracias a la infusión que me preparaste anoche.

La muchacha aún no se había acostumbrado a que su señora la llamase por el aquel extraño nombre inventado por ella. Aunque tenía que reconocer que le gustaba su sonoridad, así como su brevedad.

—¿Qué vestido desea ponerse usted hoy? ¿Va a salir a algún sitio? —Belter aprendía pronto el oficio. Era lista y le ponía ganas.

—Sí, hoy tendré el día completo —doña Ramonita sacó la lengua frente al espejo y observó si estaba blanca por empacho. La noche anterior se había tomado de postre cuatro pastelitos de sidra de una sentada—. Tenemos que darnos prisa con mi arreglo. Mi hermano se levanta con un hambre atroz y ya sabes lo impaciente que se vuelve con la comida.

Belter abrió el enorme armario de seis puertas con luna, llamado así por el espejo que sustituía a una de las puertas centrales. Era de gran utilidad, ya que su propietaria podía ver de cuerpo entero el efecto de su atuendo.

Doña Ramonita se acercó hasta el armario para elegir vestido. Tenía que ir con traje de mañana, iba a ir a visitar a su amiga Matilde Castañeda. Era de buena educación devolver las visitas y su amiga había pasado a saludarla, a ella y a su hermano, la semana anterior. Ramonita sabía que la amistad que le profesaba Matilde era solo de conveniencia. La señora Castañeda había quedado viuda hacía un año, por lo que ya había pasado el periodo de luto que prohibía volver a contraer matrimonio durante los trescientos y un días siguientes a la muerte de su marido, o después de su alumbramiento, si estaba encinta. No cumplir la ley podía llevar a penas de arresto mayor y multas que iban de las ciento veinticinco pesetas a las mil doscientas cincuenta. Así que, pasado el peligro, doña Matilde se había lanzado de lleno a la caza y captura de un nuevo marido. Entre los candidatos se encontraba don Cipriano Fuentes de la Mata, un hombre de buena posición económica, poco amigo de los conflictos y de educación y nobleza sin parangón.

—Belter, te voy a poner a prueba. Quiero que hoy me ayudes tú a elegir mi vestuario —afirmó doña Ramonita rotunda, haciendo un ademán a la sirvienta para que se acercase al vestidor—. Pronto deberás escoger los vestidos y complementos adecuados para mí en cada momento, solo con que yo te diga cuáles serán mis actividades para ese día.

La muchacha, indolente, fue supervisando cada traje, rechazando unos y escogiendo otros que, tras descolgarlos de su percha correspondiente, posaba delicadamente encima del lecho.

Los vestidos estaban ordenados según fuesen de mañana, tarde o noche. Había para todos los gustos. Confeccionados con telas de cuadros, de rayas, de lunares, con bordados de flores, de pájaros. Los había en tonos vivos, verdes, azules y rosas de distintas gamas. Pero también en tonos sobrios, grises y marrones. Eran de diversos tejidos: algodón, lino, muselina, tafetán, seda, terciopelo… Los había con todos los adornos inimaginables de pasamanería: volantes, encajes, botones de nácar, bordados con hilo de plata, lacitos, aplicaciones de otomán…

Belter, antes de llegar a esa casa, no había visto jamás en su vida tantos trajes juntos, ni tan bonitos, ni había imaginado que fuese necesario tal número de vestidos para una sola persona. Nunca había

conocido a nadie que fuese propietaria de un ropero tan amplio y voluminoso como su señora.

—Bueno, dime, ¿cuál elegirías tú entre todos estos? —la animó Ramona—. Te diré cuál será mi itinerario para hoy: mi primera visita será para mi confesor espiritual, don Tomás. Más tarde iré a casa de mi amiga doña Matilde Castañeda, que seguramente me invitará a almorzar, o al menos eso espero, porque tiene una cocinera que hace el mejor rabo de toro de la ciudad. Para primera hora de la tarde he pensado que podríamos ir a pasear por el Paseo de la Victoria. En ese momento siempre suele estar muy concurrido con carruajes y con señores a caballo.

—Iremos… ¿a qué se refiere, señora? —preguntó Belter extrañada. Ella jamás salía a acompañar a doña Ramonita en sus visitas, era una simple criada y, además, de las últimas en entrar a su servicio.

—Pues eso, me refiero a que he decidido que desde hoy serás tú quien me acompañe en mis salidas —dijo la mujer, satisfecha con la decisión tomada—. Durante años lo ha venido haciendo tu tía Annika, pero creo que un cambio nos vendrá bien a las dos. La mujer ya está algo mayor y cansada y yo necesito a alguien joven que me acompañe. Una dama que se precie no puede ir sola por ahí, no está bien visto. Venga, ahora dime qué traje elegirías para mí.

Belter, aún desconcertada ante la noticia que no sabía cómo se tomaría su tía, dudaba ante la elección. Tras varios minutos de indecisión se decantó por un traje de color verde oliva con cuerpo de muselina y aplicaciones de pasamanería. Las mangas estaban adornadas con encajes en los puños, a juego con el escote. Luego se dirigió hacia la cómoda para continuar con el atuendo de su señora. Abrió uno de los cajones y sacó unas medias de seda color melocotón y de un viejo baúl donde se guardaba el calzado, unos botines negros de poco tacón. Siguió con los complementos: un abanico pintado a mano, guantes de raso y un sombrero poke pasado de moda. Llevaba años desfasado, pero Belter sabía que era el preferido de doña Ramonita, que tenía la suficiente personalidad como para no dejarse influir por el frenético cambio de la moda.

A su señora le daba exactamente igual lo que se llevase en cada momento y todo el mundo lo sabía. Al igual que el sombrero anticuado, tampoco estaba ya de actualidad el peinado en bandós que su señora tanto usaba. Este consistía en dividir el pelo en dos mechones con raya en medio y recogerlo en forma de guedejuelas, tapando las orejas; un tocado nada favorecedor que hacía décadas que estaba pasado de moda. Incluso aún guardaba en su vestuario algún

que otro vestido con crinolina. Hacía mucho tiempo que esa forma de falda acampanada con armazón, tan incómoda, no se utilizaba, aunque ella la defendía a capa y espada porque disimulaba sus anchas caderas.

—Magnífico, Belter. ¡Manos a la obra! —Sonrió doña Ramonita, complacida con la elección—. Eres una chica muy lista, que aprende pronto.

La señora tomó asiento frente al espejo. Este, enmarcado con bellos motivos florales y vegetales, formaba parte de un elegante tocador. El mueble era de madera oscura, con adornos de marquetería en tonos más claros. Tenía varios cajones frontales sin tiradores, con una cerradura cuya llave guardaba celosamente los secretos de su dueña. Belter colocó un peinador sobre los hombros de doña Ramonita y comenzó pacientemente con el cepillado del pelo. El cabello de doña Ramonita era aún abundante y recio. Unas mechas plateadas destacaban sobre el castaño oscuro.

Desde que la muchacha había llegado a la casa, ese había sido uno de sus primeros cometidos, cepillarle el cabello. Lo hacía cien veces por la noche y cien veces por la mañana, con peine cuadrado de cerdas finas; así quedaba más sedoso y limpio, antes de comenzar con el laborioso peinado.

Belter se quedaba maravillada de los mil artilugios de belleza que había dispuestos sobre el coqueto tocador. Un sinfín de frascos y perendengues que hasta hacía solo unos meses la joven no sabía ni que existían. Había todo un instrumental de belleza. Un juego de tocador de opalina y esmalte, un ungüentario donde se guardaban pomadas, frascos de perfume, un peine de marfil, una cajita de porcelana policromada destinada a guardar un cepillo fino que se utilizaba para la limpieza de los dientes, agujas para el pelo, polveras de metal repujado…

Ahora entendía por qué las mujeres burguesas se conservaban mucho mejor que las féminas rurales, como lo había sido su madre, que con la misma edad se encontraba mucho más ajada que las señoras de ciudad.

Después de cepillar el pelo hasta dejarlo totalmente desenredado y sedoso, Belter decidió recoger el pelo de su señora en un moño alto. Lo adornó con flores secas, dejando unos mechones sueltos que fue rizando pacientemente en forma de bucles con el hierro, nombre por el que se conocía a las tenacillas, que previamente había calentado en las ascuas.

Doña Ramonita, ya peinada, comenzó con el aseo de sus dientes. Una dama se distinguía por tener una dentadura perfecta e impoluta y una piel blanca como la nieve.

Antes de comenzar con su limpieza dental, llevó a cabo el minucioso ritual que realizaba a diario antes y después de cepillar sus dientes.

Su doncella, mientras, estiraba las sábanas de la cama y ponía un poco de orden en la alcoba.

—Ven, acércate, Belter —la requirió su señora—. Quiero enseñarte algo. Esta receta me la enseñó mi madre y es muy necesaria para conservar y fortalecer la dentadura, así que es muy importante que aprendas cómo se hace. Me la tendrás que preparar todas las mañanas, es muy fácil, mira. —La mujer acercó todos los utensilios que le iban a ser necesarios. La muchacha asentía atenta a la explicación—. Solo tenemos que disolver una dracma de sal de amoniaco en un cuartillo de aguardiente y añadimos unas gotas de agua, ¿ves? Ahora, con esta poción mágica, yo me enjuago antes y después de cepillarme los dientes, que me quedarán perfectos.

Doña Ramonita, ayudada por Belter, acabó de vestirse. Ya perfectamente ataviada, bajó al comedor. La muchacha caminaba detrás de su señora portando sus guantes, su sombrero, su sombrilla y su abanico.

Entraron en el saloncito. Su hermano Cipriano la esperaba sentado en el extremo de una larga mesa de reluciente caoba. A sus espaldas, una puerta con cuarterones de cristal abierta de par en par dejaba ver un coqueto jardín interior. Los propietarios de la casa gustaban de desayunar allí en los inviernos de mañanas soleadas, así como de cenar en verano para aliviar las altas y sofocantes temperaturas estivales. Los naranjos, limoneros, geranios, jazmines, gitanillas, begonias… daban un toque de alegría y color al pequeño oasis. Una buganvilla color salmón trepaba osada por una pared, cerca del pozo. Justo en el muro opuesto, una enredadera creaba un tapiz natural de un bello verde intenso. Había infinidad de árboles que simulaban un pequeño bosque: palmeras, cipreses, tilos, jacarandás…Una fuente de piedra, debajo de un gran magnolio, dejaba en el ambiente el rumoroso y relajante sonido del agua al caer. En el centro del surtidor, un angelote de piedra con un cántaro en el hombro vertía grácil el refrescante líquido.

Aquel lugar era un remanso de paz para el alma, y el sitio preferido de Belter. En cuanto los quehaceres diarios la dejaban descansar unos minutos, se escabullía gozosa al jardín. Echaba tanto

de menos sus valles y sus bosques verdes que era, en esa pequeña parcela, donde se encontraba más feliz.

Doña Ramonita tomó asiento a la derecha de su hermano, en una cómoda y elegante silla de respaldo alto, tapizada en colores burdeos con flores de lis amarillas.

—No sé cómo podéis tardar tanto las mujeres en arreglaros —se quejó don Cipriano mientras echaba azúcar a su humeante café. Estaba hambriento y, como no le gustaba tomar el pan tostado frío, ahora tendría que esperar a que saliese recién horneado.

—Hermano, los hombres con cualquier cosa estáis listos, pero nosotras tenemos que estar perfectas en todo momento para vosotros —se defendió zalamera su hermana.

—¿Y adónde vas tan acicalada? —se extrañó don Cipriano.

—Pues iré a misa de once, como hago todos los domingos. —Doña Ramonita untó generosamente con mermelada de melocotón un buen trozo de pan caliente—. Y luego voy a devolverle la visita a doña Matilde Castañeda. Seguramente me quede a almorzar con ella, no me esperes. Ya por la tarde he pensado ir al Paseo de la Victoria. Hace un día espléndido y seguro que está muy concurrido. Si te apetece, podemos vernos allí sobre las cinco.

—Pues mira sí, iré, es una buena idea. Seguro que el buen tiempo hará que la gente se anime. —Cipriano dio un suculento bocado a un trozo de pan sobre el que había vertido aceite de oliva y un poco de azúcar—. ¿Vas con Annika?

—No, hoy me llevaré a Belter. Ya le he dicho que vaya a cambiarse de ropa. —Frederika, que en aquel momento servía el café al señor, miró a doña Ramonita de reojo disimulando su asombro—. Será mi acompañante. Frederika —dijo dirigiéndose a la sirvienta—, cuando acabes, ve a la cocina y avisa a Antonio de que enganche la carretela.

La muchacha asintió y salió a cumplir la orden de su señora. Antonio, el cochero, estaría entre fogones pelando la pava con Soledad, la cocinera. A esas horas Sole le estaría preparando un suculento desayuno, como solía hacer todos los domingos. Un observador avispado se habría percatado de que Frederika iba sofocada, roja de ira. Odiaba a doña Ramonita: «Esa estúpida —se decía para sus adentros—, siempre dando órdenes y creyéndose la reina de Saba. Y mi hermanita, ¡vaya pécora! Desde que llegamos se metió a la vieja bruja en el bolsillo, con esa cara de angelito y sus buenas maneras. Y por lo que se ve, la vieja piensa convertirla en su doncella personal, desbancando, la muy zorra, a su propia tía».

La indignación la sobrepasaba. Hubiera abofeteado a su hermana si se la hubiese cruzado en ese mismo instante por los pasillos. Belter ahora se dedicaría a pasear y atender los caprichos de la señora, mientras ella tendría que fregar suelos, limpiar la plata, sacar brillo a los mil ventanales de aquella enorme casa, sacudir alfombras… La mosquita muerta siempre se las apañaba para acabar haciendo las tareas más amables. En Alemania se ocupaba de hacer la comida, coser y limpiar los pocos enseres de los que disponían. Sin embargo ella, a la muerte de su padre, se había ocupado del ganado, el huerto, cortar leña, acarrear agua… ¡No, no y no! Estaba más que harta. No estaría durante mucho más tiempo en esa situación. Las circunstancias la habían empujado a venir a Córdoba, pero no estaba dispuesta a pasar el resto de su vida como una simple criada. A ella nadie le daba órdenes. No las había acatado nunca en su vida, ni de su propio padre. No iba a permitir ahora que lo hicieran unos desconocidos, por mucho que estuviesen procurándole un techo y un plato de comida. No, desde luego que no. Tenía un plan y, si este salía bien, pronto cambiaría su suerte.

Era domingo y, para Frederika, su tarde de descanso. Podría haber ido a pasear por la ciudad, leer en su habitación o salir de campo con alguna compañera. Pero, en realidad, no se llevaba demasiado bien con ninguno de los sirvientes de la casa. No conseguía entender el carácter de los andaluces, como tampoco había entendido nunca el de su madrastra, criada en aquel mismo ambiente. La gente siempre andaba voceando, exagerándolo todo, quitándole importancia a cualquier cosa y riéndose hasta de la propia muerte. Prefería estar sola. Su hermana había salido a pasar el día con doña Ramonita. Ella decidió pasar su jornada libre limpiando el gran salón, así, al menos, aplacaría sus nervios.

Hizo acopio de todo lo necesario para una limpieza a fondo y entró en la estancia.

Don Cipriano leía absorto el diario, justo al lado del gran ventanal por donde entraba la luz a raudales. Estaba sentado cómodamente en

un sofá orejero tapizado con flores de tonos vivos. Fumaba un oloroso habano.

—Señor —le dijo Frederika interrumpiendo su lectura—, ¿le parece bien si paso a limpiar el polvo? No quisiera molestarle —le dedicó al hombre una de sus mejores sonrisas mientras, plumero en mano, comenzaba a limpiar sin esperar respuesta.

—No, no me molestas en absoluto. Haz lo que tengas que hacer —le contestó su señor educadamente y continuó leyendo.

Frederika lo observaba disimuladamente mientras pasaba el penacho por los marcos dorados de los numerosos cuadros que adornaban las paredes. «Tiene años —pensó—, pero sigue conservando cierta gallardía. Lleva mucho viudo. Seguro que se encuentra muy solo».

Don Cipriano era un sexagenario alto, de pelo oscuro que se le iba encaneciendo por días. Los ojos eran castaños como los de su hermana, pero los suyos eran diferentes, pequeños y curiosos. Unas notorias entradas mostraban una frente despejada y noble. El bigote y patillas bien recortados estaban salpicados de mechones blancos que le daban un aspecto distinguido y elegante. Hacía mucho tiempo que había enviudado y no había conocido más mujer que a su difunta esposa, doña Elvira Santisteban. ¡Una santa!, solía decir él cada vez que la nombraba. Bendito el día en que su hermana Ramona decidió ir a vivir con él, había sido un regalo caído del cielo. Le había dado alegría a la casa con esa pasión que ella ponía en todo. Por eso no lograba entender por qué, incluso con su hermana allí, últimamente le pesaba tanto la soledad. «Seguramente me estoy haciendo viejo», pensaba en su solitario lecho las frías noches de invierno.

—Lo siento, señor. —La sirvienta lo distrajo de nuevo de las noticias del día—. Tengo que pasar el plumero por la mesita que tiene usted a su derecha, si no le molesto, claro está.

—No, mujer, no te preocupes, haz tu trabajo. No quiero oír luego a mi hermana quejarse y echarme la culpa del desorden de la casa.

Frederika, plumero en mano, se inclinó a escasos centímetros por delante del caballero, para despejar el molesto polvo. Tan cerca estaba de don Cipriano que unos mechones rebeldes que se habían soltado de su perfecto moño rozaron las mejillas del señor. El viudo carraspeó nervioso. Ella siguió canturreando canciones de folklore alemán, haciéndose la desentendida.

El hombre se pegó tanto como pudo al respaldo del sofá, casi no se atrevía a respirar. Se sentía violento, pero no dijo nada. Frederika lo

miraba de soslayo. Se incorporó y se puso frente a él.

—¿Va usted a salir esta tarde?— le preguntó solícita—. Le he oído quedar con su hermana para ir al paseo Si quiere le puedo planchar alguna camisa que desee ponerse.

—No, no te preocupes. Me pondré cualquier cosa que pille a mano. —Volvió a toser incómodo.

—No, don Cipriano —contestó la muchacha de forma tajante—, cualquier cosa no. Mientras yo esté en esta casa, un señor con su porte y distinción irá como un marqués.

El hombre se sonrojó hasta las orejas como si se tratase de un simple quinceañero. Nunca había sido demasiado guapo ni apuesto, su altura le había dado un aspecto más bien desgarbado y torpe. Jamás se había visto como alguien distinguido o elegante, pero tuvo que reconocer que oírlo de otra persona, mujer y joven, era sumamente halagador.

Cumplidos los sesenta y dos, que una jovencita lo piropeara de aquella manera, le daba cierto pudor, pero a la vez, lo llenaba de satisfacción.

—Ya he terminado por hoy, señor. ¿Desea comer usted algo en especial? Como hoy libra Soledad… si quiere le puedo preparar yo misma un pastel de cebolla, típico de mi tierra.

—Te lo agradezco, hija, pero yo soy más de carne de caza —se justificó don Cipriano para no ofenderla—. Como buen cazador que soy, prefiero un conejo al ajillo o una carne de jabalí bien condimentada. —No le era muy atractiva la idea de comer en un día festivo pastel de cebolla.

Frederika lo miró fijamente a los ojos. De pronto, para asombro del anciano, la muchacha comenzó a hacer pucheros. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas dejando a don Cipriano totalmente desconcertado y sin saber qué hacer ni qué decir.

—Niña, por Dios, siento haberte molestado —le dijo el hombre contrito—. Si te vas a poner así por esa nimiedad, hazme el pastel de cebolla. No quiero causarte ningún disgusto. No llores, por favor. De verdad, me siento muy mal viéndote así. Toma mi pañuelo.

El hombre se levantó del sillón y, solícito, le alargó el lienzo. La sirvienta, compungida y cabizbaja, lo observaba de reojo mientras se sonaba la nariz.

—Ay, no, señor, si la culpa no es suya, es que me he acordado de

mi difunto padre, al que yo adoraba. Él era también un amante de la caza y… —Rompió a llorar con más ímpetu si cabe y apoyó su frente sobre el pecho del pobre viudo, buscando consuelo.

Don Cipriano, aturdido y sin saber qué hacer con las manos, optó por acariciar dulcemente su cabecita.

Ella alzó la cara y, con estudiada ternura, lo miró con ojos velados por las lágrimas. El hombre quedó desarmado.

—Es usted tan bueno, don Cipriano, un santo varón. —Acarició la rugosa mejilla del caballero, que se sintió indefenso ante tal muestra de afecto.

El viudo creyó estar en la gloria, le parecía que levitaba sobre la alfombra de seda y lana tejida en la India que ocupaba el centro del salón. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía el suave roce de la mano de una mujer? Bien es verdad que doña Ramonita, de vez en cuando, le daba un achuchón que otro, pero era su hermana y eso no contaba.

En ese instante de emoción, el hombre, envalentonado por las circunstancias, agarró la mano de la muchacha con audacia y posó un casto beso en su dorso. De repente, Frederika, como si se sintiera avergonzada por aquella situación tan embarazosa, le devolvió el pañuelo y, azorada, salió apresuradamente del salón.

Don Cipriano se quedó allí pasmado, mirando hacia la puerta por donde había desaparecido la dulce alemana. Fijó su atención en el pañuelo que aún mantenía apretado en su puño y que había quedado impregnado de un leve aroma a lavanda.

Cogió el habano que reposaba encendido en el cenicero de cerámica comprado en La Rambla. Dio una profunda calada y se entretuvo en hacer con el humo círculos perfectos que se elevaban etéreos hacia el techo, iban alcanzando altura lentamente para luego diluirse en la nada. El hombre, distraído, los miraba sin ver. Pensaba en Frederika, esa muchacha que, a pesar de no tener la belleza de su hermana, era la mujer más sensible, cariñosa y encantadora que había conocido jamás.

—Sin menospreciar a mi difunta esposa, que en paz descanse —murmuró a la vez que miraba el retrato de doña Elvira que, desde lo alto de la chimenea, lo miraba con ojos inquisidores.

Don Cipriano, amilanado, le dio la espalda. Se miró en el enorme espejo de marco dorado que colgaba en un extremo del salón. Primero se colocó de frente. «No estoy mal» —pensó. Luego se situó de perfil. Contuvo unos segundos la respiración y encogió todo lo que pudo la

tripa que se dejaba notar levemente bajo el batín de seda verde. No estaba tan mal lo que veía. Tal vez fuese cierto que, a pesar de su edad, seguía manteniendo un porte distinguido y apuesto. Se atusó el bigote. Volvió a oler el pañuelo con aroma de lavanda y suspiró intensamente.

Doña Ramonita, acompañada por Belter, acudió a misa de once en la iglesia de San Miguel. Antonio llegó a la hora indicada subido en el pescante de un carruaje tipo cupé, tirado por un caballo limonero, dispuesto a llevarlas hasta la casa de doña Matilde Castañeda. La vivienda estaba cerca de la Puerta de Gallegos, por lo tanto, cerca de la iglesia, pero tardaron una eternidad en llegar. A cada paso, doña Ramonita mandaba parar al cochero para saludar a propios y extraños.

El edificio de dos plantas, propiedad de doña Matilde, era imponente. Una de las mejores casas de la ciudad. La fachada era de ladrillo visto encalado en la primera planta, con varias ventanas exteriores ornamentadas con rejas de hierro forjado. Un balcón principal, sostenido por unas elegantes columnas jónicas de mármol veteado, se encontraba justo encima de un gran portón de entrada, construido en madera de cedro y metal tachonado. Un blasón nobiliario sobre el dintel, representando un león herido, mostraba con claridad que aquella familia era una de las más notables de la ciudad.

Belter aporreó varias veces el llamador de la puerta. De nuevo, el rey de la selva, esta vez representado en hierro forjado, mantenía entre sus fauces la aldaba dorada.

Al poco tiempo, una doncella con uniforme impecablemente almidonado les abrió el portón. Cruzaron un zaguán que estaba en penumbra y permitía el paso a un señorial patio empedrado. Multitud de plantas de vistosos colores y dulces aromas embriagaban el ambiente. En la planta baja, una galería de columnas unidas por arcos de medio punto rodeaba el atrio. Al fondo se veía una amplia escalera de mármol rosado que conducía a las dependencias de la segunda planta, la zona donde vivían los señores. La sirvienta les rogó

amablemente que la siguieran y ascendieron por la escalinata. Las acomodó en un elegante y amplio salón. Tapices de Bruselas cubrían las frías paredes. En uno de ellos se representaba un tema de caza: un gran ejemplar de ciervo con una imponente cornamenta intentaba defenderse de una jauría de perros, que le enseñaban amenazantes sus terribles fauces. A Belter le causó cierto desasosiego. Le gustaba mucho más otro que colgaba de la pared que se encontraba a su derecha. Este tapiz mostraba unas bellas odaliscas que bailaban veleidosas alrededor de un muchacho que adornaba su cabeza con un exótico turbante. Sus ojos eran negros como la noche. Comía un jugoso racimo de uvas negras mientras una hermosa mujer le servía una copa de vino. Al lado del tapiz, un sólido mueble de caoba, con vitrina de cristal, dejaba entrever una impresionante vajilla de la Cartuja. En la balda interior, una delicada cristalería de Bohemia aportaba más lujo aún al conjunto.

Las mujeres tomaron asiento en un cómodo sillón de dos plazas, tapizado con coloridos crisantemos. Fabricado en madera dorada, sus patas simulaban las garras de un águila, muy acorde con la moda del momento. Al fondo, una gran chimenea de mármol negro proporcionaba un toque acogedor a la estancia. Sobre esta colgaba un fiel retrato de doña Matilde en plena juventud, demostrando que había sido una mujer realmente bella. No faltaba ningún detalle en aquel aposento. Había candelabros y bandejas de plata por doquier. Bomboneras de cristal tallado, colocadas con gracia sobre las diversas mesas de marquetería tipo oriental distribuidas por toda la habitación. Licoreras, relojes de bronce, figuras y jarrones de porcelana china… A doña Ramonita le gustaba especialmente la gran araña de metal y cristal que colgaba del techo. Varias alfombras de Persia tejidas en lana y seda cubrían el suelo de la sala. A Belter, acostumbrada a la austeridad, aquella decoración le parecía algo excesiva. Todo denotaba que se encontraban en una morada de rancio abolengo y decorada según el último grito, según le explicó doña Ramonita.

—Aquí tienen de lo bueno lo mejor. Una de las mejores casas de Córdoba.

La doncella acercó a la dama y a su acompañante un frutero con rojas cerezas y una dulcera con magdalenas recién hechas para que tomasen un tentempié mientras ella iba a anunciar a su señora la visita.

Doña Matilde tardó casi una hora en hacer acto de presencia. Ese retraso no era considerado de mal gusto ni una falta de respeto. De todos era sabido que una dama no podía recibir a sus visitas vestida

de cualquier manera. Eso sí hubiera sido una falta de educación y una grosería imperdonables.

La señora de la casa entró en el salón, radiante, con una amplia y sincera sonrisa. Era una mujer sencilla, como casi todos los que realmente eran acaudalados desde la cuna. Apareció perfecta. Lucía un favorecedor vestido de crepé de una sola pieza de color azul celeste. La parte delantera era del estilo conocido como pecho de paloma, adornado con encaje, lo que hacía resaltar su generoso busto. Su pelo azabache estaba salpicado, como el de Ramona, por algunos mechones blancos que la hacían aún más distinguida. Peinada con raya en medio y moño alto, un pequeño lazo de raso era su único adorno. Unos graciosos tirabuzones le caían con donaire en la parte de la nuca. Los zapatos eran de punta cuadrada, bajos. Como únicas joyas, lucía unos pequeños pendientes de rosetón de zafiros.

Tanto Belter como su ama se levantaron para responder a la cordial bienvenida de su anfitriona.

—Querida Ramonita, qué alegría que aceptaras devolverme la visita. —Tomó cariñosamente las manos de su amiga y la besó en la mejilla—. Te quedarás a comer, ¿verdad? Ahora mismo ordeno a la cocinera que lo prepare todo. Mientras, tomaremos un refrigerio en el jardín.

En ese momento reparó en Belter que, tímidamente, parecía querer resguardarse tras las faldas de su señora, intentando pasar inadvertida.

—¿Y esta linda muchacha? —Doña Matilde la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cabeza—. Vamos, chica, no seas tímida… ¿Cómo te llamas? ¡Qué ojos tan hermosos tienes! ¡Nunca había visto una mirada tan azul como la tuya!

—Me llamo Elisabeth Therese, señora —susurró Belter.

—Qué nombre tan extraño. ¿Y ese acento? ¿De dónde has sacado a esta niña, Ramona?

Doña Ramonita salió al rescate de la azorada muchacha.

—Matilde, se llama Belter, es mi nueva doncella. La he rebautizado yo porque su nombre me resultaba muy complicado de pronunciar. Llegó desde Alemania hace unos meses con su hermana Frederika. Es sobrina de mi fiel Annika, a la que ya conoces. Las muchachas son huérfanas de padre y madre y han venido a vivir a Córdoba.

La señora Castañeda volvió a examinar a la joven.

—Tienes una cara preciosa, niña, y un cuerpo muy bonito. Nunca había visto a nadie con un pelo tan dorado como el tuyo ni unos ojos de un azul tan celeste.

Belter, afortunadamente, pudo librarse de tanto halago y lisonja gracias a la interrupción de un muchacho de pelo negro, ojos verdosos y mediana estatura que entró en el salón saludando con aspavientos exagerados. Sus oscuras ojeras dejaban traslucir una noche loca de desaforados excesos. Lucía un pantalón demasiado estrecho que, advirtió Belter, no parecía de su talla, y que dejaba adivinar visiblemente sus partes nobles y le daba un aspecto vulgar. Llevaba una camisa blanca inmaculada pero muy arrugada y un chaleco adamascado que dejaba entrever una prominente barriguita.

—Buenos días, madamas. —Hizo una reverencia algo afectada y se dirigió a su progenitora, doña Matilde—. Madre, quería decirle que no me espere usted hoy para almorzar, estoy invitado en casa de Juanito Villasante y no sé a qué hora volveré. Ya sabe cómo son sus padres, no me soltarán fácilmente.

—Hijo, ¿otra vez vas a salir? —se quejó su madre—. No paras en casa. Tendré que hablar contigo seriamente. —Su madre parecía realmente enojada—. ¿Crees que ayer no te oí llegar a altas horas de la madrugada? Y…

El muchacho la interrumpió de manera descortés.

— *Ma cherie* , no creo que sea este el momento más adecuado para que me sermonee. —Alzó las cejas, advirtiendo la presencia de la visita—. Si puedo hablar un momento con usted aparte, *maman* .

Cogió a su madre suavemente del codo y la llevó hasta el otro extremo de la sala para hablar en privado.

—Necesito que me deje usted algo de dinero. Estoy sin blanca —casi le susurró.

—Ya te di dinero ayer, y una buena suma, por cierto —replicó su madre, alzando algo la voz—. No me dirás que te lo has gastado todo en francachelas.

—Madre, le seré sincero. Estuvimos jugando hasta altas horas de la madrugada unas partidas a las cartas y no tuve suerte. Ya sabe usted cómo son estas cosas, no la tenía de cara. Y es de caballeros saber perder y pagar las deudas que uno contrae. Eso decía padre.

—Sabes que no me gusta que juegues, hijo. ¡Ay!, si tu padre levantara la cabeza. Siempre me decía que no le gustaban tus juntas. Muchachos de buenas familias, pero todos unos calaveras y unos

libertinos, no hay ni uno juicioso.

—Bien, bien, madre… eso me lo ha dicho usted cien veces, pero ahora tengo algo de prisa y no puedo pararme a escucharla. Esta noche hablaremos. Vamos, deme usted algo de dinero y atienda a su visita. Por cierto, ¿quién es la muchacha que acompaña a doña Ramonita? Es muy bonita. ¿Es extranjera?

—Sí, es su nueva doncella, alemana, pero habla perfectamente el castellano. Y no me cambies de tema —dijo impaciente—. Esta noche vuelve a tiempo para cenar, Baldomero. Te estaré esperando —le advirtió.

La mujer suspiró profundamente y se dirigió hacia una alacena antigua con puertas de madera labrada que había pertenecido a su abuela y que ella conservaba como oro en paño. La abrió y levantó la tapa de una gran sopera de porcelana de Limoges. Tenía una delicada decoración vegetal en tonos verdes, amarillos y azules pintada a mano en el alero y un fino borde de oro. Esta era una de las pocas piezas que aún se conservaban del ajuar de su madre y ella la cuidaba como si de una santa reliquia se tratara. Doña Matilde cogió unos cuantos billetes y monedas de su interior. Tenía escondidas pequeñas cantidades de dinero en los sitios más inverosímiles. Del lugar más insospechado hacía una hucha. Era una rareza que había tenido desde pequeña y que de mayor se había convertido en una obsesión. Lo más increíble de todo era que luego recordaba dónde y qué cantidad exacta había guardado en cada lugar. Todos los días buscaba y contaba su peculio como una burda usurera. No se fiaba, alguna criada le podía haber sisado parte del contenido. Le entregó el dinero a su hijo.

—Más te vale que mires por ello —le amenazó—. No pienso darte más en toda la semana.

El muchacho, zalamero, la besó en la mejilla. Sabía que su madre nunca cumplía la mitad de las amenazas. Era su único hijo y el niño de sus ojos. Él lo sabía desde su más tierna infancia y siempre se había aprovechado de ello. Se despidió de las señoras y se marchó canturreando alegremente. Al pasar por el gran espejo dorado que había en el pasillo se miró atentamente. Concluyó que no tenía muy buen aspecto. Se chupó el dedo índice y se atusó las cejas. Se encogió de hombros, resignado, y se dirigió a su habitación para acabar de acicalarse.

—Esta juventud, Ramonita, no tiene cabeza alguna —se disculpó doña Matilde ante su visita—. Belter, hija, puedes ir a la cocina con el servicio hasta que doña Ramonita te necesite. Llamaré a mi doncella

para que te acompañe y te presente a los demás.

Una vez que la muchacha se hubo marchado, la mujer se volvió hacia su amiga.

—Pues como te decía, Ramona, creo que al ser hijo único lo hemos malcriado y echado a perder entre mi esposo y yo. No sabes la suerte que tenéis de no haber tenido vástagos, ni tú ni tu hermano. No son más que un saco de problemas. Claro, que será un inconveniente cuando faltéis los dos por el tema de la herencia.

Doña Ramonita pensó con desagrado que doña Matilde se estaba metiendo en un jardín que no le correspondía. ¿Quién era ella para opinar sobre su vida o su herencia? ¿Qué sabía ella si alguna vez había deseado con todo ímpetu ser madre?

En el fondo Ramona conocía bien a su amiga y sabía que sus comentarios no llevaban ninguna mala intención, más bien eran fruto de la simpleza de su personalidad. La justificó pensando que, al fin y al cabo, Matilde, a pesar de su riqueza material, era una mujer provinciana. En raras ocasiones había salido de Córdoba y era poco mundana por naturaleza. En eso ella le llevaba ventaja: el hecho de haber vivido en Madrid tantos años la habían convertido en una mujer mucho más cosmopolita, o eso, al menos, pensaba ella.

Era conocedora de que su amiga le hacía ojitos a su hermano Cipriano, pero pensó que, a pesar de su fortuna y su simpatía, no le apetecía nada tener a su entrometida amiga como cuñada, y mucho menos a su hijo Baldomero, un calavera, descarado e irresponsable, como sobrino.

Decidió pasar por alto el comentario de doña Matilde y disfrutar de la visita.

—Hace calor aquí, ¿verdad? —Cambió de tema hábilmente e hizo ademán de incorporarse del asiento mientras golpeaba con brío el abanico contra su pecho.

—Sí, bajemos al jardín —le indicó doña Matilde—. Si quieres, puedo decir que nos sirvan la comida en el merendero.

Las señoras pasaron un día muy agradable al aire libre, haciéndose confidencias y poniéndose al día de los últimos chismes de la alta sociedad. Clausuraron la reunión tomando un licorcito de guindas y un trozo de esponjoso bizcocho.

Sobre las cuatro y media de la tarde, doña Ramonita se despidió y solicitó que avisaran a su doncella. Su cochero pasaría en breve a recogerlas para llevarlas al paseo.

Doña Matilde agradeció enormemente la visita de su amiga. Se sentía tan sola en aquella enorme casa… Contaba con la única compañía de su hijo que, para colmo, apenas paraba en el hogar familiar.

Antonio, como acordaron, las recogió a la hora prevista y doña Ramonita y Belter se dirigieron hacia el encantador Paseo de la Victoria por la Puerta de Gallegos. Esta puerta había estado ubicada en una de las murallas que rodeaban la antigua ciudad. Había sido destruida solo unos años antes para ensanchar el espacio donde se celebraba la Feria de la Salud.

Señora y doncella llegaron en su carruaje al extenso campo de la Victoria, muy cercano al ferrocarril y a los jardines de La Agricultura. Belter lo observaba todo con inmensa curiosidad y le pareció uno de los parajes más encantadores y atractivos de la ciudad.

Decenas de carruajes y señores a caballo paseaban a esa hora con sus mejores galas. Era un sitio perfecto para encontrar marido o esposa. Un lugar donde los miembros de la nobleza y de la alta burguesía se dejaban ver.

Donde antaño se había ubicado un convento, más tarde reconvertido en hospital, en la actualidad era un extenso terreno allanado, con hermosos rosales y coquetas palmeras de abanico, almezos perfectamente alineados, tilos de hoja ancha, tejos, fresnos, algarrobos y jacarandás que mecían sus ramas con la suave brisa del atardecer. Una gran fuente cuadrada que se proveía de los veneros de Santa Clara servía como abrevadero para los caballos que por allí transitaban.

—¡Qué bonito es todo esto, doña Ramonita! —decía Belter entusiasmada, con la cabeza fuera del coche mirándolo todo a derecha e izquierda sin perder detalle—. Y cuántas señoras elegantes y hermosas.

—¡Ay, sí, Belter! Se trata de mi sitio preferido. Me alegra que te guste —asintió su señora, satisfecha de la impresión que todo aquello causaba en la muchacha—. Tengo que traerte a la velada de la víspera de San Juan. Es una maravilla. Lo iluminan todo a la veneciana y queda bellísimo.

—¿Y cómo es, señora, ese estilo de iluminación?

—Pues mira, para que te hagas una idea, el ayuntamiento cuelga cientos de farolillos de colores entre el follaje de toda esta frondosa arboleda y queda todo envuelto en un halo de romanticismo. Se respira algo mágico en el ambiente. Es maravilloso verlo. —La mujer,

mientras hablaba, saludaba con un leve gesto de cabeza a la gran cantidad de conocidos con los que se cruzaban en el paseo—. Tampoco puedes perderte la feria de Nuestra Señora de la Salud, que se celebra en los tres días de Pascua de Pentecostés —explicaba dando palmaditas entusiasmada como una chiquilla—. Ponen unas tiendas preciosas, con adornos de todo tipo, que dan una vistosidad y colorido increíbles a todo el Real. También hay corridas de toros, mi torero preferido es Lagartijo. Tan guapo, tan varonil, tan valiente…

Belter la miró entre sorprendida y divertida. Su señora tenía todavía un corazón que palpitaba con fuerza ante un hombre apuesto. Doña Ramonita leyó la cara de la muchacha como si fuese un libro abierto. Se sintió algo avergonzada al ver de qué manera tan exaltada y poco adecuada para una dama había elogiado al valeroso matador. Las dos mujeres se miraron fijamente y acabaron riendo ante aquel momento de complicidad femenina.

En el extremo opuesto del Paseo de la Victoria, sentado en un banco de obra de cerámica azulada y respaldo de forja, a la sombra de una soberbia palmera, se encontraba Alonso. Charlaba animadamente con su amiga Fuensanta. Observaban el ir y venir de aquellas personas adineradas que sonreían y charlaban bulliciosas sin ningún tipo de preocupación en sus vidas. Bien alimentados, bien vestidos, con buena caballería y dineros contantes y sonantes.

—Algún día, Fuensanta, yo también iré como esos señores —susurraba el gaucho, como si hablara para sí mismo, la mirada perdida en la nada—. Vestiré como un señorito. Chaqueta, corbata, mi sombrero de copa…y cabalgaré sobre el mejor *zaino* .

—Vaya, y entonces, ¿qué hará esta pobre gitana cuando te codees con todos esos señoritingos? —Hacía tiempo que habían empezado a tutearse—. Además, deberás tener mucho cuidado con ellos. Un consejo te doy: *si entre lobos has de morar, aprende a aullar.*

—Fuensanta, tú y tus refranes —le dijo Alonso mientras le pellizcaba cariñosamente la mejilla—. Cuando sea rico, te llevaré a

vivir conmigo, y tú vestirás como una verdadera señorita. Tendrás hasta tu propio carruaje para que vayas a hacer visitas.

—Sí, ya… y zapatos de raso. ¿Y quién va a querer recibir en su casa a una gitana? ¡Anda, Alonso! Deja de soñar, que pronto llegarás a la treintena y ya se sabe que: *quien a los treinta no asesa, no comprará dehesa.* No es bueno soñar tanto.

En esta conversación andaban cuando, de pronto, la calma del paseo se vio interrumpida por el estruendoso sonido de unos petardos. Segundos después se oyeron unos gritos de mujer.

Antonio, el cochero de doña Romanita, había bajado del carruaje un instante para comprar a la vieja Amalia que, con su cesto de mimbre colgado del brazo, vendía arropías a los transeúntes todos los domingos y festivos del año, unas garrapiñadas para su señora.

Aprovechando la ausencia del cochero, unos golfillos de unos siete u ocho años de edad idearon la gamberrada de tirar los pequeños explosivos a los pies del caballo. Al ruido de los cohetes, el animal, asustado, se encabritó y salió al galope, arrastrando en una carrera desenfrenada al carruaje con sus ocupantes dentro. Los caminantes corrían enloquecidos tratando de ponerse a salvo. El corcel, con los ojos desencajados y echando espuma por la boca, parecía volar por el paseo levantando a su paso una intensa polvareda.

La gente, sobrecogida al oír los gritos de las mujeres, miraba atónita al brioso caballo que corría sin rumbo fijo, presa del pánico. El temor de todos los allí congregados era que el coche volcase o fuera arrojado contra alguno de los árboles del paseo y se produjese una terrible desgracia.

Varios señores a caballo, entre ellos don Cipriano, que había reconocido su limonera, intentaron en vano interceptar al animal. Los avezados cocheros de otros carruajes trataban de esquivarlo, apartándose de la loca carrera de aquella bestia. Alonso se percató del alboroto existente, se subió a un banco para averiguar qué estaba ocurriendo y, en una décima de segundo, se hizo cargo de la situación. Vio al animal desbocado aproximarse al lugar donde él se encontraba. Decidido y sin pensarlo dos veces se adelantó unos pasos para poder actuar mejor. Cuando el caballo estuvo casi a su altura, miró, calculó y, cogiendo las boleadoras que siempre llevaba colgadas de su cintura, las *reboleó* por encima de su cabeza, haciéndolas girar a toda velocidad mediante los tientos y, con total precisión y destreza, las lanzó a las patas traseras del animal.

El caballo cayó inmovilizado al instante y el carruaje, debido a la

inercia, volcó sobre un costado. El griterío de los allí presentes se oyó de forma unánime. La gente corrió frenética a ver lo ocurrido.

Alonso corrió ligero para ayudar a las personas atrapadas en el pequeño habitáculo. Los paseantes se arremolinaron alrededor del coche. El gaucho ayudó a rescatar a una señora que se debatía entre volantes, enaguas y lazos. Don Cipriano, con la cara blanca como la cera, también se precipitó a sacar a su hermana del carruaje, que había quedado maltrecho.

Doña Ramonita se encontraba dolorida y desorientada. Sangraba por la frente debido a un golpe recibido en la cabeza.

Alonso, de pronto, oyó unos lamentos a su derecha. Entonces la vio. Belter había salido despedida del coche y tenía un pie atrapado bajo el carruaje. El dolor era insoportable.

—¿Cómo se encuentra usted? —dijo acercándose hasta ella—. Deme la mano, tranquila, yo la ayudo.

—No puedo moverme, tengo el pie atrapado —se lamentaba la joven con gesto de intenso dolor en el rostro.

Alonso buscó otra solución. Con la habilidad adquirida durante años, quitó las boleadoras al caballo, que ya, algo más calmado, se dejaba hacer. Con cuidado montó sobre él y pidió a los hombres allí reunidos que, cuando diese la orden precisa, él trataría de poner al animal en pie mientras ellos levantarían la carretela. Minutos después consiguieron liberar a la muchacha. Alonso volvió a tenderle la mano para ayudarla. Fue en ese instante cuando Belter alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

Algo dentro del gaucho se removió ante aquella dulce mirada. Jamás en su vida había contemplado un rostro tan bello. Sus ojos azules, llenos de lágrimas debido al dolor, parecían dos hermosos lagos. Su cabello era tan dorado como el trigo maduro del verano. Su boca sensual y sonrosada. Sus pechos, pequeños y firmes, ahora fatigados por el miedo pasado. Era una sensación extraña la que sentía ante la visión de aquella angelical muchacha, algo que nunca antes había experimentado.

—No, no puedo andar —se lamentó Belter—. Creo que tengo destrozado el tobillo.

A Alonso le extrañó el acento tan peculiar de la joven. Sin duda, era extranjera, lo mismo que él. A la alemana tampoco le pasó desapercibida la dulce entonación del argentino al dirigirse a ella.

—No se preocupe, yo la ayudaré. Pase su brazo por mi cuello. La

cogeré en brazos.

El muchacho la asió con fuerza y, llevándola casi en volandas, pasó entre la gente que, abriendo un pasillo, los miraba curiosa. La depositó suavemente sobre el banco donde, hacía unos instantes, él mismo había estado sentado con Fuensanta.

Le subió unos centímetros el vestido. La ayudó a descalzarse y le palpó con suavidad el tobillo por encima de las medias. Comprobó que estaba abultado pero, afortunadamente, no había nada roto. La muchacha se sonrojó ante aquel gesto tan atrevido por parte de un hombre que, además, era un perfecto desconocido.

Alonso notó su azoramiento.

—Lo siento. Le dolerá durante unos días, pero no tiene nada roto. Debería ponerse vendas frías y un emplaste de arcilla roja con vinagre de vino tinto.

La miraba arrobado mientras le daba sabios consejos. De pronto cayó en un pequeño detalle.

—Perdone mis malos modales, no me he presentado. Mi nombre es Alonso Venegas. —Le tendió la mano a modo de saludo.

—El mío es Elisabeth…Elisabeth…—rectificó. Su nombre y su apellido eran demasiado complicados para los hablantes del castellano—. Belter, aquí todo el mundo me conoce por Belter. —Estrechó con fuerza la mano que el muchacho le ofrecía—. Seguiré sus recomendaciones. Mi madre —prosiguió—, ante estas situaciones, solía prepararnos una cataplasma de hojas de calabaza machacada y…

De pronto, la conversación fue interrumpida por don Cipriano que, seguido de Fuensanta, se había acercado para interesarse por la salud de la muchacha.

—¿Cómo te encuentras, hija? Vaya mal rato que hemos pasado todos. Si no es por este muchacho —dijo señalando a Alonso—, Dios sabe qué desgracia hubiese ocurrido. ¿Cómo se llama usted, joven?

—Alonso, señor. Alonso Venegas.

—Señor Venegas —era la primera vez que alguien le daba ese tratamiento—, le doy las gracias de corazón por haber salvado a mi hermana y a esta pobre muchacha poniendo en peligro su propia vida. Me gustaría recompensarle, vaya mañana a mi casa —le indicó calle y número—. Le esperaré.

Don Cipriano volvió hasta donde se encontraba doña Ramonita

que, asistida ya por varias familias amigas que le ofrecían refrescos y la abanicaban con premura, se encontraba más tranquila.

Antonio apareció con las últimas luces conduciendo un cabriolé. Había ido, por requerimiento de su amo, a por un nuevo medio de transporte, ya que el accidentado había quedado totalmente inservible. Cipriano ayudó a su hermana a subir al coche. La mujer seguía abrumada por los acontecimientos. Alonso volvió a coger a Belter en brazos y la dejó caer con la máxima ternura en el asiento de terciopelo rojo del carruaje.

El coche, junto con sus ocupantes, se fue alejando lentamente. El gaucho, con los dedos cruzados y plantado en mitad del paseo, murmuraba para sí mismo.

—Mírame, Belter, mírame...

Justo antes de que el cabriolé doblase una esquina y se perdiera de vista, Belter sacó la cabeza por la ventanilla y se volvió hacia el camino que quedaba atrás. En ese instante se cruzó con la mirada profunda de Alonso. Lo vio allí, inmóvil, solo, expectante… Un hormigueo que ella jamás había sentido antes le cosquilleó en el estómago y, avergonzada, se ocultó de nuevo en la carretela.

—¡Bieeen! —gritó el muchacho, eufórico, cerrando el puño.

Fuensanta, sentada en el banco, lo observaba pensativa.

—Te has quedado como *alelao* . No te gustará esa muchacha, ¿no? ¡Te has enamorado! —afirmó burlona.

—No digas tonterías. Yo nunca me he enamorado —le replicó Alonso, molesto ante aquella observación.

—Pues lo mismo ha sido un flechazo —aseguró Fuensanta—, hay mucha gente que dice tenerlos.

—Niña, eso solo pasa en las novelas y yo no sé leer.

—Ya, pero tú te has quedado muy callado, *gachón* , y *cuando los labios callan los ojos hablan.*

—¡Anda, chiquilla, qué imaginación la tuya! —dijo Alonso dando una palmada al aire—. Vamos a la posada a descansar, mañana creo que será un gran día.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Fuensanta intrigada.

—Porque presiento, gitanilla mía, que por fin va a cambiar nuestra suerte.

Al día siguiente Alonso se levantó temprano. Había dormido poco, los últimos acontecimientos lo habían exaltado. Pidió a la dueña de la posada que le preparase una tina con agua templada y se dio un buen baño. Fuensanta le recortó con buena maña la barba y el cabello, que llevaba demasiado largos. Ya bien *espercojao* , el gaucho, ilusionado y optimista, se encaminó hacia la calle Gondomar.

Fuensanta lo acompañó para evitar que pudiera perderse y, como consecuencia, llegase tarde a la cita que tenía con don Cipriano. Eso hubiera sido algo imperdonable.

A las diez en punto Alonso estaba clavado ante la enorme puerta de la casa de la familia Fuentes de la Mata. Tocó varias veces con fuerza el llamador dorado. Se sentía seguro de sí mismo, todo saldría bien. El muchacho observó con curiosidad la aldaba mientras esperaba respuesta del interior. Representaba una cabeza de caballo con una herradura en la boca. Hacía ya un calor de justicia y el muchacho comenzó a sudar profusamente, muy a su pesar.

A pocos metros, Fuensanta lo observaba. Se había sentado en un banco de forja situado en una coqueta plaza aledaña a la casa. Prefería pasar inadvertida. Se acomodó dispuesta a esperar pacientemente que su amigo acabase la entrevista con don Cipriano. Un encuentro que podría cambiarles radicalmente la vida.

Los goznes de una pequeña puerta incrustada en el gran portalón chirriaron estridentes al abrirse.

Frederika fue la encargada de abrir la puerta a aquella visita que se presentaba a una hora tan intempestiva de la mañana. Vio a Alonso y lo observó extrañada. A punto estuvo de indicarle que pasase por la puerta de la cocina si buscaba caridad. Pero el muchacho, que vio en sus ojos una sutil mirada de desprecio, se adelantó a sus intenciones.

—Buenos días, señorita —saludó educadamente, despojándose del sombrero—. Estaba citado con don Cipriano, a las diez de esta *mesma* mañana.

La expresión de Frederika al oír el peculiar lenguaje y acento de su interlocutor fue aún de mayor desconcierto. Estaba claro que era extranjero. Como la reunión era con el mismísimo dueño de la casa, a la criada no le quedó otra opción que dejarlo entrar. Le hizo esperar en el patio principal, mientras ella iba a comunicar su visita.

Alonso, mientras esperaba, observó aquella bonita mansión. Era una casa de señores de postín, sin duda. El atrio empedrado con *chino* cordobés formaba dibujos geométricos en tonos oscuros y claros. La bonita galería, con arcos lobulados de ladrillo caravista sobre columnas de piedra caliza, albergaba las distintas dependencias de la planta principal. Había bancos de madera labrada situados en sitios estratégicos bajo los soportales. Hasta la mitad, las paredes lucían un zócalo con azulejos árabes de vistosos colores. En la primera planta destacaban las ventanas de las habitaciones principales, cuyos postigos estaban pintados de color azul añil.

Un cachorro de raza bodeguero andaluz se entretenía mordisqueando las hojas verdes y tiernas de un tiesto.

—Eh, pequeño, ¿qué haces aquí? —Alonso se acercó hasta él—. No estropees las plantas de tu amo. No seas malo, ven acá.

Cogió en brazos al chucho. Tan ensimismado se encontraba jugando con él que no reparó en la muchacha que salía por una de las puertas que se encontraban a su derecha. La joven apenas podía caminar. Se apoyaba en una vieja muleta que la estaba martirizando. Belter se sorprendió gratamente de encontrarle allí.

—Buenos días, señor Venegas ¡Qué sorpresa! —lo saludó con sinceridad complacida.

Alonso se giró al oír su nombre. Sus ojos se iluminaron al descubrir quién era la persona que requería su atención.

—Buenos días, señorita. —Posó en el suelo al travieso cachorro. Se secó la mano llena de babas en el pantalón y se la tendió a la joven—. No esperaba verla por aquí. ¿Qué tal se encuentra?

—Yo sí que no esperaba encontrarlo en esta casa —le sonrió la muchacha, condescendiente—. Yo vivo aquí, ¿no se acuerda? Lo verdaderamente extraño es su presencia. Y contestando a su pregunta… ya ve, apenas puedo apoyar el pie. Sufro un dolor espantoso.

—Bueno, poco a poco, no fuerce su cura. —Le aconsejó el gaucho —. Mi presencia aquí es a causa de don Cipriano, me dijo que viniese hoy.

El perrillo comenzó a mordisquear las faldas de Belter. La joven lo cogió en brazos y comenzó a hacerle mimos.

—Eh, diablillo, no seas malo o no te daré sandía. ¿Sabe usted que le encanta esa fruta fresca?

Ambos rieron. Frederika bajaba por la escalera principal en ese instante. Tenía el encargo de llevar al gaucho a presencia de su señor. Se extrañó al ver a su hermana tan sonriente con aquel completo desconocido y, para colmo, extranjero. Belter, al ver su cara de enojo, cesó su carcajada de inmediato.

—Sígame, por favor —ordenó, seca, la alemana, dirigiéndose al gaucho—. El señor le está esperando.

Frederika miró a su hermana fijamente reprochándole su actitud.

Belter se encaminó hacia las cocinas renqueando con el precario soporte. De pronto cayó en la cuenta de que no había agradecido al argentino su valeroso acto del día anterior.

—¡Señor Venegas! —lo llamó con voz clara.

Este, ya en el primer peldaño de la escalera, se volvió hacia ella intrigado.

—Gracias por lo de ayer. Fue usted muy valiente.

El hombre le dedicó una sincera sonrisa y subió, orgulloso de sí mismo, las escaleras tras Frederika. Una vez que esta hubo dejado a Alonso en el despacho de su señor, fue en busca de Belter. La encontró en la cocina sentada en un pequeño taburete, ayudando a Soledad. No era su cometido, pero le gustaba andar entre cacerolas y cacharros. Cuando doña Ramonita no la necesitaba, era allí donde se encontraba más a gusto.

Su hermana mayor, cogiéndola del brazo, la llevó aparte. La joven a duras penas pudo seguirla.

—¿Qué hacías hablando con ese individuo, y de qué lo conoces? —la interrogó enojada—. No me gusta que hables con extraños y menos que te rías como una desvergonzada con alguien a quien no conoces de nada. Si tu madre levantara la cabeza, qué disgusto se llevaría.

Siempre que tenía ocasión, Frederika utilizaba aquella misma coletilla para herirla. En cuanto tenía oportunidad, sacaba a colación a Henrietta. Sabía que eso le hacía daño a su hermana, y disfrutaba con ello.

—No he hecho nada malo —se defendió Belter—. Es el hombre

que nos salvó ayer a la señora y a mí. Te conté lo ocurrido en el Paseo de la Victoria y lo valiente y generoso que fue el señor Venegas con nosotras.

—Señor, señooorrrr… —dijo Frederika con retintín, impostando la voz—. A cualquiera llamas tú señor. Y con las pintas que tiene, Dios mío. Mantente alejada de ese zarrapastroso.

—¡Pero me salvó la vida! —insistió Belter, intentando hacer entrar en razón a su hermana.

—Sí, ya te he oído. Pero no me gusta su aspecto. Y espero no tener que repetírtelo. Ahora, deja lo que estás haciendo y ven a ayudarme. —Dio media vuelta y se dirigió hacia el patio del servicio que daba a la cocina—. Jesusa nos espera para enseñarnos a hacer la colada.

—No sé si podré, no puedo estar mucho tiempo de pie.

—¡Pues te sientas! ¿Hoy todo van a ser quejas? —le espetó Frederika malhumorada. Sin más discusión, Belter la siguió cojeando y sin rechistar.

Alonso fue recibido por don Cipriano en su despacho de la segunda planta. Era un lugar luminoso, de muebles sobrios y elegantes, con una enorme y nutrida biblioteca. El dueño de la casa, sentado en un cómodo sillón de piel, intentaba desentrañar unos complicados papeles que tenía entre manos. La letra era tan menuda que ni siquiera con sus nuevos anteojos conseguía leerlos. Se había girado un poco hacia la luz que entraba por el gran ventanal que tenía a sus espaldas.

—Permiso —dijo el gaucho haciendo notar su presencia.

—Ah, señor Venegas, pase, pase. —Don Cipriano dejó aquellos jeroglíficos indescifrables en la mesa y se levantó a estrecharle la mano, dándole la bienvenida.

Definitivamente, a Alonso le encantaba que antepusiesen a su apellido el tratamiento de «señor» que tan grato sonaba en sus oídos.

—¿Cómo se encuentra su hermana… doña…? Perdone, no sé su nombre, ayer con el tumulto nadie nos presentó. —El gaucho, galante, se interesó por el estado de doña Ramonita mientras estrechaba amigablemente la mano de su anfitrión.

—Bien, bien. Pero tome asiento. Venga, aquí estaremos más cómodos.

Se sentaron en dos confortables butacones de cuero con orejeras. Delante de ellos había una pequeña mesa de marquetería cuya única

pata en la base se dividía en tres tramos torneados que simulaban garras de león. Sobre el tablero se veía una bonita caja de madera, forrada en cuero repujado, que su dueño utilizaba como cigarrera.

Don Cipriano la abrió y ofreció un habano a Alonso. Él cogió otro. Meticulosamente, el señor de la casa comenzó el ritual de encendido bajo la atenta mirada del gaucho. En primer lugar utilizó un cortapuros. Con destreza, cortó la parte trasera del cigarro de manera limpia y precisa, justo donde el gorro se unía a la capa. Encendió un fósforo de vara larga y mantuvo la llama cerca del cigarro, girándolo lentamente mientras aspiraba en chupadas cortas para que el encendido fuese uniforme por toda la superficie. El argentino no perdía detalle.

—¿Fuma usted puros? —Ante la negativa de Alonso, su anfitrión le animó—. Venga, pues le toca a usted. —Don Cipriano le cedió amablemente la pequeña guillotina para que comenzase con el corte del habano—. Yo le guío.

El gaucho, bajo la paciente guía de su maestro, consiguió hacerlo de forma bastante decente para ser su primera vez. Pronto la estancia se impregnó del dulce aroma del tabaco. Alonso jamás había *pitiado* un auténtico puro cubano. Con la primera calada hizo una mueca de disgusto.

—Al principio choca su sabor, ¿verdad? —afirmó don Cipriano—. Es amargo y seco, e incluso hacia la mitad lo encontrará un poco leñoso. Sin embargo, cuando llegue al tercio final, comprobará cómo el gustillo se vuelve extremadamente dulce. —El hombre dio una larga y profunda bocanada—. ¿De qué estábamos hablando, señor Venegas, antes de enredarnos en el arte de encender un habano? Ah, sí, me preguntaba por el nombre de mi hermana. Se llama Ramona, aunque todo el mundo la conoce como doña Ramonita. Gracias a Dios, y a usted, muchacho, se encuentra bien. Solo se hizo un pequeño rasguño en la frente. Yo creo que ha sido más el susto que tiene en el cuerpo que la herida en sí. Me ha dicho que le dé las gracias de su parte y que la disculpe. Lleva todo el día en cama. Ella es muy emotiva y apasionada con todo, en lo bueno y en lo malo, por lo, tanto muy impresionable. Enseguida le baja la tensión con estas cosas. Por cierto, también me ha ordenado que sea generoso con usted. Al fin y al cabo le salvó la vida.

Ambos hombres estuvieron hablando durante un buen rato de cosas intrascendentes: de Córdoba, del joven rey viudo, del calor… Hasta que la conversación, para sorpresa de Alonso, tomó más enjundia, yendo directamente a su propio interés.

—Señor Venegas —le dijo don Cipriano en tono solemne—, usted ayer se jugó la vida por los míos y yo eso se lo voy a recompensar. Pero quería tratar además sobre otro asunto que, tal vez, le convenga. Me gustaría proponerle que trabajase para mí. Le pagaré bien.

El joven no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Se estaba concretando lo que llevaba rondando su cabeza desde el día anterior, y sin que él hubiera tenido que abrir la boca.

—Ayer —prosiguió don Cipriano con su discurso— pude comprobar cómo usted solo, sin ayuda de nadie, consiguió tumbar a un caballo desbocado y fuera de sí. Vi con mis propios ojos cómo tranquilizó al animal en décimas de segundo, una hazaña que yo no había visto hacer jamás a ninguno de mis hombres. Se hizo con él como si de un gato manso se tratara. Si me permite una pregunta, tengo curiosidad… ¿A qué se dedicaba usted exactamente en su país?

Al argentino no le convenía dar muchas explicaciones de su pasado reciente y trató de esquivar la pregunta.

—No se equivoca al pensar que entiendo mucho de caballos, si es eso lo que imagina. Me he criado entre ellos. Antes de tener dientes, ya montaba. Los entiendo mejor que a los hombres, que, para mí, son animales de dos patas y bastante más complicados. Los *zainos* me entienden mejor que muchos de mis semejantes. Vengo de muy lejos, don Cipriano, del otro lado del mar, de la Argentina. Nací en la Pampa, señor; eso quiere decir que mi caballo será siempre mi mejor amigo. Con todo el dolor de mi corazón tuve que vender el mío allá en mi tierra. Necesitaba el dinero para poder venir acá.

—¿Y qué le ha traído hasta aquí, a tierras tan lejanas de la suya? —continuó don Cipriano, avivada su curiosidad.

—Es una historia muy larga y complicada de contar, señor. —Alonso se tensó ante la insistencia del anciano.

Su interlocutor, que de tonto no tenía un pelo, percibió que el gaucho no se sentía cómodo y cambió de táctica.

—¡Entonces no se hable más! —afirmó el anciano, dando un giro a la conversación—. Decidido .Trabajará para nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó el muchacho, extrañado.

—Sí. Tengo un socio que es a la vez un buen amigo, don Diego Álvarez de la Oliva. Estaba ayer junto a mí cuando usted realizó su arriesgada hazaña. Como yo, se quedó pasmado al verlo. Poseo tierras y un cortijo, una casa de campo para que me entienda. Se encuentra en un pueblo, en La Carlota, está en la campiña. Don Diego lleva el

negocio de la cría caballar junto con su hijo don Pedro. Estarán encantados de que trabaje para nosotros. Usted se encargará de la doma de los potros. ¿Cuándo desea empezar?

—Enseguida, señor. Estoy dispuesto desde ya. Pero…

—¿Tiene usted algún pero…? —le interrumpió don Cipriano, perplejo.

—Verá, hay un pequeño detalle que quiero aclarar. Tengo una amiga, es casi una chiquilla, y no tiene a nadie en el mundo más que a mí. No puedo irme y abandonarla a su suerte. No me tendría ningún *rispeto* a mí *mesmo* si lo hiciera, ¿sabe?

—Bueno, tendría que pensarlo. —El terrateniente parecía contrariado por la inesperada noticia—. ¿Qué sabe hacer esa muchacha?

—Pues es muy lista, puede aprender casi cualquier tarea. Hay otra cosa que quería contarle de ella. Tal vez sea un inconveniente para usted —Alonso dudó, no sabía cómo se lo tomaría don Cipriano. En el tiempo que llevaba en la ciudad, acompañado de la muchacha, había podido advertir que la joven recibía miradas recelosas de muchos de sus paisanos. Ella le había explicado que los gitanos eran tratados con desprecio y desconfianza desde el principio de los siglos.

—Habla, muchacho —le insistió, impaciente, don Cipriano.

—Pues verá, Fuensanta, que es así como se llama mi amiga, es gitana.

Alonso alzó involuntariamente la barbilla con arrogancia. Una cosa tenía clara, serían dos los contratados o ninguno. Esperó, expectante, una respuesta. El corazón le latía con fuerza. Se lo jugaba todo a una carta. No podía traicionar a su amiga.

Don Cipriano se quedó pensativo. Era un fastidio. La aparición de esa muchacha en escena podía dar al traste con todos sus planes. Se rascó la cabeza y se mesó la barba.

—Entiendo que, si no es con esa condición, el trato queda suspendido —casi sentenció el ganadero.

—Así es, señor, y lo sentiría mucho, porque necesito ese trabajo, pero Fuensanta y yo vamos juntos en el lote.

El gaucho recordó haber pronunciado algo parecido hacía mil años. La historia se repetía, fue el día en que acudió a pedir trabajo para él y para su abuelo, allí en su Argentina natal, a don Pablo López de Azumaga. Maldita la hora en que lo hizo. Esa vez, en el lote iban él

y Celestino. El recuerdo le causó de nuevo aquella punzada de dolor que no desaparecería nunca. Volvía a hacerle daño una y otra vez. No por ya conocida era menos dolorosa.

—Está bien, tengo que hablarlo con mi hermana —dictaminó don Cipriano—. Tal vez podamos encontrarle alguna faena en el cortijo. Venga mañana a las seis de la tarde y le daré una respuesta. Me gustaría que fuese favorable, no quisiera tener que prescindir de sus servicios.

—Así lo deseo yo también, señor.

Se despidieron. Algo le decía a Alonso que la diosa fortuna por fin estaba de su lado.

La respuesta de la familia Fuentes fue afirmativa. Alonso y Fuensanta llevaban varios meses trabajando a su servicio en el pueblo de la campiña cordobesa. El argentino estaba encantado con su nuevo trabajo en el cortijo *El Potro Andaluz*. *Se* encargaba del cuidado de los sementales, así como de la doma de los potros. Fuensanta, por su parte, también se había adaptado maravillosamente bien a la vida en el campo, alejada de la multitud de la ciudad donde se la miraba con recelo. Allí se sentía libre e igual. Se encargaba de las tareas propias de la casa. Era dispuesta y lista. No se había sentido nunca tan orgullosa de sí misma como cuando cobró su pequeño «gran» sueldo. A ella, que nunca tuvo nada y siempre careció de todo, no le hacía falta mucho más. Tenía techo, comida y ropa nueva, algo tosca, pero mucho mejor que la raída que ella vestía cuando llegó al cortijo. Lo peor había sido tener que acostumbrarse a llevar a todas horas aquellos malditos zapatos de badana. La hacienda se encontraba cerca del pueblo de La Carlota, en las llamadas Nuevas Poblaciones.

El Potro Andaluz era una buena finca, de paredes blanqueadas con cal que relucían como la nieve. Un gran portón con espadaña en su parte superior invitaba a entrar al gran patio empedrado donde se encontraban la vivienda de los señores y de los jornaleros. Algo apartadas se encontraban las numerosas cuadras y el picadero. Allí se criaban los mejores ejemplares de caballos de raza andaluza.

Alonso se encontraba a gusto trabajando para don Diego Álvarez de la Oliva, capitán retirado del Cuerpo de Equitación Militar. Un hombre culto, educado y entendido en caballerías. Le cayó bien desde el principio; aquel hombre de pelo cano y aspecto elegante se ganó su respeto de inmediato. Tuvo con él una especie de conexión extraña que le hizo estimarlo y admirarlo desde el primer día. Don Diego le profesaba la misma simpatía desde que lo vio actuar en el accidente ocurrido con doña Ramonita en el Paseo de la Victoria. Alonso también hizo buenas migas con el hijo del capitán, don Pedro. Al

trabajar codo con codo, mantenían una relación muy estrecha. Era un joven más o menos de su edad, menudo y delgado. No había heredado nada de la presencia de su padre que, pese a su edad, seguía conservando un porte imponente.

Don Pedro no se parecía en nada a don Diego, ni siquiera en la pasión que su progenitor sentía por los caballos. Para su hijo, era pura técnica, solo una forma de ganarse la vida. Nunca sentiría la pasión de su padre por los corceles y, mucho menos, la devoción de Alonso por esos nobles animales.

El hijo del capitán había perdido a su prometida hacía poco más de un año, a causa de la tisis. Desde entonces, don Pedro sufría crisis nerviosas esporádicamente y vivía en una continua apatía. A veces, se quedaba absorto, con la mirada perdida. Otras, hablaba sin parar de los tiempos perdidos con una exaltada melancolía. Solo encontraba deleite en la fe y el misticismo. Se había convertido en un estudioso de las religiones y era un experto y erudito teólogo. El hijo del militar era una gran persona. Alonso lo respetaba y admiraba a partes iguales. Entre los dos muchachos había surgido una afinidad inmediata.

—Alonso, mañana tendrás que acompañarme a casa de don Cipriano —don Pedro y el argentino cepillaban a un equino de tipo barroco, con grandes cuartos traseros, cuello musculoso y arqueado de perfil recto—. Debo presentar las cuentas antes de que acabe el año. Tenemos que sacar tiempo para poner por escrito y a limpio todo lo relacionado con los potros nacidos, las ventas de los caballos y la compra de la yeguada.

—Don Pedro, yo se lo podré decir de cabeza, que tengo buena memoria, pero de escribanía no me pida mucho. Vamos, que no sé ni leer ni escribir.

—¿No has ido nunca a la escuela? —preguntó atónito el hijo de don Diego.

—No, señor, allá en la Pampa no hace mucha falta saber de letras. Mi abuelo me enseñó lo necesario. A contar con las manos, a amar a los caballos, a cazar y a *rispetar* la naturaleza que me rodeaba. No necesitaba saber nada más.

—Pues a eso hay que ponerle remedio —afirmó don Pedro convencido y resuelto—. Un hombre que no sabe leer es un pobre ignorante que apenas sabrá pensar. Se le puede manipular y llevar por donde se quiera. —Se quedó pensativo unos instantes y luego dictaminó—. Le pediré a mi padre que te deje una hora libre al día.

Te enseñaré a leer, yo mismo seré tu maestro.

—Pero, señor, si a mí lo *mesmo* me da. ¿Para qué necesito yo leer a estas alturas?

—Eso lo dices ahora, pero cuando sepas leer, verás que se abre un mundo infinito ante ti. Nadie podrá engañarte ni pensar por ti.

Alonso se rascó la cabeza y encendió un cigarro. No estaba muy convencido de que saber leer fuese a ayudarle mucho en esta vida puñetera.

Don Pedro y el mozo de cuadra llegaron al día siguiente sobre media tarde a casa de don Cipriano. Era un día frío de primeros de diciembre. Soplaba un aire gélido que hizo que los dos hombres se resguardaran bajo el embozo de sus capas. El cielo, de color gris plomo, amenazaba lluvia. Todo hacía prever que antes de que salieran de la ciudad para regresar al cortijo caería una buena tromba de agua. Tendrían que darse prisa en hacer las gestiones o les pillaría la noche cerrada.

Alonso, después de ser recibido por don Cipriano, se retiró cortésmente para que el hijo de su patrón pudiese hablar con su socio en privado.

El argentino fue conducido por Antonio, al que ya conocía, hacia las cocinas. Frederika se cruzó con ellos en el patio.

«¿Quién será ese hombre que acompañaba al cochero?» —pensó. Era apuesto y muy atractivo. Al pasar por su lado, le sonrió, coqueta. Alonso se dio cuenta de que la muchacha no lo había reconocido.

—Buenos días, señorita. ¿No sabe quién soy? —le preguntó el gaucho divertido.

La muchacha se detuvo frente a él, entornó los ojos, concentrada, intentando recordar. Lo miró extrañada. Ese acento… ¿de qué le sonaba? De pronto le vino a la memoria su imagen.

—¡Sí, claro! Usted es el forastero que salvó a mi hermana. Está usted muy cambiado, mucho más… —A su cabeza acudió un garboso requiebro, pero no le pareció oportuno decirlo en voz alta—. Vamos, que lo noto distinto, parece usted otro.

—Bueno, eso, señorita, será por la ropa. La primera vez que me vio, su reacción no fue muy amigable que digamos —le sonrió, dándole a entender que, por su parte, estaba olvidado el asunto—. Ya no uso mis bombachas y me he recortado el pelo y la barba, tal vez sea eso. *Asín* que usted es hermana de Belter. ¿Cómo se encuentra

ella?

—Bien, estará por ahí atendiendo a doña Ramonita. Bueno, tengo que irme a hacer mis tareas. Si está por aquí luego, le veré.

El muchacho se tocó levemente el ala del sombrero cordobés que usaba últimamente. Le parecía más elegante y práctico que el suyo de gaucho, mucho más eficaz para el agua y el sol.

Frederika tomó la dirección opuesta a los dos hombres. Antes de que se perdieran de vista, se volvió y admiró el cuerpo bien formado del gaucho. Sin duda, había mejorado su aspecto, y mucho. Tenía mejor presencia que la primera vez que lo vio. Contaba con un físico muy varonil. Un hombre de pies a cabeza, como a ella le gustaban. Y valiente, había que tener muchos arrestos para hacer lo que hizo con aquel caballo desbocado. Un ligero y sensual escalofrío la recorrió entera.

Belter pelaba cebollas en la cocina junto a Soledad. Estaban sentadas al lado de la lumbre. Esa mañana la cocinera iba a enseñarle a preparar riñones *a la montillana* . La muchacha alzó la cabeza de la faena y vio entrar a Antonio acompañado de un desconocido. En un primer momento, la joven no reconoció al gaucho, pero, cuando un momento después vio la sonrisa de oreja a oreja que le dedicaba el hombre y observó aquellos ojos negros como tizones, descubrió al instante de quién se trataba. Sintió un calor inexplicable que le coloreó las mejillas y le incendió las orejas. Eran muchas las noches que, sin saber el porqué, en la oscuridad de su habitación, a su cabeza había llegado la imagen nítida del gaucho. Su mirada insolente, su voz melosa, sus brazos fuertes. Nunca había sentido nada así por ningún hombre. Cierto es que tampoco había tenido muchas ocasiones de intimar con el sexo opuesto. Había ido pocos años a la escuela, lo suficiente como para aprender las cuatro reglas y saber que los chicos eran unos seres brutos y desconsiderados.

Y ahora, aquel extraño hombre hacía que se sonrojara como una quinceañera solo con tenerlo delante.

Alonso se dirigió hacia ella con una expresión franca y abierta. Le tendió la mano.

—Señorita Belter, no sabe cómo me alegro de volver a verla. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. Lo encuentro muy cambiado, me ha costado reconocerlo —le contestó tímidamente.

—Bueno, ya sabe, la vida en el campo y un buen corte de pelo

hacen milagros.

Un rayo cruzó el firmamento y se oyó un sonido atronador en el patio. En cuestión de minutos el cielo se abrió. Comenzó a caer agua como si no hubiera mañana. Alonso se acercó a la ventana.

—Uf… Con la que está cayendo, mal lo vamos a tener para poder volver al cortijo esta noche.

La cocinera le acercó un vaso de vino y un plato de queso. El argentino dio buena cuenta de las viandas. Había desayunado migas con torreznos muy de mañana. Ya serían más de las cuatro y sentía un hambre atroz.

Pasaron la tarde conversando en la cocina. Alonso estaba animado. Llevaba la voz cantante en la conversación. Contó anécdotas de su vida en el campo, se notaba que le apasionaba su trabajo con los caballos. Relató lo buen patrón que era don Pedro, así como su padre. Todos escuchaban embelesados. De pronto, la puerta de la cocina se abrió y una ráfaga de viento frío entró en la estancia. Frederika traía un recado para el argentino.

—Don Cipriano me ha encargado que le diga que pasarán la noche aquí usted y don Pedro. No pueden marcharse con este tiempo. Dormirá en la misma habitación que Antonio.

La cena se sirvió esa noche más temprano que de costumbre. Eso facilitó que, alrededor de las ocho de la noche, la servidumbre ya estuviera dispuesta a dar buena cuenta de los riñones preparados por Belter y de otros exquisitos manjares.

Se colocó todo sobre la mesa tocinera de grandes dimensiones situada en el centro de la estancia. Primero se sirvió sopa de ave y luego la casquería: riñones y sangre encebollada, todo acompañado con un buen vino fino de Montilla.

La velada fue amena y cada cual contaba costumbres de sus respectivos países. Incluso se cantaron canciones de los distintos folklores allí reunidos. Belter reía con ganas las ocurrencias de Alonso, hacía tiempo que no se sentía tan dichosa. Frederika interrogaba con total descaro al argentino sobre su vida privada. Este, astuto y zorro viejo, contestaba lo que le parecía conveniente. En varias ocasiones descubrió, extrañado, a la mayor de las hermanas observándolo como gato que caza ratón.

Acabada la cena, las mujeres se dispusieron a calentar agua para fregar los cacharros. Mientras, los hombres continuaron sentados hablando de sus bravuconadas. Belter se acercó a la mesa para

recoger el vaso de vino de Alonso y echarlo a lavar al barreño de zinc. En ese mismo instante, al agarrar su vaso el gaucho para apurar un último trago, sus dedos se rozaron levemente, lo suficiente para que ambos sufrieran una fuerte sacudida. Belter sintió una descarga que erizó toda su piel e instintivamente escondió la mano en su regazo. Los dedos de Alonso parecían haberse quemado con ascuas encendidas. Se miraron. La muchacha, roja como la grana, solo pudo articular un escueto «perdón» y salió como alma que lleva el diablo a secar platos y sartenes.

A Frederika no le pasó desapercibida aquella escena. Había notado cómo Alonso Venegas solo había tenido ojos para su hermana durante toda la noche. Otra vez la raposa era la favorita. Estaba furiosa. Agarró un cazo de cobre que contenía agua hirviendo en el que anteriormente había echado unas hojas de hierbaluisa, manzanilla, pasiflora y valeriana. Coló el contenido en una taza de porcelana. Un resto de líquido hirviente cayó en su mano, pero estaba tan ofuscada que ni siquiera sintió la quemazón.

—Me voy a la cama —anunció con voz torva a los allí presentes—. Antes le llevaré la tisana a doña Ramonita. Belter, no tardes en acostarte, mañana tendremos que madrugar.

Dio un portazo y salió sin despedirse.

Era ya noche cerrada. Alonso vio que le sería imposible conciliar el sueño. Se levantó despacio, intentando no hacer ruido para no despertar a Antonio. Se puso los calcetines de lana y se echó una manta por encima de los hombros. Salió al patio a *pitiar* un cigarrillo. Miró al cielo: el trozo de firmamento que se veía enmarcado dentro de las cuatro paredes del atrio estaba despejado de toda nube y la luna llena brillaba resplandeciente. A lo lejos oyó un trueno, apenas perceptible. La tormenta se marchaba hacia otros lares. Seguramente el día siguiente amanecería frío y raso. De pronto le pareció escuchar el chirrido de una puerta al abrirse, cuyos goznes debían de estar algo oxidados. Prestó atención, provenía de la zona de las criadas. La tenue luz de la luna dejó ver entre las sombras una figura alta y delgada, con camisola blanca, pelo suelto y una palmatoria en la mano. Se dirigía hacia el patio. Alonso, instintivamente, se ocultó tras la columna donde se hallaba apoyado.

La muchacha, antes de proseguir su andadura, miró con precaución hacia todos lados. Era evidente que no quería ser descubierta. Al ver el camino despejado, subió por las escaleras principales, las que conducían a la primera planta. El argentino siguió con los ojos el haz de luz que se reflejaba en las ventanas de la galería

del pasillo superior. La enigmática mujer lo recorrió por entero y entró en la última habitación que se encontraba al fondo. El muchacho la había reconocido, su estilizada figura no dejaba lugar a dudas.

De nuevo, se hizo la oscuridad más absoluta en toda la casa.

«¿A quién pertenecerá esa alcoba que visita la señorita Frederika a altas horas de la noche?» —se preguntó a sí mismo el gaucho, sonriendo enigmático.

A la mañana siguiente, antes de regresar al cortijo, Alonso fue recibido por doña Ramonita. La mujer aún no había tenido ocasión de agradecerle personalmente que le hubiese salvado la vida y quería hacerlo antes de que saliese de nuevo rumbo a La Carlota.

Belter fue la encargada de acompañarlo hasta las dependencias de su señora. Cuando se disponían a entrar, el gaucho vio a don Cipriano salir de la habitación que estaba al fondo del pasillo. Dedujo que eran sus aposentos.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Alonso, evitando que la muchacha pudiese escucharlo—. La aparente frialdad de la señorita Frederika es solo impostada. Por lo que se ve, por las noches calienta la cama de su señor.

La alemana llevaba un par de meses alegrando las noches de don Cipriano, que a duras penas podía mantener una erección como Dios manda. El hombre se había enamorado hasta las trancas, como se dice vulgarmente. Igual que un adolescente. Frederika era atenta, mimosa y cariñosa con él. Estaba convencido de que ella lo admiraba y lo amaba sinceramente a pesar de la diferencia de edad, que veía en él un hombre curtido por la vida, y eso lo hacía interesantísimo a los ojos de una muchacha inocente y campesina. Doña Ramonita, cuya habitación lindaba con la de su hermano, había estado a punto de pillarlos *in fraganti* en más de una ocasión. Una noche, ante los exaltados gemidos de don Cipriano, la pobre mujer se había levantado asustada pensando que su hermano estaba sufriendo un infarto. Después de aporrear la puerta varias veces con premura, Cipriano la había despachado con cajas destempladas, sin ni siquiera dejarla entrar en la alcoba. Ciertamente, a la mujer le había dolido mucho su actitud. El señor de la casa se hizo cargo del disgusto que había provocado en su hermana, más aún cuando la mujer, llorosa, se lo recriminó al día siguiente durante el desayuno. El pobre hombre, desolado, solo había acertado a pedirle perdón una docena de veces.

Desde aquel mismo día, Frederika había asumido voluntariamente

una obligación antes de acostarse: todas las noches preparaba ella misma una tisana de hierbas a doña Ramonita para que su sueño fuese más reparador, según le dijo a su ama. El brebaje contenía suficientes hojas como para dormir a un elefante. Pero, además, había convencido a la confiada mujer de que con un chorrito de aguardiente la eficacia de las hierbas se duplicaba. Desde entonces doña Ramonita dormía a pierna suelta y la astuta alemana tenía vía libre para conquistar a don Cipriano, que se pasaba el día suspirando y anhelando la llegada de la noche.

Sin apenas darse cuenta, Belter llevaba ya más de un año en España. Corría la última semana del mes de abril y pronto comenzaría el bonito mayo cordobés. Un mes donde era un auténtico placer pasear por las calles de la ciudad bajo los cálidos rayos de sol y disfrutar la multitud de colores y aromas con los que se adornaba Córdoba. Los días iban siendo cada vez más largos y las noches, más cortas y suaves.

La temperatura diurna era muy agradable e invitaba al paseo, por lo que doña Ramonita apenas paraba en casa, y Belter se veía obligada a acompañarla en todas sus salidas.

Esa tarde habían ido a saludar a doña Matilde Castañeda. Conversaban las tres mujeres animadamente en el salón principal mientras tomaban una taza de chocolate caliente acompañado de unos picatostes crujientes. Hacía ya algún tiempo que Ramona había decidido que durante las visitas a casa de sus amigas su doncella permanecería a su lado, sin ser relegada a las cocinas bajo ningún pretexto. Belter era su dama de compañía y lo suficientemente prudente, además de juiciosa, como para saber callar y no difundir nada de lo que se hablara en su presencia.

—¿Cómo está tu hermano, Ramonita? —le preguntó Matilde con un leve matiz de despecho en la voz—. Antes se dignaba a visitarme de vez en cuando, pero ahora me tiene totalmente olvidada. Debe de estar muy ocupado.

—No se lo tengas en cuenta, Matilde —lo excusó su hermana—. La verdad es que está cada vez más casero. Apenas sale, será la edad. No sabes el trabajo que me cuesta convencerlo para que salga a airearse un poco.

Baldomero Castañeda Alarcón irrumpió en el salón. Saludó cortés a las señoras y, sentándose en una silla baja al lado de su madre, se sirvió él mismo cinco picatostes y una taza de chocolate.

—Doña Ramonita, está usted elegantísima, como siempre. ¡ *Trop belle* ! —afirmó el muchacho, haciendo que la interpelada se esponjase como un pavo real—. Pero, si me lo permite, y sin ánimo de ofenderla, le aconsejaría que no abusase de los tonos oscuros, la hacen parecer mayor. Yo elegiría tejidos más alegres y livianos. Sus sombreros también necesitan un cambio radical, colores más atrevidos que realcen el brillo de sus ojos.

Ramona, que estaba extasiada, pensó que aquel chico era una joya. Entendía de moda más que muchas señoras amigas suyas; de hecho, él era el asesor de estilismo de su madre. Doña Matilde no salía de casa sin que su vástago le hubiese dado el visto bueno a sus trajes y complementos. De ahí que la mujer fuese siempre perfecta, de las señoras más elegantes de la ciudad.

El muchacho debatió y polemizó, durante un buen rato, sobre toros, sobre lo mal que se comía en España y sobre lo brutos y analfabetos que eran todos los habitantes del «país de los conejos». Había estado viajando los últimos años por Europa: París, Toulouse, Roma, Venecia, Florencia, Viena… Y había regresado convertido en un auténtico lechuguino. Estaba en boga denostar lo patriótico, intercalar palabras en otros idiomas dentro de las frases, odiar las corridas de toros, el puchero, la tradición... Cuando se cansó de lanzar diatribas sobre su país, se marchó por donde había venido y el tema de conversación, como es natural, recayó sobre la persona ausente.

—Matilde, he de reconocer que tu hijo, aunque no esté de acuerdo con muchas de sus ideas, es encantador, no entiendo cómo no le ha salido novia —afirmó Ramona sin ningún reparo—. Ya tiene una edad. Es verdad que ha venido un poco raro de tanto viaje, serán las *junteras* , pero el muchacho es guapo y bien educado. Está un poco metidito en carnes, pero eso se arregla con más ejercicio y menos cantidad en el plato.

—Ay, Ramonita, qué más quisiera yo —se lamentó la abnegada madre—. Creo que, si se casara y formara una familia, se le quitarían las ganas de fiesta. Pero lo que más le gusta en esta vida a mi hijo es estar con sus amigotes de francachela. Se pasa el día con ese amigo suyo, Juanito Villasante. Tú conocerás a su familia. Nuevos ricos. —Su amiga se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Sí, mujer, su padre es don Juan Villasante, un empresario notable aquí en la ciudad. Un hombre muy honrado y trabajador de toda la vida, pero de origen muy humilde. Su mujer es todavía más vulgar. Tiene tan mal gusto que se nota a la legua que se ha criado en patios de vecinos. Asunción no tenía donde caerse muerta antes de conocer a su marido. Era vecino suyo de toda la vida del barrio de San Pedro. No tenían

nada. Pero el hombre fue muy listo y avezado para los negocios. Pegó la campanada dedicándose a la cría de gusanos de seda. Ahora es uno de los mayores exportadores de este tejido. Sus telas se venden en los mejores establecimientos de Madrid y Barcelona.

—Sí, ya sé quién me dices —afirmó Ramonita—. Los he visto en alguna ocasión en misa, pero la verdad es que nunca he hablado con ellos. No hemos pasado de un simple saludo de cortesía. En fin, bueno, volviendo al tema que nos ocupaba. Creo, Matilde, que no debes preocuparte por Baldomero. Ya se le pasarán a tu hijo las ganas de fiesta en cuanto encuentre a una muchacha de buena familia que le haga tilín. En menos de lo que piensas se te llenará la casa de nietos.

—Dios te oiga, amiga mía. Eso me haría la mujer más feliz del mundo. —La señora Castañeda se levantó y se acercó hasta una mesita auxiliar de madera negra con incrustaciones de nácar que había al lado de la puerta principal. Sobre ella estaba posada una cajita a juego. La mujer la abrió y sacó un papel, escribió en él y se lo entregó a su amiga—. Toma este billete, Ramonita. Es una invitación que hago a tu hermano para la cena y posterior tertulia que habrá en mi casa el día 14 de mayo, víspera de mi cumpleaños. Por supuesto, tú también estás invitada, lo hago de viva voz, desde este preciso momento. Y comunícale a Cipriano que no voy a admitir ningún tipo de excusa.

Pero, llegado el día, hubo una disculpa, y de peso. Don Cipriano estaba enfermo. Esa misma tarde, cuando regresó doña Ramonita de su visita en casa de doña Matilde, Frederika le anunció alarmada que el señor se sentía mal y se había retirado a su habitación.

Ramona, asustada, subió las escaleras de dos en dos. Sentía auténtica devoción por su hermano. Esta relación se había estrechado aún más desde que ella regresó de Madrid y él la había acogido con los brazos abiertos. La mujer entró en el dormitorio de su Cipriano resoplando como un búfalo. La seguían de cerca las dos hermanas alemanas.

—¿Qué te pasa, hermano mío? —le dijo apesadumbrada Ramona mientras se sentaba en el borde de la cama y le acariciaba la frente perlada de sudor.

El hombre le sonrió a duras penas.

—No sé, Ramonita, me encuentro muy débil y muy indispuesto.

—Cipri, cómo vas a encontrarte bien, si estás ardiendo de fiebre. —La mujer posó su mano en la frente del enfermo—. ¿Habéis avisado al médico, Frederika? —La interpelada negó con la cabeza—. ¡Maldita

sea! ¿Y a qué estáis esperando? —se enojó la señora—. Si no estoy yo en casa, no funciona nada a derechas. ¡Ve ahora mismo a llamar a don Tiburcio y tráelo aquí inmediatamente!

Doña Ramonita estaba demasiado preocupada y nerviosa por la salud de don Cipriano como para estar pendiente de los formalismos y las buenas maneras. Tan ofuscada estaba la buena mujer que no advirtió la mirada de odio que Frederika le lanzó. La sirvienta cada vez soportaba peor las exigencias y las órdenes de la hermana de su amante.

Cuando llegó el doctor, el diagnóstico fue enfriamiento y una gran debilidad. Antes de examinarlo, don Tiburcio rogó prudentemente a las mujeres que saliesen de la habitación, incluida su hermana. Pero Ramona, presa de los nervios y olvidando el decoro, alzó la voz y, dirigiéndose al galeno, le soltó con rotundidad que no conseguiría sacarla de allí si no era por la fuerza. Así que el hombre no tuvo más remedio que dejarla quedarse y hacer su trabajo bajo la supervisión de la tozuda mujer. El médico levantó hasta la altura del pecho la camisola de algodón que usaba Cipriano para dormir.

Cuando Ramonita descubrió su escuálido cuerpo casi se murió del susto. Comenzó a llorar desconsoladamente. ¿Cómo no se había dado cuenta de la pérdida de peso de su hermano?

La mujer desconocía por completo que Cipriano se pasaba el día en un sinvivir. Se hallaba en un estado de nerviosismo constante, esperando que llegase la noche para poder acariciar a su amada Frederika. La muchacha lo había vuelto loco por completo. El anciano la rondaba por toda la casa como un fogoso jovenzuelo y la asaltaba en los lugares más insospechados. Los vigores se habían adueñado de su cuerpo y en su estómago miles de mariposas revoloteaban enloquecidas. Las traviesas palomillas lo dejaban exhausto, sin apetito, sin sueño… Como si de un imberbe quinceañero se tratara.

En las últimas semanas la relación entre ambos parecía haberse enfriado. Frederika empezaba a exigir mayor implicación por parte de su amado. Quería que le diese su sitio, que la respetase y la respetaran. Lloraba cada noche desconsolada, apoyada en el pecho de Cipriano, lamentándose de que él no la quisiera de verdad. Le recriminaba que ella era solo una simple criada, un capricho pasajero para él, y que pronto se cansaría de su antojo.

No era cierto, él la amaba de verdad y así se lo hacía saber cada noche. Pero el hombre, casi en la misma medida que la quería, temía la reacción de Ramona si llegaba a enterarse de lo suyo. Sabía que Frederika no le gustaba en absoluto a su hermana, no había sido

nunca santa de su devoción. También le pesaba como una losa la mentalidad de la sociedad en la que se movía en su vida cotidiana. Era arcaica y vetusta, llena de prejuicios clasistas. Él, hombre juicioso como pocos, con una vida ejemplar, sin haber provocado jamás un simple escándalo, se encontraba en un dilema de difícil solución. Por otro lado, le era muy cómodo vivir su amor en secreto, sin ninguna complicación que pudiera alterar su paz ni su estado de confort.

Pero Frederika, enfadada, dolida y con un objetivo claro, no pensaba ceder. Llevaba veinte días sin visitar la alcoba del anciano. Cuando se cruzaba con él por la casa, apenas lo miraba y, si lo hacía, su mirada era desdeñosa y altiva. Cipriano no podía soportarlo. Aprovechando las ausencias de doña Ramonita, había intentado por todos los medios hablar con ella para hacerla entrar en razón, pero la muchacha lo rechazaba y a él se le partía el alma. ¡La echaba tanto de menos! Su calor tibio en la cama, su cuerpo suave, desnudo… Su ardor contagioso, su sensualidad… Extrañaba sus risas ahogadas cuando le hacía cosquillas en la planta de los pies, el olor a violetas de su pelo cuando ella, con la cabeza apoyada en su pecho, le contaba cosas de su inventada «feliz» infancia.

El hombre sufría su ausencia. Lloraba a solas por las noches, después de esperarla ansioso durante horas y descubrir que aquella noche tampoco acudiría. Su salud se estaba resintiendo por la tortura de verla y no tenerla.

Doña Ramonita, preocupada por su hermano, no pudo dormir en toda la noche. Don Tiburcio había recomendado leche de burra para reforzar la sangre y activar los jugos gástricos. Pero habría que hacer algo más que eso. En cierto modo, ella sentía un atroz remordimiento y mala conciencia por su egocentrismo. «¿Cómo no me he dado cuenta de que mi hermano se ha ido desmejorando poco a poco?» —se preguntaba. La culpa la había tenido su frivolidad y su costumbre de hacer vida social los siete días de la semana, dejando a su hermano abandonado y solo durante horas. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a llorar desconsoladamente. La luz plateada de la luna entraba por la ventana, dándole un aspecto de mártir sufriente. Su tez blanca, sus ojos llorosos y el pelo oscuro descendiendo por su espalda la hacían parecer un ángel caído. «Qué egoísta e ingrata he sido con mi hermano. Cuando él ha sido tan bueno y comprensivo conmigo». Tenía que hacer algo. Al cabo de media hora, más sosegada y agotada por el llanto, se quedó dormida. Habían transcurrido algunas horas cuando, de pronto, sin motivo aparente, se despertó excitada. Se sentó de golpe en la cama, como si debajo de sus posaderas se hubiese activado un resorte. Casi gritó:

—¡Ya lo tengo! Nos iremos al campo. A la finca. Será la mejor terapia para él. El aire puro del campo y los caballos, que tanto le gustan, obrarán el milagro. Yo lo cuidaré, estaré pendiente de que cumpla con sus comidas y haga reposo. En un mes estará perfecto. Cerraremos la casa de Córdoba el tiempo que sea necesario hasta que se encuentre completamente restablecido.

Se volvió a acomodar en el lecho, satisfecha de su feliz idea. Pronto volvió a sumirse en un profundo sueño.

A la mañana siguiente se levantó nerviosa por la determinación que había tomado. Habría que organizar muchas cosas antes de la partida.

Tendrían que cubrir todos los muebles con sábanas para que no se estropeasen con el fastidioso polvo. Disponer todos los víveres perecederos en cestos y cajas para llevarlos al cortijo. Organizar la ropa en los pesados baúles. Para el campo elegiría vestidos sencillos y frescos, con pocos adornos. Calzado cómodo y plano. Un echarpe para protegerse de las noches, en esa época del año refrescaba al atardecer. También serían necesarios sombreros de ala amplia y sombrillas para cuando salieran a pasear. Ahora, a su edad, evitar una nueva arruga era un triunfo. Miró el tocador. ¡Dios mío! Tendrían que empaquetar con sumo cuidado los potingues de belleza más necesarios. No quería volver a la ciudad con la cara cuarteada por el sol como una vulgar campesina. En cuanto se arreglara y bajara a desayunar haría a su hermano partícipe de la magnífica idea que había tenido. Estaba segura de que se alegraría muchísimo.

Ante la propuesta de doña Ramonita, don Cipriano no supo qué contestar. Sintió un gran temor. La sola idea de marcharse durante meses fuera de Córdoba y no ver a Frederika le causaba una terrible angustia. Pero cuando su hermana le explicó que la casa quedaría cerrada a cal y canto y todos, incluidos los criados, se marcharían al campo, respiró aliviado. Aunque la alemana lo seguía desdeñando, se conformaba con poder tenerla cerca. De esa manera tendría la oportunidad de volver a cortejarla. Estaba seguro de que ella seguía amándolo. Tarde o temprano volvería a caer rendida a sus pies y él sería de nuevo un hombre dichoso.

A mediados de junio, la comitiva al completo llegó a su destino, que no era otro que *El Potro Andaluz* . Hacía un día espléndido. Una campiña exultante con el verde de los trigos, que el sol aún no había convertido en color oro, se presentaba ante sus ojos. En el cielo, de un azul intenso, revoloteaban multitud de golondrinas que, como todos los años, volvían desde países lejanos para hacer sus nidos en los

aleros del cortijo. Sus alegres gorjeos inundaban el ambiente de una alegre animación.

—Verás qué pronto te recuperas, hermano, al solaz del campo —animaba doña Ramonita a don Cipriano que, lánguido, volvía la cabeza para poder atisbar la carretela que les seguía de cerca. Frederika, junto con los demás sirvientes, miraba complacida el paisaje—. Lo vamos a pasar genial —prosiguió su hermana—. Por ahora, nada de montar a caballo hasta que te encuentres más fuerte. Pero saldremos a pasear todas las tardes, y por la noche cenaremos en el porche al aire libre. O incluso en la era. Y, si vemos que no hay mejoría, he pensado que podríamos ir en agosto al norte y tomar baños de mar. O mejor aún, podemos ir a los lodos de San Pedro del Pinatar, que tan de moda están y me han dicho que son muy efectivos.

Con el parloteo, y sin apenas darse cuenta, habían llegado a las puertas del cortijo.

Don Pedro y su padre, don Diego Álvarez de la Oliva, fueron los encargados de dar la bienvenida a los nuevos huéspedes.

Sirvientes y señores, después de descargar los distintos enseres, se fueron acomodando en sus respectivas habitaciones. En unas dependencias aledañas a la casa de los patronos se encontraban dispuestos los dormitorios de la servidumbre. Don Cipriano se encontraba tan débil tras el largo viaje que se atrevió a sugerir que una sirvienta durmiera cerca de su alcoba, por si ocurría alguna urgencia durante la noche. De esa manera, doña Ramonita no tendría que levantarse ni ser molestada de su reparador sueño en medio de la madrugada. Por supuesto, el nombre lanzado al azar de la manera más inocente por parte del enfermo no fue otro que el de la eficiente y responsable Frederika. Ramona, sin imaginar la intención oculta de su hermano, dio su consentimiento, agradeciendo a su querido Cipri lo considerado que era siempre para con ella.

Alonso hizo una parada en sus quehaceres con los potros y se acercó a saludar a los recién llegados en cuanto supo de su presencia. La mañana transcurrió ajetreada, descargando, colocando, ordenando… La señora de la casa observó con agrado que todo estaba limpio como una patena. Sonrió satisfecha a Fuensanta cuando don Pedro le presentó a la gitanilla. Se alegró de no haber errado en la decisión de contratarla. La muchacha era guapa y parecía lista. «¿Sería la novia del gaucho, o tal vez su amante?» —pensó doña Ramonita, muy dada a romanticismos y chismes amorosos. Aunque parecía demasiado joven para Alonso; su cuerpecillo escuálido y poco

desarrollado parecía el de una niña. Seguramente la muchacha sería mayor de lo que aparentaba, pero una mala alimentación durante los años claves de su crecimiento podían haber hecho que su complexión fuese algo más enclenque de lo que debería.

Alrededor de las doce del mediodía todos los jornaleros, sin distinción de rango o especialidad, se reunieron en la cocina para tomar el almuerzo. Se fueron acomodando alrededor de una mesa tocinera, dando buena cuenta de las viandas preparadas por Soledad. Fuensanta, por fin, había sido sustituida como cocinera. Una contundente olla de garbanzos con su debida *pringá* les esperaba como recompensa por sus arduas tareas.

La concurrencia estaba compuesta por dos peones jóvenes, ayudantes de Alonso, el mayoral, el pastor, el manijero, Soledad y Antonio, que andaban casi *ennoviaos,* Belter, Frederika y Fuensanta. A la gitanilla las dos alemanas le parecieron un poco extrañas y sosas. Según ella, les faltaba chispa. A pesar de eso, la pequeña de las hermanas le agradó desde el primer instante. La conocía del día del accidente en el Paseo de La Victoria, pero no había entablado conversación con ella. No podía decir lo mismo de la hermana mayor, que le pareció un pájaro de mal agüero. Alonso fue el último en llegar. La camisa blanca que llevaba arremangada hasta el antebrazo y desabrochada hasta la mitad del pecho dejaba ver una piel morena, curtida por la intemperie, un torso musculado y unos brazos vigorosos. A Frederika le pareció un adonis. Un hombre que la desconcertaba en la misma medida que la atraía irremediablemente. Le hizo un hueco a su lado y el joven se sentó entre Fuensanta y ella. Belter, enfrente, le sonrió tímidamente.

Comenzaron a servir el puchero.

—¿Por cuánto tiempo piensan quedarse? —preguntó Alonso, dirigiéndose a la joven de ojos azules—. Me gustaría enseñarles algunos sitios que hay por estos parajes y que merece la pena ver. Son impresionantes.

—No lo sabemos exac…—comenzó a decir Belter, que fue interrumpida por su hermana.

—No lo sabemos —contestó Frederika, ignorando a su hermana—. Depende de cómo se encuentre don Cipriano. Pero creo que seguramente pasaremos aquí todo el verano.

—¿Le gusta el campo? —la pregunta volvía a estar dirigida a Belter, pero por segunda vez fue su hermana la que contestó al gaucho.

—Claro, como no va a gustarnos, en Alemania…

Alonso la cortó, huraño.

—Frederika, le preguntaba a su hermana. Si es usted tan amable de dejarla contestar al menos una vez, se lo agradecería. —Se dirigió de nuevo a Belter—. Dígame, ¿le gusta el campo?

Frederika, roja de ira por la impertinencia del gaucho delante de todos, se sintió humillada. Se levantó de la mesa, ofendida. Comenzó a cortar la hogaza de pan con brío desmedido intentado calmar su enojo.

—Sí, claro que me gusta —afirmó Belter—. Me he criado en una granja al lado de un bosque. Echo mucho de menos el verde de los campos, cuidar de los animales e incluso la nieve en invierno y el viento helado en la cara. —Sus ojos dejaron traslucir un rastro de melancolía.

—La entiendo. Yo también echo mucho de menos mi tierra. Las raíces que se crean en el lugar donde has nacido perduran para siempre. Pero la vida es caprichosa y nos lleva por derroteros que nunca habíamos imaginado.

Fuensanta miraba embelesada al gaucho. ¡Qué bien se expresaba su amigo! Se estaba haciendo todo un señorito ilustrado. La hora diaria que don Pedro dedicaba a enseñarles a leer y escribir estaba dando sus frutos. Alonso se había empeñado en que ella también fuera instruida. La muchacha iba más rezagada, le costaba unir las letras, pero Alonso era un alumno diligente y contaba con una gran fuerza de voluntad y disciplina. Todas las noches se quedaba leyendo durante horas los libros que le proporcionaba su vocacional maestro. Era de admirar la soltura y ligereza con la que leía y escribía. Ella, sin embargo, había sido mucho más torpe a la hora de reconocer las letras. Se le amontonaban en la cabeza y se hacía un batiburrillo. Sin embargo, con las sumas y restas no había quien la ganase. Las hacía mentalmente casi antes de que don Pedro se las hubiese acabado de dictar. En esa materia era Alonso quien la admiraba a ella. Esa semana habían empezado con las tablas de multiplicar. Mientras que a Alonso le costaba Dios y ayuda y no pasaba de la del cinco, Fuensanta iba ya por la del siete, que había aprendido a ritmo de fandango.

—Si tanto le gustan los animales —prosiguió Alonso la conversación con Belter—, cuando tenga un rato libre venga a las cuadras. Le asombrarán los ejemplares de raza española que tenemos en la finca.

Transcurrió un buen rato entre charlas, risas de los jornaleros y buen ambiente.

—¡Bueno, ahora a trabajar! —cortó Frederika de manera tajante. Se había mantenido callada y con gesto huraño durante toda la velada —. Ya hemos acabado de almorzar, así que cada uno a su faena, que no nos pagan para estar de cháchara.

—Frederika, no nos vas a dejar ni *jamar* tranquilos —apuntó Fuensanta—. Anda, Soledad, trae un poco de queso y algo más de bebida. Hay que celebrar la llegada de los señores. Ya dice el refrán que *fiesta sin vino no vale un comino.*

Todos rieron.

—Te pediría —indicó la alemana altiva, dirigiéndose a la gitanilla — que, cuando te dirijas a mí, no lo hagas tuteándome. Soy mayor que tú y nos conocemos de hace solo unas horas, así que preferiría que utilizases el usted para referirte a mí.

Los allí presentes miraron alternativamente a las dos mujeres, aquello se ponía interesante. Todos estaban al servicio de don Diego, don Cipriano y doña Ramonita, ¿a qué venía tanta pedantería por parte de la alemana? ¿Quién se creía que era esa criada con ínfulas de marquesa? Todos esperaban la réplica de Fuensanta. Belter estaba avergonzada por la actitud de su hermana.

—Pues sí, tiene usted tooooda la razón, dooooña Frederika — respondió la gitanilla con sorna, arrastrando las letras—. Me refiero a la cuestión de que es usted mayor que yo, es algo que salta a la vista, la edad no perdona. —El murmullo de risas ahogadas se extendió por la cocina—. Y mire, le doy la razón en otra cosa, en que no nos conocemos de nada. Y como creo que, por muchos años que pasen, nunca llegaremos a ser buenas amigas, también yo le pediría que *usted* se dirija a mí con el mismo tratamiento.

Frederika, con los labios apretados, fue a responderle, pero pareció pensárselo mejor y, sin dignarse a contestar a su adversaria, salió de la habitación dando un estrepitoso portazo. Belter, a pesar de reconocer que su hermana lo tenía bien merecido, sintió pena por ella. Había sido humillada y sabía lo orgullosa que era. La siguió para consolarla.

Una vez salieron las dos hermanas de la habitación, los allí presentes se despacharon a gusto.

—¿Pero qué se habrá creído esa forastera, que desciende de la pata del Cid? —Soledad, airada, no daba crédito a la desfachatez de la

alemana—. La culpa es de don Cipriano, que la tiene demasiado consentida. Fuensanta, la has dejado sentada de culo. Casi me ahogo por aguantarme la risa. ¿Habéis visto su cara?

Todos rieron de buena gana. No se compadecieron en absoluto de la altiva compañera con la que nadie simpatizaba.

—Le has contestado claro y con mucho acierto —afirmó Alonso, dando una palmada en el hombro a Fuensanta—. Pero me da que te has creado una enemiga, y no creo que sea de las que dejan las cosas en paz.

—Lo sé desde el primer momento en que me la eché a la cara —contestó la gitanilla—. Así que solo queda una solución.

—¿Cuál es, amiga mía?

Todos estaban expectantes ante la explicación de Fuensanta.

— Pues está muy claro: *si entre lobos has de morar, aprende a aullar.*

Habían pasado dos meses desde que don Cipriano llegó a la finca. Su salud se había ido restableciendo poco a poco, entre otras cosas por los amorosos cuidados de su hermana doña Ramonita. La mujer se ocupaba personalmente de supervisar su alimentación y su descanso diario. Otra circunstancia importante que ayudó en su mejoría fue el hecho de que, desde su llegada al cortijo, Frederika había vuelto a ser la chica dulce, amable y solícita de siempre.

La joven apostaba fuerte por su propio futuro. No entraba en sus planes ser criada toda la vida, su propósito era convertirse en señora. Había decidido cambiar de táctica, probar con otra que pudiera darle mejores resultados. Estaba segura de que don Cipriano la amaba tanto como le expresaba, no tenía ninguna duda, pero el anciano no era capaz de dar el paso definitivo. Ella quería que hiciese público su amor y lo gritase al mundo entero. Como eso no ocurría, sería ella quien forzase la situación.

Todas las tardes a la caída del sol, doña Ramonita salía a pasear

con Cipriano. A esa hora vespertina, pasada la canícula, la temperatura bajaba algún que otro grado y uno podía aventurarse a salir del hogar sin miedo a sufrir una peligrosa insolación.

Esa tarde, Ramona se quejaba de una maldita jaqueca que la había estado acompañando durante todo el día, así que pidió a Frederika que fuese ella la que acompañase a su hermano en su paseo diario.

Tomaron la vereda que transcurría serpenteante al capricho del río. Chopos negros y esbeltos dejaban oír su susurro melodioso al compás de una brisa todavía demasiado cálida. Don Cipriano, agarrado del brazo de Frederika para caminar con más seguridad, iba exultante. Con la otra mano se apoyaba en un bastón de madera de avellano con mango de marfil.

—Frederika, mujer —comenzó a decirle suplicante—, hace meses que me rehúyes. No sé qué he podido hacerte para que estés tan enojada conmigo. Yo te amo de veras y lo sabes, no merezco tu desprecio. Te echo mucho de menos, mi cama está muy vacía sin ti— acabó confesándole con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Eso lo dicen sus palabras, pero no sus hechos —dijo Frederika, esquiva, tratándolo de nuevo de usted y evitando tutearlo—. Solo soy una pobre criada y, cuando usted se canse de mí o me haga un hijo, ¿qué pasará? ¡Bien lo sé yo! Me echará de su casa, con un hijo bastardo y sin contemplaciones.

—Sabes que eso no ocurrirá, me conoces. Yo nunca te haría eso. ¡Yo te amo! ¿Por qué crees que tengo, si no, este desánimo y estas pocas ganas de vivir? Tus desaires me matan, tu desdén me entristece, tu desconsideración me desespera. Dame algo de tiempo, necesito preparar a mi hermana antes de desvelar nuestra relación. No te niego nada, si me la pidieras, subiría a por la luna aun a riesgo de darme un buen mamporro y abrirme la crisma.

El hombre lo dijo de una manera tan patética y tan cómica que Frederika no pudo evitar echarse a reír.

Para don Cipriano aquella risa fue música celestial y, envalentonado ante el gesto de la muchacha, agarró su mano y la besó apasionadamente. Al notar que ella no hacía ademán de apartarlo, sintió de nuevo su corazón henchido de gozo. «Esta jovencita —se tuvo que reconocer a sí mismo— me ha vuelto loco de amor».

Al regresar a casa la extraña pareja, doña Ramonita observó gratamente que su hermano había sufrido un cambio, venía de buen humor. Sus mejillas, ahora sonrosadas, le daban un aspecto mucho

más saludable. Le sorprendió que él mismo pidiese la cena con premura porque se encontraba hambriento, algo que no ocurría desde hacía meses.

Era evidente que el paseo había sido más fructífero con la criada que cuando salía con ella. Una fugaz sospecha pasó por su mente, pero la rechazó de inmediato por absurda. Escrutó atentamente a Frederika, pero su mirada insondable no le descubrió nada nuevo. No obstante, continuó vigilando a la alemana durante los siguientes días. Acabó convencida de que pululaba alrededor de su hermano como una mosca atraída por la rica miel.

En los últimos días de agosto el astro rey estaba siendo implacable con los campos y todo el que habitara en la campiña. Todo ser viviente en el cortijo, tanto humano como animal, se hallaba aletargado por el tórrido calor. No apetecía realizar ninguna actividad, cualquier movimiento era desencadenante de una sudoración excesiva. Doña Ramonita pasaba el día en su habitación con las ventanas entornadas, dejando que la penumbra se hiciese dueña y señora de la alcoba. Desde que se le había retirado la menstruación sufría unos sofocos insoportables que, unidos a aquel asfixiante calor, la hacía pensar que hubiera sido mejor seguir con esas *cosas de mujeres* durante toda su vida.

Belter se ocupaba personalmente de que estuviese cómoda. Le llevaba el desayuno y el almuerzo a su habitación, iba varias veces al día a ofrecerle limonada elaborada por ella misma con el agua fresca del pozo y le pasaba paños húmedos por cuello y brazos. Hacía cualquier cosa para que doña Ramonita pasase el día aliviada de la agobiante canícula.

La mujer solía cenar todas las noches con su hermano, única hora del día en que se dejaba ver. A las diez de la noche, después de la cena, puntualmente reunía a todos los habitantes de la casa para rezar el rosario. Poco le importaba que las alemanas fuesen protestantes o que el argentino no creyese absolutamente en nada y fuese un reconocido agnóstico. La madre de Ramona siempre le había inculcado que rezar el rosario era una buena costumbre cristiana y ella la seguía a pies juntillas.

Todos los moradores del cortijo se apiñaron bajo el fresco porche de la casa, alumbrados por varias lámparas de petróleo colocadas estratégicamente. Doña Ramonita y don Cipriano estaban sentados en cómodas mecedoras. Alrededor de ellos y de pie se encontraban los sirvientes. Alonso tenía a su derecha a Belter y a la izquierda a Fuensanta, que tampoco era mucho de rezos y plegarias. Frederika,

situada detrás del señor de la casa, le ofrecía un vaso de leche azucarada.

Doña Ramonita tomó entre sus manos el rosario de plata y marfil que había pertenecido a su madre. Comenzó haciéndose la señal de la Santa Cruz y todos los allí presentes la imitaron. Cogió el crucifijo que se encontraba en el extremo del rosario y, en total recogimiento, comenzó a rezar el Credo de los Apóstoles.

Cada misterio debía rezarse según el día de la semana que correspondiese: Misterios Gozosos los lunes y sábados, Dolorosos en los martes y viernes, Gloriosos, miércoles y domingos, y Misterios Luminosos para los jueves, como aquella noche.

Doña Ramonita anunció el primer misterio: el bautismo de Jesús en el Jordán. Todos los presentes recitaron a coro un Padre Nuestro, diez Ave Marías y un Gloria. Cuando acabaron con las letanías, repitieron el ritual con los siguientes misterios.

Casi a la mitad del rosario, Alonso no pudo disimular el aburrimiento que le causaba tan fervorosa devoción y bostezó sin intentar ocultar el gesto de hastío. Belter rió, discreta, la desfachatez del muchacho. Si doña Ramonita se percataba del poco interés del gaucho por la vida y milagros de Nuestro Señor Jesucristo, se llevaría un buen rapapolvo. Frederika, con disimulo, acariciaba con la yema de los dedos la nuca de su amante, al que solo le faltaba ronronear como si fuese un gato manso. El soniquete monótono y pesado de las plegarias consiguió que todos los allí reunidos, de una u otra manera, tuviesen su mente en mil lugares distintos. Ramona estaba convencida de que con aquel rosario nocturno iluminaba el alma de sus obreros y que, gracias a la confluencia entre lo humano y lo divino, conseguiría que todos fuesen mejores personas.

Acabada la oración, cada cual volvió a sus últimos quehaceres del día para dar por terminada la jornada. Belter, después de ayudar a acostarse a doña Ramonita, salió a tomar el aire fresco de la noche. Se sentó cómodamente en un poyo de obra que había adosado a la fachada de la casa. Apoyó su espalda y cabeza en la pared encalada. La noche estaba rasa, la temperatura seguía siendo alta a pesar de la hora. La luna llena, con cara sonriente, iluminaba, generosa, con su luz las sombras de la noche. Multitud de siniestros murciélagos se daban un buen banquete por encima de su cabeza a costa de los irritables mosquitos. Los grillos, a lo lejos, emitían ininterrumpidamente su singular cricrí. Desde las cuadras se oían los resoplidos de los caballos. El aroma de las plantas aromáticas de un arriate cercano llegaba hasta ella de forma sutil. Respiró hondo. ¡Qué

bien se estaba en aquel lugar! Un perro blanco con manchas negras, de raza pointer, se acercó a ella ladrando amenazador. Tras él, la silueta de un hombre alto que se adivinaba en la oscuridad lo ordenó callar. El can la olisqueó y, al reconocerla, inmediatamente dejó de ladrar. El hombre lo llamó y el chucho volvió a su lado. La muchacha reconoció la voz del amo y se removió, nerviosa. Cuando lo tuvo más cerca, Belter pudo confirmar que se trataba de Alonso. Venía de las cuadras, de echar un último vistazo a sus amados caballos. Le tenía especial cariño a un ejemplar de más de veintisiete años de edad. El equino adelgazaba día a día, había perdido el brillo en el pelo, apenas veía y se le habían caído algunos dientes. El gaucho no quería que lo sacrificaran. En su día había sido un semental increíble. Padre de muchos de los caballos con los que ahora contaba la finca. Se merecía una buena muerte. Si el sufrimiento se le hiciese insoportable, él mismo le pegaría un tiro. Hasta entonces, lo mimaría para que su vejez fuese lo más llevadera posible.

Belter, al ver que se acercaba, le sonrió. El muchacho le devolvió el gesto. Ella se encontraba a gusto cerca de aquel hombre, era fácil confiar en él, sin más explicaciones. Lo consideraba una persona íntegra, de elevados principios. Algunos días se sorprendía a sí misma haciéndose la encontradiza por el cortijo para toparse con él. Las veladas en la cocina eran para ella las horas más gratas del día. Él siempre se sentaba a su lado y mantenían largas conversaciones, como si no hubiese nadie, solo ellos dos en aquella enorme estancia.

Él, por su parte, también se sentía confuso con respecto a sus sentimientos. Temía el momento en que don Cipriano se encontrase plenamente restablecido y aquella maravillosa mujer, venida de la lejana Alemania, tuviera que volverse a Córdoba. No podía evitar pensar que el cortijo se quedaría muy solitario sin su presencia. La echaría mucho en falta. ¿Qué es lo que le pasaba con Belter?, se preguntaba a menudo. Se martirizaba por las noches cuando, en el silencio de su habitación, acudía a su mente el rostro de la muchacha y aquella dulce voz de extraño acento se metía en su cabeza. Aquella risa cantarina que salía de la garganta de la joven ante cualquier payasada que él decía o hacía le parecía música angelical.

Le desconcertaba verse fascinado por ella. Nunca antes le había ocurrido algo así. Él, siempre tan seguro de sí mismo, ahora parecía un adolescente barbilampiño en presencia de la muchacha. A veces, cuando ella lo miraba fijamente con aquellos hermosos ojos azules, las palabras se le trababan y le costaba que algo inteligible saliese de sus labios. Luego, en soledad, se enojaba consigo mismo, y en ocasiones hasta con ella, por sentirse un completo estúpido. Se ofuscaba durante días y se juraba evitar verla o hablar con ella, pero, cuando llegaba el

momento, la promesa se desvanecía al instante.

Le agradó encontrar a Belter allí, sola en la oscuridad, sin ojos curiosos que estuviesen pendientes de ellos.

—Buenas noches —dijo sentándose junto a la muchacha en el banco y liándose un cigarrillo— ¿Qué hace aquí tan solitaria?

—Descansando y disfrutando de esta bonita noche. ¿Y usted, viene de ver a Castaño? ¿Cómo se encuentra el animal, cree que sufre?

—Aguantando como el buen caballo que es —contestó Alonso, orgulloso de aquel viejo alazán—. Es muy fuerte, se resiste a morir. Yo creo que no sufre. Los huesos tal vez le duelan algo, como nos pasa a los humanos cuando llegamos a ciertas edades.

—Pobre —se apiadó la muchacha del animal—. ¿Le da algo para el dolor?

—Sí. Le hago infusiones de corteza de sauce.

—Mi madre decía que para combatir el dolor era muy eficaz una infusión fuerte de cerezas —le aconsejó Belter. Su mirada se volvió melancólica y ausente, en esos momentos estaba muy lejos de allí.

—¿De qué murió? Su madre, quiero decir.

—Pues tuvo una muerte agónica. Murió asfixiada. Padecía de asma, la casa se llenó de humo y no le dio tiempo a salir. Era muy joven y muy guapa. Sufrió mucho la pérdida de mi padre. Creo que desde entonces nunca fue la misma. Lo amaba con locura. Él también murió joven, un poco antes. Era balsero, ¿sabe lo que es? Se dedicaba a bajar los troncos de árboles río abajo. Era una profesión dura y peligrosa, pero mi padre siempre fue valiente, a la vez que prudente. Por eso no entendemos qué pasó aquel día, era un buen profesional con mucha experiencia. Se ahogó en el río.

—¿De veras? ¡Qué fatídica casualidad! —exclamó Alonso—. Mi madre también murió ahogada en el río. Yo era muy pequeño. Me crie con mi abuelo Celestino, un gran hombre. No conocí a mi padre, él nos abandonó antes de que yo naciera. Era cordobés, por eso vine aquí. Dicen que mi madre se suicidó al ver que su amor no regresaba. Yo prefiero pensar que fue un accidente, fue a lavar al río una mañana y nunca más volvió.

—¡Qué triste su historia! Y entonces, ¿ha venido usted para encontrar a su padre?

—No. Eso es tarea imposible, ni siquiera sé cómo se llamaba ni cuáles eran sus apellidos. Mi abuelo no soportaba hablarme de él. Yo

intentaba saber algo más y preguntaba, pero Celestino era cabezota como una mula y no fue posible. —Sonrió—. Mire, lo único que tengo de él es un viejo retrato que mi madre guardaba en su camafeo. Ahora lo llevo yo.

Sacó de su camisa una cadena plateada de la que colgaba un guardapelo labrado con motivos florales. Se aproximó a la muchacha para que esta pudiera verlo a pesar de la poca luz reinante. Belter tomó el objeto que el muchacho le tendía. Estaba tan cerca que Alonso olía su aliento fresco.

—No puedo verlo bien. —La dulce alemana intentaba distinguir la imagen—. Pero me parece que tiene un gran parecido con usted.

Alzó la mirada y se encontró con la negrura en los ojos de Alonso, que la miraban con un brillo salvaje. Él miró sus labios, hubiese vendido su alma al diablo por poder besar aquella boca.

—¿Qué haces aquí a estas horas, Belter? —La muchacha se sobresaltó al oír la voz de su hermana que, con voz enojada, en camisón y con una palmatoria en la mano, había salido a buscarla al no encontrarla en su habitación—. Deberías estar ya acostada y usted, Alonso, no debería entretener a una muchacha decente a estas horas de la noche, no es decoroso.

Belter, avergonzada por la regañina de su hermana y sofocada aún por la cercanía, se levantó y, dando las buenas noches, salió hacia su habitación con toda premura.

Frederika aprovechó esta huida para quedarse a solas con el gaucho.

Disimuladamente, desabrochó el lazo que ataba el cuello de su camisa de dormir, dejando entrever un pecho no demasiado voluminoso, pero sí firme y turgente. La suave luz de la luna dejaba traslucir sus piernas desnudas bajo las transparencias de su camisón.

—¿Qué pretende usted con Belter? —le preguntó al gaucho, haciendo el papel de hermana protectora—. Me gustaría saber qué intenciones tiene para con ella. Es aún muy inocente. No estamos acostumbradas a tratar con hombres, hemos vivido siempre…

Ante aquellas palabras, Alonso no puedo evitar estallar en una sonora carcajada. Aquella mujer podía engañar a todo su entorno, pero él sabía demasiado de la vida como para dejarse enredar. Hacía tiempo que sabía que era la amante de don Cipriano, desde el día en que la vio entrar en la alcoba del anciano, la noche de la tormenta.

—¿Por qué se ríe? —inquirió la alemana ofendida—. Es usted un

grosero.

—Me río porque usted, Frederika, no puede engañarme —contestó el gaucho, mirándola fijamente en la penumbra—. Cuando habla de la inocencia de su hermana estoy totalmente de acuerdo, pero no intente venderme su propia candidez. Sé muchas cosas sobre usted, cosas que nadie me ha contado sino que he visto con mis propios ojos. La conozco mejor de lo que usted pueda imaginarse.

—No entiendo a qué se refiere. Me está faltando al respeto y no se lo voy a consentir —le espetó enojada.

—No es mi intención ofenderla, pero no me tome por tonto.

—Ya… Usted cree que tiene mucha experiencia con las mujeres, ¿verdad? Pues yo también sé cosas sobre usted. He oído muchas historias. Es usted un sinvergüenza, una especie de donjuán que, cuenta la leyenda, ha tenido multitud de amantes. Pero yo creo que usted es solo un fanfarrón que se cree a pies juntillas sus propias bravatas. —Dio un paso adelante y se acercó al gaucho, insinuante y provocadora. Su pecho subía y bajaba alterado por la lujuria— ¿Sabe qué le digo? Que si todo lo que cuentan de usted es cierto, es porque creo que no ha encontrado a ninguna mujer que esté a su altura.

Lo miró fijamente a los ojos, desafiante, sensual. Sin previo aviso, la joven introdujo sus largos dedos entre los negros rizos de Alonso. El gaucho retiró la cabeza bruscamente, consiguiendo zafarse de la caricia. No iba a entrar en su juego, él no.

—¿Y cree que usted sí lo está? —le preguntó con sorna—. No dudo que, como tanto presume y cacarea, sea una mujer de verdad y de armas tomar. Pero puede estar segura, Frederika, que sería la última hembra del universo sobre la que yo pondría mis ojos y mucho menos mi corazón.

—¿Acaso me tiene miedo? —Una sonrisa llena de sarcasmo apareció en el rostro de la muchacha.

Alonso la miró de arriba abajo.

—Más bien le tengo desconfianza, señorita. No me fío de usted, y yo pocas veces me equivoco en mis juicios. Ahora, aclarado todo, será mejor que se vaya a la cama, no sería bueno que se resfriase, puede ser peligroso. Si me disculpa.

El argentino le dio la espalda y se alejó entre las sombras. Ella se acomodó en el poyo en el que el muchacho había estado sentado hacía solo unos instantes. Aún se notaba el calor de su cuerpo en la piedra. Sonrió. Apagó la vela y miró, absorta, la luna. Estuvo allí

durante un buen rato, haciendo tiempo para que su hermana se durmiera. Entró en la casa y, sigilosamente, se dirigió a la habitación de Cipriano. Se quitó el camisón y se introdujo en su cama. El hombre, ya desnudo, se había quedado dormido esperándola. Somnoliento, se volvió hacía ella y abrazó su cuerpo. Frederika comenzó a besarlo apasionadamente. Cerró los ojos e imaginó, excitada, que los labios que la besaban y las manos que la acariciaban no eran otros que los de su deseado gaucho. Amparada por la oscuridad de la alcoba, fantaseó todo cuanto quiso hasta alcanzar el orgasmo.

Doña Ramonita llevaba semanas alerta. No sabía qué, pero algo estaba pasando delante de sus narices y ella no conseguía tener pruebas de nada. Su hermano se encontraba ya casi totalmente restablecido. Comía bien, había recuperado fuerzas y su tez sonrosada revelaba su buen estado de salud.

Por la mañana, después de desayunar, se hacía afeitar por Frederika. Afeitar, vestir, acompañar, pasear… La muchacha estaba a su lado en cada momento del día. La noche anterior, después de su paseo vespertino con Belter, había entrado en el comedor y se había encontrado a Frederika dando personalmente el puré de frutas a Cipriano, cucharada a cucharada, como si de un bebé se tratase. Él la miraba arrobado, con la gran servilleta a cuadros rojos anudada al cuello y con cara de bobalicón. Al verse sorprendido, su hermano se había puesto rojo como una amapola, lo que hizo sospechar a Ramona que allí se cocía algo, y muy gordo. Ordenó a la alemana que se retirase y, de malos modos, le quitó la cuchara de las manos y el tazón de fruta. No le pasó desapercibida a doña Ramonita la mirada aviesa que, de soslayo, le había dirigido la criada. Ni tampoco cómo caminó altiva hacia la puerta, que cerró tras de sí con un fuerte golpe seco.

Don Cipriano, ante la tensión del momento, apenas pudo mascullar unas palabras.

—¿Qué tal el paseo? —Estaba lívido, temiendo lo que se avecinaba.

—No me hables ahora del paseo —le contestó Ramona con tono amenazante—. De quien quiero hablar es de Frederika. Esa chica es cada vez más descarada y la culpa es solo tuya, que le das muchas alas —gritó airada a su hermano—. Ya podía parecerse en algo a Belter. Nunca me ha gustado esa muchacha, y lo sabes. La acogimos en nuestra casa cuando necesitaba ayuda y ahora se da unas ínfulas insufribles. Esta es una buscona y una cuentista.

A su hermano le dolió en el alma la ligereza con que se juzgaba a su enamorada. No obstante, no se atrevió a decir ni una sola palabra en defensa de la muchacha. Se limitó a suspirar profundamente. «Si la conocieran lo mismo que yo —pensó—. Si todos supieran la mujer tan cariñosa, tan tímida y tan bondadosa que se esconde bajo esa fachada de frialdad, habrían aprendido a amarla tanto como yo».

Doña Ramonita, después de esta conversación, tomó una drástica decisión. Pidió a Antonio, el cochero, que se ocupara del acicalamiento de su señor, relevando la alemana de aquella tarea. Él lo afeitaría todas las mañanas y lo ayudaría en el aseo diario. Saldría con él a cabalgar. Y por las tardes ella misma lo acompañaría a pasear. Mantendría a Frederika bien alejada de su hermano.

Pasaron dos semanas bajo las nuevas órdenes impuestas por doña Ramonita y la amante de don Cipriano estaba indignada. La vieja bruja le estaba haciendo el vacío y había tenido que volver a las tareas más ordinarias y arduas: lavar ropa, sacudir alfombras, barrer, limpiar… Tenía que encontrar la ocasión para hablar con Cipriano y darle un ultimátum. El viejo no se atrevería jamás a pedir su mano si ella no forzaba aquella humillante situación. No había vuelto a yacer con él como castigo a su silencio frente a la humillante situación a la que Ramona la tenía sometida. El señor de la casa andaba de nuevo apesadumbrado y decaído como un alma en pena.

El primer domingo de septiembre, doña Ramonita acudió con Belter a misa de diez, quería confesarse con el párroco del pueblo. Frederika, con la señora lejos de la escena, vio el campo abierto para abordar a su amante. Anunció a Antonio que esa mañana sería ella quien cabalgaría con el amo. El cochero hizo ademán de protestar, pero la alemana se mantuvo firme en su decisión. Lo convenció de que aprovechase la oportunidad de oro que se le presentaba para quedarse a solas con Soledad; tendrían toda la casa para ellos dos solos. El hombre lo pensó unos segundos y dio su consentimiento.

Don Cipriano y Frederika cabalgaron juntos varios kilómetros hasta una frondosa alameda. Ataron los caballos a uno de los muchos árboles que había en aquel fresco paraje. La muchacha extendió sobre la hierba una manta de vivos colores y ambos se sentaron al cobijo de un esbelto álamo. Fue don Cipriano quien tomó la iniciativa.

—Frederika, vida mía. No sabes lo que sufro de nuevo por no poder estar contigo.

Se acercó para besarla en los labios, pero ella lo esquivó con rabia.

—¿No puedes o no quieres? ¡No me querrás tanto como presumes

cuando tu cobardía hace que estemos separados! —le gritó furiosa.

—¿Cómo puedes decir eso, cielo mío? Sabes que eres la luz de mis ojos. Mi felicidad completa. Sin ti no tengo ganas de vivir. —Intentó abrazarla de nuevo, pero ella se revolvió arisca, se puso en pie y huyó de su lado.

—Tendrás que ir acostumbrándote a vivir sin mí.

El hombre se incorporó de un salto, mucho más ágil de lo que en un principio se pudiese pensar por su edad.

—¿Por qué me dices eso? ¿Qué quieres decir? —Cipriano la miraba asustado, sin color en el rostro.

—Lo que has oído. He escrito a mis amistades de Alemania y les he pedido que me consigan un trabajo. Me han prometido que lo harán, así que en breve tendré que marcharme. Me iré con Belter, así tu hermanita te tendrá entero para ella —le contestó sarcástica.

—No puedes irte, palomita mía. —La barbilla del hombre comenzó a temblar e hizo un esfuerzo por no llorar—. Me moriré. Te amo más que a mi vida. Pídeme lo que quieras, que lo haré. Le diré a mi hermana que te amo y que quiero formalizar nuestra situación. Te lo prometo, se lo diré esta misma noche.

La muchacha estaba apoyada sobre el rugoso tronco de un árbol cercano. El hombre, de pie frente a ella, agarró sus manos y las besó con devoción. Frederika sonrió, disfrutaba humillándolo, se sentía poderosa.

De pronto oyeron un relincho. Alonso se acercaba con su caballo hacia donde ellos se encontraban. Descabalgó. El silencio que se produjo ante su llegada hizo sospechar al gaucho, allí pasaba algo extraño. Don Cipriano se volvió de espaldas para evitar que el muchacho pudiese ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas, pero no consiguió pasar inadvertido.

—¿Le ocurre algo, don Cipriano? —preguntó Alonso, preocupado.

—Nada —contestó Frederika en su lugar—. El señor recordaba a su difunta esposa y se ha puesto melancólico —mintió con total descaro.

—No, muchacho, es solo que la edad me está convirtiendo en un viejo chocho. —El anciano intentó sonreír, pero en su rostro solo apareció una mueca grotesca.

—Entonces, si se encuentra usted bien, seguiré mi camino. Estoy dando un paseo con Retinto para que haga ejercicio, es un corcel muy brioso —explicó Alonso.

—¿Qué tal sigue Castaño? ¿Resiste? —Don Cipriano le tenía especial cariño a aquel viejo animal.

—Resiste —afirmó el gaucho—. Es un magnifico ejemplar, morirá con toda dignidad. Esta tarde después de comer, he pensado dar un paseo tranquilamente andando hasta la poza. Hace un calor imposible y le vendrá bien refrescarse, le gusta mucho el agua.

—Bien, muchacho, es una buena idea. Nosotros nos marchábamos ya. —El anciano caballero montó con destreza su corcel—. Alonso, te pediría que no comentases que nos has visto a Frederika y a mí paseando. Ya sabes cómo es mi hermana y el carácter que tiene, prefiere que salga a cabalgar con Antonio y…

—Por supuesto, no se inquiete. Mi boca está sellada. —El argentino miró a la alemana, que sonreía maliciosa.

«Mala pécora—pensó el gaucho para sus adentros—. Pobre del que caiga en tus redes, hija del demonio».

Esa misma tarde la temperatura subió varios grados. El calor era sofocante. El poco viento que corría de vez en cuando parecía haber salido del mismísimo averno. Septiembre, como decía Fuensanta, era el mes del *veranillo del membrillo.* Doña Ramonita, cómodamente sentada en su sillón preferido, leía distraída mientras se abanicaba con elegancia y tomaba litros y litros de limonada fresca. Don Cipriano, sentado al lado de la ventana cerrada a cal y canto para evitar que entrase el espeso aire caliente, jugaba a la baraja española con don Pedro y con su socio don Diego. Perdía. Estaba nervioso y distraído. Belter, al lado de su señora, zurcía unas enaguas. Bostezaba aburrida y cansada por la calima reinante.

—Vete a descansar un rato si quieres, niña, o ve a pasear, aunque con este calor… —le indicó su señora comprensiva—. Te estás aburriendo soberanamente. Hoy es domingo y ya dijo nuestro señor Jesucristo que era fiesta de guardar.

La muchacha le sonrió, posó la costura sobre la silla y se levantó aliviada.

—Gracias, doña Ramonita. La verdad que me apetecía estirar un poco las piernas. Saldré a ver si encuentro a Cleopatra. No la he visto en todo el día.

Cleopatra era una galga simpática y cariñosa. De todos los perros que habitaban en el cortijo, esta era su preferida. El animal la seguía por todas partes como si fuese su sombra. Salió al patio. Había poca animación a esas horas. Un gato dormitaba estirado debajo del

emparrado. Las chicharras frotaban sus patas causando un ruido ensordecedor.

Vio a Alonso salir de la cuadra, seguido de Castaño. Se acercó hasta ellos.

—Buenas tardes. ¿Adónde lo lleva? —Alargó la mano y acarició la testuz del caballo— ¿Ha visto usted a Cleopatra?

Alonso la miró. Por más veces que la viera no se cansaba de admirar su belleza serena, ni de que su voz le pareciese lo más angelical.

—Lo llevo hasta la poza para que se refresque un poco. A Cleopatra la he visto por el camino del aljibe esta mañana. Anda muy atareada. Creo que está enamoriscada del perro de Casimiro, el pastor. Debe de estar en celo. —Belter, azorada, no supo qué contestar—. ¿Quiere acompañarnos al río?

Belter lo pensó unos instantes.

—Sí, acepto la invitación. Tengo la tarde libre y, la verdad, no sabía en qué ocuparla —dijo la muchacha entusiasmada.

—Bien —manifestó el muchacho satisfecho—. Coja usted las riendas. No podemos montarlo, está muy débil y casi ciego, iremos despacio, a su paso, para que no se fatigue.

Cuando iniciaron su paseo, no se dieron cuenta de que alguien los observaba desde la ventana de la cocina.

Llegaron al río. Una piscina natural con una pequeña cascada de agua fresca se presentaba ante ellos. No cubría. Alonso se quitó la camisa y las botas. Se adentró en el agua, que le llegaba hasta la cintura. Tiró suavemente de las riendas de Castaño; este, al no ver, desconfiaba. El gaucho lo fue acercando pacientemente hacia donde él se encontraba. Belter se quitó los botines y las medias y se acercó a la orilla. Comenzó a echar agua sobre el lomo del caballo para refrescarlo. El animal parecía disfrutar y ella se sentía feliz. Alonso comenzó a salpicar agua a la muchacha que, entre risas, salió corriendo despavorida para ponerse a resguardo.

Belter se sentó sobre una gran piedra a la sombra de un árbol y estuvo observando cómo Alonso nadaba con destreza. Pasado un buen rato, animal y humano salieron del agua. El muchacho se sentó junto a ella y sacudió sus cabellos, mojándole la cara a propósito.

Ella gritó alegre. El gaucho secó con sus propias manos las gotas que resbalaban por las mejillas de Belter. Ella lo miró tímidamente.

—Es usted tan bonita… —Alonso la miraba fijamente a los ojos mientras retiraba de su frente un mechón de cabello mojado— ¿Tiene novio en la ciudad?

—¡No! —negó ella, rotunda—. Nunca he tenido novio. Había pocos muchachos casaderos entre las granjas de mi comarca —contestó con total sinceridad la muchacha—. La verdad es que tampoco me gustaban los chicos de mi edad. Eran demasiado brutos e inmaduros. Y en Córdoba apenas tengo unas horas libres a la semana. Y, cuando salgo, lo hago acompañando a doña Ramonita. Y usted, ¿ha tenido novia alguna vez? —inquirió, curiosa.

Ante aquella pregunta, ¿qué podía contestar él? Novia, novia, lo que se consideraba un noviazgo tradicional, no había tenido nunca, a pesar de acercarse a la treintena. Pero claro que había habido mujeres en su vida. En su patria había tenido a más de una *china* bebiendo los vientos por él. Las chicas allí se desarrollaban pronto, en plena adolescencia. Eran fogosas y ardientes y solían ser madres siendo aún casi unas niñas. Ahora en La Carlota andaba tonteando con la hija del herrero y con la del alcalde. Incluso habían peleado entre ellas por él. Pero no podía contarle a Belter esas andanzas o la muchacha huiría despavorida.

—Bueno, podemos decir que nunca me he enamorado —buscó la forma de no mentir sin contar realmente la verdad—. He creído estarlo en más de una ocasión para, a los pocos meses, darme cuenta de que estaba equivocado.

—A mí me gustaría enamorarme —murmuró Belter con la mirada perdida en su propio sueño—. Saber qué se siente. Qué…

Se arrepintió de sus propias palabras y se sonrojó de tal manera que la quemazón de sus orejas se le hizo insoportable. Alonso era un hombre, estaban allí solos y él podría malinterpretar sus palabras. No podía abrirle su corazón así como así, a prácticamente un extraño.

Alonso, como hombre experimentado que era, pronto se hizo cargo de la situación.

—No tiene por qué avergonzarse de querer experimentar sensaciones nuevas. Es algo muy razonable en una muchacha joven y sana como usted, además de bonita.

Ella se sonrojó aún más y a él le pareció adorable. Sin poder resistirse, la cogió suavemente de la barbilla y se acercó despacio hasta ella. La muchacha cerró los ojos y él la besó dulcemente. Alonso sintió la humedad de su boca y la suavidad de sus labios. Estuvieron durante unos minutos sintiéndose, deseándose, explorando sus bocas

con atrevida sensualidad. Cuando el gaucho se apartó, Belter seguía con los ojos cerrados. El muchacho hubiese deseado ir más allá, amarla sin descanso, hacer que se volviese loca entre sus brazos, ser el primer hombre que le descubriese los entresijos del amor y del placer. Pero, de pronto, sintió pavor. Un incomprensible miedo de sí mismo, de estar enamorándose. Temor a amar.

Se puso en pie de manera brusca y Belter lo miró desconcertada. El gaucho ofreció su mano a la muchacha y la ayudó a levantarse.

—¿Ocurre algo? —preguntó Belter confundida ante aquel cambio tan repentino.

—No. Pero será mejor que volvamos a casa —Alonso estaba serio y evitaba mirarla—. Castaño estará cansado y va siendo hora de regresar.

Caminaron en silencio. Multitud de sentimientos extraños bullían dentro de Alonso. Aquel beso había sido distinto a todos los demás. Era diferente a los cientos de besos que había dado en cientos de bocas ya olvidadas. Besos que no habían dejado ninguna huella en su alma. Este, sin embargo, le hizo sentir distinto. Es como si hubiese anclado en puerto seguro. A un lugar conocido lleno de promesas, donde jamás volvería a sentirse solo. A un sitio del que no querría marcharse jamás. Se sentía totalmente desarmado por aquella muchacha de ojos azules.

Absortos como iban ambos en sus propios pensamientos, no repararon en que Frederika los seguía a cierta distancia; oculta entre la maleza del río, lo había visto todo.

Durante la cena, Belter permaneció pensativa y triste por la extraña reacción de Alonso en la poza después de besarla. No lo comprendía. El argentino, por su parte, estaba ofuscado. Se resistía y rebelaba contra sus propios sentimientos. La atmósfera era tensa en las cocinas, no se oían ni las risas ni los comentarios jocosos de cada noche. Frederika los observaba a ambos, expectante. Estaba celosa, resentida y rabiosa de la relación que, imaginaba, estaba surgiendo entre los dos jóvenes. ¿O tal vez el gaucho solo buscaba una nueva conquista para calentar su cama, cuando a ella la había rechazado?

Ya en su habitación, Alonso acabó de *pitiar* un cigarrillo. Apagó la vela que reposaba sobre la mesita de noche. No podía dormir. Apoyado en la almohada, cruzó los brazos por debajo de su nuca. El rostro de Belter, como cada noche, acudió a su cabeza. ¿Se estaría enamorando? Eso era del todo imposible. «Yo no era de esos, nunca lo he sido —se dijo para sí mismo—. Jamás ha entrado en mis planes

casarme o tener hijos y pasar la vida atado a alguien. Soy un alma libre, como la de un potro salvaje». Pero la risa de la muchacha mientras él le echaba agua en la poza pareció escucharse por toda la habitación. Se tapó la cabeza con la almohada y ahogó su grito.

—¡Maldita sea mi estampa!

A pocos metros, en las habitaciones de las mujeres, Frederika se desvestía y se ponía la camisa de dormir. Comenzó a cepillarse el pelo mientras interrogaba a su hermana que, ya acostada, bostezaba somnolienta.

—¿Dónde has estado hoy? Te he buscado por todas partes. Me dijeron que doña Ramonita te había dado la tarde libre —hizo la pregunta aparentando no darle trascendencia al asunto.

Belter balbuceó nerviosa.

—He estado buscando a Cleopatra por las eras.

—¿Sola? —Frederika se levantó y se sentó en el borde de la cama de su hermana. La miró fijamente esperando una respuesta.

—Sí, sola. Pero no la he encontrado, no sé…

Frederika le soltó una sonora bofetada que dejó a la muchacha muda de inmediato. Belter se llevó la mano a la dolorida mejilla y miró a su hermana con los ojos arrasados por las lágrimas.

Frederika, lejos de sentir lástima, la siguió hostigando para que confesase.

—¿Por qué me mientes? Eres una pequeña zorra con cara de angelito —le gritó agarrándola del pelo—. ¿Crees que no te he visto con el sinvergüenza de Alonso? ¿Crees que no vi cómo os besabais?

Belter lloraba y forcejeaba intentado zafarse de la garra de acero de su hermanastra.

De pronto, unos golpes en la puerta de la habitación hicieron que Frederika se sobresaltara y contuviese su ataque de ira. Recomponiéndose de inmediato y arreglándose el pelo apresuradamente, se acercó a abrir. Soledad, que dormía en la habitación contigua, alarmada ante el alboroto, se había acercado a ver qué ocurría. La alemana trató de quitarle importancia, le explicó que eran peleas entre hermanas por una nimiedad, tonterías sin que llegase la cosa a mayores. La cocinera, no muy convencida con la explicación, intentaba asomarse a la estancia para ver cómo se encontraba Belter, pero Frederika apenas había abierto una angosta rendija entre la puerta y ella que, además, bloqueaba con su propio

cuerpo. La alemana, viendo que la mujer no se iría en toda la noche, la despachó sin más contemplaciones y le cerró la puerta en sus narices.

Volviéndose hacia su hermana, la amenazó con el dedo mientras le susurraba enojada, teniendo cuidado de no alzar la voz.

—Te quiero lejos de ese gaucho del demonio. Solo cuentan cosas malas sobre él. Es pájaro viejo y solo quiere desgraciarte. Ha tenido amantes de todo tipo .Como los marineros, un amor en cada puerto, hasta con casadas ha estado liado. Y, según me contó la Frasca, la mujer del espartero, aquí en La Carlota se llegaron a pegar por él la hija del herrero y la del alcalde. Solo utiliza a las muchachas para reírse de ellas. Las *camela* , como dicen por aquí y luego, si te he visto no me acuerdo. Si vuelvo a verte hablando con él, te juro que le contaré a doña Ramonita que vi cómo os besabais y te pondrá de patitas en la calle. Los señores no quieren amoríos entre sus sirvientes. Cualquier día, la tonta de Soledad y el insulso de Antonio se verán sin trabajo.

—No, por favor. No te atreverás a contarle nada a la señora—le suplicó Belter, asustada.

—¡Ja! ¿Que no? A ver si después de ponerla al corriente de tu descaro sigue pensando que eres un alma cándida e inocente. ¡Y ahora, a dormir!

Frederika, dando la conversación por terminada, se metió en la cama y sopló la llama azul de la vela. Belter pasó llorando toda la noche.

Había pasado más de una semana desde que Alonso y Belter estuvieron juntos en la poza. Ya pasada la primera ofuscación, el gaucho sentía la necesidad de poder hablar de nuevo a solas con ella. Pero el hombre comprobó que, desde aquel día, la muchacha se comportaba de manera extraña, le rehuía. Apenas le miraba cuando se cruzaban por el cortijo y, durante las comidas, la muchacha le contestaba con monosílabos. Él lo achacó a la poca delicadeza con

que la había tratado. Quería aclararle su postura, pero no encontraba la ocasión. Por el contrario, observó que últimamente Frederika estaba demasiado amable y solícita con él. Eso hacía que el muchacho estuviese alerta y desconfiara.

En pocos días comenzaría octubre. Doña Ramonita pidió a Belter que se acercase hasta el pueblo, era urgente llevar a la iglesia los alimentos y la ropa de abrigo que había prometido a don Telesforo, el párroco de La Carlota. El cura le había contado las penurias que sufrían algunas de las familias más desfavorecidas y la mujer se había apiadado de ellos. Había acordado que sería ella misma quien los entregaría, pero se había levantado algo indispuesta, sufría de problemas gastrointestinales, y envió a la muchacha para que hiciese el recado en su nombre. Para que la joven no fuese sola por esos caminos de Dios, ordenó a Alonso que la acompañase en el tílburi. Prepararon los paquetes y ataron un caballo a la trasera del coche que portaba la donación.

La joven y el gaucho iban en silencio, serios. Fue Alonso el que inició la conversación.

—Belter, hace tiempo que quería hablar con usted. La noto extraña conmigo. Si es por lo ocurrido en la poza, le pido disculpas. Pero, por favor, no me malinterprete y sigamos siendo buenos amigos. Su amistad es muy importante para mí.

—No, no estoy ofendida por ese día, no piense que es eso —le dijo la muchacha compungida—. Es solamente que… bueno, en realidad no puedo contárselo. Ni siquiera debería estar hablando con usted ahora.

—Pero, ¿por qué, Belter? No lo entiendo. Me trata como si fuese un apestado cuando siempre hemos sentido verdadero aprecio el uno por el otro.

—Por favor, no diga eso —replicó Belter, visiblemente afectada— ¿Cómo puede pensar que lo trato como a un leproso? Usted me salvó la vida. Le estaré eternamente agradecida.

Llegaron a la parroquia sin haber aclarado, ninguno de los dos, sus respectivas razones para aquel distanciamiento. Alonso, ayudado por un monaguillo, descargó todas las provisiones que llevaban para los pobres. Belter se entretuvo unos minutos dentro de la iglesia entregando una generosa dádiva económica a don Telesforo de parte de sus señores. El gaucho la esperó en la calle subido al pescante del coche.

Una muchacha de cabello castaño y ojos color miel pasó al lado

del tílburi y reconoció al instante a Alonso. Era la hija del alcalde.

—Muy bonito —se le encaró enojada Esperanza—. ¿Has venido a confesarte? Porque eso es lo que deberías hacer, ¡mentiroso! Muy lindas palabritas, pero llevo meses esperándote.

La muchacha, sin pensarlo dos veces, se quitó el zapato y lo arrojó con todas sus fuerzas a la cabeza del muchacho. Este anduvo ligero y lo cogió al vuelo, consiguiendo que el arma arrojadiza ni siquiera le rozara un pelo.

Belter, que salía en ese momento de la iglesia acompañada del cura, se encontró con la violenta escena. Los dos espectadores se quedaron atónitos ante el escándalo que se había formado en la puerta de la iglesia. Muy a su pesar, la joven alemana recordó todo lo que su hermana le había advertido sobre el gaucho. Tal vez fuera cierto que solo era un donjuán del tres al cuarto.

—Vamos, vamos, Esperanza. ¿Qué modales son estos? —le recriminó el párroco a la hija del alcalde, intentando calmarla—. Dar estos alaridos en la puerta de la casa del Señor…

—Lo siento, don Telesforo. La culpa es de este canalla que, con ese acento y esos ojos gitanos, embauca a las muchachas decentes como yo. Dios debería castigarle por rufián.

—Bueno, tranquilízate, mujer —prosiguió don Telesforo—, y no desees el mal al prójimo, que se puede volver contra ti. Anda, deja paso, que se suba esta muchacha al coche. Tienen que marcharse al cortijo.

Esperanza fulminó a la alemana con la mirada.

Alonso ayudó a Belter a subir al coche. La joven, seria y sin articular palabra, se sentó a su lado sin ni siquiera mirarlo. El gaucho la observaba inquieto. Hubiera dado lo que fuese por poder leer sus pensamientos en aquel preciso momento. Seguro que nada bueno rondaba por su cabeza después de la patética escena con Esperanza.

Se alejaron del pueblo callados, taciturnos. Llevaban ya varios kilómetros de camino cuando Belter comenzó a llorar.

El gaucho tiró de las riendas y el caballo se detuvo.

—No llore, por favor. Esa muchacha está loca. Nunca le prometí nada —alegó Alonso en su defensa—. Solo nos hemos divertido un poco.

—Mi hermana tenía razón. —La joven lo miró enojada—. Diversión, bonita palabra. Ya me advirtió ella que a usted le gusta

reírse de las chicas. Pensé que el beso del otro día era sincero, pero veo que estaba equivocada, que solo era eso para usted, un divertimento.

—¿Frederika le ha dicho eso sobre mí? —Alonso estaba perplejo—. Ahora entiendo su actitud estos últimos días. Y seguramente no le ha contado su casta ni lo que hace ella por las noches. La podría sorprender relatándole algunos detalles sobre ella.

—¿A qué se refiere? Le hace hablar el resentimiento. No consentiré que hable mal de mi hermana. No sea mala persona.

Belter se giró en el asiento del coche, dándole la espalda. Frederika podía ser cualquier cosa, pero era su hermana y no permitiría que nadie la ofendiese en su presencia.

—No entiendo cómo puede defenderla con esa lealtad ciega —insistió Alonso—. Ella la trata a puntapiés, y usted le rinde pleitesía. La tiene sometida y jamás la he visto rebelarse contra ella.

—Mi hermana es lo más importante que tengo en esta vida —se le encaró la joven, defendiendo a Frederika a capa y espada—. Siempre ha cuidado de mí. Cuando mi padre murió y mi madre sufría ataques de asma que la dejaban impedida y yo tenía que atenderla, era ella la que se encargaba de todo: de la casa, de los animales, del huerto y de mí. Si se ha venido a España es para que yo tuviese un futuro mejor. Le debo mucho, se lo debo todo, de hecho, y usted solo intenta difamarla por revancha.

—No pretendo injuriar a nadie. —Alonso no pudo evitar alzar la voz, se sentía impotente—. Solo quiero que usted abra los ojos de una vez. Su hermana no es quien usted cree que es. Una noche la vi…

—¡Cállese! —gritó Belter tapándose los oídos con ambas manos—. No quiero seguir hablando con usted.

Alonso calló y la miró afligido. Chasqueó la lengua y, a su señal, el caballo comenzó a caminar lentamente de nuevo. No volvieron a cruzar una sola palabra en todo el trayecto. Al llegar al *Potro Andaluz*, Belter saltó del carruaje y a punto estuvo de caer al quedar enganchado en el pescante el bajo de su vestido. El gaucho la ayudó a liberarse. La muchacha, sin ni siquiera mirarlo ni agradecerle el detalle, entró corriendo en la casa como alma que lleva el diablo.

Alonso, taciturno, la vio alejarse. Movió la cabeza hacia ambos lados lamentando lo ocurrido. Sentía haber perdido a una amiga.

Belter llevaba ya varias semanas ofendida con Alonso. La conversación entre ellos se limitaba a «¿me pasa el pan?» o «¿podría

servirme más carne?». Frederika los observaba de cerca. Se sentía sumamente feliz. Desconocía el altercado ocurrido en el pueblo con Esperanza, así que pensó, satisfecha, que la tirantez entre los dos amigos se debía a que su hermana, siempre obediente, había seguido sus consejos. Estuvo intentando sonsacarle información a Belter sobre su frialdad con el gaucho, pero no consiguió absolutamente nada; el mutismo de la muchacha era inquebrantable. Supuso que Alonso habría intentado propasarse con ella aprovechando el viaje al pueblo. Conociendo lo remilgada y tiquismiquis que era su hermana, no era difícil pensar que esta se hubiera sentido ofendida. Si ella hubiese tenido la suerte de que se le insinuara el gaucho, lo último que hubiese hecho es actuar como una mojigata.

Aquel hombre le gustaba y ella siempre obtenía, tarde o temprano, todo lo que deseaba. Ser insinuante y descarada siempre le había dado buenos resultados. Los hombres no estaban acostumbrados a que una mujer llevase la iniciativa y eso les desconcertaba, a la par que les atraía. Alonso no sería distinto. Un hombre era un hombre, aquí y en Pekín, pero, por ahora, ese asunto tendría que esperar.

Don Cipriano seguía sin atreverse a dar el paso definitivo. Temía a su hermana más que a la malaria, y, ni qué decir, a la opinión de la rancia sociedad cordobesa. Sería un escándalo que el viudo rico se casara con la criada pobre, más joven que él y encima extranjera. Otra cosa es que la tuviese como su querida. ¡Pero una boda! Eso sería inadmisible. Él era un hombre que siempre había huido de los problemas y disputas. Deseaba vivir tranquilo, sin disgustos. Pero esta muchacha le había robado el sentido común y la serenidad. Llevaba varias semanas amenazándolo de nuevo con que regresaría a Alemania. No quería ni pensar que eso pudiera ser cierto. Y qué disgusto para su hermana Ramonita que se llevase a Belter. ¿Qué hacer? Solo había dos posibles soluciones: o ser valiente y ponerse el mundo por montera o perder a la muchacha irremediablemente. No tuvo que enfrentarse a tan difícil dilema. Fue Frederika quien decidió por él.

Los días de octubre se presentaron soleados, con una temperatura muy agradable que invitaba a pasear. Doña Ramonita salió como todas las tardes a dar un paseo con Belter a la hora del ocaso. Cada vez le gustaba más la compañía y conversación de esa prudente y agradable muchacha. Últimamente la veía algo reservada y triste, pero no se había atrevido a preguntar la causa.

Frederika se encontraba limpiando el salón del cortijo. Lloraba desconsoladamente. En su mano derecha llevaba desplegada una carta, mientras que, con la otra, plumero en mano, se dedicaba a

limpiar el polvo del reloj y de los jarrones que decoraban la cornisa de la chimenea. La casa estaba vacía. Soledad y Antonio habían cogido el carro para ir hasta el pueblo a comprar algunos víveres que hacían falta en la cocina y pronto estarían de vuelta. Don Cipriano pasó por delante de la puerta del salón camino de su dormitorio para buscar sus anteojos. Le pareció escuchar un llanto de mujer. Intrigado, entró en la estancia para ver qué ocurría. Se sorprendió al descubrir que era Frederika la dueña de aquellos sollozos. Se acercó hasta ella alarmado.

—¿Qué te pasa, palomita?¿A qué viene ese disgusto que tienes?

La muchacha, llorando con más vehemencia si cabe, se dejó caer en un sillón y alargó la carta a Cipriano. El hombre, que ya de por sí poco podía ver, acercó la carta a sus pupilas lo más que pudo, pero, sin anteojos y escrito como estaba en alemán, no entendió una palabra de lo allí escrito. La miró con cara de desconcierto. Frederika dio un tirón a la misiva y se la quitó de las manos. Leyó en voz alta:

Querida Frederika:

Tengo buenas noticias sobre el requerimiento que me hiciste en tu última carta. Me siento muy feliz de poder anunciarte que he conseguido un trabajo para ti y para tu hermana. Trabajaréis en la casa de un afamado doctor en una pequeña localidad de Baviera. Elizabeth Therese cuidará de los niños y tú te encargarás de la limpieza y la cocina. Deberéis darme una respuesta rápida, ya que empezaríais a trabajar en el plazo de un mes. De no ser así, la señora Fischer tendrá que seguir buscando personal. Sin más, un fuerte abrazo de tu amiga,

Heidi Wagner.

El hombre, desolado al escuchar el mensaje, se dejó caer en un robusto butacón al lado de la muchacha. Era una realidad, Frederika se marchaba. Sentía unas inmensas ganas de llorar, como si fuese un niño. Un nudo le subía y le bajaba por la garganta impidiéndole respirar. La mano derecha empezó a temblarle. Temió sufrir un ataque al corazón o una apoplejía. Sí, ese corazón viejo estaba roto, roto de dolor.

—¿Y qué vas a hacer, Frederika? —le preguntó tímidamente, temiendo la peor de las respuestas.

—Marcharme, Cipri. Bien sabe Dios que te amo más que a mi vida —sacó un pañuelo de su escote y se sonó estrepitosamente—. Pero esta situación es inaguantable para mí. Tu hermana me desprecia. Me espía y apenas podemos cruzar unas palabras al día porque está

vigilándonos constantemente. Yo sufro mucho y a ti parece no importarte.

—¿Cómo puedes decir eso? Te veo pasar por mi lado y ni siquiera puedo rozarte. No te marches, te lo ruego. Dame tiempo y lo arreglaré, te lo juro.

—No, ya no hay tiempo, Cipri —negó Frederika obstinada—. Ya lo has oído, un mes. Además, hay otro asunto de suma importancia que debo contarte.

Se puso en pie y comenzó a pasear nerviosa por la habitación. Sin pedir permiso, cogió una botella de coñac viejo, se llenó media copa y lo bebió de un trago. Don Cipriano no daba crédito a aquella actitud tan poca femenina de su amada. Seguramente lo que tenía que comunicarle era algo muy importante para que actuase de aquel modo.

La muchacha se plantó delante de él y soltó a bocajarro:

—Cipri, creo que voy a tener un hijo tuyo.

El hombre se levantó de su asiento como si hubiese un resorte mecánico debajo del cojín. Repitió las palabras como un autómata. Estaba lívido.

—¿Un hijo…? ¿Vas a tener un hijo mío? ¡Oh!, perdona la pregunta, no quería decir eso. ¡Un hijo! —Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su rostro. Iba a ser padre por primera vez en su vida y pasados los sesenta años. Estaba muy orgulloso de esa virilidad descubierta en la senectud.

—No quiero ponerte en ninguna situación embarazosa, Cipriano —alegó Frederika, representando su papel de víctima—. Me iré a Alemania y lo criaré sola. Soy fuerte. Mi hermana me ayudará. No tendrás que preocuparte por nosotros. Tú no me quieres, es obvio y…

Cipriano comenzó a hacer pucheros de nuevo.

—Cómo puedes decir que no te quiero… —El hombre la atrajo hacia sí, abrazándola cariñosamente—. Yo te ayudaré a criarlo.

Frederika se deshizo de su abrazo como una gata furiosa. Enojada, lo empujó con fuerza y el hombre, sin esperarlo, cayó sentado en el mullido sofá.

—¿Me ayudaras a qué…? ¿A criar a tu hijo bastardo? Ni hablar. Me marcharé a mi tierra y…

Oyó la risa de Belter, que se acercaba por el patio en dirección a la

casa, y el cloqueo aburrido de doña Ramonita. Era ahora o nunca. Las mujeres entrarían en unos minutos al salón. Tenía que actuar. ¡Ya!

—Cipri, te quiero —le dijo, cambiando a una actitud sumisa y cariñosa—. Pero si tú no deseas a nuestro hijo, fruto del amor más puro, me marcharé para siempre y te dejaré tranquilo. Nunca más volveré a molestarte. Bésame por última vez.

Dicho y hecho. Se enganchó por sorpresa al cuello de su amante y lo besó en los labios apasionadamente.

En ese mismo instante entró en el salón doña Ramonita seguida de su pupila. Al descubrir la arrebatadora escena, la mujer emitió un grito de espanto y se paró en seco, llevándose la mano a la boca. Belter, detrás de ella con los ojos muy abiertos, no daba crédito a lo que estaba viendo. Su hermana se estaba besando con el señor.

Los amantes se apartaron bruscamente. Don Cipriano, al ver a su hermana allí plantada, dibujó en su cara una mueca estúpida; su tez perdió todo color. Frederika, por el contrario, exhibía una sonrisa triunfal. Doña Ramonita no pudo soportar la altivez de la sirvienta y le gritó enojada.

—¡Mujerzuela! ¡Fuera de mi casa, mala pécora! Liándote con mi hermano delante de mis narices. ¡Desvergonzada! —Se acercó amenazante hacia la alemana.

Cipriano, temiendo lo peor, se interpuso entre las dos mujeres y, con su cuerpo, protegió el de su amada mientras Belter intentaba sujetar a su señora.

—Ramona, estás ofendiendo a mi prometida. ¡No te lo consentiré! —dijo su hermano, colérico como ella nunca antes lo había visto.

—¿A tu qué…! ¿Has dicho a tu prometida? —repitió doña Ramonita, atónita—. Esa lo que es es una bruja que te ha enredado, Cipri. A ti, tan noble e inocente. —La mujer no daba crédito. Su hermano se había vuelto loco de remate. Sin duda, estaba *aliñado* . Había oído decir que ciertas mujeres suministraban a los hombres una serie de plantas alucinógenas que anulaban su voluntad.

—A mi pro-me-ti-da —repitió don Cipriano arrastrando las sílabas y no dejando lugar a dudas—. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro. Es mi voluntad y voy a casarme con ella. Además, voy a ser padre.

Doña Ramonita, ante aquellas supuestas buenas nuevas, se desplomó en el butacón por la impresión. Belter comenzó a abanicarla con brío.

—Tranquilícese, señora. Puede que estén enamorados —intentaba convencerla—. Tal vez no sean una pareja al uso. Pero el amor es así, no sabe de edades ni de clases sociales…

—Calla, chiquilla. Qué sabrás tú de estas cosas. Eres muy inocente para entender la enjundia que tiene esto. —La mujer le quitó el abanico de las manos a la muchacha y comenzó a abanicarse ella misma—. ¡Qué sofoco tengo! Ve a mi habitación, Belter, y tráeme las sales. Luego hazme una tila doble. Y tú, Frederika —le dijo alzando la barbilla obstinada—, puedes ir a ayudarla, aún sigues siendo nuestra criada.

La aludida salió de la habitación dedicándole una mirada de total desprecio a su señora.

Ya sin la presencia de ambas muchachas, Ramona dio rienda suelta a sus palabras.

—Tienes que recapacitar, hermano. Ya intuía yo todo esto desde hace tiempo. Nunca me ha gustado esa muchacha, Cipri. —Doña Ramonita se paseaba nerviosa de un lado a otro de la habitación, sin dar tregua al abanico que golpeaba sin piedad contra su alterado pecho—. Podemos asignarle una pensión si es tu gusto. Le alquilas una casa y adiós muy buenas. A saber si el hijo que espera es tuyo. No creerás tú que a tus años…

Don Cipriano, ofendido ante las infamias e injurias de las que estaba siendo objeto Frederika, se rebeló furibundo contra su hermana. Le dolió sobremanera la duda sobre su madura masculinidad.

—¡Ramona! No consentiré que trates así a mi futura esposa —sentenció airado—. Te guste o no, vamos a casarnos, y le deberás el mismo respeto que me tienes a mí. Por supuesto que yo soy el padre de la criatura. Tú solo sientes celos y envidia por mi completa felicidad.

A doña Ramonita le llegó al alma aquella acritud de Cipriano. Esa defensa a ultranza de Frederika y, por el contrario, tan duras palabras para con ella. Se quedó boquiabierta, sin saber cómo reaccionar.

—Otra cosa quiero anunciarte —prosiguió su hermano sin darle cuartel—. A partir de ahora mismo, Frederika no realizará más tareas que las propias de una señora.

Dicho esto, don Cipriano giró sobre sus talones y se marchó dando un portazo.

«¡Dios mío! —se dijo Ramona para sus adentros—. Mi hermano,

siempre tan educado, tan tranquilo, tan cortés. Sin duda, esa muchacha lo ha vuelto del revés como a un calcetín. Seguro, segurísimo, que esa mala pécora lo tiene *aliñado* o hechizado. Dios sabrá qué artimañas ha utilizado para ello».

Ramona, ya sola en el salón y con el corazón destrozado por los reproches de su hermano, se tendió cuan larga era sobre el sobrio sofá que había junto a la chimenea. El nudo que sentía oprimiéndole el pecho por fin se deshizo y soltó toda la amargura que embargaba su corazón. No recordaba haber llorado tanto ni con tanta pena desde la muerte de su padre.

En el cortijo, pronto todo el personal se hizo eco de la noticia. Esa noche, los amos ordenaron que la cena se les sirviera a cada uno en sus respectivas habitaciones. No hubo rezo diario del rosario, ni rato de tertulia en el porche. La casa estaba sumida en un espeso silencio y el aire se notaba visiblemente enrarecido.

A la hora de cenar, Frederika no se presentó en las cocinas. Pidió a su hermana que le llevase al dormitorio un vaso de leche caliente con miel y unas galletas. Belter, con la cabeza agachada y todas las miradas clavadas en ella, tomaba la sopa. Rezaba mentalmente para que nadie sacase a colación el tema o, lo que hubiese sido mucho peor, que le preguntasen directamente por la noticia. Llevaba toda la tarde dándole vueltas a la misma pregunta: «¿qué pasará ahora?». Si su hermana se casaba con don Cipriano, se convertiría en la señora de la casa. ¿En qué lugar quedaba ella? Tendría que hablarlo todo con Frederika esa misma noche. La cabeza le iba a estallar. Sería la velada más larga de toda su vida.

Soledad, amiga de chismes y comadreos, sin poder aguantar más la curiosidad, le soltó directamente:

—Belter, ¿es cierto que tu hermana está preñada de don Cipriano?

Todos los allí presentes dejaron sus cucharas suspendidas entre el plato y la boca. Miraban sin pestañear a la muchacha esperando una respuesta.

Alonso, que solía ser el último en llegar a la mesa, entró en el preciso momento en que se lanzaba al aire la impertinente pregunta. Él ya sabía del escándalo. Un peón, al que se lo había contado Antonio, había salido corriendo para poner al día al gaucho de la comidilla de la que todo el mundo hablaba. Al argentino aquello no le causó ninguna sorpresa. Le preocupaba más la delicada situación en la que quedaba Belter ante sus propios compañeros.

—Buenas noches, señores. —Alonso se sentó junto a Belter—.

Dejemos a la muchacha cenar en paz. Si quieren saber algo de lo ocurrido, pregúntenle directamente a la interesada o al señor, si son capaces. No la agobiemos a ella. ¿Me sirve un plato de sopa, Belter? Estoy hambriento. —Le extendió el plato a la joven, que lo miró totalmente agradecida.

Acabada la cena, Alonso, como cada noche, salió al patio a fumar un cigarro y sosegar su espíritu. Belter lo siguió. Posó el candelabro que llevaba en la mano sobre una mesita de mimbre que había en el porche y se sentó al lado del gaucho. El hombre esperó a que ella fuese la primera en hablar.

—Alonso, quería agradecerle que evitara que me bombardearan a preguntas groseras y de mal gusto.

—Bueno, no tiene mayor importancia. Solo había que ver su cara para saber la vergüenza que estaba sintiendo. No debe sentir pudor por los actos de otros.

—Sí, sí tiene importancia, al menos para mí. Quería también pedirle disculpas. Fui muy ingrata con usted y me enfadé mucho cuando habló mal de mi hermana. Seguramente sabía algo que yo ni imaginaba… ¿Desde cuándo lo sabe? ¿Vio algo, verdad? —Después de lanzar la pregunta, dudó y no quiso saber la respuesta—. No, no, por favor, no me conteste, no quiero saberlo. —Se pasó la mano por la frente, como si quisiera aclarar sus propios pensamientos—. Espero que de verdad mi hermana esté enamorada de don Cipriano. Es un hombre bueno, educado, amable, caballeroso… —se quedó en silencio unos segundos—. Usted cree que se ha podido enamorar de él sinceramente, ¿verdad?

Alonso vio la angustia reflejada en la mirada de la joven. Esos ojos azules esperaban una respuesta sincera, que borrase sus miedos y sus dudas. Palabras que dijesen lo que ella quería oír; que su hermana era una buena chica y que actuaba movida por el amor que le profesaba al anciano. El gaucho fue incapaz de confesar la verdad sobre lo que pensaba y evitó ser sincero.

—Claro que sí, Belter. El amor llega y ya está. Nadie sabe ni cómo ni cuándo puede aparecer en nuestras vidas. Puede llegarte a los veinte o a los sesenta, como a don Cipriano. Míreme a mí, me pregunto cuándo conoceré a alguien que robe mi solitario corazón. —Se puso ambas manos sobre su pecho de manera cómica.

La muchacha, mucho más tranquila, le sonrió. Volvió a coger el candelabro y se despidió de él dándole de nuevo las gracias por todo. Alonso quedó sumido en la oscuridad y en sus propios pensamientos.

Frederika explicó aquella noche a Belter lo mucho que amaba a don Cipriano. Cómo el respeto y la admiración habían ido dando lugar al amor. Y el fruto de esa unión estaba dentro de su vientre. Lloró amargamente por haber tenido ese secreto escondido dentro de su corazón y no haber confiado en ella hasta ese momento. Posó su cabeza sobre el regazo de su hermana pequeña. Le dijo sentir miedo, miedo a lo que pudiese ocurrir, a las represalias de doña Ramonita y a cómo sería su incierto futuro. Belter tendría que ayudarla con la señora. Debía conseguir ponerla a su favor, a ella sí le haría caso. Mientras tanto, se tendrían la una a la otra, como siempre. Las dos hermanas unidas y fuertes para toda la eternidad.

En poco más de una semana comenzaron los preparativos para regresar a Córdoba. La boda, a pesar de la categoría de la familia del novio, no sería demasiado ostentosa ni concurrida, se celebraría una ceremonia íntima. La novia se hallaba en estado de buena esperanza, por lo que tendrían que hacerse todos los preparativos de manera urgente. Los contrayentes tendrían que casarse antes de que fuese muy notorio el embarazo de la muchacha. Además, quedaba mucho trabajo aún por delante: mandar hacer vestidos nuevos, un ajuar completo para la novia... La esposa de don Cipriano no podía ir por ahí con aquellas modestas faldas de percal planchado. Debería lucir un vestuario acorde con su nuevo estatus social.

Su futuro esposo la cuidaba como oro en paño. Frederika se pasaba el día ociosa por el cortijo sin hacer absolutamente nada de provecho. Las comidas las hacía en el comedor principal, junto a doña Ramonita y a su prometido, cosa que la anciana señora llevaba muy a disgusto. La alemana, desde que se hizo público su compromiso con don Cipriano, se daba unas ínfulas insoportables, tratando con total despotismo a sus antiguos compañeros de servidumbre, algo que a su cuñada le parecía intolerable.

Alonso estaba inquieto. Belter se marchaba al día siguiente. No sabía cuándo volvería a verla. Ni siquiera si la próxima vez que se encontrasen podría hablar con ella con la misma confianza y

naturalidad con que lo había hecho hasta ahora. Necesitaba estar solo, tenía que pensar en todo aquello. Al fin y al cabo, después del enlace, la muchacha se convertiría en la hermana de la patrona.

Le puso las bridas al viejo caballo y se encaminó hacia la poza.Estaba atando a Castaño en un viejo álamo, absorto en sus propios pensamientos, cuando de pronto alguien llamó su atención desde el agua.

—Buenas tardes, Alonso.

El muchacho se sobresaltó. Ese acento y esa voz grave eran inconfundibles. Frederika, metida en el agua hasta la cintura y con el torso desnudo, le sonreía provocativa.

—Estaba aburrida en casa —le explicó, con un brillo de malicia en los ojos—. Ahora no tengo mucho que hacer y he decidido venir hasta aquí.

—¿No le parece que está el agua demasiado fría para darse un baño desnuda, teniendo en cuenta la estación en la que estamos?

—No para mí —rió, coqueta—. En Alemania me gustaba ir a bañarme al lago de aguas heladas que estaba cerca de casa; durante el invierno, mantiene tersa la piel. Así que esta poza tiene una temperatura perfecta. ¿No quiere comprobarlo? —Se echó el líquido cristalino con ambas manos por encima y se frotó los firmes pechos, de manera voluptuosa.

Alonso la miró con desconfianza. Se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar. Seguramente había oído la conversación que había mantenido con don Cipriano esa misma mañana, en la que le había contado su intención de salir a pasear por la tarde con Castaño. Llevaría tiempo esperándolo, acechando como la araña a la mosca, y eso que alardeaba de estar enamoradísima de su prometido.

No pudo evitar que una mueca de desprecio crispara en su rostro. Pensó en Belter. Se moriría de pena si viese cómo su propia hermana estaba intentando seducirlo. Alonso decidió cortar por lo sano.

—Frederika, me alegro mucho de que esté usted disfrutando del baño. O tal vez, debería llamarla ya «señora» —le espetó sarcástico—. Será mejor que la deje tranquila y continúe mi camino.

—¡No, espere! —La mujer salió precipitadamente del agua y se acercó hasta dónde él se encontraba El pelo mojado y suelto caía pegado sobre su espalda. Corría un airecillo fresco que hacía endurecer sus pezones y su calzón mojado dejaba traslucir su oscuro sexo—. ¿Sabe usted que nos marchamos mañana, verdad?

—Lo sé —contestó el hombre sin inmutarse.

Ella se aproximó aún más, insinuante, sibilina. Colocó, seductora, ambas manos sobre los hombros del muchacho, que no se movió.

—¿No me echará de menos ni un poquito siquiera? —le susurró al oído, melosa—. Porque yo a usted sí.

Alonso, agarrándola suavemente de las muñecas, se deshizo del envenenado abrazo.

—¿De verdad, quiere que le sea sincero, Frederika? —La miró fijamente a los ojos—. Creo que no la echaré de menos en absoluto. Usted nunca ha sido el tipo de mujer que me gusta. —Disfrutó al ver el estupor en la mirada de la alemana—. Ahora, si me permite, seguiré mi camino.

Cogió las riendas del caballo y dio media vuelta.

—¿Acaso mi hermana sí lo es? —Frederika, humillada, gritó enfurecida.

El gaucho anduvo unos pasos y se volvió de nuevo hacia ella.

—Puede ser —le sonrió, enigmático—. Perdón, se me olvidaba… Enhorabuena, por su boda, la felicito. Creo que ha conseguido lo que se proponía. —La miró de arriba abajo con desdén—. Vístase, podría coger frío y sería peligroso para su bebé.

Se alejó silbando un *cielito* .

La futura prometida de don Cipriano entró en la casa como una exhalación. A punto estuvo de tirarle a Soledad la jarra repleta de leche fresca que llevaba en el brazo. Buscó a su hermana. La encontró zurciendo ropa junto a la ventana de su habitación.

—¡Belter!

La muchacha se sobresaltó por el tono brusco de Frederika y se pinchó en el dedo corazón con la aguja.

—Ay, me has asustado. ¿Qué ocurre? —se quejó la muchacha mientras se chupaba el dedo sangrante.

—Escúchame bien —continuó su hermana, mirándola con los ojos encendidos y señalándola con el dedo—. No te quiero volver a ver jamás hablando con ese maldito gaucho. ¡Jamás!

—¿Con Alonso? Pero si apenas hablo con él… ¿Qué ha pasado?

—¡Que es un sinvergüenza, un sádico! No andaba yo equivocada

sobre él. He estado esta tarde dándome un baño en la poza y lo he visto oculto entre la maleza espiándome. ¡El muy cerdo! Al verse descubierto ha salido corriendo. Me he llevado un susto de muerte.

—¿Pero estás segura de que era él? Lo mismo te has confundido y era alguien del pueblo.

—Era el gaucho, lo vi con mis propios ojos —afirmó Frederika de forma tajante—. He oído historias espeluznantes sobre ese hombre. Utiliza su atractivo para embaucar a chicas vírgenes y luego dejarlas tiradas y ultrajadas. Creí que querría violarme.

Belter no pudo evitar recordar el altercado en la puerta de la iglesia con Esperanza, la hija del acalde. Su hermana, fuera de sí, seguía injuriando a su amigo.

—Así que te prohíbo que vuelvas a acercarte a él. No cuentes nada de esto a Ramona, y mucho menos a Cipriano. Le afectaría mucho y no quiero que se lleve un disgusto y amargarle los preparativos de la boda. Al fin y al cabo, hay que reconocer que el gaucho es muy bueno en su trabajo, ese mérito no se le puede quitar. Sería una pena que tuvieran que prescindir de él en el cortijo. Diré a Soledad que hoy no vas a cenar en la cocina, no quiero que tengas ni que mirarle a la cara. Que te lleven la cena a la habitación, ¿vale, hermanita? Así podremos comer las dos juntas. Mañana nos marcharemos a Córdoba y no tendremos por qué verle nunca más.

La besó cariñosamente en la frente. Frederika últimamente actuaba de un modo extraño. Su espontáneo cariño hacia ella la desconcertaba por completo.

Belter pensó que su hermana tenía que estar equivocada con respecto al supuesto fisgón del río. Estaba convencida de que el gaucho nunca actuaría de una manera tan vil. Miró por la ventana, el crepúsculo pintaba de mágicos colores el firmamento. Ya no se repetirían las charlas con Alonso a la luz de la luna. Sintió un hondo vacío y una profunda tristeza. Al día siguiente se marcharía a Córdoba y dejaría el *Potro Andaluz* . Los dichosos meses allí pasados permanecerían siempre vivos en su memoria. Se preguntó cuándo volvería a ver al gaucho.

SEGUNDA PARTE

La familia Fuentes llevaba tres semanas instalada de nuevo en la casa de Córdoba. Faltaban ocho días para el enlace entre Frederika y don Cipriano. Solo quedaban por ultimar algunos detalles sin importancia cuando la futura esposa anunció, totalmente afligida y con ojos llorosos, que volvía a tener las *cosas de mujeres.* Le explicó a don Cipriano, con mirada inocente y cara compungida, que los baños en las frescas aguas del río podrían haber sido los causantes de la ausencia de la regla.

La sapiencia popular decía que había que tener ciertas precauciones con respecto a *esos días* : no se debían lavar las partes nobles de la mujer, había que evitar tomar bebidas demasiado frías o demasiado calientes y no se podía hacer mayonesa porque esta podría llegar a cortarse. Mucho más peligroso era tomar baños en aguas heladas. Una mujer sana podría encontrar la muerte o incluso llegar a la locura si lo hacía. No menos importantes eran los consejos a seguir en el campo, ya que los lagartos machos, al olor de la sangre, podrían introducirse en la mujer y alojarse en su vientre. El único remedio para que el animal volviese a salir de la tripa de la afectada era colocar un pan bien caliente encima de su abdomen.

Cipriano la escuchó y aceptó sus explicaciones, lamentando no tener heredero. La única que no se sorprendió por la noticia fue doña Ramonita, que fulminó con la mirada a su futura cuñada.

Lo más irritante para Ramona fue tener que admitir que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás en aquel barullo. Aun sin embarazo, la boda se celebraría. Las invitaciones ya habían sido entregadas y todo estaba dispuesto. La ceremonia se celebraría en la iglesia de San Miguel. Más tarde, los invitados, alrededor de la cincuentena entre familiares y amigos, se desplazarían hasta la casa de don Cipriano y allí se serviría un espléndido banquete. El baile tendría lugar por la noche en el gran salón.

Todas las señoras de la casa andaban como locas y se pasaban el día cosiendo. Había que confeccionar ropa blanca, bordar sábanas, almohadones y pañuelos. Coser pololos que llegasen hasta la rodilla, amplios y de tiro abierto, y adornarlos con encajes y puntillas. Hacer mantones, capelinas, chales. Los trajes de diario, mucho más laboriosos, se habían dejado en manos de costureras expertas. El vestido de boda que luciría Frederika sería el mismo que había llevado en su día doña Ramonita. Su cuñada se lo había prestado para la ocasión por petición de su hermano. Fue él quien se lo regaló para su ceremonia. Habría que hacerle algunos arreglos; Ramona había sido siempre mujer de curvas generosas y Frederika era mucho más delgada.

Llegó el gran día y todo el mundo corría nervioso por la casa de un lado para otro. Belter se había levantado algo alterada aquella mañana. Su hermana se casaba y la vida de ambas cambiaría para siempre.

A primera hora, una sirvienta le llevó a su nueva habitación el desayuno. Ahora tenía un dormitorio propio, mucho más amplio y luminoso. Los muebles eran de líneas ondulantes y maderas nobles. La cama, en el centro de la estancia, era pesada, con un gran cabezal y marquesina. Un tocador con todos los perendengues la esperaba para su adorno. Había peinecillos de boj, papeles de alfileres, moldes y agujas para el pelo. Ramona le había regalado la noche anterior un tarro de *Cold Cream* , una crema que hacía furor entre la alta burguesía y la aristocracia. El milagroso ungüento estaba compuesto por ingredientes de lo más raro y exótico: aceite de almendras, esperma de ballena, cera blanca, agua de rosas, tintura de benjuí y aceite volátil de rosas. Por supuesto el precio era prohibitivo para las clases trabajadoras. Una vez acabó de desayunar, Belter volvió a tocar la campanilla y apareció la misma chica de antes a ayudarla en su arreglo. A la alemana le resultaba chocante que sus mismas compañeras de fatigas la tratasen ahora de manera diferente y estuviesen allí para servirla a ella. En primer lugar, Belter se dispuso a llevar a cabo la limpieza de sus dientes, tal y como había visto hacer cientos de veces a doña Ramonita. Mientras, la criada fue dejando sobre el canapé todas las prendas necesarias para el complicado ritual de vestir a su ahora joven señora. Belter sabía perfectamente qué es lo que le haría falta para estar correctamente vestida, pero era la primera vez que ella llevaría encima tanto perifollo.

Catalina, la criada, le colocó primero el *brassiere* . Encima puso una fina camisola de tirantes, cuya misión consistía en evitar que el incómodo corsé dañara la piel de la mujer. Belter se enfundó unas suaves medias de color melocotón bajo unos pololos adornados con

coquetas puntillas. Sobre ellas, unas enaguas con volantes y entredoses que había cosido ella misma y un cubrecorsé para que la ropa no se le pegase al cuerpo. La doncella la ayudó a colocarse adecuadamente el fastidioso polisón, que tan de moda estaba. Belter jamás lo había utilizado. Era un armatoste con una especie de almohadilla que se ataba a la cintura y constituía el armazón del traje. Una vez todas las piezas interiores estuvieron resueltas, se puso el hermoso vestido. Era de una sola pieza, de seda azul brillante y un pronunciado escote que dejaba sus bonitos hombros al aire. El volumen de la falda quedaba en la parte de atrás, sobre el polisón, dejando la de delante completamente lisa marcando su esbelta figura. Cosido alrededor del escote, un encaje blanco de *chantilly* era su único adorno. Se colocó un collar de perlas australianas a juego con unos pendientes, regalo de don Cipriano a su futura cuñada. Unos guantes blancos de seda que le llegaban por encima del codo y unos zapatos de raso del mismo tono del vestido, estilo chinela, completaban su vestuario. Finalmente esparció un poco de perfume de violetas sobre cuello, muñecas y los bordes de su falda.

Belter se sentó delante del tocador y Catalina, pacientemente, comenzó con cuidado a desenredar su largo cabello rubio. La criada, con destreza, fue construyendo un voluminoso moño que onduló en la parte alta de su cabeza. En el lado derecho dejó caer unos graciosos tirabuzones dorados sobre sus hombros. Pequeñas flores azules colocadas con pericia, junto con una docena de perlas, moteaban su cabeza. Belter, como último detalle para su atuendo, cogió un abanico de nácar y encaje blanco. Se miró en el gran espejo de cuerpo entero que estaba situado al lado de la cama. Estaba bellísima, pero no se reconocía a sí misma sin su modesta falda de lana y su gruesa trenza rubia.

Buscó en el baúl un echarpe para cubrir sus hombros. No sería decoroso asistir a la iglesia con los hombros desnudos.

La criada la miró satisfecha.

—Belter… —Al darse cuenta de su error rectificó inmediatamente —. Perdón, quería decir señorita Belter. Está usted preciosa. Va hacerle sombra a la propia novia.

—Cuando estemos solas, Catalina, puedes seguir tuteándome —le susurró mientras le guiñaba un ojo.

Abrió la puerta de la habitación. Respiro profundamente. Estaba nerviosa.

Comenzaba una nueva vida para ella. ¿Qué le depararía el

caprichoso destino?

La ceremonia se desarrolló sin ninguna incidencia, exceptuando a don Cipriano, que no pudo evitar hacer pucheros por la emoción que le producía casarse con su amada y joven Frederika. Tuvo que hacer uso en más de una ocasión de su pañuelo de batista para secarse las abundantes lágrimas de felicidad que brotaban de sus ojos. Doña Ramonita tampoco podía dejar de llorar. Pero las lágrimas de la buena mujer no eran de júbilo, como todos los invitados a la ceremonia suponían. Su llanto lo provocaba una profunda tristeza. Solo Dios sabía lo que su hermano tendría que padecer con aquella extraña mujer con la que se estaba desposando.

Belter, como auguró Catalina, fue la más admirada de toda la concurrencia. Los hombres la observaban con velado deseo, las mujeres más jóvenes, con disimulada envidia y las matronas, con arrobado embeleso.

El banquete se celebró en el comedor grande que estaba situado justo al lado del salón de recibir. El servicio se hizo *a la rusa* . De esta forma, los criados irían llevando los platos, ya preparados y trinchados en la cocina, de uno en uno y los colocarían delante de cada comensal. En el centro de la mesa, como único adorno, había un gran centro de flores naturales, así nada impediría la conversación entre los invitados. Se sacó la mejor vajilla de la Cartuja, los mejores y más finos manteles de hilo blanco, la cubertería de plata labrada y las hermosas copas en tono esmeralda de la Real Fábrica de Cristales de La Granja.

El menú consistió en seis platos entrantes: tres fríos y tres calientes. A continuación se sirvieron dos sopas a elegir, seguidas de dos tipos de pescado y asados de caza, dos de pluma y dos de pelo. De postre hubo higos secos, almendras, bizcochos, confituras y compotas. Los vinos de Montilla, Burdeos y Borgoña corrieron con alegría entre los comensales, que no paraban de brindar por la felicidad de los novios. A cada brindis, don Cipriano y doña Ramonita lloraban sin consuelo, cada uno por motivos completamente diferentes.

Aproximadamente a las nueve de la noche comenzó el baile. El gran salón lucía espléndido. Cientos de velas iluminaban la sala y multitud de guirnaldas de flores adornaban las paredes. Los novios abrieron la danza con un *galop* , un baile rápido con compás de dos por cuatro que habían ensayado hasta la extenuación.

Belter tuvo su carné de baile repleto desde el primer momento. No sabía si sería capaz de aguantar tanto ajetreo. Las pesadas ropas, los abalorios y los zapatos de tacón, además de su falta de costumbre, la

estaban martirizando.

El señorito Baldomero, alentado por su madre, Matilde Castañeda, no le daba un respiro a la muchacha. La amiga de doña Ramonita pensó inteligentemente que, ya que no había sido posible cazar a don Cipriano, tal vez podrían emparentar ambas familias mediante un enlace entre su hijo y Belter. Ahora la muchacha había alcanzado cierto estatus. Ya no era una simple criada. La joven era bella, inteligente y tenía clase de forma natural. Solo sería cuestión de pulirla un poco, era un diamante en bruto que, sin ninguna duda, podría convertirse en una gran dama. A su hijo se le pasaba el arroz y aún no había formalizado ninguna relación. Ya era hora de que sentase la cabeza. Lo amenazaría con desheredarlo si fuese necesario.

Baldo, como así lo llamaba su madre en la intimidad, seguía a Belter por todo el baile sin darle tregua y, ante su insistencia, la muchacha no tuvo más remedio que concederle cuatro bailes. Su pretendiente no dejaba de ofrecerle copas de champán y otras golosinas que ella, hábilmente, iba dejando posadas en las distintas mesas rinconeras que había repartidas por todo el salón. En un descuido del muchacho, la joven se deslizó disimuladamente por la puerta del gabinete. En los bailes solía habilitarse una zona destinada a que las muchachas descansaran y se restablecieran del acaloramiento de la danza. Se tenía una especial precaución con los enfriamientos repentinos, que podían causar incluso la muerte.

La estancia se encontraba vacía en esos momentos. Belter agradeció tener un momento de sosiego. Se sentó y repasó su carné de baile. Aún le quedaban dos danzas más con el dichoso Baldomero y otras dos con un hombre por lo menos veinte años mayor que ella y que acababan de presentarle. Era de Madrid, un antiguo conocido de doña Ramonita.

Estaba tan absorta mirando el carné que no oyó la puerta abrirse. De pronto, una voz familiar la llamó por su nombre.

—¿Belter? ¿Sois vos? ¡Qué alegría volver a verla! —exclamó el gaucho sorprendido.

La muchacha se levantó de un salto al reconocer ese acento musical y ese voseo tan peculiar.

—Alonso, ¿qué hace usted aquí? —le preguntó Belter sorprendida.

—¡Dios mío, está usted preciosa! Parece una auténtica dama. Pues ya me ve, llevo todo el día en la casona. Doña Ramonita mandó dar recado de que Fuensanta viniese hoy a Córdoba para echar una mano en los preparativos de la boda. Y vine a traerla. He intentado verla a

usted, pero no hemos coincidido. Se me olvidó que usted ya no frecuenta las zonas de la servidumbre. —Belter notó cierto deje de tristeza en su voz—. ¿Y usted, qué hace aquí tan sola? Debería estar en el baile divirtiéndose con los muchachos.

—Pues ya ve, no me siento muy cómoda entre gente tan ilustre. Temo hacer el ridículo en cualquier momento. Y estos ropajes y los malditos zapatos me están matando. Ya dicen que aunque la mona se vista de seda…

—No diga eso —la amonestó Alonso—. Parece una verdadera dama. Ya quisieran muchas señoras que se dan de distinguidas tener la clase natural que usted posee.

La muchacha se sonrojó.

—Y usted, ¿por qué se ha escondido en el gabinete? —le preguntó Belter, curiosa.

—Pues verá, ayer al amanecer murió Castaño. —La muchacha le apretó el brazo con afecto, sabía cómo habría sentido su muerte—. Ya sabe cuánto quería don Diego a ese caballo. Don Pedro, su hijo, me ha dicho que no me fuese sin darle la noticia a su padre. Y he subido para buscarlo. Pero, al igual que usted, no me siento cómodo entre tanto alboroto y tanto señoritingo.

—Si quiere puedo ir a avisarle yo. Pueden hablar aquí en privado. Don Diego lo va a lamentar mucho.

—Sí, era su preferido —afirmó Alonso—. Creo que don Diego, de alguna manera, se veía reflejado en ese caballo. He pensado en hacerle unas botas con la piel de Castaño. ¿Qué le parece?

—¿Unas botas, usted? —preguntó Belter asombrada.

—Sí, claro. El calzado que llevo es siempre hecho por mí. Es algo normal entre los gauchos. Y, según dicen, tengo buena mano para ello. Las confecciono sin suela, de una sola pieza. Pero al señor se las haré con ellas. Mañana, en cuanto llegue al cortijo, antes de enterrar al pobre zaíno, me pondré manos a la obra. Tengo que cortar con sumo cuidado las articulaciones de las patas traseras. En mi tierra las llamamos botas de potro. Creo que a don Diego le gustará tener ese recuerdo del viejo caballo.

—Sí, será un bonito detalle por su parte. Seguro que le gustará.

En ese momento, la puerta del gabinete se abrió de golpe. Baldomero irrumpió en la estancia sin poder apenas guardar el equilibrio. Estaba ebrio y llevaba dos copas de champán francés en las

manos. El pelo húmedo se pegaba a su blanda nuca. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Qué hace aquí escondida, Belter? Llevo un buen rato buscándola. Aún me debe dos bailes.

—Baldomero, es que me encuentro algo cansada —se excusó la muchacha—. Si me perdona, me gustaría despedirme de los novios y retirarme a mi habitación.

—¡De eso nada! —hipó Castañeda—. La noche es joven y bailaremos hasta el amanecer.

Se acercó a Belter con intención de convencerla y tropezó con la alfombra. Las copas que llevaba se hicieron añicos al caer al suelo. Avergonzado y enojado, agarró a la muchacha del brazo de forma brusca, obligándola a caminar hacia la puerta. La alemana hizo un gesto de dolor.

Alonso se plantó delante, impidiendo el paso a Baldomero. Fue en ese mismo instante cuando el señorito se percató de la presencia del gaucho.

—¿Qué hace usted ahí? ¿De dónde ha salido este? —Miró a Belter sorprendido, esperando que ella pudiese explicarle aquella repentina aparición.

—¡Suelte a la muchacha! —lo amenazó Alonso. La voz del argentino no admitía ningún género de duda.

—¿Quién me lo ordena, un mozo de cuadra? —balbuceó Baldomero, beodo—. Te conozco, he oído hablar de ti. No eres más que un gallito y un fanfarrón. Aparta, hueles a estiércol.

Empujó a Alonso, pero este no se movió ni un milímetro. Acercó su rostro al de Baldomero. Pudo oler su fétido aliento etílico. El señorito comenzó a sudar profusamente. Belter intentó mediar entre los dos hombres.

—Alonso, déjelo. Bailaré con él. No me importa, le había prometido varios bailes.

La puerta del gabinete se encontraba abierta de par en par. Algunos de los invitados, al oír voces, se habían arremolinado en la entrada para ver qué ocurría. Pronto se corrió la voz de que había una pelea y más y más curiosos se acercaron a los allí reunidos.

—¡Calla! —Baldomero, indignado por la expectación que estaba causando, empujó a Belter con todas sus fuerzas—. No necesito que ninguna mujer me defienda.

La muchacha, que no esperaba el traicionero ataque, cayó al suelo de espaldas. Alonso, al ver que Baldomero la golpeaba, le propinó un derechazo al hijo de doña Matilde, que comenzó a bambolearse intentando mantener el equilibrio. Un jarrón traído desde la mismísima China, estratégicamente colocado sobre una mesa rinconera, voló por los aires roto en mil pedazos de bonitos colores.

Castañeda sangraba profusamente por la nariz. Al notar el sabor metálico en su labio superior, montó en cólera y, como si de un macho cabrío se tratara, se lanzó de cabeza hacia el estómago del gaucho. El argentino, rápido de reflejos y completamente sobrio, se retiró a tiempo con un quiebro, de manera que Baldomero traspasó la puerta abierta y, presa de su propio impulso, cayó sobre la multitud de curiosos que presenciaban la escena. Acabó tirado en el suelo entre las risas de los invitados a la boda, todos conocidos suyos.

El joven aristócrata, dolido en su hombría, se levantó a duras penas y, acercándose al gaucho, lo abofeteó con todas sus ganas. Era la única salida digna para restablecer su honor. Alonso no quiso hacer más leña del árbol caído y, dando media vuelta, se dispuso a marcharse cuando se oyó la voz aguardentosa de Baldomero.

—Le reto a un duelo con pistola, señor —le conminó a su adversario con solemnidad—. Mi padrino le comunicará el día y la hora señaladas.

Alonso lo miró de arriba abajo con desdén y le contestó sarcástico:

—Está borracho. Espere a mañana y, si quiere que nos batamos en duelo, yo lo haré encantado.

Los presentes asistían al intercambio de hito en hito.

—Sé lo que me digo —le respondió Castañeda intentado mantenerse erguido— y, si es usted un caballero, no podrá negarse.

Al gaucho no le quedó más remedio que aceptar el reto. Belter entró en pánico. Doña Matilde sufrió un desvanecimiento al enterarse de lo ocurrido. Don Diego, su hijo y don Cipriano lamentaron que el desgraciado incidente hubiera tenido lugar en un día tan señalado, aunque entendieron la postura de Alonso, que actuó como un caballero. Para doña Ramonita el comportamiento de Baldomero para con Belter era imperdonable, y que se encontrase bajo los efectos del alcohol no era excusa. Frederika, por su parte, pensó que el gaucho, allá donde iba, se convertía, por una u otra razón, en el alma de la fiesta.

No se hablaba de otra cosa en la ciudad que del incidente ocurrido en

la boda de don Cipriano y doña Frederika. Era un secreto a voces que tendría lugar un duelo entre Alonso Venegas y Baldomero Castañeda. Lo que no estaba claro era la localización ni el día exacto ni la hora señalada.

Aquellos lances, aunque estaban expresamente prohibidos, se llevaban a cabo a espaldas de la ley que, en muchas ocasiones, hacía la vista gorda. Los llamados «duelos de honor» eran, desde hacía tres o cuatro siglos, una práctica muy habitual entre caballeros. Estos se regían por un código de honor que raras veces se rompía. También definían los tres tipos de ofensas por las cuales se podía retar a un adversario.

Las leves afectaban al amor propio o a la susceptibilidad del agraviado. Las graves o injuriosas eran las que atacaban al honor de las personas honradas y las gravísimas se inferían llegando a *vías de hecho* contra el ultrajado. Por estas vías se entendía todo movimiento, todo contacto material de un cuerpo contra un individuo. Se consideraba como tal una bofetada, un bastonazo, el lanzamiento de un guante o agarrar a un caballero por las solapas.

A este último tipo se había acogido Baldomero para lanzar el duelo.

Eligieron un día entre semana: jueves al amanecer. En una zona de campo a las afueras de la ciudad. El lance sería a pistola. Tres de tres.

Alonso y Baldomero llegaron a la hora estipulada a su macabro destino. El sol se levantaba dando los buenos días, despuntando tímidamente por la sierra cordobesa. Los pajarillos comenzaban a despertar y rompían con sus cantos alegres la paz del campo. Los adversarios descendieron de sus carruajes con sus respectivos padrinos. El gaucho había elegido al hijo de su patrón, don Pedro Fernández de la Oliva, para dicho menester. Baldomero, por su parte, contó con su inestimable amigo don Juanito Villasante. Este, visiblemente nervioso, no podía evitar el extraño tic que afectaba a su ojo izquierdo. Ambos contrincantes vestían la levita negra reglamentaria. Los padrinos fueron los encargados de establecer los códigos a cumplir. Se dispararía alternativamente, sorteándose el orden y la colocación. Como distancia se fijaron nueve metros y se marcó con dos piquetes. Después de que los antagonistas se dieran la mano cortésmente, caminaron, solemnes, hacia el sitio marcado para cada uno. El primer turno para disparar recayó sobre Baldomero. La mano derecha, en la que portaba el arma, no dejaba de temblarle, de manera que tuvo que sujetar su muñeca con la siniestra para poder mantenerla firme. Disparó. Falló el tiro. Le tocó la vez a Alonso. Apuntó a Baldomero que, aterrado, no pudo evitar cerrar los ojos. Su

amigo Juanito le hacía gestos con las manos animándolo a que mantuviese la dignidad. Se sentía avergonzado por la forma en que Baldomero se ponía en evidencia. El gaucho, de haber querido, podría haberle volado la cabeza o disparado directamente al corazón, pero falló el tiro a propósito y la bala pasó por encima del hombro de su adversario, silbándole en el oído. El código decía que el honor ya estaba a salvo. Normalmente el duelo podía considerarse resuelto de esta manera y los participantes, sentirse afortunados. Alonso se dirigió hacia su padrino para devolverle el arma. Por su parte, el lance ya había terminado. De pronto, oyó al señorito Castañeda gritarle con voz siniestra.

—¡Señores, faltan dos intentos más! Se seguirá disparando hasta *primera sangre*.

Se hizo un silencio sepulcral. Los padrinos intercambiaron miradas nerviosas, el joven debía de haberse vuelto loco.

Alonso, calmado, lo miró fijamente y volvió a su sitio inicial. Baldomero, más envalentonado por su propia osadía, se tomó esta vez su tiempo para disparar. Apuntó, respiró hondo y volvió a disparar. Erró de nuevo el tiro. El gaucho oyó la bala pasar rauda cerca de su oreja. Ahora le tocaba a él. Tensó todos los músculos de su cuerpo, se concentró. Cerró su ojo derecho, calculando el blanco por el punto de mira. Tomó aire y, sin más preámbulos, disparó. La bala rozó la mejilla del rival. Baldomero notó la quemazón en su cara. Se tocó el rasguño y la mano se tiñó de rojo. Alonso gritó en voz alta para que todos pudiesen oírlo:

—Ya hay sangre, señores. ¡El duelo ha terminado!

El argentino se presentó junto con don Pedro en casa de don Cipriano para dar noticias de la contienda antes de volver al cortijo. Belter, cabizbaja y pensativa, se dirigía hacia el patio de servicio para avisar a la lavandera de que su hermana quería verla. Frederika quería recriminarle a Jesusa que no hubiese lavado bien unas prendas íntimas suyas. Pensaba amenazarla con despedirla si no hacía bien su trabajo. De alguna manera quería vengarse de todos aquellos criados que habían sido antipáticos con ella en el pasado. A Fuensanta era una a la que más ganas le tenía. Por suerte, la gitanilla seguía viviendo en el cortijo, lejos de la alemana y sus malas artes. De pronto Belter vio a Alonso. El muchacho sacaba agua del pozo para refrescarse la garganta, que sentía seca. La joven, al verlo sano y salvo, no pudo reprimir su alegría, salió corriendo y lo abrazó por la cintura.

Alonso, sorprendido por el espontáneo gesto, reaccionó cogiéndola

casi en volandas y se ocultó con ella detrás de un enorme y aromático laurel. Allí, escondidos de posibles miradas indiscretas, sujetó la cara de la muchacha con ambas manos y la besó de forma apasionada, loca, vehemente. Ella respondió a sus besos a la vez que le explicaba sus miedos.

—¡Dios mío, Alonso! No he podido pegar ojo en toda la noche. Oí decir a don Cipriano que el duelo sería al amanecer. ¡Qué miedo he pasado!

Ahora era ella quien besaba su boca, sus manos, su cara. Lo palpaba nerviosa para comprobar que no había sufrido ningún daño.

—Yo tampoco he podido dormir. —Alonso la estrechó aún más contra su pecho—. Cuando iba camino del arrabal, solo podía pensar en ti. No quería morir sin verte de nuevo, amor mío… ¡Si, amor míoooo! —gritó. La muchacha le tapó la boca con la mano.

—Calla, loco, que te van a oír.

—Me da igual, Belter, ¿me oyes? Me da igual. Ya no tengo miedo de estar enamorado ni de pronunciar estas palabras. Amor mío, amor mío, amor mío.

Volvió a besarla, ahora dulcemente. Quería sentirla, saborearla, amarla.

Se oyeron voces acercándose; eran los jardineros, que se aproximaban a la caseta donde guardaban sus herramientas. Tenían que separarse antes de ser descubiertos.

—¿Cuándo volveré a verte, Alonso? —preguntó Belter, anhelante.

—Pronto, mi vida, te juro que muy pronto.

Transcurrían los meses y Belter iba aprendiendo a la perfección cómo debía actuar una verdadera dama. Doña Ramonita la enseñó a caminar erguida, con pasos cortos y la barbilla ligeramente levantada. Aprendió a sentarse ocupando todo el sillón, con la espalda recta. Quedaba completamente prohibido cruzar las piernas. Tuvo que acostumbrarse a hablar con moderación en un tono bajo y adecuado. Acabó realizando su papel con una magistral dignidad. Se había adaptado de manera rápida a su nueva vida. Aprendió fácilmente las buenas maneras y el saber estar. Seguía acompañando a doña Ramonita en sus visitas a las casas más ilustres de la ciudad y esto constituía siempre una buena lección. Baldomero Castañeda la seguía rondando animado por su madre. La muchacha intuía que el joven no sentía ningún interés por ella, algo que era recíproco. Durante el día se entretenía con los mil quehaceres nuevos que ahora tenía que llevar a cabo. Pero, al caer la noche, en la soledad de su habitación, no podía evitar pensar en Alonso y preguntarse cuándo volvería a ver al gaucho.

Alonso, por su parte, seguía con su vida rutinaria en La Carlota. El placer que había sentido por vivir en el campo y la satisfacción que le causaba su trabajo con los caballos había pasado a un segundo plano. Andaba distraído, malhumorado. No paraba de cavilar qué excusa podría inventar para poder viajar a la ciudad y así poder ver a Belter.

El destino se puso de su parte. Don Diego sufrió un ataque de gota que lo dejó prácticamente incapacitado para cualquier faena. Decidió marchar a su casa de Córdoba, donde gozaba de más comodidades que en el cortijo. El hombre se había llevado a Fuensanta a la ciudad para que lo cuidase. La muchacha era dispuesta y el anciano se había hecho a ella, a sus refranes, su desparpajo y su locuacidad. Así que el gaucho se sentía más solo que nunca. Una mañana, mientras daba cuerda a un caballo, tuvo una estupenda idea. Decidió ponerse manos a la obra y fabricar para don Diego las botas cuya piel tenía ya curtida desde hacía tiempo. Así mantendría la mente ocupada las pocas horas que le quedaban de ocio al día. La tarea de la preparación de la piel

había sido laboriosa.

El primer paso fue frotar bien la piel de las articulaciones de Castaño con sal, siempre a contrapelo, tal y como le había enseñado su abuelo Celestino cuando era niño. La tarea le había llevado casi todo el día. Pasadas veinticuatro horas, las volvió a raspar las piezas suavemente con un cuchillo sin filo para quitar los restos de carne adherida y todo el líquido posible. Más tarde las había vuelto a frotar nuevamente con sal y echado cal para que no quedara ni rastro de chicha. Después de tener durante catorce días el pellejo a la intemperie para que secase, comenzó el segundo paso.

Había preparado un barril lleno de agua en el que sumergió la piel durante varias horas para que se hidratase y fuese más maleable. Después limpió el cuero y lo volvió a raspar. Lo había estirado frotándolo con energía para romper las fibras de la piel, haciendo que esta quedase más suave y dúctil. Y, por último, lo había ahumado hasta conseguir un intenso color marrón. Esto le había llevado bastante tiempo. Preparada la piel, quedaba ahora lo que más le gustaba, darle forma, lo que no había podido hacer por falta de tiempo. Ahora había decidido ponerse manos a la obra. Dibujar, cortar, coser, dar grasa de caballo y confeccionar unas botas perfectas.

Cuando Alonso tuvo el regalo de don Diego perfectamente terminado, pidió permiso a don Pedro para poder ir a visitarle y hacerle entrega del calzado que con tanto cariño había confeccionado expresamente para él. Nadie más digno que su patrón para llevar la magnífica piel de Castaño en sus pies. Una vez en Córdoba, inventaría alguna excusa para poder acercarse a casa de don Cipriano y poder ver a Belter.

Al día siguiente, Alonso salió temprano camino de la ciudad, casi al amanecer. La mañana estaba fría y gris. Se le hacía raro pensar que, en esos mismos meses fríos de España, en su tierra se vivía una preciosa primavera. Le costaba acostumbrarse a que las estaciones fueran tan diferentes entre los dos países.

Iba bastante animado silbando una canción típica de su tierra, una milonga que hablaba de un amor no correspondido. Por suerte el suyo sí lo era, la mujer más adorable que pudiese existir en todo el planeta lo amaba. Un conejo cruzó el camino que se extendía ante sus ojos. Ya en el otro lado, el animal se sentó sobre sus patas traseras. Miró para ambos lados y movió varias veces los finos bigotes. Luego, sin motivo aparente, se quedó quieto, como si le agradara escuchar el melodioso soniquete del gaucho. Alonso detuvo al caballo, lo observó y siguió silbando. Pensó que el gazapo era afortunado, un concierto dedicado

expresamente para él. De pronto, el pampeño vio cómo en el cielo un veloz milano real de plumaje rojizo y cola escotada planeaba directo hacia su presa que, distraída, era pieza fácil. El muchacho, rápido de reflejos, se quitó el sombrero de ala ancha y comenzó a hacer aparatosos aspavientos para ahuyentar al ave mientras lanzaba una serie de aullidos que alertaron al confiado conejillo. Avisado del peligro, el gazapo salió corriendo presuroso para esconderse en su segura madriguera.

—Lo siento, amigo milano —dijo Alonso colocándose nuevamente el sombrero y viendo cómo el ave se alejaba en dirección opuesta—, pero hoy tendrás que buscarte el desayuno en otra parte. El señor conejo es demasiado listo para ti.

A media mañana llegó a casa de don Diego, situada en el barrio de San Pedro. Era una buena casa de dos plantas, recia y vetusta. Alonso llevaba orgulloso bajo el brazo sus botas de potro envueltas en un lienzo. Golpeó varias veces el aldabón de la puerta. Fuensanta fue la encargada de abrir el portón.

—¡Dios mío, amigo! —exclamó alegre al verlo—. ¿Qué haces aquí tan temprano? Bueno ya se sabe que *quien quiere prosperar empiece por madrugar* .

Alonso rio de buena gana y le pellizcó las mejillas. Aquella chiquilla no acababa nunca con su repertorio de refranes. Le contó el porqué de su visita y le mostró las botas a la muchacha.

La gitanilla admiró el buen trabajo realizado por su querido amigo y fue orgullosa a avisar a don Diego de su visita. Antes hizo pasar al gaucho al despacho del patrón para que lo esperase allí cómodamente.

No había dado Alonso ni dos pasos sobre la alfombra de la Real Fábrica de Tapices cuando se paró en seco. Sus ojos, incrédulos, miraron fijamente un enorme cuadro con marco dorado que colgaba encima de la chimenea. Unos robustos troncos encendidos crepitaban y caldeaban la habitación. Alonso avanzó despacio, temeroso, asombrado, sudoroso… Parecía atraído inexorablemente hacia aquella pintura. Tan abstraído estaba que no oyó entrar a don Diego que, ayudado por Fuensanta y apoyado en una muleta, le miraba extrañado.

—Alonso, hijo, ¿te ocurre algo? Tienes mal aspecto —se preocupó el anciano.

—Don Diego, ¿quién es la persona que aparece en ese cuadro? —casi susurró el gaucho con apenas un hilo perceptible de voz.

—Es mi querido hermano, José María Fernández de la Oliva, muerto hace ya muchos años, y ni siquiera sé qué le ocurrió. —Al anciano se le humedecieron los ojos—. No pasa ni un solo día sin que no le dedique un pensamiento.

El gaucho se acercó a su patrón lentamente, con una mirada turbada que don Diego no entendía. Alonso sacó de su camisa una gruesa cadena de plata de la que colgaba un camafeo del mismo material. Se lo extendió a don Diego.

Este, sin entender muy bien qué ocurría, abrió el medallón que el muchacho le ofrecía. Al comprobar su contenido, paseó su mirada, atónito, varias veces entre el gaucho y el camafeo. No entendía por qué Alonso guardaba en aquel artilugio la imagen de su difunto hermano.

Fuensanta, despierta como era, enseguida ató cabos.

—¡Bendito sea! —exclamó la gitana—. Con razón la cara de ese señor me sonaba tanto. La había visto en tu medalla, Alonso, y tú eres el vivo retrato de tu padre.

Don Diego miró a la gitana y después al argentino, no conseguía poner orden en su cabeza. Sufrió un leve desvanecimiento y los dos jóvenes lo ayudaron a sentarse. Fuensanta decidió ir a hacer unos cuantos litros de tila mientras los hombres se explicaban. Tenían mucho de qué hablar. La gitanilla, camino de la cocina, iba rumiando:

— ¡ *A lo más oscuro amanece Dios!*

Alonso comenzó a contar con detalladamente cómo y por qué era el dueño de aquel guardapelo. Narró su infancia en la Pampa, le habló de Celestino y también de Teresita y su misteriosa muerte. Mientras, su patrón se servía una copa de coñac, la necesitaba. Aun en contra de las recomendaciones de su médico y de lo intempestivo de la hora, un trago le ayudaría a templar sus nervios y asimilar tanta información. El gaucho relató cómo su madre, una joven bellísima, se había enamorado de un forastero, un apuesto cordobés llegado de la lejana España. Poco podía contarle a don Diego sobre él, no llegó a conocerlo y su abuelo, quien lo crio cuando quedó huérfano, no consentía que se mencionase en su presencia el nombre de aquel indeseable que había abandonado a su hija. Alonso narró, con la piel erizada solo de recordarlo, cómo su madre murió cuando él era muy niño ahogada en el río, y no obvió contar cómo los chismorreos en el pueblo afirmaban que se había tratado de un suicidio.

—Así que hay que entender a Celestino y el dolor que sintió por culpa de mi padre —argumentó Alonso, honrando la memoria de su

abuelo.

Don Diego, por su parte, lo interrumpió rompiendo una lanza en favor de su hermano.

—No, hijo, debes estar en un error. Mi hermano no hubiese sido capaz de abandonar a tu madre, estoy seguro de ello. José María era un caballero y una excelente persona. ¿Qué edad tienes Alonso?

—Veintiocho años, señor —contestó el argentino.

—Entonces, hijo mío, mi hermano no volvió jamás a por tu madre porque murió antes. No sabemos en realidad qué le pasó. La última carta que recibimos de él fue desde Coloma, en el estado de California, en Estados Unidos. Está fechada en la misma época en la que tu madre estaría encinta de ti. No sabíamos ni siquiera que ya había estado en Argentina, que era, en un principio, su último destino. Tenía previsto ir primero hasta Texas. Queríamos ver la posibilidad de traer caballos a España y cruzarlos. Dos semanas más tarde recibimos otra carta donde se nos hacía saber que tu padre había muerto en una reyerta de taberna y su cuerpo había desaparecido. Nunca he entendido qué lo pudo llevar a viajar hasta California. —Don Diego se quedó pensativo intentando encontrar una explicación, como otras tantas mil veces le había ocurrido—. Y ahora me dices que estuvo en Argentina antes de ir a Estados Unidos. Espera, te traeré las dos cartas para que puedas comprobarlo tú mismo.

El hombre salió de la habitación renqueando con la muleta bajo el brazo. Alonso, mientras lo esperaba, estuvo escudriñando detenidamente aquel retrato. Aquellos ojos, aquel pelo negro que tanto le recordaba a él mismo. Siempre había pensado desde su más tierna infancia que el hombre que lo miraba desde el fondo del guardapelo era una persona decente, noble y de buenos sentimientos. Se alegró de no haberse equivocado.

El patrón volvió al cabo de unos minutos con dos misivas en su mano. Se las ofreció al muchacho, que las cogió con mano temblorosa. Alonso leyó solemne y emocionado.

Coloma, 21 de octubre de 1852

Querido hermano Diego:

Los asuntos que me han traído a estas tierras lejanas se están demorando. He visto caballos fuertes y briosos por los distintos lugares por los que he ido pasando, que ya han sido muchos. Pero creo que no son animales que sirvan a nuestros

intereses. Los corceles que encuentro por aquí no pueden rivalizar en nada con nuestros ejemplares del Potro Andaluz *,así que creo que volveré sin haber resuelto el asunto que me trajo hasta este continente, aunque hay algo interesante en este estado de California, donde me encuentro ahora. Es una auténtica locura. Está lleno de buscadores de oro. He conocido a un amigo que me ha traído hasta aquí. Me quedaré unas semanas más. Luego tengo que hacer algo muy importante que debo contarte detalladamente.*

Tal vez las casualidades y el destino me trajeron a este lado del océano. Quizá no vine para negociar con caballos sino para conocer a la mujer de mi vida. Sí, hermano, has leído bien. En pocos días parto para buscarla. Se llama Teresa, es preciosa y de gran corazón. Lleva mi semilla en su vientre. He pensado llevarla a España y desposarnos allí, si Dios quiere. Seguro que la querrás como a una hermana. Soy inmensamente feliz.

Tu hermano que te quiere:

José María Fernández de la Oliva y Argote.

Alonso carraspeó con fuerza y consiguió que se desvaneciera el nudo que le atenazaba la garganta.

—Entonces, no nos abandonó —dijo como para sí mismo—. Murió, dice usted. Por eso nunca volvió a por mi madre. Le contó que tenía que viajar a Buenos Aires y nunca volvió. Pero, ¿qué le ocurrió?

—No lo sé, hijo —don Diego tenía los ojos humedecidos por unas lágrimas que en vano intentaba controlar—. El plan de la expedición era ir a Texas como primer destino, luego a México y, finalmente, iría a Argentina. Pero se ve que en el último momento cambió el itinerario. Cuando habla de tu madre, no explica en qué país encontró ese amor. Yo, en respuesta a su carta, mandé otra a esta misma dirección preguntándole cosas sobre tu madre, pero esa carta nunca llegó a leerla. Si hubiésemos sabido dónde estabas tú, el hijo de mi hermano, yo mismo habría viajado hasta allí y no hubiese parado de buscar hasta encontrarte. Cientos de veces hemos hablado tu primo y yo…

—Mi primo…es verdad. —Alonso pareció caer de repente en la cuenta de que su admirado don Pedro Fernández de la Oliva era ahora su primo carnal—. Ahora somos parientes y usted es mi tío.

—Ahora puedo entenderlo todo, muchacho. Porqué sentí simpatía por ti desde la primera vez que te vi. Los lazos de sangre nos unían

con un cordón invisible. Tenemos que hablar largo y tendido sobre todo esto. Pero hoy no, estoy cansado, han sido muchas emociones juntas. Eres el único heredero de tu padre, tendremos que dar legalidad a todo tu patrimonio. —Don Diego quedó pensativo durante unos momentos y luego asintió con resolución—. Por lo pronto, no volverás al cortijo. Te quedarás a vivir aquí con nosotros. —Alonso iba a protestar cuando su tío hizo un gesto imperativo con la mano pidiéndole que callase—. Tienes todo el derecho. Parte de esta casa te pertenece. Habrá que registrar tus apellidos. Desde ahora eres un Fernández de la Oliva. ¡Ven a mis brazos, sobrino!

Los dos hombres se fundieron en un emotivo abrazo. Don Diego ya no pudo reprimir las lágrimas. Alonso sentía verdadero cariño y respeto por aquel viejo militar retirado. Miró por encima del hombro de su tío y vio el retrato de su padre. Don José María lo miraba y parecía sonreírle satisfecho.

Don Diego pidió a Alonso ser él mismo quien diera la extraordinaria noticia de su parentesco a su socio y amigo de toda la vida, don Cipriano. Por lo tanto, irían a visitarlo al día siguiente.

Alonso, alojado en una de las habitaciones de huéspedes en casa de su tío, se sentía extraño. De la noche a la mañana había encontrado una familia maravillosa, era dueño de una herencia y tenía un apellido ilustre. Muchas cosas por asimilar en tan breve espacio de tiempo. De pronto, se acordó de que, con tantas emociones, no había entregado las botas que había fabricado a don Diego. Aún no era muy tarde, se vistió y llamó a la puerta de la alcoba del anciano.

—Adelante. —El militar, ya en la cama, leía *Ivanhoe* .

—Permiso, don Diego. Se me ha olvidado hacerle entrega de estas botas que he confeccionado para usted, son de piel de caballo. De Castaño para ser exactos —le anunció orgulloso—. Pensé que le gustaría tener un buen recuerdo de él.

Su tío se puso en pie y comprobó el excelente y minucioso trabajo realizado por Alonso con aquel magnífico calzado. Ayudado por el joven, se probó la bota derecha, ese pie estaba libre de la dolorosa gota. Le quedaba como un guante. Alonso le explicó que había utilizado como plantilla unos viejos borceguíes que su tío tenía olvidados en el cortijo. El hombre le sonrió satisfecho y agradecido.

—Son perfectas, Alonso, flexibles y cómodas. Creo que es el mejor calzado que he tenido en mi vida.

Le dio unas palmadas en la espalda. Y el muchacho sonrió orgulloso. En ese momento, don Diego, reparó en el vestuario del

joven.

—Sobrino, ya no puedes vestir con esas burdas ropas. Ahora eres un Fernández de la Oliva, ya no eres un mozo de cuadra. Tienes que cambiar tu imagen. Llamaré ahora mismo a Fuensanta para que te prepare un baño caliente. Aún no es tarde. Que te recorte ese pelo y afeite esa barba. —Miró hacia el fondo de la habitación y le ordenó que abriese el armario—. Eres tan alto y buen mozo como lo fue tu padre. Ahí guardo algunos de sus trajes, seguro que te quedarán bien. Corbata y pañuelo te daré unos de los míos.

A la mañana siguiente don Diego esperaba a su sobrino sentado en su despacho. Buscaba documentos que le serían útiles en breve para legalizar todo lo relacionado con Alonso. El desorden en la mesa era evidente.

El gaucho entró en la sala para comunicarle que ya estaba listo. El anciano, al verlo, se quedó asombrado. Por unos segundos le pareció ver a su hermano con su misma edad.

—Dios mío, Alonso, ¡eres todo un caballero!

El muchacho vestía chaqueta y pantalones estrechos en tonos marrones. El largo llegaba hasta el tobillo para dejar ver la media de seda negra. Una camisa blanca de seda con amplias mangas y chaleco adamascado. Una corbata de rayas anudada en forma de lazo, imprescindible para mantener la garganta protegida. El pañuelo, a juego, en el bolsillo de la chaqueta. Zapatos de piel, guantes de cabritilla y bastón de avellano con puño de marfil, chistera y levitón.

Fuensanta, al verlo, lo había piropeado, zalamera.

—Amigo mío, más guapo y apuesto no se puede ser. Nadie diría que no has nacido en cuna de oro.

El muchacho le había besado la mano con gracia, como un verdadero dandi, agradecido ante aquel elogio.

Tío y sobrino se dirigieron en coche a casa de los señores Fuentes. En el salón principal se encontraba Frederika, que hojeaba ociosa el último figurín de moda de *La Mariposa* . Cerca de ella, don Cipriano leía tranquilamente el diario y doña Ramonita jugaba con Belter al juego del *mediator* en una mesa rinconera.

Se anunció que don Diego quería ver a la familia al completo, tenía algo importante que comunicarles. El viejo militar hizo su entrada en el salón apoyándose en el brazo de un caballero joven, al que no conocían, que lo ayudaba a caminar. El gaucho se acercó sonriendo hasta donde se encontraba Belter. Todos lo miraron

extrañados. Alonso se quitó el sombrero y, haciendo una reverencia, saludó con voz cadenciosa:

—A los pies de usted, señora.

La muchacha, al oír el tono que le resultaba tan familiar, lo miró turbada. Apenas pudo balbucear la frase habitual de cortesía.

—Beso a usted la mano, caballero.

Los allí presentes se pusieron en pie sorprendidos ante el cambio producido en Alonso. Frederika dio un salto del sillón y la revista cayó sobre la alfombra. Todos miraban atónitos a don Diego, del que esperaban una explicación. Este anunció solemne:

—Señoras, amigo mío. Tengo el honor de presentarles a mi sobrino, Alonso Fernández de la Oliva y Venegas, hijo de mi difunto hermano José María Fernández de la Oliva y Argote. Desde este mismo momento les pido el mismo respeto para con él que siempre han demostrado hacía mi persona, porque este joven es sangre de mi sangre.

Un murmullo de asombro se oyó entre todos los presentes. A Belter el corazón parecía querer salírsele del pecho. Doña Ramonita estaba emocionadísima. En su juventud, el padre del gaucho había sido su amor platónico. Don Cipriano se acercó a abrazar al muchacho. Frederika, cuya mente iba a mil por hora, vio la posibilidad de que Alonso pudiese ahora pedir la mano de su hermana. Habían tenido la suerte de cara y, gracias a segundas personas, ahora tanto Alonso como Belter contaban con un buen estatus económico y social. Ella sabía mejor que nadie que existía una fuerte atracción entre los dos jóvenes. «¡No lo consentiré!». Ese hombre jamás formaría parte de su familia. La había humillado en dos ocasiones. Ahora sería él quien no obtendría su objeto de deseo.

Después de muchas preguntas y respuestas aclaradas por parte de don Diego y Alonso, el gaucho pidió un poco de intimidad pues hacía meses que no veía a Belter.

—Desearía hablar con ella a solas, si me lo permiten —dijo Alonso educadamente, señalando hacia donde se encontraba sentada la muchacha.

—¡Ni hablar! Eso no es decoroso —exclamó impetuosa Frederika.

Doña Ramonita la miró con asombro, su cuñada parecía estar enojada. ¿Acaso estaba molesta por la buena fortuna de Alonso? Todos apreciaban al gaucho y estaban contentos por él. No conseguía entender el porqué de aquella actitud.

—Yo les acompañaré —se ofreció la mujer, poniéndose en pie—. Me vendrá bien dar un paseo y estirar las piernas.

Don Cipriano aplaudió la idea. Era delicado que una muchacha soltera se dejase ver sola en compañía de un hombre. Frederika no tuvo más remedio que morderse la lengua y ceder. Esa vieja bruja le echaba un pulso a cada momento. Tendría que poner las cosas en su sitio de una vez por todas.

Ramona y Belter se subieron al coche y Alonso, a su lado, las acompañaba a caballo. Cuando llevaban recorrida la mitad del Paseo de la Victoria, doña Ramonita dijo que le apetecía pasear un rato, con el propósito de dejar a los muchachos a solas. La mujer se quedó charlando con unos conocidos mientras los dos jóvenes se sentaban en un banco de obra revestido de bonitos azulejos color añil.

—Aquí, en este mismo banco, estaba sentado con Fuensanta el día que te conocí. Qué mujer más hermosa me pareciste. —Belter se sonrojó como una chiquilla—. Están pasando cosas a tal velocidad que me cuesta asimilarlo. Supongo que a ti te ocurre lo mismo. Estamos en un país extranjero, hemos encontrado una familia y nos hemos conocido y enamorado. Espero, Belter, que los sentimientos tan profundos que siento hacia ti sean recíprocos y me ames tanto como yo te amo. —La muchacha asintió con la cabeza—. Quiero pedir tu mano en cuanto ponga orden en lo relativo a mi padre y quede todo bien atado.

—Sería maravilloso. Pero necesito el consentimiento de mi hermana y seguro que se opondrá. —Belter sabía la inquina que Frederika sentía por el gaucho, aunque no entendía el motivo para ello.

—No podrá negarse. Tenemos a mucha gente de nuestra parte. Ahora no soy un desgraciado como era antes, y ella es ambiciosa. Querrá emparentarse con los Fernández de la Oliva. No te preocupes por nada, buscaremos una solución. Confía en mí. Pediré cortejarte formalmente a don Cipriano que, al fin y al cabo, es el que manda como cabeza de familia. Pero lo haré cuando tenga todo lo de la herencia solucionado, así no tendrá excusa para negarse. Mientras tanto, iré a tu casa como amigo de la familia y podré visitarte cada vez que me sea posible. Seguro que doña Ramonita nos echa una mano, es una buena mujer y te quiere. Será nuestra cómplice.

Tomó de la mano a la muchacha y la ayudó a subir al coche. Él se sentó a su lado. Allí, ocultos de miradas curiosas, se besaron con la certeza de que el destino los había unido para siempre. Habían nacido en distintos continentes, separados por miles de kilómetros pero,

tarde o temprano, estaba escrito que debían encontrarse.

Pronto las magníficas botas que el gaucho había fabricado para don Diego estuvieron en boca de todos, así como que el mozo de cuadra era hijo del difunto José María Fernández de la Oliva. No se hablaba de otra cosa en las tertulias. Era el tema principal de conversación tanto en las casas solariegas como en las tabernas de los barrios populares. Córdoba era una ciudad provinciana donde todo el mundo se conocía. Fueron muchos los caballeros amigos de don Diego que, con mucho tacto, se atrevieron a encargarle a Alonso la confección de un calzado de aquella exquisita calidad, intentando no agraviarle, habida cuenta de su nueva posición.

El muchacho aceptó. El boca a boca funcionó de tal manera que Alonso no daba abasto a completar los encargos. El muchacho llevaba semanas con una idea rondándole la cabeza y tomó una arriesgada decisión; la primera persona a quien se lo comunicó fue a Fuensanta.

—Gitanilla. —La llamaba así cariñosamente en las ocasiones en que se encontraban a solas—. Quiero saber tu opinión sobre una cosa. Bueno, la verdad es que ya lo tengo casi todo arreglado. Espero que te guste la idea.

—¡Cuenta, Alonso! Y deja los misterios *pa* más tarde, que me tienes en ascuas.

—Fuensanta, he pensado crear mi propio negocio —le reveló el muchacho, mirándola atentamente pendiente de su reacción—. Ayer fui a ver una casa en el Campo de la Merced, cerca del barrio del Matadero. La vivienda cuenta con dos plantas. Tengo previsto utilizar la de arriba como vivienda y la baja como taller y tienda de zapatos. ¿Qué te parece?

La gitanilla lo miraba boquiabierta.

—¿Te vas a hacer zapatero ahora que te sobra el *parné* y eres todo un caballero? ¡Tú estás *chalao, gachó* ! —Fuensanta giró su dedo índice varias veces sobre su sien, dando entender a su amigo que se

había vuelto loco de remate.

—Espera, déjame acabar, mujer, deja que te explique —la contuvo el gaucho—. No voy a ser un simple artesano. Mi idea es contratar jornaleros, yo seré el empresario. Necesitaré un zapatero de ópera prima, otro de obra gruesa y uno que sepa remendar. He elegido ese barrio porque es donde se encuentran los matarifes, desolladores, curtidores, zurradores, odreros... Está lleno de tenerías que me vendrá bien que estén cerca. Compraré las pieles ya curtidas, que es lo más trabajoso, y contrataré aprendices a los que yo mismo enseñaré mi técnica para hacer calzado. Don Diego me ha ofrecido su casa y todo lo suyo, pero yo prefiero ser independiente. Ya me conoces. Participaré en el negocio de mi tío y mi primo, pero quiero elegir yo mismo dónde vivir y cómo invertir mi dinero.

—No sé qué pensar, Alonso. —Fuensanta se rascó la cabeza mientras cavilaba—. La verdad es que no se te está dando nada mal lo de hacer botas. Pues bueno, mira, si es tu gusto, *zapatero a tus zapatos y déjate de tratos.* Ya habrá tiempo de vivir como un señorito.

—Además, tengo otra noticia que darte. —La gitanilla lo miró expectante—. Tú te vienes a vivir conmigo. Se acabó el servir para otros. Te considero mi hermana pequeña, así que tú me ayudarás a llevar el negocio. Eres buena con las cuentas, muy buena, y necesitaré a alguien de confianza que me lleve la contabilidad. Ganarás tu propio jornal. Nos convertiremos en unos honrados burgueses —sonrió satisfecho—. Cuando esté arreglado el tema de la herencia, pediré la mano de Belter. —Alonso estaba emocionado por las buenas expectativas de futuro que se presentaban ante él.

—¿La quieres mucho, verdad? —Una mirada de verdadero cariño apareció en los ojos negros de la gitana.

—Sí, Fuensanta, más que a mi vida. Como nunca antes había querido a una mujer. Pienso casarme con ella cueste lo que me cueste.

—Pues ya se sabe que *la dicha que tarda, con gusto se aguarda.* No creo que te equivoques con Belter, estáis hechos el uno para el otro, aunque mi tía Juanica siempre decía que *el melón y el casamiento han de ser acertamiento.* Pero estoy segura que a ti este melón no te sale *pepino* .

Los dos amigos rieron con ganas ante aquella ocurrencia.

A don Diego le costó aceptar que Alonso no quisiera vivir en la casa de sus antepasados. Ahora que había encontrado a su sobrino, el joven al que admiraba se empeñaba en irse a vivir a otro lugar y, además, se llevaba con él a su indispensable Fuensanta. El muchacho,

desde luego, tenía una personalidad muy peculiar e independiente, quería prosperar por sí mismo, y eso le honraba. Podía darse el lujo de vivir como un caballero y elegía ser un zapatero. Aunque Alonso le había explicado que sería solo por un tiempo, hasta que las personas a las que había contratado supieran hacer botas de la misma calidad que las suyas.

Fuensanta, Alonso y otras muchachas contratadas en el barrio del Matadero habían fregado y limpiado el local hasta sacarle brillo. Compraron todos los muebles y utensilios necesarios para el negocio: un fleje, un martillo remendón, leznas, precisa, manopla, tirapié, martillo galgo...

La parte de la casa destinada a vivienda la amueblaron sin grandes lujos, contando con muchos de los enseres que ya estaban en la casa. Para los dos amigos aquello era un palacio. ¡Su palacio! Al fin y al cabo, ambos habían vivido prácticamente siempre en casas humildes, más parecidas a chamizos que a una vivienda digna. El hogar contaba con dos dormitorios, cocina, comedor y un pequeño retrete. Las sillas y los muebles eran de palo santo. Las camas, de hierro, con colchones de lana. Armarios de caoba con luna, lavabo, espejo, palanganero... Se sentían completamente felices.

En unos meses la fama de la zapatería de Fernández de la Oliva había alcanzado tal fama que acudían señores de toda la provincia, incluso de Sevilla y Jaén, a encargar sus botas y demás calzado a don Alonso el Gaucho, apodo por el que era ya conocido y que él llevaba con mucho orgullo. Los aprendices contratados habían puesto buen empeño en formarse y las piezas que salían del taller eran de una calidad extraordinaria. El joven empresario pagaba bien y sus trabajadores, que ya pasaban de la media docena, estaban contentos. Era un patrón justo y generoso. Alonso gustaba también de ayudar a los menesterosos. Eran muchas las familias que pasaban hambre y miseria en la ciudad, algo que él había sufrido en sus propias carnes.

Los sábados eran para él el día preferido de la semana. Por la tarde solía ir a visitar a Belter. Por su parte, Frederika, astuta y ladina, ese día de la semana y no otro, mandaba invitación a doña Matilde y a su hijo para que asistieran a la tertulia que organizaba en su casa. La relación entre Alonso y el Castañeda después del duelo era fría, por parte del gaucho de total indiferencia. Para él, Baldomero nunca había sido un verdadero rival, solo lo consideraba un lechuguino insoportable.

El apelativo le venía como un guante. La palabra *lechuguino* había desterrado al *petimetre* del siglo anterior. Se llamaba así a aquellos

individuos con dinero que renegaban de su propia patria. Viajaban mucho y, cuando volvían a su país, despreciaban todo lo español: los toros, el cocido, el acento, las fiestas… Utilizaban constantemente palabras en francés o italiano, que introducían hábilmente en la conversación para demostrar lo modernos y liberales que eran. Asimismo, tildaban a sus conciudadanos de brutos e ignorantes hispanos. Baldomero Castañeda y su amigo Juanito Villasante eran el perfecto ejemplo de estos burlescos personajes. Como bien decía Fuensanta, *no hay nadie más engreído que un tonto bien vestido.*

Doña Matilde y Frederika conspiraban a escondidas. Tramaban un noviazgo entre el hijo de la primera y la hermana de la segunda. Pero a los afectados no se les veía ningún tipo de interés para que esto llegase a buen puerto. Frederika quería ganar tiempo. Si Baldomero pedía la mano formalmente antes de que lo hiciera Alonso y don Cipriano daba su consentimiento, algo de lo que ella se encargaría personalmente, existiría un compromiso en firme imposible de romper y el gaucho no tendría más remedio que retirarse de la escena.

Doña Ramonita, por su parte, con su agudo sexto sentido, sospechaba que su cuñada y su amiga tramaban algo en contra de los muchachos. Ramona, romántica empedernida y enamorada del amor, apoyaría a los jóvenes en todo lo que estuviese en su mano, aunque fuese acusada de celestina o alcahueta. Continuó instruyendo a Belter en las buenas maneras y el comportamiento exquisito que debía distinguir a una dama. Añadió a su aprendizaje el sutil lenguaje del abanico. Esto era algo esencial para que la muchacha pudiera comunicarse con Alonso cuando estuviesen rodeados por cien ojos vigilantes y hostiles. La hábil maestra, por supuesto, aconsejó a su discípula con buen criterio que, a su vez, ella debería enseñar al gaucho el significado de los mensajes cifrados de tan singular objeto.

Belter y Frederika apenas tenían tiempo libre. Debían instruirse como auténticas damas. Aprendieron a bordar pañuelos, sábanas y almohadas. Don Cipriano les buscó un profesor, natural de Cádiz, que les impartía clases de Geografía e Historia Natural. Un anciano médico cordobés, ya retirado, acudía a la casona tres veces por semana para enseñarles medicina basada en las propiedades de las plantas. Aprendieron Ortografía, la Historia Sagrada y el Catecismo. Había que cultivar mente y alma. Dos horas al día las dedicaban a estudiar música. La hermana mayor se decantó por el arpa y la pequeña, por el piano. Aprendieron a bailar el rigodón, el garrotín y el vals, que se consideraba una danza de las más atrevidas porque conllevaba el roce de los bailarines. El baile suponía una buena diversión, pero también era una forma de poder hacer ejercicio físico. Se instruyeron también en canto y declamación. Las dos hermanas

ensayaron noche y día *Norma* de Bellini para poder representarla en el próximo baile. Pretendían hacer un dueto. Belter solo tocaría el piano, ya que le daba vergüenza cantar en público. Frederika sería la encargada del canto con su voz de *mezzosoprano* .

Los actos sociales como tertulias, óperas y bailes eran un buen escaparate para pescar marido. Además de que una mujer fuese culta y de modales exquisitos, se esperaba de ella que fuese una buena esposa, virtuosa, juiciosa, discreta, sumisa y amable. Y un buen marido para este dechado de virtudes sería aquel que reuniese cualidades como trabajador, talentoso, honrado y valeroso.

Llegó el día del tan esperado baile. Cientos de velas iluminaban el salón e infinidad de guirnaldas de flores lo adornaban de vistosos colores. Doña Ramonita estaba muy nerviosa. Ella lo había organizado todo, la decoración, la orquesta y el banquete. Esperaba que todo saliese a pedir de boca. Estaba tan cansada que había dormido toda la noche con bandas de batista humedecidas en tintura de benjuí y hueso de ternera cocido. Ese mejunje, aprendido de su madre, era perfecto para atenuar las arrugas de expresión. Ramona había elegido para la ocasión un vestido de seda negro con bordados en hilo de plata. Había abusado del blanquete en cara y cuello, lo que le daba un aspecto demasiado pálido a su rostro. También se había excedido con el agua de ángel , una infusión hecha con flor de mirto y agua aromatizada, una fragancia intensa que la envolvía hasta resultar empalagosa. Se miró satisfecha en el espejo, su aspecto era el de una matrona distinguida y con carácter.

Belter bajó junto con Ramona las amplias escaleras que llevaban a la planta baja y entraron juntas en el salón. Ante la presencia de la muchacha, se oyó un murmullo de admiración entre los invitados. Alonso, de espaldas a la puerta, hablaba con el señor Páez, un prestigioso juez de Córdoba conocido por su gran ecuanimidad. Observó cómo todas las miradas se dirigían a un punto en concreto, se giró y comprobó que la admiración levantada en los allí presentes era por la mujer que a él le robaba el sueño. Sonrió, orgulloso; la joven estaba radiante.

Belter iba ataviada con un precioso vestido de seda salvaje color fucsia. Pequeñas flores en tonos marfil adornaban su escote de barco y el bajo del vestido. Su vestuario lo complementaban unos elegantes guantes de seda blancos que le llegaban por encima del codo, un abanico de moaré con violetas bordadas y unos pendientes de amatista. Su pelo rubio, peinado en un moño alto, no tenía más adorno que unas suaves plumas del mismo tono del traje. Una cascada de tirabuzones caía con gracia sobre su hombro. La muchacha buscó a

Alonso con la mirada. Lo encontró al fondo del salón, mirándola arrobado; le sonrió y él le guiñó un ojo. Belter admiró el buen porte del gaucho, estaba magnífico. Había elegido, con buen criterio, una camisa de seda blanca, pantalón negro y levita de corte caribeño del mismo color, complementado todo con un chaleco gris perla de terciopelo y una corbata de seda.

—¡Belter, fíjate en cómo te admira todo el mundo! Estás preciosa —le decía una doña Ramonita exultante y orgullosa de su pupila—. Me he emocionado al ver cómo te miran todos. No quiero llorar o el blanquete se me llenará de surcos. —Sacó un pañuelo de encaje blanco del bolsito limosnera que llevaba colgado en la muñeca y se limpió el lagrimal—. Aún me acuerdo de esa chiquilla tímida que llegó a mi casa con su trenza rubia y su falda de lana. Y mírate ahora… Te has convertido en una mujer de bandera. Has sabido adaptarte a tu nueva vida como si fueses una dama de cuna. Eres buena, inteligente, honesta… no como… bueno, no debo hablar, prefiero morderme la lengua aunque me ahogue. —Miró de reojo a Frederika, que saludaba a los invitados a diestra y siniestra sobreactuando como si fuese una marquesa—. Mira, Belter, Alonso viene hacia aquí.

El hombre se acercaba a ellas con paso decidido. La muchacha le dedicó la mejor de sus sonrisas. El gaucho tenía un brillo especial en sus ojos. Alonso solo había hecho partícipe de sus intenciones a Fuensanta. Pensaba pedir la mano de Belter a don Cipriano aquella misma noche.

Alonso inclinó el cuerpo hacia delante cortésmente y se dirigió con voz afable a la joven.

—A los pies de usted, señorita.

A lo que la alemana contestó:

—Beso a usted la mano, caballero.

El gaucho se volvió hacia doña Ramonita.

—Dios la guarde a usted, señora.

—¡Señor Fernández de la Oliva, está usted hecho todo un dandi!— exclamó con admiración la matrona—. Me deja sin palabras. Quién lo ha visto y quién le ve. Lo mismo que a mi pequeña Belter, que se ha convertido en toda una dama. No me diga que no está encantadora —observó a los dos jóvenes, que se miraban extasiados, ignorándola—. Bueno, voy a saludar a mis invitados, que no paro de hablar y ustedes querrán estar a solas. Queden con Dios.

—Bendito y alabado —contestó la pareja al unísono.

Llevaban unos minutos conversando cuando se anunció el comienzo de la cena. El gaucho ofreció caballerosamente el brazo a la joven y la condujo hasta su mesa. Todos los invitados los miraban fascinados. Sin duda, eran la pareja más atractiva de la fiesta.

Frederika, desde el otro extremo de la sala, hacía gestos urgentes a doña Matilde con cabeza y manos para que se acercase. Quería que esta obligase a su hijo a que fuera él el acompañante oficial de su hermana durante toda la noche. Alonso era un insolente y un petulante y estaba cortejando a Belter con total descaro delante de todo el mundo.

El señorito Castañeda, azuzado por su madre, no tuvo más remedio que acercarse a Belter y sentarse a su derecha en la mesa.

— *Mademoiselle* , está usted bellísima como siempre, pero hoy tiene un brillo especial en *les yeux* —la piropeó, adulador—. Me apuntará usted algún baile en su carné, ¿verdad, *macherie* ?

Acabada la cena comenzó el baile. Fue abierto por los anfitriones, Frederika y don Cipriano. Comenzaron con un rigodón. Se siguió con un vals y los invitados se animaron a bailar y disfrutar del resto de la noche. Alonso se acercó a Belter y, haciéndole una perfecta reverencia, la sacó a bailar.

—¿Me concede usted este baile, señorita?

Ella agarró alegre la mano que él le ofrecía y comenzaron a girar y a girar, riendo al compás de la música. Belter se sentía pletórica, feliz con los brazos de Alonso fuertes y vigorosos sujetando su cintura. Acabada la pieza, en un descuido de su pareja de baile, que había ido a por un refrigerio para la muchacha, Frederika se acercó hasta ella.

—Te estás poniendo en evidencia —la amonestó enfadada— bailando tan pegada a ese gaucho del demonio. ¡Es indecente! No quiero que vuelvas a bailar con él en toda la noche. Le diré a Baldomero que le reservas todos los bailes. —Frederika se marchó airada en busca del Castañeda para darle las nuevas instrucciones sin que a Belter le diese tiempo a replicar.

Alonso, con dos copas de champán francés en las manos, se acercaba hacia donde estaba la muchacha para ofrecerle la deliciosa bebida. Pero Belter, poniendo en práctica el lenguaje secreto aprendido, cerró presurosa su abanico. El gaucho se paró en seco. Entendió al momento. Algo ocurría. Aquello era un *no* rotundo. El argentino desvió su camino y se dejó caer, indolente, sobre un

butacón. Belter buscó a Alonso con la mirada, clavó sus ojos en él y comenzó a abanicarse lentamente con la mano izquierda. El muchacho miró para ambos lados. Efectivamente, como le decía Belter, había alguien vigilándolo. Frederika y doña Matilde no le quitaban ojo de encima. En un descuido de estas, el argentino hizo gestos encubiertos a su amada para citarse en el jardín. La muchacha, divertida, fue contando despacio las varillas del abanico una por una, hasta parar en la número diez. Él le sonrió, ya sabía la hora exacta. Dio media vuelta y se acercó a un grupo de señores que hablaban de política. El tema a tratar era la vida libertina y desenfrenada que seguía llevando el joven rey Alfonso XII después de su boda con María Cristina de Habsburgo-Lorena. Cierto es que no la amaba, había sido un matrimonio de estado, orquestado por Cánovas del Castillo y Sagasta. España necesitaba un heredero al trono legítimo, no hijos bastardos, así que hubo que casar pronto al joven rey viudo. La reina María Cristina ya le había dado su primer vástago, una niña a la que habían bautizado con el nombre de María de las Mercedes, en memoria de la primera esposa del monarca. A la nueva reina se la empezaba a conocer como «Doña Virtudes». La paciencia que demostró la consorte para aguantar las infidelidades y humillaciones a las que la sometía su esposo fue infinita, aunque en más de una ocasión lo había amenazado con marcharse de España sino era más discreto en sus amoríos.

Alonso, aburrido de chismorreos palaciegos, miró varias veces su reloj de bolsillo, quedaban quince minutos para las diez. Seguían enzarzados en la conversación sobre las intimidades de la familia real cuando un criado se acercó al muchacho y le comentó algo al oído. El gaucho, alterado por la noticia que acababa de recibir, se despidió de sus contertulios de manera brusca e salió inmediatamente del salón. Fuensanta lo esperaba en el patio. La muchacha estaba un visible estado de nerviosismo: don Diego había sufrido un infarto y se encontraba muy mal. Ella misma había avisado al doctor y, acto seguido, había acudido a avisar a Alonso.

El joven escribió una breve nota y la entregó a una sirvienta. Dicha misiva explicaba a doña Ramonita y a don Cipriano lo ocurrido y pedía disculpas por su precipitada marcha.

Cuando llegó a casa de don Diego, encontró al médico atendiendo al enfermo en la alcoba. Su tío tenía mal aspecto. Macilento y con grandes surcos oscuros alrededor de sus ojos. Aquello no presagiaba nada bueno. El anciano intentó sonreírle, pero el esfuerzo fue en vano. El doctor ordenó despejar la habitación para que el enfermo pudiese descansar, necesitaba mucho reposo. Cuando Alonso se disponía a salir, don Diego, agarrándolo de la mano, le rogó que se

quedase. Lo invitó a sentarse al borde de la cama, cerca de él. Con voz apagada, apenas perceptible, intentaba decirle algo a su sobrino. Alonso acercó el oído a su boca para poder entenderlo.

—Alonso —susurró don Diego con un hilo de voz—, quiero que vayas mañana hasta la sierra a avisar a mi hijo.

Don Pedro Fernández de la Oliva vivía desde hacía un tiempo retirado en las Ermitas de Nuestra Señora de Belén. Allí no era más que un simple eremita. Su vestimenta ahora consistía en una tosca saya de lana, una cuerda como cinturón y unas sandalias de tiras que no le protegían apenas del frío y con las que le salían molestos sabañones durante el invierno. Pero era ahora cuando su primo se sentía realmente feliz, entregado a la oración y al silencio. Había abrazado la pobreza y abandonado una vida cómoda y de riqueza por propia voluntad, dejando atrás una existencia en la que nunca careció de nada.

Alonso asintió. Iría avisar a Pedro. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, marcharía hasta el Cerro de la Cárcel para hablar con su primo.

—Hay otra cosa muy importante que quisiera pedirte, hijo mío —don Diego se interrumpió unos instantes para tomar aliento. Estaba muy emocionado. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Sé que no me queda mucho tiempo en este mundo; mi pobre corazón está muy cansado de sufrir. —Hubo un largo silencio—. Alonso, no quisiera morir sin saber qué le pasó a mi hermano, cómo y por qué se truncó su vida. Sé que es abusar de tu confianza y de tu cariño, hijo, pero quiero pedirte que vayas a América. Tienes la dirección de la carta que te enseñé para empezar a buscar. Tengo que saber la verdad. Tal vez, cuando vuelvas, ni siquiera esté yo aquí, pero tenemos que intentarlo. Te esperaré, te lo prometo.

El gaucho no pudo dormir en toda la noche. Ese inesperado viaje aplazaría sus planes con respecto a Belter. Estaría fuera al menos dos meses, quizá tres. Pero se lo debía a su tío y a su padre y, sobre todo, a su madre, a Teresita. Siempre habían creído que el español los había abandonado, tal vez hubiese llegado la hora de saber la verdad.

Estuvo buena parte de la noche con la mirada clavada en el blanco techo. Pronto amanecería. Apenas había dormido. Apagó la lámpara de petróleo que había encima de la mesita. Tendría que ir a contárselo a Belter. Le costaría separarse de ella, ¡la amaba tanto!

A primera hora de la mañana, Alonso montó en su caballo, un magnífico ejemplar de cinco años que era propiedad de la yeguada

del cortijo. Negro como la noche más oscura, de crines largas y sedosas. Fuerte, elegante y enérgico. Se había enamorado de aquel equino desde que lo vio. Supo que algún día sería suyo. Lo llamó Azabache. Jinete y animal tomaron rumbo a la sierra.

Supo que se iba acercando a su destino. En el camino se iba encontrado con cruces de piedra que representaban el vía crucis. Divisó la recoleta fachada de la entrada a las Ermitas. Desmontó y se acercó a la puerta, tiró de una campanilla que hacía la función de llamador. Un ermitaño, delgado y de luenga barba, lo recibió amistoso. Preguntó por Pedro del Calvario, allí no existía el «don». Lo pasaron al refectorio, hacía frío. El silencio reinante era absoluto. Pasados unos minutos, su primo se acercó sonriente a saludarlo. A Alonso le costaba acostumbrarse a verlo con aquella humilde indumentaria, parecía aún más delgado. Lo puso al corriente de la delicada salud de su padre y del no menos delicado encargo que este le había hecho.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Pedro, preocupado.

—Iré —contestó el gaucho resuelto, ya tomada la difícil decisión —. No puedo fallarle.

—Sabes que tal vez no descubras nada —le advirtió su primo—. Y, en el caso de que lo consiguieras, tal vez, cuando vuelvas, mi padre ya no esté vivo.

—Lo sé. Lo he pensado, pero tengo que intentarlo.

—Eres muy valiente, Alonso, y un hombre de elevados principios. —Pedro puso su mano sobre el hombro de su primo y lo apretó con fuerza—. Sabes que siempre te he admirado. Haz lo que tu corazón te dicte. Ahora vayamos a ver a mi padre.

Ya de vuelta en su casa del barrio de la Merced, el gaucho entregó una nota a Fuensanta para que avisase a Belter de que necesitaba verla esa tarde sin demora. Era muy importante que hablara con ella.

La bella alemana, al recibir el mensaje, no supo cómo actuar. «¿Qué disculpa puedo inventar para salir de casa un día entre semana y estar varias horas fuera?». Como siempre, recurrió a doña Ramonita, mujer de recursos, que pronto ingenió una historia creíble. Dijo que esa tarde tendría que salir a la modista, quería encargarle un par de vestidos y un abrigo que había visto en la última revista de moda de París. Después, iría a casa de su amiga Matilde a tomar un chocolate. Como era costumbre, Belter la acompañaría.

—¿Tenéis previsto ir luego hasta el Paseo? Cipri y yo lo mismo nos

acercamos —Frederika sonrió con displicencia a su cuñada.

—Puede ser —balbuceó, incómoda, Ramona ante aquel imprevisto —. Es el mejor lugar de reunión para todo aquel que quiere ser visto. Y el peor de los lugares si no quieres que te vean. —La mujer pronunció esta última frase entre dientes, la víbora de su cuñada parecía sospechar algo.

Belter y su amiga llegaron a casa de Alonso con un plan ideado. Ramona se quedaría en casa del gaucho y pasaría la tarde oculta junto a Fuensanta. Mientras, el gaucho y la alemana saldrían a dar un paseo con el tílburi fuera de la ciudad.

La pareja salió por las estrechas calles y tomó el camino que llevaba hasta La Albaida. Alonso meditaba cómo contarle a Belter su inesperado viaje, no sabía cómo podría tomárselo. La muchacha lo miraba preocupada por su mutismo.

Continuaron subiendo por el camino que llevaba hasta la sierra. A lo lejos vieron un pastor que vivía pacientemente, sin sobresaltos, con la única compañía de sus cabras. La vegetación comenzó a hacerse más tupida. Las encinas, los pinos piñoneros, los castaños, las jaras, el romero, los alcornoques, los madroñales… Todos aportaban color y aroma al entorno. Alonso, de pronto, tiró de las riendas del caballo y lo detuvo. Ayudó a bajar a Belter y extendió un manta de lana sobre la hierba que había en aquel bucólico paraje. Lo había descubierto esa misma mañana, cuando había ido hasta las Ermitas a avisar a su primo. No estaban lejos de aquel lugar.

Invitó a Belter a sentarse y él hizo lo propio.

—Alonso, ¿puedes decirme qué ocurre? —le dijo Belter sin poder reprimir por más tiempo su estado de ansiedad—. Me estás asustando.

El muchacho la cogió de la mano y se la apretó con fuerza. Luego se acercó y la besó dulcemente en los labios.

—Belter, quiero que entiendas mi postura y que me perdones, pero debo ausentarme durante unos meses.

La muchacha lo miró sin comprender. ¿De qué le estaba hablando? ¿Adónde tenía que irse y por qué? Ahora todo era diferente, tenían planes, se amaban.

—¿Estás loco, Alonso? ¿Irte adónde?

—A América. Tengo que averiguar cómo falleció mi padre. Mi tío se está muriendo y me ha pedido que vaya; y yo no me lo perdonaría si no hiciese esto por él. Le debo mucho.

—Pero, ¿y nosotros? ¿Y nuestro futuro juntos? —Belter comenzaba a entender, pero se negaba a dejarlo partir así, sin más.

—Esto no cambia nada, amor mío. Solo va a aplazar nuestros planes un tiempo —intentó convencerla.

—Pero… ¿y qué pasa conmigo, tan poco te importo? — Alonso, emocionado, la atrajo hacia sí y la rodeó fuertemente con sus brazos. Belter comenzó a llorar—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé exactamente. —El gaucho suspiró profundamente—. Pueden ser unos dos meses, o tal vez más. Espero volver lo antes posible.

—¿Sabes al menos cuándo te irás? —La muchacha sentía el corazón encogido por la pena.

—Pasado mañana. Zarparé desde Cádiz. Cuanto antes me vaya, antes volveré.

La muchacha posó la cabeza sobre su pecho, temblaba. Él le beso el cabello.

—No debes temer nada, Belter. Ya le he pedido a Fuensanta que cuide de ti, y tienes también a doña Ramonita que…

—Tengo un mal presentimiento, Alonso —le interrumpió la muchacha.

—No seas niña, no pasará nada. —El gaucho le acarició la mejilla —. En cuanto regrese hablaré con don Cipriano y nos casaremos.

La muchacha se estremecía entre sus brazos, presa de negros presagios. Un relámpago iluminó el cielo y un estrepitoso trueno los sobresaltó. No habían advertido que el cielo se había cerrado con nubes negras que amenazaban tormenta. En un abrir y cerrar de ojos, comenzó a llover a cántaros. Alonso miró a su alrededor buscando dónde guarecerse. Vio a lo lejos un majestuoso castaño con una amplia copa que, a pesar de ser noviembre, seguía cubierta de hojas doradas. Pensó que sería un buen sitio donde resguardarse. Los muchachos salieron corriendo con la manta sobre sus cabezas para protegerse de aquel diluvio inesperado. Cuando llegaron al enorme árbol descubrieron que, a pocos metros, había una especie de chamizo hecho con cuatro tablones y ramas. Seguramente se usaría como albergue de pastores. Entraron, era un habitáculo pequeño y sucio. Amontonada en un rincón había leña seca y una vieja y harapienta manta olvidada sobre un destartalado catre.

El gaucho encendió una precaria fogata. Belter tiritaba de frio.

—Ven, Belter, acércate, entremos en calor.

La muchacha tenía el pelo y las vestimentas totalmente mojadas. Los dientes le castañeteaban.

—Belter, quítate la ropa —le apremió Alonso—. Tenemos que secarnos o cogeremos una pulmonía.

La muchacha lo miró turbada. Sentía vergüenza de desnudarse delante de él.

—¡Vamos, no seas tonta! Me volveré de espaldas y no miraré.

Belter comenzó a quitarse la ropa lentamente, mirando de reojo para cerciorarse de que él no se giraba. Alonso sacudió con brío la harapienta manta y, sin mirar, se la ofreció a Belter que, envuelta en ella, se acercó al fuego. Alonso colgó las ropas de la muchacha en unas oxidadas puntillas para que pudiesen secarse. El muchacho estornudó varias veces.

—Tú también deberías desvestirte o caerás enfermo —dijo Belter alarmada por la tos insistente del gaucho.

Alonso la imitó. Se sentó cerca del fuego con sus calzones mojados como única prenda. Belter evitaba mirarlo, estaba semidesnudo, pero él sí la contemplaba extasiado. Las llamas reflejaban destellos rojizos en el pelo de la muchacha y extrañas irisaciones en sus ojos azules. Ella percibió la mirada ardiente del gaucho y Alonso vio en los ojos de Belter el mismo deseo que le abrasaba a él. La besó. Primero con dulzura, luego con pasión.

El gaucho soltó suavemente de las manos de Belter la vieja manta que ella mantenía agarrada con fuerza. La atrajo hacia sí y la envolvió en su abrazo. Belter jamás había estado en la intimidad con un hombre. Él notó su turbación, su vergüenza, sus nervios…

La besó primero en la frente, luego en los ojos, en la punta de la nariz, en la boca, en el cuello y fue bajando lentamente hasta sus pechos. Belter deseaba gritar de gozo, retorcerse, morder, besar, gemir. Pero tenía aprendida la lección: una mujer decente no debía dejarse llevar nunca por el placer ni dejar entrever que «aquello» le gustaba. El gaucho, experto en artes amatorias, la hizo tocar el cielo. Su cuerpo pareció sufrir una descarga, se estremeció, se arqueó y se entregó al placer sin tapujos, sin miedos, sin reservas. Hicieron el amor una, dos, tres veces… Cansados, extenuados se quedaron abrazados en silencio, mirando las ascuas candentes. El viento frío de la sierra se introducía entre las resquebrajadas tablas del armazón que les servía de refugio. Perdieron la noción del tiempo.

Para Alonso, galán avezado, aquella experiencia había sido totalmente nueva. Supo desde el primer momento el porqué. Aquel acto no había sido únicamente la unión de dos cuerpos ansiosos llenos de deseo. No, también había significado la sincronización de dos almas. Desde ese momento, los dos comprendieron que, pasara lo que pasara, habían sellado un pacto. Ella sería para siempre su mujer y él sería eternamente su hombre.

Se vistieron sin prisas, con dolor, sabiendo que se aproximaba la temible despedida. Salieron al exterior. La noche se había adueñado de Sierra Morena. Había dejado de llover y olía intensamente a tierra mojada. Apenas hablaron, con el lenguaje de sus cuerpos se lo habían dicho todo. Ahora sobraban las palabras.

Doña Ramonita estaba al borde de un ataque de nervios. Eran pasadas las nueve de la noche cuando los muchachos hicieron su aparición en la casa del Matadero.

—¡Dios mío, Belter! ¿Dónde os habéis metido? —exclamó la mujer realmente enojada—. No quiero ni pensar qué dirá tu hermana cuando aparezcamos a estas horas de la noche. Tengo que pensar algo que resulte realmente convincente. Y usted, Alonso, ¿cómo ha consentido…

El gaucho la interrumpió antes de que siguiera amonestándolo.

—Lo siento mucho, doña Ramonita. La culpa ha sido solo mía. He querido llevar a Belter hasta un lugar que vi esta mañana y nos ha sorprendido la tormenta. Hemos tenido que esperar a que escampara.

—Está bien, no hay tiempo de explicaciones. Vamos, niña. No nos demoremos más, ¡menuda se va a liar!

La pareja se abrazó con desesperación. Hubo que obligar a Belter a que se separara de Alonso. El muchacho, con un nudo en la garganta, la dejó partir. La joven, de vuelta a casa en el coche, lloraba desesperada mientras contaba a Ramona el motivo de su pena. Estaba destrozada. Pero doña Ramonita en esos momentos no estaba para consolarla, bastante tenía con buscar una excusa convincente sobre su tardanza que satisficiera a su cuñada.

Frederika, tal y como Ramona había supuesto, las esperaba con cara de pocos amigos en el salón, junto a la chimenea. Estaba furiosa y se retorcía las manos exasperada mientras miraba la hora en el reloj de pared. Don Cipriano se había retirado hacía rato a su habitación.

Al ver entrar a su hermana con la ropa húmeda y arrugada, los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto y el moño deshecho, supo

que algo había ocurrido. Se fue directamente hacia Belter y la abofeteó sin mediar palabra. La muchacha, sorprendida ante aquella inesperada agresión, puso su mano en la dolorida mejilla y se dejó caer sobre un diván, llorando sin consuelo. Doña Ramonita, escandalizada por aquella reacción, se dirigió hacia su cuñada que, con la mano al frente, la detuvo con decisión.

—¡Para! ¿Y bien? ¿Cuál de las dos será la primera en darme una explicación? —Frederika las retaba con la mirada.

Ramona fue la primera en hablar.

—Esas no son formas de tratar a tu hermana sin dejarla explicarse siquiera. Nos ha pillado totalmente desprevenidas la tormenta al salir de la modista —balbuceó la mujer sin ningún tipo de seguridad ni convicción en la historia que inventaba—. Nos hemos dirigido a casa de doña Matilde, ya sabes cómo es esa mujer. No nos ha dejado marchar hasta hacernos tomar dos chocolates calientes y has que se han secado un poco nuestras ropas.

Pero a Frederika no le pasó inadvertido que los ropajes de doña Ramonita, comparados con los de su hermana, estaban intactos. Se produjo un incómodo silencio. La esposa de don Cipriano parecía sopesar algo en su retorcida mente.

—Está bien —dijo de pronto Frederika, utilizando un tono neutro —. Daremos por terminada esta conversación. Imagino que ya habréis cenado en casa de doña Matilde. —Las dos mujeres se miraron y asintieron. Estaban hambrientas, pero no se atrevieron a decir nada—. Será mejor que os retiréis a vuestras habitaciones y os cambiéis de ropa o cogeréis un enfriamiento.

Cuando Belter y Ramona se hubieron marchado, Frederika se sirvió una copa de coñac.

—¡Me están mintiendo! —se dijo así misma mientras paseaba de un lado a otro de la habitación—. Esa vieja alcahueta tapa los actos de mi hermana. Estoy segura de que la ayuda a verse con el gaucho. Me subestiman, pero yo soy mucho más inteligente que ellas dos juntas. La arpía y el ángel, buena combinación. ¡No consentiré que se rían de mí!

Estrelló la copa contra la pared haciendo añicos el delicado cristal de Bohemia.

Al día siguiente, muy temprano, fue a poner las cosas claras con don Cipriano. Era hora de que su marido le proporcionara el lugar que le correspondía. Ella era su esposa y debía ser la señora

indiscutible en aquella casa. El hombre, apesadumbrado por lo que se veía obligado a hacer, mandó llamar a doña Ramonita. La mujer pensó que su hermano le pediría explicaciones del incidente de la noche anterior. Pero se trataba de otra cosa que la confiada mujer ni imaginaba. Cipriano, con todo el dolor de su corazón, le comunicó a Ramona que, a partir de ese mismo día, sería Frederika la que se encargaría personalmente de la administración de la casa.

—Bien, hermana —le decía don Cipriano sin apenas atreverse a mirarla—, espero que no te lo tomes a mal. Es una decisión ventajosa para ti, ahora tendrás muchas menos responsabilidades y podrás disfrutar de más tiempo libre para hacer las cosas que te gustan. Podrás salir más. Te doy las gracias por todos estos años de dedicación hacia mí, por tu buen hacer para conmigo y mi casa. —Se levantó emocionado e hizo ademán de abrazarla.

Doña Ramonita, dolida en lo más hondo de su ser, giró sobre sus talones dejando a su hermano con la palabra en la boca y los brazos extendidos. La mujer subía las escaleras llorando desconsoladamente cuando se cruzó con una Frederika que la miraba exultante.

—Cuñada, veo que ya has hablado con tu hermano. Supongo que te ha puesto al día de las últimas decisiones. Te rogaría que, lo más pronto que puedas, me hagas entrega de todas las llaves que tengas en tu poder. Ya no te harán falta.

Ramona, mirándola con desprecio, siguió su camino sin dignarse a contestarle.

Pedro del Calvario bajó de las Ermitas para despedir a su primo. Este partía esa misma mañana rumbo a Cádiz. El muchacho se perdería su primera Pascua en familia.

—Cuida de tu padre hasta que regrese —le dijo un Alonso de mirada triste y voz apagada—. Trataré de volver lo antes posible con todas las dudas resueltas.

—Cuídate mucho, gaucho. —El ermitaño lo abrazó dándole una suave palmada en la espalda—. Eres un gran hombre.

Los dos primos, embargados por la emoción, se fundieron en un fuerte e interminable abrazo.

Alonso no estaba seguro de haber actuado bien emprendiendo aquel viaje. Tal vez todo resultase inútil y no encontrase ninguna pista sobre la muerte de su padre, o incluso, si consiguiera resolver el enigma, puede que, a su regreso a España, su tío ya hubiese fallecido. Fumando, indolente, con los brazos apoyados en la barandilla del barco que lo alejaba de su nueva vida, pensó en Belter, como cada día desde que zarpó del puerto de Cádiz. No podía apartarla de su mente. Aunque estuvieran separados por un océano inmenso, sentía que sus almas estaban unidas por un hilo invisible, mágico e irrompible. Eran marido y mujer, no ante Dios ni ante los hombres, sino ante ellos mismos, y eso tenía para él más valor que cualquier sagrado sacramento. Hubiese deseado tenerla cerca en esos momentos en que la noche oscura se entremezclaba con un mar siniestro de aguas enlutadas. Hubiese querido amarla, besarla, hacerla suya… La añoraba de tal manera que le dolía.

Su viaje de ninguna manera podía resultar infructuoso. Cuanto antes consiguiera descubrir la verdad de lo que le ocurrió a su padre, antes podría regresar.

Su primer destino fue California. Llegó cansado y abatido, el viaje había sido arduo. Seguiría la pista de las cartas que su tío le había entregado. Su búsqueda empezó en San Francisco.

Había transcurrido más de un mes entre la travesía y su estancia en tierras americanas y el gaucho aún no había conseguido contactar con nadie que pudiese darle alguna información sobre su padre. El Salón La Pepita de oro, del que hablaba don José María en una de sus cartas, se había desvanecido, así como las personas que lo hubiesen conocido. Un día más, se encontraba hastiado de dar vueltas y vueltas sin rumbo conocido. Una angustiosa neblina llevaba acompañándolo todo el día. Al doblar una esquina se topó con un bar algo destartalado que se encontraba en una calle muy concurrida. Había varios almacenes de mercancías que mantenían una actividad frenética. Varios muchachos de diferentes edades cargaban y descargaban a destajo a cambio de unas monedas los carros apostados en las puertas de los depósitos.

Alonso tenía la garganta seca y le dolían los pies, así que decidió

entrar en aquel bar a tomar algo. Se acomodó en la sucia barra. El suelo estaba lleno de polvo, de escupitajos, de vidrios rotos y restos de colillas. El tabernero no estaba más escamondado que el establecimiento que regentaba. El gaucho pidió un whisky. Mientras echaba el primer trago, observó a un viejo mexicano que narraba a los oyentes que quisieran escucharlo cómo había sido aquella locura de la fiebre del oro californiano. Por lo que oía, se desató una locura colectiva por el noble metal. Alonso recordó que en la primera carta de su padre hablaba precisamente de aquello. ¿Y si hubiese sido ese el motivo de la presencia de su padre en aquellas tierras? El año en que don José María estuvo por allí probablemente sería sobre 1849. Justo un año antes de lo que narraba aquel viejo.

—Con permiso, señor —se dirigió el gaucho al anciano—. Perdone que le moleste, pero, ¿podría explicarme en que consistió eso de la fiebre del oro?

El mexicano lo miró extrañado. No se imaginaba que existiera alguien en este mundo que desconociese lo que significó aquella locura.

— *¡Órale* ! —exclamó el anciano sorprendido—. ¿Y quién me lo pregunta?

—Mi nombre es Alonso Fernández de la Oliva y Venegas, señor. Soy argentino.

—Pues yo soy Vicente Buendía. —El hombre le tendió una áspera mano y el gaucho la estrechó con firmeza—. Hablaremos mejor sentados, venga. ¿A qué viene tanto interés, *güey* ?

—He venido a descubrir cómo murió mi padre —contestó Alonso, yendo directo al grano.

Buendía lo miró sorprendido. Se quedó pensativo un instante. Buscó con la mirada una mesa vacía, le hizo una señal al gaucho para que lo siguiera. Se acomodaron en el fondo de local, allí podrían hablar con mayor privacidad.

—Cuando yo llegué a esta ciudad —comenzó el mexicano narrando la historia de su vida— era una pequeña aldea de pocos habitantes. Nada parecido a la gran urbe en que se ha convertido. Toda esta locura comenzó por purita casualidad. Fue en el rancho del general John Shutter, en Coloma, cerca del río Americano. Yo trabajaba para él, me había contratado el capataz James Marshall, al que había conocido una semana antes en una taberna mientras jugábamos una partida de cartas. Menuda *cruda* pillé mi primer día de trabajo, apenas podía mantenerme en pie. Llevábamos un par de meses toda la

cuadrilla construyendo un molino de harina en las tierras del general cuando, por casualidad, descubrimos cinco pepitas de oro, brillantes y hermosas como cinco soles. Intentamos mantenerlo en secreto, solo se lo comunicamos al patrón. A él no le interesaba que la noticia saliese de allí. Yo fui de los primeros en ir a buscar oro en el lecho del río. Cribaba la tierra con mis propias manos. Pero un *pendejo* se fue de la lengua y *dio vuelo a la hilacha* sin pensar en las consecuencias. La noticia se propagó como la pólvora. Pronto todos los periódicos publicaron la noticia de que se había encontrado oro. Cuando el presidente James Polk confirmó el descubrimiento con un discurso en el Congreso, se desató la locura, *güey*. Llegaron gentes de todos los continentes y de todos los estados. Esto parecía la Torre de Babel, carajo. Se oían lenguas extranjeras que yo no había oído en mi vida. En un año la ciudad pasó de mil habitantes a veinticinco mil. ¿Te lo puedes creer, *chamaco* ? Por todos lados se construían escuelas, casas, iglesias, caminos… Pero, además de las construcciones, llegó la muerte y la peor cara que puede ofrecer el ser humano. —El mexicano habló solemne, mascando tabaco, con la mirada pérdida en sus propios pensamientos—. Asesinatos, robos, peleas, engaños, ambición, alcohol, prostitución. Esta ciudad se convirtió en el mismísimo infierno.

—¿Y usted lo consiguió? Quiero decir, ¿se hizo rico? —preguntó Alonso dubitativo. Al anciano, por su aspecto, no parecía que le hubiese sonreído la diosa fortuna.

—¿Me ves pinta de rico, *güey* ? —Alonso, en un arrebato de sinceridad, negó con la cabeza—. Pues tienes razón, no lo soy, pero trabajé duro y sí, encontré oro. Pero un *pinche* australiano me engañó, así lo mate Dios lentamente. Yo no sé leer ni escribir, *güey* , nunca fui a la escuela. En mi familia éramos pobres como ratas y trabajé casi desde que pude mantenerme de pie. Sé que no tenía que haber firmado aquellos papeles, pero aquel tipo se ganó mi confianza. Una noche de copas en que estaba totalmente borracho, firmé. Me la metió bien metida, el hijo de perra. —Vicente dio un puñetazo sobre la mesa poniendo en peligro los dos vasos repletos de whisky, que se vaciaron hasta la mitad—. Pero mira, ¿sabes qué te digo? ¡ *Me vale madre* ! He sido feliz a pesar de todo.

Al gaucho aquel hombre le cayó bien, le inspiraba confianza, era un pobre desgraciado. «Un ser humano nacido para sufrir —pensó—. Como tantos y tantos *pelotudos* de los que Dios parecía no acordarse». Alonso contó al mexicano con todo detalle cuál era el motivo de su viaje. Le mostró la dirección de la primera carta enviada por su padre a don Diego.

—¡ *No mames* ! —exclamó el mejicano con los ojos muy abiertos—. Esta es la dirección del actual hotel Bonanza. En la época de la que me hablas era un salón regentado por Humildad, una mexicanita extraña. Digo extraña porque es rubia, con el pelo como pluma de gallina, pizpireta y rolliza. Contaba con muchachas preciosas para alegrar a los *forty niners* , los del 49. Todavía sigue de muy buen ver.

—¿Sigue viva? —preguntó el gaucho sorprendido, con la esperanza de que la mujer pudiese arrojar un poco de luz a todo aquel asunto.

—Pues claro que está viva, *pendejo* . ¿Ya quieres matarla? ¡No es tan vieja! Si te oye, te corre por todita la ciudad. —El hombre soltó una sucesión de carcajadas que le provocaron un ataque de tos. Escupió con precisión el tabaco ensalivado lanzándolo a una escupidera colmada de arena situada a su derecha.

—¿Sabe dónde podría encontrarla? —Alonso estaba impaciente y excitado.

—¡Claro que lo sé! En esa misma dirección. Vendió su salón a un francés que había ganado su fortuna como buscador de oro. Ese fue más listo que yo. Humildad se retiró joven, estaba harta de aguantar a borrachos y truhanes. Allí vive, en el mismo hotel Bonanza que un día fue su salón. En el contrato de venta puso una cláusula, siempre fue lista, donde se indicaba que ella tendría derecho a vivir gratis en una de las suites hasta el día de su muerte. —Se levantó de la silla e hizo un ademán al gaucho para que lo siguiera—. ¡Ándale! Te acompañaré, si no, Humi te mandará al carajo.

El hotel se encontraba en una calle céntrica y animada que ahora tenía un nombre diferente a cuando estuvo por allí su padre. Había un constante ir y venir de personas en carruajes y a caballo. En esa parte de la ciudad, sus habitantes se veían más distinguidos y refinados. Entraron en el alojamiento. Era un establecimiento elegante y vistoso. El vestíbulo, amplio y luminoso, estaba tapizado de terciopelo rojo con las alfombras del mismo tono. Una gran lámpara de araña, con multitud de cristales, iluminaba el *hall* . Dos inmensos espejos de marco dorado colgaban de las paredes laterales. Enfrente, una elegante escalera de madera con el pasamanos torneado subía hasta las habitaciones.

Había varios huéspedes sentados en un rincón conversando tranquilamente mientras tomaban una copita de agraz, una bebida hecha a base de uva, azúcar y agua.

Un señor de traje gris, pelo rojo engominado, piel repleta de pecas y un bigotillo que apenas era una línea en el labio superior se dirigió a

Alonso.

— *Bonjour, monsieur* , ¿puedo ayudarle en algo? ¿Desea hospedarse en nuestro hotel? —El francés miro de soslayo al mexicano que acompañaba al joven y arrugó la nariz al observar la sucia camisa y las botas llenas de polvo que llevaba el viejo.

Vicente Buendía, haciendo caso omiso de aquel pimpollo que cambiaba las erres por ges, fue el primero en contestar.

—Venimos a ver a Humildad Valladares.

El recepcionista lo miró sorprendido. ¿Qué podía desear aquel impresentable de aquella dama? Por supuesto, el pelirrojo, hijo del anterior propietario del Bonanza, poco sabía del pasado de Humi. El viejo buscador de oro se quedó mirando con cara de pocos amigos al señor Jean Feraud, que no hizo ademán de moverse. El francés sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y lo posó sutilmente en sus fosas nasales para evitar el desagradable olor, entre sudor agrio y whisky barato, que desprendía el viejo. Le preguntó quiénes eran los señores que querían ver a tan ilustre dama.

—¡Dígale que desea verla su viejo amigo Vicente Buendía! —Casi le gritó al francés, henchido como un pavo.

Pasaron varios minutos hasta que hizo acto de presencia en el *hall* una señora bajita que rondaría los sesenta años. Apenas mediría metro y medio, de piel blanca y cabellos totalmente plateados, nada que ver con las características físicas de una típica mujer mexicana.

Humildad, al ver a su viejo amigo, le tendió la mano y le dedicó una amplia sonrisa. El hombre, lleno de gozo, mostró sus dientes cariados y negros.

Después, la mujer posó sus ojos en Alonso y el muchacho no entendió la sorpresa que vio reflejada en ellos. Se sentaron en un reservado. Buendía hizo las presentaciones y el gaucho comenzó a contar los motivos que le habían llevado hasta allí. La mujer no tuvo que hacer grandes esfuerzos para acordarse de José María Fernández de la Oliva. Fue un hombre que le había dejado huella.

—Claro que me acuerdo de tu padre —dijo la mujer tuteándolo con una voz nasal y cantarina. No había perdido ni un ápice de su acento nativo—. Es increíble el parecido que tienes con él. En cuanto te he visto, he imaginado que eras familia de don José María, aunque tu boca es de labios más gruesos y tu pelo más rebelde.

—Sí, eso es herencia de mi madre —afirmó el gaucho.

—Tu madre Teresita —pronunció la mujer con todo respeto—. Tu padre me hablaba frecuentemente de ella. Estaba muy enamorado. Me contó que esperaba un hijo de él. ¿Cómo sigue ella?

—Murió cuando yo era pequeño. —El gaucho no quiso extenderse en dar más detalles sobre su muerte.

—Lo siento. Tu padre era un gran hombre, Alonso. Respetuoso, educado, galante. El tiempo que permaneció por aquí me tuvo alquilada una habitación. Pero jamás subió con ninguna de mis chicas, solo se hospedaba aquí —aclaró—. Aunque no lo creas, este era el único sitio decente de la ciudad por aquel entonces. Al menos estaba limpio. Siempre me ha gustado la pulcritud.

—¿Sabe si llegó solo? No sabemos qué le pudo hacer venir hasta aquí. Mi madre siempre contó que tuvo que ir a Buenos Aires por negocios.

—Llegó aquí acompañado de otro hombre —afirmó Humildad y su mirada pareció endurecerse—, ¡mala persona! Un bonaerense de ascendencia italiana, Nicolás Bianchi. Un mal tipo, nunca me gustó, pero tu padre era muy confiado. Se conocieron en Buenos Aires, según me contó José María. Bianchi le propuso venir hasta aquí. Era fácil hacerse rico con el oro si tenías suerte. El italiano debió de oler el dinero de tu padre y, como él era un aventurero romántico, supongo que no le costó mucho esfuerzo convencerlo.

—¿En qué negocios se metieron? ¿Lo sabe usted, señora? —preguntó Alonso cada vez más intrigado.

—¿En qué negocio va a ser, hijo? Aquí solo se venía a una cosa, a buscar oro. Nicolás y él se asociaron. José María compró todo lo necesario para poder sacar pepitas del río. Él era el socio inversor y el italiano, que no tenía dónde caerse muerto, sería la mano de obra y cribaría el lecho.

—¿Encontraron oro?—preguntó Alonso con los ojos muy abiertos.

—Sí. Y creo que bastante. Una noche de invierno llegaron al salón llenos de barro, ateridos de frío y eufóricos. Invitaron a beber a todos los presentes; tu padre jamás bebía. Yo me había sentido mal todo el día y fui a descansar a mi habitación. La alegría y el jolgorio siguieron hasta altas horas de la madrugada. Estaba ya dormida profundamente cuando alguien dio una fuerte patada a la puerta de mi habitación y la abrió de par en par. Era Nicolás Bianchi y estaba totalmente borracho. Retiró con violencia las sábanas de mi cama y me desgarró el camisón. Yo, asustada, forcejeé y grité intentando escapar de aquel tipo. Nadie me oía, todo el mundo estaba abajo cantando y riendo. Me cruzó la

cara con dos bofetadas para que me estuviese quieta, él era mucho más fuerte que yo. De pronto noté que alguien me quitaba a aquel animal de encima: era tu padre. —Alonso sonrió, orgulloso de su progenitor—. Se estuvieron pegando con saña durante un buen rato que a mí se me hizo interminable. Tu padre, siempre tan educado y comedido, lo insultaba furioso. Además, tenía un buen derechazo. —La mujer golpeó con su puño el aire, recordándolo—. Al final Bianchi se marchó sangrando y jurando que lo mataría. Al día siguiente tu padre rompió toda relación laboral y personal con él. Lo vendió todo y disolvió la sociedad efímera que había creado. Dejó la parte de las ganancias correspondientes a Nicolás depositadas en un banco y no quiso saber nada más del asunto del oro. Vino a despedirse de mí, deseándome lo mejor. Se marchaba para Argentina. Iba a buscar a tu madre.

—Pero, entonces, no murió aquí, sino en Buenos Aires. —Alonso no entendía nada.

—Nicolás Bianchi nunca le perdonó que lo dejase tirado. Jugó a ser minero y se estrelló. No he visto nunca a nadie arruinarse en tan poco tiempo. Nadie quería contratarlo, tenía mala fama. Todo el mundo sabía que era un borracho y un pendenciero. Arruinado en pocos meses y con sed de venganza, se fue hasta Buenos Aires a buscar a tu padre. Se enteraría, supongo, de dónde se hospedaba. José María andaba aún por la ciudad ultimando unos negocios. Bianchi dio con él, lo encontró y lo esperó en un callejón. Le rebanó el cuello a plena luz del día.

Alonso no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Cómo está usted tan segura de ello?

—Una prostituta, Charito, que casualidades de la vida, luego trabajó para mí, lo vio todo. Acababa de hacer un servicio y estaba escondida en la calleja bebiendo whisky, según me contó en la carta que me escribió por aquel entonces. Bianchi, después de matarlo, rebuscó en la bolsa de viaje que llevaba tu padre, la abrió y comenzó a reír como un loco. Charo vio cómo sacaba de ella una gran suma de dinero, después la arrojó vacía a un montón de basura. Echó el cadáver de tu padre en un carro y lo cubrió con una manta. Subió al pescante y se marchó a toda velocidad. Charito se acercó a escudriñar la bolsa, con la esperanza de que hubiese quedado algún billete olvidado. Pero solo encontró un papel arrugado donde estaba escrito mi nombre y mi dirección; habíamos quedado tu padre y yo en que estaríamos en contacto para saber cómo nos iba en la vida. La prostituta pensó que yo sería su mujer y me escribió contándome lo

ocurrido. Por la descripción que me hizo del asesino, estoy segura de que fue Bianchi.

—Pero, ¿y el cuerpo? ¿Qué hizo con él?

—No lo sé, tendrás que ir a Buenos Aires a preguntárselo tú mismo.

—¿Sigue vivo ese hijo de puta? —preguntó Alonso, deseando que la respuesta fuese afirmativa para poder así vengar la muerte de su padre.

—Las últimas noticias que tuve de él es que seguía vivo. Llegó a convertirse en un pez gordo y andaba metido en política. Te puedes imaginar cómo consiguió el primer dinero para empezar su fortuna.

Alonso estaba furioso. Tenía que ir a Buenos Aires sin más demora.

—Gracias, señora, ha sido usted de gran ayuda. Agradezco las palabras tan bonitas que le ha dedicado a mi padre; yo nunca llegué a conocerlo.

—José María se merece eso y más. Pero espera, no te vayas aún, quiero darte algo.

La mujer subió lentamente las escaleras, camino de su habitación, como si el recordar todo aquello la hubiese hecho, de repente, envejecer unos años. Al cabo de un buen rato volvió con una faltriquera en la mano, era de terciopelo negro y tenía bordadas unas iniciales en hilo de oro.

—Era de tu padre. —Humi ofreció el objeto al gaucho—. Esta es la bolsa que encontró Charito, me la envió junto con la carta. La he guardado como recuerdo durante todos estos años, pero ahora quiero que la tengas tú, te pertenece.

Alonso, emocionado, la cogió entre sus manos.

—Gracias, Humildad, nunca la olvidaré. —La mujer, como despedida, le dio un reconfortante abrazo.

Mientras Alonso se alejaba acompañado de Vicente Buendía, Humi no pudo evitar sentir a José María cerca de ella, como si estuviese allí mismo, a su lado, agradecido por el gesto que la mujer acababa de tener con su único hijo.

—Nunca te olvidaré y lo sabes —susurró la mujer—. Eres el único hombre al que hubiese podido amar de verdad. Lástima que tú no me correspondieses y amases con locura a Teresa.

Ya en la calle, Alonso se despidió del mexicano. Insistió en darle un dinero por su inestimable ayuda. Pero Buendía se negaba a que la

amistad, aunque esta fuese incipiente, se convirtiera en moneda de cambio. Vicente le dio un fuerte abrazo, unas palmadas en la espalda y le deseó mucha suerte en la vida. Mientras, en un descuido, Alonso le introdujo unos billetes doblados en el bolsillo de su chamarra. No podía marcharse sin agradecerle de alguna manera lo que había hecho por él, seguro que le vendría bien.

Por la noche, ya algo más calmado tras los acontecimientos de aquel día, el gaucho se acomodó sobre la mullida cama y escribió una extensa carta a Belter, contándole minuciosamente todo lo que había descubierto. Era la tercera misiva que mandaba desde que marchó de España. Se despidió diciéndole lo mucho que la echaba de menos y lo loco que estaba por ella. No se olvidó de dar recuerdos para su tío y su primo y de decirle que los pusiera al corriente de todo lo acontecido. Tenía que encontrar a Nicolás Bianchi. Su siguiente destino sería Buenos Aires.

Alonso llegó a la ciudad bonaerense dispuesto a encontrar al malnacido de Bianchi. Se encontró una urbe que crecía de manera enloquecida. Contaba con unos trescientos mil habitantes, una población nada desdeñable para aquella época. En un corto periodo de tiempo se habían construido grandes avenidas, plazas y edificios públicos. El gaucho paseaba tranquilamente por las calles de Buenos Aires, impregnándose del bullicio de la ciudad y sus gentes. Por casualidad, fue a parar a un enorme jardín público, se sentó a descansar en un banco de piedra mientras observaba el ir y venir de los paseantes. Llevaba allí solo unos minutos cuando un anciano de pelo blanco ralo y notoria joroba pidió permiso para compartir asiento junto a él. Al hombre se le notaban las ganas de conversación. «Esta maravilla de jardín cuenta con pocos años en su haber —le narraba el anciano—, así como el Hipódromo. Ambas construcciones, según mi opinión, han dado un toque de distinción a la ciudad. El terreno ocupado por estos extensos y bellos jardines habían pertenecido al gobernador Juan Manuel de Rosas. Las tierras le fueron confiscadas después de perder el poder tras la Batalla de Caseros. Buenos Aires, según dicen los porteños, tiene que convertirse en el «París de América

del Sur». Pero aquí, como en todos lados, tenemos nuestras luces y sombras. La inmigración se está volviendo un verdadero problema, señor mío. Cada vez son más numerosos los extranjeros que llegan al puerto. A los españoles que arriban a la ciudad, que son muchos, han llegado a sobrepasarles los italianos y los franceses. Y luego están los oportunistas sin escrúpulos. Se están construyendo por todas partes hoteles muy baratos para los recién llegados y han aparecido los llamados *conventillos* , ¿sabe lo que son? Unas diminutas casas insalubres que se destinan al alquiler —le explicó el anciano, moviendo la cabeza hacia ambos lados en total desacuerdo con aquel abuso—. Son muchos también los argentinos que llegan desde cualquier punto del país. Muchos hombres de la Pampa llegan a la capital buscando un futuro mejor. El mundo gaucho desaparece, joven. Esos hombres singulares que buscan una vida más próspera lejos de su llanura, solo encuentran aquí desarraigo y pobreza».

El viejo porteño no podía imaginar que, hasta hacía bien poco, Alonso había sido también uno de esos hombres singulares. Ahora el muchacho, con el corazón encogido por la pena, escuchaba cómo desaparecía su forma de vida, sus raíces. Se despidió del hombre y prosiguió su camino, pensativo y nostálgico.

Buscó un hotel limpio y céntrico. Dejó sus enseres en la habitación y salió a comer algo. Se acercó hasta un café. Eran establecimientos que comenzaban a ponerse de moda, con sus mesitas en la vereda. Los clientes eran solo hombres, las féminas no podían acudir a estos locales. La bebida principal que se servía era el café, la leche y el chocolate o candial. En los suburbios también existían los cafés, pero estos eran algo más procaces y lujuriosos y, además, contaban con salón de baile. Se los llamaba popularmente *academias* y eran regentados normalmente por mujeres. Allí se daba rienda suelta a la pasión con el sensual baile argentino, la milonga.

Alonso se apoyó en la barra del elegante y luminoso establecimiento y pidió un café. El sabor era fuerte, amargo, muy intenso. El camarero le recomendó endulzarlo con azúcar de caña, pero el gaucho lo rechazó. Ya entablada la conversación, le preguntó al mesero si sabía de alguien que se llamase Nicolás Bianchi. «Si se dedicó a la política —pensó Alonso— tendrá que ser un personaje conocido».

—El señor Bianchi… ¡Claro! —contestó el camarero—. Todo el mundo lo conoce. Es propietario del mayor teatro de la ciudad.

El gaucho, después de descansar un rato en la pensión y cambiarse de ropa, se encaminó hacia la dirección que le había dado su nuevo

amigo. El teatro Venezzia estaba ubicado en la calle Corrientes, alejada del centro de la ciudad. Era un edificio distinguido, de dos plantas. Cuatro columnas de mármol sostenían tres arcos de medio punto. Unas vistosas puertas con vidrieras de colores daban paso al vestíbulo. La principal se encontraba abierta. Alonso entró sin dudarlo. Por dentro, el local perdía toda la distinción y elegancia de la que presumía en el exterior. Estaba decorado con colores estridentes y chillones, que le daban un aspecto vulgar. Debido a la hora, algo más de las cuatro de la tarde, el edificio se encontraba totalmente vacío. El hecho de haberlo encontrado abierto le hizo pensar a Alonso que no debía de estar solo y que tarde o temprano tendría que cruzarse con alguien. Subió las escaleras enmoquetadas y abrió una de las numerosas puertas que se veían a ambos lados del largo pasillo. Se encontraba en uno de los palcos cercanos al escenario. El teatro al completo se presentaba ante sus ojos. No era demasiado grande, pero Alonso no había entrado en ninguno en su vida, por lo que le sorprendieron sus notables dimensiones. La platea tenía forma de herradura, con unos trescientos asientos en bancos largos y estrechos divididos por cómodos brazos. Estaban cubiertos por un pequeño cojín forrado de pana escarlata. Abajo, al fondo, estaba el escenario de madera y con su concha para el apuntador. Unos pesados cortinajes, también rojos, permanecían abiertos a ambos extremos de las tablas. Todo parecía preparado para que empezase la función.

—¿Qué hacés vos aquí?

Una voz de pito sobresaltó al gaucho, que se giró y descubrió ante él a un hombre bajito y enclenque de edad indefinida.

—Perdone, he visto la puerta abierta y me he atrevido a entrar. Me he quedado impresionado. Este lugar es magnífico.

El hombrecillo cambió su actitud ante el halago y le sonrió abiertamente. Estaba muy orgulloso de trabajar en el Venezzia, tanto como si él mismo fuera el propietario de tan magna obra.

—Sí, señor, es el mejor teatro de la ciudad —dijo henchido como un pavo real—. Traemos las mejores compañías italianas del momento. ¿Y qué buscás vos exactamente?

—Mi nombre es Alonso, Alonso Fernández de la Oliva y Venegas. Buscaba al señor Nicolás Bianchi.

—Yo soy Ernesto Palermo. —Los hombres se estrecharon las manos —. ¿Y a qué se debe su interés por el señor Bianchi? ¿Es un tema de negocios? —El contable, esa era su profesión, lo miró con curiosidad.

—No, más bien es un asunto de índole personal, conoció a mi

padre.

Ernesto lo observó extrañado y se encogió de hombros, como si no entendiese nada.

—Bien, bajemos. El despacho del señor Bianchi se encuentra en la planta baja. Veré si puede recibirle, es un hombre muy ocupado.

Al gaucho comenzaron a sudarle las manos. El hijo de puta que mató a su padre y destruyó la vida de su madre estaba allí, a pocos metros de él.

El señor Palermo cruzó una costosa y noble puerta tallada que había al final de un pasillo; a los pocos minutos salió sonriente.

—Pase usted, el señor Bianchi le recibirá.

El hombre que estaba sentado detrás de una enorme mesa de cerezo utilizaba con destreza un abrecartas de plata con puño de marfil e iba amontonando a un lado la correspondencia abierta. Levantó la vista de su tarea y, sin hacer ademán ninguno de levantarse, se dirigió a Alonso.

—Bien, usted dirá. Soy un hombre muy ocupado y, como puede ver, tengo mucho trabajo. Estamos en plena temporada y mi tiempo es oro. Explíquese lo más brevemente posible, por favor.

Alonso estaba desconcertado. No era aquel el Bianchi que esperaba encontrar. Era joven, tal vez incluso algunos años menor que él. De estatura media, pelo negro y ojos castaños.

—Creo que debe de haber una equivocación —explicó Alonso—. Yo a quién busco es a Nicolás Bianchi, un hombre que debe de rondar los setenta años.

—Creo que usted a quien busca es a mi padre —aclaró el joven empresario, mirándolo con curiosidad—. Murió hace nueve años. Ahora soy yo quien dirige el negocio. ¿Para qué lo buscaba?

Alonso no lo pensó dos veces y, de manera directa, lo soltó a bocajarro.

—Nicolás Bianchi mató a mi padre.

El hijo del italiano se quedó estupefacto. Invitó a Alonso a sentarse, cosa que no había hecho hasta ahora, para que le explicase qué le había llevado a esa conclusión.

—Cuénteme. ¿En qué se basa para pensar eso?

El gaucho le contó todo lo que había descubierto sobre el asunto

gracias a Humildad. Cómo los dos hombres se habían conocido en Buenos Aires, cómo Bianchi había convencido a José María para que invirtiese su dinero e ir hasta San Francisco. Le narró cómo había conocido en California a una mujer que sabía la verdad de todo lo ocurrido, hasta confesó que, si había llegado hasta allí, era con la única idea de buscar venganza, pero, ante todo, dejó claro que lo que quería saber es dónde estaba enterrado el cuerpo de su padre. Nicolás Bianchi hijo lo escuchaba atentamente mientras tamborileaba con sus dedos nerviosamente sobre la mesa. Las fechas de las que hablaba Fernández de la Oliva coincidían con la época en que su padre había estado trabajando como buscador de oro en California. Había contado aquella historia infinidad de veces a sus hijos. Según él, volvió a Buenos Aires de su aventura con el dinero suficiente para comenzar sus diferentes negocios. Se jactaba de haber sido un tipo muy inteligente.

—Siento no poder ayudarle. —El tono del joven Bianchi era sincero —. No dudo que mi padre fuera capaz de matar al suyo, era un mal bicho. No se puede imaginar lo que hemos tenido que sufrir la familia por su causa. A mi madre la maltrató durante toda su vida. A los hijos nos pegaba con una vara de avellano hasta hacernos sangrar. Era un hombre sin escrúpulos. Lo mejor que pudo hacer fue morirse. —Su voz torva estaba llena de odio y resentimiento—. Yo no dudo que fuese él y veo que usted tampoco.

—Hay testigos —contestó el gaucho con determinación.

—Lamentablemente, don Alonso, yo no puedo ayudarle. En casa jamás nombró a don José María. Nunca hasta hoy había oído su nombre. Mi padre se llevó su secreto a la tumba y de allí, afortunadamente para todos nosotros, no puede regresar.

Alonso volvió abatido a la habitación del hotel. Hacía más de dos largos meses que había partido de España. Abrió la ventana y respiró profundamente el aire de la noche. Miró a la luna creciente, que parecía estar tan triste como él.

—Tú, al menos, no estás sola. Miles de estrellas te acompañan.

La soledad le acuciaba desesperadamente. Echaba en falta la presencia de Belter como nunca. El día había dado para mucho. Desde que salió de Córdoba habían sido muchas las emociones que había experimentado en un breve espacio de tiempo. Ahora sentía que su familia estaba en España. A lo lejos, entre las sombras, se oyó el sonido lastimero de una triste milonga. Hablaba de un padre que velaba el cuerpo de su desgraciada hija. Alonso no tenía fe, pero creía en el más allá. Pensó que aquello era una señal que Celestino, su

abuelo, le mandaba: «no te olvides de tus raíces, Alonso, aquí también tuviste una familia». En aquel instante, el alma se le inundó de nostalgia, recordó a su *güelo* y a Teresita, evocó las noches a la vera del río, su vida en la llanura, ese mundo gaucho destinado a desaparecer, como le contó el anciano del parque. De pronto sintió la imperiosa necesidad de ir a su pueblo, no podía marcharse sin visitar la tumba de su abuelo. Tenía que ser ahora o nunca, tal vez no tuviera otra oportunidad de volver a aquella tierra. Nadie podría reconocerlo; se fue siendo un *gaucho matrero* y había vuelvo convertido en todo un caballero. Pensó que tendría que aplazar su vuelta a España un par de semanas más; escribiría a Belter para contarle su inesperada decisión, ella lo entendería. Recogió su equipaje. Con sumo cuidado, depositó en su bolsa de viaje un bonito estuche de palo santo: era un regalo para su amada. Hacía unos días lo había visto expuesto en un escaparate en una elegante tienda de la avenida principal. El obsequio era un magnífico abanico de plumas. El varillaje era de nácar y en cada extremo de las guardas tenía engastados dos bellísimos topacios azules, como los ojos de Belter. El país estaba compuesto por suaves y hermosas plumas de ñandú, el avestruz americano. El grabador, por orden de Alonso, había tallado en una de las varillas, oculto entre el plumaje, las iniciales A y B con un corazón en medio en el cual se podía leer « *Te amo* » .

El gaucho se sentó sobre el lecho, tomó papel y pluma y escribió una extensa carta a la muchacha donde le contaba su experiencia con Nicolás Bianchi hijo y le explicaba su partida hacia su pueblo, pidiéndole perdón por la demora y rogándole que entendiese lo importante que era para él volver a sus raíces. Necesitaba ir y necesitaba que ella lo comprendiese. Solo serían dos semanas más, terminaba diciéndole; «no será nada, comparado con toda una vida juntos para amarnos». Besó la carta, sería la quinta que le enviaba desde su partida. El gaucho no podía imaginar que esas misivas nunca llegarían a manos de su destinataria.

Frederika se encontraba en el comedor principal colocando un bonito ramo de hortensias en un jarrón de fino cristal de La Granja. Las había

cortado ella misma aquella mañana. Virtudes, la criada, se acercó para entregarle, como era habitual, la correspondencia diaria. La alemana era, desde hacía un tiempo, la señora absoluta de la casa. Doña Ramonita había sido relegada en todas sus funciones. Ahora era Frederika la encargada de recibir y distribuir las cartas que llegasen a casa de don Cipriano. Las examinó cuidadosamente una por una, esperaba ansiosa encontrar lo que anhelaba. Cuando dio con ella, sonrió satisfecha. En uno de los sobres entregados destacaba como remitente Alonso Fernández de la Oliva y Venegas. Miró para todos lados y escondió con rapidez la carta debajo de su sobrefalda de cuadros; la leería más tarde, en la soledad de su alcoba. Como siempre, desde que encontró la primera misiva, la releería una vez y otra y otra más… Imaginaría que aquellas palabras llenas de amor y ternura no iban dedicadas a su hermana Belter, sino que eran para ella. Saborearía aquellos besos que Alonso prometía dedicar a su amada. Sentiría las ansiadas manos que, aseguraba, se deslizarían por su piel. Presa del dolor y del deseo, se tumbaría sobre su cama, como tantas otras veces, pensando en él. Sus dedos expertos buscarían la abertura de su ropa interior y, dulcemente, tocaría su húmedo sexo. Se retorcería de placer mientras sus gritos ahogados en la almohada pronunciarían el nombre de Alonso cuando alcanzara el orgasmo.

Así lo hizo esa misma noche. Luego, entre lágrimas, retorció con furia y desesperación la carta del gaucho para, pasados unos minutos, nerviosa, tratar de alisarla de nuevo y deshacer los infinitos pliegues que impedían leer con claridad su contenido. Después, como si de una costosa reliquia se tratara, la volvió a guardar con extrema delicadeza dentro de su sobre y la guardó en el tercer cajón del bargueño de madera y marfil que decoraba su habitación. Miró las cuatro cartas de Alonso que, escondidas bajo otros papeles, esperaban ser leídas algún día por su destinataria. Por último, giró la pequeña llave un par de veces y la colgó de su cuello con una cinta de raso color rojo, próxima a su corazón: así podía sentir al gaucho más cerca de ella.

En Córdoba todos estaban preocupados por Alonso, sobre todo Belter. Hacía más de dos meses que el gaucho había partido de España y en ese tiempo no había recibido noticia alguna de él. La muchacha estaba nerviosa y agitada. Se preguntaba si habría sufrido algún percance. A esta incertidumbre se le añadía que hacía semanas que se sentía físicamente mal y muy cansada. Le dolían los pechos, no descansaba bien y se levantaba con el estómago revuelto. Además estaba asustada. En una ocasión, cuando era aún una niña, había oído hablar a su madre con una vecina: esta última le decía que sospechaba que se

había quedado de nuevo encinta porque el periodo le había desaparecido. Lo mismo le había ocurrido a ella, desde que se marchó el gaucho no había vuelto a sangrar. Belter se resistía a confesar a nadie sus temores, no quería pensar en las consecuencias si se confirmaban sus temores.

—Tienes mala cara —dijo Frederika cuando su hermana apareció en el comedor dispuesta a desayunar. Eran notorias su palidez y unas abultadas ojeras oscurecían su mirada.

—No me encuentro bien esta mañana. He dormido poco. ¿Sabes si ha llegado alguna carta dirigida a mí? —preguntó Belter como hacía cada mañana desde que se marchó Alonso. Deseaba con toda su alma que la respuesta fuese afirmativa.

—No, ayer llegó correspondencia, pero nada para ti. No sé qué esperas con tanta ansia, hermana —mintió Frederika mientras untaba confitura de melocotón en un trozo de pan tostado, fingiendo indiferencia.

Don Cipriano se sirvió una buena taza de café de pucherillo. A la derecha de la mesa, como acompañamiento, tenía preparados un plato con dos huevos fritos poco hechos, torreznos crujientes y un buen trozo de chorizo de la última matanza. El caballero rompió las yemas con un trozo de pan. La clara parecía un moco espeso que Cipriano engulló con gula. Belter, al verlo, no pudo evitar sentir unas náuseas tremendas y se tapó la boca con la servilleta. Después de disculparse con los comensales, salió conteniendo las arcadas camino de su habitación. Subió las escaleras a tal velocidad que a punto estuvo de tropezar con doña Ramonita, que en ese mismo instante bajaba al comedor.

—¡Belter, hija, ten cuidado! —Le regañó la mujer. La miró detenidamente—. Qué mala cara tienes, ¿te ocurre algo, chiquilla? ¿Estás enferma?

La muchacha, sin apenas mirarla y sin poder contestarle, siguió su camino como alma que lleva el diablo. Ramona la vio alejarse mientras la observaba con cara de preocupación. La mujer sentía verdadero afecto por Belter, era como una hija para ella.

Durante el desayuno, doña Ramonita se mostró taciturna, algo poco habitual en ella. Frederika comenzó a sospechar que algo extraño estaba ocurriendo en aquella casa, y delante de sus narices.

Alonso puso por fin pie en San Antonio de Areco. En pocos años habían abierto otras dos pulperías, que se veían bastante animadas, así que, envalentonado, se dirigió a una de ellas para tomar un trago, esperando no ser reconocido. En la barra del establecimiento varios gauchos cantaban y brindaban armando un gran alboroto, se sintió realmente en casa. Conocía a muchos de los hombres que allí se encontraban, pero era obvio que, con su nuevo porte, ninguno lo reconoció a él. La mayoría de los parroquianos lo observaron con curiosidad, señores tan refinados, exquisitos y extranjeros no era habitual que llegasen en la diligencia, si acaso de paso, nunca para quedarse. La sorpresa de los allí presentes fue aún mayor cuando oyeron al caballero hablar con el cantinero. Su acento era igual al de los gauchos del lugar. El tabernero le preguntó su nombre. Se hizo un espeso silencio. Los clientes de la pulpería apenas se atrevían a respirar, algunos de ellos volvieron sus sillas con total descaro, pendientes de la respuesta de aquel singular personaje. Alonso ocultó su patronímico.

—Soy el señor Fernández de la Oliva. ¿Aquí sirven comidas?

El hombre asintió. Alonso se sentó en una mesa aparte, en un rincón aislado donde observar sin ser observado. Disfrutó de una buena carne asada, típica de su tierra. Los sabores, los olores, los sonidos, todo lo transportaban a una infancia feliz con su abuelo Celestino y su madre Teresita. Rememoró escenas de risas y dicha a pesar de la precariedad en la que habían vivido. Su rancho había sido humilde, pequeño y sucio, pero en él siempre se había respirado amor, y para él eso tenía más valor que todo el oro del mundo.

Acabado el almuerzo, buscó un alojamiento donde pasar la noche. Encontró un pequeño antro en la calle principal. Subió a la habitación, se aseó un poco para quitarse el polvo del camino que llevaba adherido a la piel y a sus ropajes. Colgó con cuidado en una percha el traje que llevaba de repuesto para que se borrasen un poco las antiestéticas arrugas. ¡Madre mía! Tal vez fuese cierto que se estaba convirtiendo en todo un caballero. Sonrió. «Quién te ha visto y quién

te ve, truhán» —dijo para sí mismo. Se tumbó sobre la cama, que crujió por aquel peso muerto que caía sobre ella, amenazando con romperse en mil astillas. Durmió algo más de dos hora. Al despertar estuvo unos instantes desconcertado, sin saber muy bien dónde se encontraba. Se sentía descansado y optimista. Había adoptado la sana costumbre española de dormir la siesta, algo que, reconocía, aportaba infinidad de beneficios para su salud.

Salió a pasear y decidió ir a visitar a Rosalía. ¿Qué habría sido de la muchacha? Tal vez se hubiera casado. Se alegraría por ella, no era nada fácil criar a dos hijos sola. Él la apreciaba sinceramente, siempre habían sido buenos amigos. La muchacha había estado en el pasado locamente enamorada de él, pero Alonso no la correspondía, ahora era consciente de ello al comparar lo que Belter le hacía sentir.

Llamó a la puerta de su casa varias veces. Cuando ya daba media vuelta para marcharse, pensando que no había nadie, la voz de un chico joven le habló desde el interior.

—¿Quién es?

Alonso imaginó que el dueño de aquel sonido estridente pertenecía al hijo mayor de Rosalía, Fernando, que ya habría pasado la pubertad. El gaucho miró a ambos lados de la calle para cerciorarse de que nadie podía oírlo; en esos momentos estaba desierta. Se acercó al dintel de la puerta y susurró al hombrecito que se encontraba al otro lado.

—Fernando, soy yo, Alonso Venegas, ¿te acuerdas de mí? El amigo de tu madre, el nieto de Celestino.

El muchacho, una vez se hubo recuperado de la sorpresa, abrió precavido el portón y se quedó mirando fijamente al hombre que tenía delante, iba elegantemente vestido y con sombrero de copa. Dudó. ¿Aquel caballero era Alonso, el *gaucho matrero* ? Alonso leyó la extrañeza en los ojos del muchacho y le revolvió el pelo.

—¿No me reconoces, Fernando? Ven, dame un abrazo, *m'hijo* . Aunque no sé si darte la mano como a un caballero, eres ya todo un hombre.

Para el chico aquella voz grave le resultó inconfundible. El muchacho, que ya era casi de su altura, se abalanzó a sus brazos. Alonso le dio unas palmadas cariñosas en la espalda.

—¿Puedo entrar? No quiero que me vea mucha gente por aquí. —Fernando lo dejó pasar y cerró la puerta con cerrojo—. Muchacho, estás muy crecido, ya casi me alcanzas.

—Sí, señor, he cumplido los diecisiete.

El chaval, orgulloso, le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Y tu madre?, ¿cómo está? Venía a saludarla.

La cara del muchacho se ensombreció al instante, sus ojos brillaron acuosos intentando reprimir las lágrimas.

—Mi madre está muy enferma, Alonso. Estuvo cuidando de mi tía, que murió hace tres semanas, no sabemos de qué; debía de ser algo contagioso. Ella está muy mal.

Dos jovencitos, solos, estaban cuidando de su madre enferma, nadie quería acercarse a la casa de un infectado. A Alonso se le encogió el corazón.

—¿Puedo verla?

El muchacho dudó un instante y luego asintió. La habitación estaba a oscuras y había un fuerte olor a sudor y a orines. Rosalía estaba postrada en la cama, el pelo revuelto y la frente perlada. La fiebre era muy alta. Deliraba, hablaba en sueños, decía cosas sin sentido. De pronto sollozaba apenas sin fuerzas y luego se quedaba callada sin articular sonido alguno. Alonso observó que su piel y sus ojos tenían un color amarillento que no presagiaba nada bueno.

—¿Ha venido a verla el médico? —preguntó a Fernando mientras Juanito, que ya contaba con trece años ponía en la frente de su madre paños de agua fría.

—Sí, vino una vez —respondió el muchacho—, al principio de la enfermedad, pero madre no sanó y no tenemos dinero para volver a llamarlo.

—Pues id a buscarle. Tú, Juan, ve y dile que venga inmediatamente. —Alonso estaba indignado con aquel galeno que dejaba morir sin ningún remordimiento a la gente por unas asquerosas monedas.

—No va a querer, señor —insistió Fernando compungido—. Ya hemos ido otras veces, pero dice que, si no cobra, no viene.

—Pues esta vez dile que hay dinero contante y sonante para pagarle. Que el señor Fernández de la Oliva se encargará de pagar todos los gastos médicos de Rosalía. Toma estas monedas y dáselas como adelanto, ¡será canalla!

Los muchachos se miraron y sonrieron esperanzados. El pequeño salió corriendo a toda velocidad a casa del doctor, su madre aún

podría salvarse.

El médico era un hombre anciano al que le temblaban las manos y que arrastraba los pies dentro de unos zapatos demasiado grandes. Examinó a conciencia a la enferma, la visita estaba bien pagada. Movió la cabeza hacia ambos lados, dando a entender que no le gustaba nada lo que veía. Lengua y ojos rojos, piel amarillenta, delirio, convulsiones. Rosalía tenía la fiebre amarilla. Era una mujer fuerte, pero la enfermedad estaba muy avanzada. Le comunicó a Alonso que no duraría mucho. El gaucho, sobre la marcha, tomó una decisión rápida. Alejaría a los muchachos de la enferma, aquel ambiente era irrespirable. Pidió a una vecina viuda sin hijos que acogiese a Juan y a Fernando en su casa hasta que todo acabase; la mujer sería recompensada económicamente por sus servicios. Alonso decidió encargarse personalmente de su amiga hasta que llegase el triste final. Al cuarto día de su estancia allí, Rosalía parecía estar más tranquila y dormía plácidamente, sin fiebre.

La tarde llegaba a su ocaso y Alonso tuvo la imperiosa necesidad de salir a respirar aire fresco. La viuda se ocupó durante unas horas de la enferma y él fue a montar a caballo. Alquiló una montura torda y *galopeó a lo loco* como cuando era un chaval. El viento fresco azotaba su cara y los olores de la Pampa llenaban sus pulmones haciéndole añorar todo lo perdido. De pronto se encontró en el lugar donde había estado su choza; su subconsciente lo había llevado hasta allí… No quedaba nada. Seguramente la habían quemado los hombres de don Pablo López de Azumaga, no habrían tardado en salir a buscarlo después de la muerte de su hijo. Cómo explicar al antiguo patrón que él no mató a Ricardo sino que, por el contrario, arriesgó su vida para ayudarle. Era imposible, nadie lo creería.

Montó de nuevo y cabalgó hasta las proximidades del río Areco. Desde la loma divisó la tumba de su abuelo. El cielo rojo fuego con jirones azules y malvas causó una sensación de calma en el espíritu del gaucho. Descabalgó y se acercó hasta el montículo, algún vendaval había arrojado a varios metros la tablilla que Alonso había utilizado para hacer la precaria cruz con el nombre de Quillén. La encontró semienterrada, estaba tapada casi por completo. La limpió con la mano, sopló el resto de tierra adherida y la volvió a colocar sobre la fosa.

—Abuelo, ¿cómo estás? —dijo totalmente emocionado—. ¿Me reconoces? Soy yo, Alonso, soy todo un caballero, quién nos lo iba a decir… —sonrió—. Sé leer y escribir. Tengo más de cinco trajes, dos casas, caballos, carruaje y tierras de labranza. Y lo más importante, he encontrado una familia. Me encontraba muy solo después de tu

muerte, ¿sabes? No te lo vas a creer, pero me he enamorado. Sí, se acabó lo de ir de *china* en *china* ; por fin voy a hacerte caso y sentaré la cabeza. Me encantaría que hubieses podido conocer a Belter, seguro que te gustaría. Tengo que decirte, Celestino —le contó con tono de reproche— que te equivocaste con respecto a mi padre. Nunca pudo venir a por Teresa porque lo mataron cuando se dirigía hacía aquí. Don José María era un buen hombre, seguro que con el tiempo os hubieseis llevado bien. Ahora tengo dinero, abuelo, y puedo sacar tus viejos huesos de esta precaria tumba. Te llevaré a un camposanto. Mandaré construir un gran nicho, el mejor del pueblo, será la envidia de todos. Te mereces eso y…

De repente, un luminoso rayo cayó a pocos metros de donde él se encontraba, seguido de un ensordecedor trueno. Alonso, por instinto, se agachó y se cubrió la cabeza con los brazos. Olía a quemado. El relámpago había alcanzado la rama seca de un árbol, que cayó rota y calcinada cerca del muchacho. Unas briznas de hierba comenzaron a arder, Alonso se quitó la chaqueta y apagó con destreza las llamas. Se sentó en el suelo y, mirando hacia el cielo, soltó una sonora carcajada.

—Veo que sigues tan cabezota como siempre, viejo. No quieres moverte de aquí. ¡Vale!, he entendido tu mensaje. —Se besó la palma de la mano y la posó sobre la rustica cruz— Te echo mucho de menos, abuelo.

Un fuerte aguacero comenzó a descargar sobre el paisaje. Alonso montó en su caballo y, sin volver la vista atrás, se marchó hacia el pueblo con el corazón roto, sabiendo que jamás volvería a ese lugar.

Rosalía murió a los diez días de la llegada del gaucho a San Antonio. Su funeral fue celebrado como el de una persona destacada del lugar. Un coche fúnebre, tirado por seis caballos enjaezados con plumas negras, atravesó el pueblo de un extremo a otro. La comitiva estaba compuesta por sus dos hijos, bien vestidos y calzados, acompañados por Alonso y un puñado de vecinos más. La lápida tenía una enorme escultura que representaba un ángel con cabeza de mujer y dos pequeños querubines cogidos de cada mano. El gaucho los había mandado esculpir para que velasen el cuerpo de su amiga para toda la eternidad.

A la semana de la muerte de Rosalía, Alonso embarcó en Buenos Aires rumbo a Cádiz. Asomado en la cubierta del barco, recordó el día que huyó de su país por la muerte de Ricardo. Viajó con papeles falsos en cuarta clase, la de «emigrantes», hacia un destino incierto y con el alma embargada por la pena. ¡Qué diferencia con este viaje! Ahora lo hacía en primera, con sus papeles en regla, con el apellido Fernández

de la Oliva y Venegas, con el corazón radiante de felicidad porque volvía a los brazos de Belter y acompañado por dos mozalbetes, Fernando y Juan. Le había prometido a Rosalía en su lecho de muerte que no abandonaría a sus hijos a un funesto destino. Un océano profundo de tonalidades verdes lo separaba de España, hacía más de tres meses que había partido de Córdoba.

Belter tenía continuas pesadillas. En ellas veía a Alonso con un bebé en brazos que lloraba desconsoladamente. Cuando ella intentaba calmarlo, la criatura la miraba y su cara era la de un cadáver. No podía aguantar más, debía contárselo a alguien o acabaría volviéndose loca. Habían pasado más de tres meses sin noticias del gaucho. Su vientre se había hinchado, sus pechos, extremadamente sensibles, le dolían con cualquier roce, y sus caderas se habían redondeado notablemente. Presentaba una palidez excesiva en sus antes rosadas mejillas y, aunque ya habían cesado las náuseas matinales, seguía sintiéndolas ante ciertos olores.

Tenía la certeza de que estaba encinta. Sería una hecatombe cuando doña Ramonita se enterase de la noticia. Pero lo que verdaderamente temía era la reacción de Frederika por la inquina que esta sentía hacia el padre de su hijo. Sabía perfectamente que Alonso no eludiría su responsabilidad ante aquel delicado asunto, porque la amaba. En cuanto volviese, tendrían que casarse sin demora, pero su hermana no se lo pondría fácil, estaba convencida de ello. Seguramente no se celebraría una gran boda dadas las circunstancias, pero ella en cierto modo prefería algo íntimo y familiar.

Pensó que Frederika no tendría derecho a enojarse demasiado. Ella misma había fijado su fecha de boda antes de tiempo porque esperaba un hijo de don Cipriano. En estos pensamientos andaba cuando un miedo atroz se apoderó de ella. ¿Y si Alonso había muerto y no regresaba jamás? Comenzó a temblar.

Era extraño no haber recibido noticia alguna desde su partida. Había leído que en aquellos países habitaban salvajes que estaban en continua guerra contra el hombre blanco. Pero no, eso era imposible,

de eso hacía mucho tiempo. En una ocasión, Alonso le contó cuáles eran sus orígenes y lo orgulloso que estaba de su estirpe. Debía quitarse esa idea de la cabeza o atraería algo malo a sus vidas. Se santiguó presa de la superstición.

Doña Ramonita, esa tarde, tomaba tranquilamente una taza de chocolate en el cenador del jardín cuando Belter, entre sollozos, la hizo partícipe de su situación. La pobre mujer, ante tremenda noticia, salpicó la bebida por el mantel y a punto estuvo de atragantarse con un esponjoso bizcocho de soletilla que estaba engullendo en ese mismo instante.

—¡Pero Belter, hija! ¿Cómo has podido? —se persignó y prosiguió —: Dios nos pille confesados, ¡la que se va a armar!

Habría que decírselo a Frederika y a don Cipriano. Ramona pensó que cuanto antes se lo comunicasen, antes buscarían una solución. Sería esa misma noche, después de la cena. Intentaría no dar rodeos. Iría directa al grano.

Doña Ramonita se estaba vistiendo para bajar a cenar, se miró al espejo. Estaba nerviosa y tenía la frente perlada en sudor. ¡Menuda la que se les venía encima! Frederika le echaría la culpa de todo a ella, claro está. Y no le faltaba parte de razón. Doña Ramonita se sentía culpable. Recordó el día de la tormenta antes de que partiera Alonso. «De aquellos barros, estos lodos —se reconoció—. Bueno, ya no hay marcha atrás, a lo hecho, pecho».

Acabada la cena, Belter propuso tomar un licor de hierbas digestivo. Les vendría bien antes de retirarse cada uno a su alcoba. Frederika hacía varios meses que no dormía en la misma habitación que su marido. La excusa que le había puesto a su esposo era que resultaba vulgar que un matrimonio durmiese en la misma estancia y, además, que sus continuos ronquidos no la dejaban descansar bien. Don Cipriano no tuvo más remedio que claudicar, porque, cuando su esposa tomaba una decisión, no se le podía llevar la contraria o se pondría furiosa. Alguna que otra noche, la alemana pasaba por su alcoba para ejercer de fiel amante, así el hombre no podía protestar. Esa noche, Cipriano intuía que iba a ser una de ellas. No quiso demorarse mucho, así que dio las buenas noches y se despidió de las señoras, no sin antes guiñar un ojo cómplice a su amada Frederika.

Las tres mujeres, ya solas, tomaron un licor casero de cerezas en unas diminutas copas labradas de cristal de La Granja mientras hablaban sobre las últimas revistas de moda. Doña Ramonita carraspeó nerviosa, había ensayado mil veces la manera de exponer el «problema». Bebió un trago largo para aclarar la voz e infundirse algo

de valor.

—Frederika, tenemos que tratar un tema muy delicado. No sé por dónde empezar. —Las manos le sudaban profusamente y evitaba la mirada de la interpelada. Cogió la copa y, con un giro de muñeca, apuró el resto del licor.

—¿Y bien? Continúa —la animó su cuñada, extrañada de su comportamiento.

—Belter está encinta —soltó Ramona a bocajarro—. Espera un hijo de Alonso Fernández de la Oliva. ¡Ea, ya lo he dicho! —La mujer aspiró profundamente y movió los hombros en círculos como si quisiera descargase de un gran peso.

Frederika se quedó sin habla. Primero se puso pálida, luego amarilla y, más tarde, paso al rojo ira. Se levantó de un salto y, con mirada encendida que desprendía peligrosas chispas, se abalanzó sobre su hermana con la intención de golpearla. Doña Ramonita, rápida de reflejos, se interpuso entre ambas mujeres y sujetó a su cuñada por los hombros, impidiendo que pudiera acercarse a Belter. Ramona era una mujer alta y fuerte, pero la furia incontrolada de la alemana le confería el vigor de un elefante.

—¡Puta! —le gritaba Frederika fuera de sí—. ¿Cómo has sido capaz? ¡Qué deshonra para esta casa! ¿Serás la manceba de ese maldito gaucho? Tu madre, pobrecita, se estará revolviendo en su tumba. ¡Ojalá te mueras en el parto y ese hijo tuyo del pecado también!

Su odio y sus celos en esos momentos eran incontrolables. Una cosa era saber que su hermana había tenido un encuentro íntimo con el gaucho y otra cosa muy distinta que esperase un hijo de él. Doña Ramonita abofeteó a su cuñada para calmarla, un cachete en cada mejilla. A los gritos de la mujer, don Cipriano bajó a la sala. El hombre, nada dado a alborotos ni disputas, se encontró una escena de lo más caótica. Belter lloraba sin consuelo acurrucada en un sillón, su hermana estaba golpeando a su esposa y esta, con ojos desorbitados, se revolvía con cara de trastornada para morder a Ramona.

—¡Dios mío! ¿Os habéis vuelto locas, mujeres? —dijo el hombre llevándose las manos a la cabeza ante el caos reinante.

—¿Locas? Pregúntale a mi hermana. —gritaba Frederika poseída por Satanás—. Es una fulana que se ha entregado al gaucho y espera un hijo de él.

Don Cipriano se llevó la mano al pecho y se dejó caer sobre un

sillón. Obligó a las mujeres a sentarse y a que se explicasen. Había que poner un poco de orden en todo aquel barullo y buscar una solución. Doña Ramonita y Belter hicieron sus alegatos y afirmaron que, en cuanto Alonso volviese de tierras americanas, se llevaría a cabo la boda; él la amaba y no pondría ningún impedimento.

—¿Y quién os dice que va a volver? —inquirió, sarcástica, Frederika, ya algo más relajada tras tomar dos tazas de tila—. ¿Qué sabéis vosotras si no había dejado allí mujer o novia y, ahora que tiene dinero, ha decidido quedarse en su país?

—Alonso me ama, volverá —afirmó Belter, segura del amor del gaucho.

—Y si tanto te ama, ¿por qué no has recibido ni una sola carta desde que se marchó? —Frederika estaba dispuesta a hacer el mayor daño posible, quería sangre, hurgar en la herida.

—Puede ser que esté enfermo y no haya podido comunicarse con nosotros —razonó doña Ramonita, presentando otra opción.

—O muerto —susurró don Cipriano, aunque todas pudieron oírlo.

—¡No, muerto, no! —exclamó Belter—. No diga eso, don Cipriano, eso nunca.

El hombre suspiró apenado.

—Será mejor que nos vayamos a descansar —aconsejó el anciano con buen sentido común—. Ahora mismo todos tenemos los sentimientos a flor de piel. Mañana hablaremos del asunto con más calma y veremos qué decisión debemos tomar.

Cada cual se retiró a sus aposentos, pero ninguno pudo conciliar el sueño, cada uno por motivos diferentes. Belter suplicaba a su difunta madre que Alonso apareciese pronto. Doña Ramonita rezaba el rosario y pedía que el gaucho diese señales de vida. Frederika maquinaba un plan para casar a su hermana y don Cipriano pensaba de qué manera podría acallar el escándalo entre aquellos provincianos cordobeses que se decían sus amigos.

A la mañana siguiente Frederika capturó la última carta enviada por Alonso a Belter antes de partir de Argentina rumbo a España. En ella le contaba a la muchacha el porqué de su demora. Le explicaba que, si el tiempo no lo impedía, en un mes aproximadamente la tendría de nuevo entre sus brazos. La alemana releyó varias veces la nota, el gaucho venía de camino, regresaba. Una mueca cínica apareció en su boca. Fue hacia el bargueño que contenía sus amados secretos, sacó la llave de su pecho y abrió el tercer cajón de la

derecha, guardó la misiva junto a las demás cartas, ocultando la información que sus letras contenían. Tenía un mes para casar a su hermana antes de que regresara el gaucho.

Frederika anunció un gran baile de máscaras. Con él se celebraría el fin del invierno y se daría paso a la Cuaresma. En el gran salón, adornado con docenas de guirnaldas de flores, una veintena de candelabros de plata brillante y dos hermosas lámparas de araña, se acogía a cerca de cuarenta invitados con su disfraz y su máscara correspondiente, que esperaban, entre risas y bromas, la entrada triunfal de los anfitriones. Allí se había reunido lo más granado de la ciudad de Córdoba. Baldomero Castañeda, muy original, apareció vestido de Nerón con una túnica de raso blanca que dejaba adivinar su oronda barriguita. A su lado, doña Matilde, soberbia, emulaba a Agripina, madre del emperador romano. Los acompañaba Juanito Villasante, muy divertido con túnica corta, sandalias, un tocado extrañísimo en la cabeza y un plumero enorme en la mano para espantar las moscas a su emperador. Contaba risueño que era el fiel esclavo de Nerón. Por allí se veían faraones, centuriones, odaliscas, un Cid Campeador con su doña Jimena y otros ilustres personajes de la historia de la Humanidad. Todos se felicitaban y reían por el acierto de su disfraz. A las nueve en punto de la noche hizo su entrada en el salón la familia Fuentes. Frederika apareció disfrazada de reina mora, con sus cabellos trenzados y un sutil velo que dejaba entrever sus ojos exageradamente maquillados. Al lado su marido, don Cipriano, ataviado como un califa árabe, con su exótico turbante, su elegante capa y una cimitarra envainada en el tahalí. Doña Ramonita, unos pasos por detrás del matrimonio, iba engalanada con un gran pelucón blanco que pesaba demasiado para sus castigadas cervicales. Plagiaba a la malograda María Antonieta. Algo tímida a su lado, Belter, reproducía a una preciosa y triste reina Ginebra con una túnica de terciopelo verde de anchas y largas mangas, su cabello rubio suelto hasta la cintura y una corona dorada que ceñía su noble frente. La joven fue la admiración de toda la concurrencia. Solo le faltaba el rey Arturo para redondear su magnífico atuendo.

Se cenó abundantemente y se bailó sin descanso hasta pasada la media noche. Las botellas de champán francés se vaciaban a una velocidad de vértigo. La danza producía sed a los bailarines. Los presentes se desinhibían y contaban chistes picantes a las mujeres. Belter, cansada de bailar con el pesado lechuguino de Baldomero Castañeda, se retiró pronto a su habitación. Se sentía cansada y sin ánimo para fiestas. Su hermana se había empeñado en que asistiera y no había podido eludir su presencia en el salón. Doña Ramonita aprovechó la coyuntura y se marchó con el pretexto de acompañar a

la muchacha. Lo que más deseaba la matrona era quitarse aquella peluca que le causaba unos picores atroces.

Ya de madrugada solo quedaban una veintena de invitados. Después de cantar, recitar y tocar el piano, uno de los presentes propuso jugar a adivinar obras de teatro mediante la mímica. Se hicieron dos grupos, hombres contra mujeres. Villasante y Castañeda habían desaparecido, pero había que encontrarlos para comenzar el juego. Los invitados comenzaron a retirar sillas y mesas para dejar espacio en el centro del salón. Frederika se dirigió al gabinete con la idea de coger pluma y papel y poder anotar los nombres de las obras que habría que adivinar. Iba a abrir la puerta cuando le pareció oír en el interior una especie de gemido ahogado. Pegó el oído a la madera y escuchó atenta. De nuevo volvió a repetirse aquel extraño sonido. Abrió la puerta de golpe y su rostro se quedó sin gota de sangre; sus ojos no daban crédito a lo que veían:un escuálido esclavo africano estaba arrodillado en el suelo realizando una felación en toda regla a un rechoncho Nerón que, con la túnica subida hasta el pecho y los ojos en blanco, gozaba de su momento de éxtasis. La alemana dio un grito de horror y se llevó la mano al pecho, escandalizada por tal visión. Juanito Villasante se incorporó de inmediato y, rojo como la grana, salió corriendo de la habitación sin siquiera mirarla. Baldomero Castañeda, tapándose al instante sus vergüenzas, suplicaba con la mirada que no los delatase. Frederika entró en la habitación y cerró la puerta tras ella. Se acercó lentamente hacia el romano que, con lágrimas en los ojos, parecía más un cordero degollado que un tirano emperador.

—Señor Castañeda —le dijo la alemana en tono displicente, disfrutando del poder que aquella escena podía ofrecerle—. Veo que es usted uno de esos hombres con tendencias contra natura. Como he podido comprobar, es usted un pervertido y un enfermo, una bazofia para la sociedad.

—Señora Frederika, por Dios, supongo que será usted una verdadera dama —decía un Baldomero tembloroso y asustado entre sollozos—. Espero que esto no salga de esta habitación, si mi madre se enterase, la pobre…

El hombre se dejó caer en un diván y comenzó a sufrir convulsiones, presa de un ataque de nervios.

—No se preocupe, señor Castañeda, mi boca estará sellada, pero habrá condiciones… —dudó por unos segundos para luego añadir—: Le propongo un trato.

—¿Un trato? —preguntó el joven, extrañado, limpiándose las

lágrimas con el borde de la túnica.

—Sí. Le propongo un acuerdo muy beneficioso para ambas partes. Quiero que pida la mano de mi hermana Belter y se case con ella.

Baldomero, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, no daba crédito a aquella absurda propuesta.

—Pero… pero… No puedo hacer eso, señora —balbuceó ante tamaña locura—. No puede pedirme eso después de lo que ha visto. Yo amo a Juan, prometimos no casarnos nunca y mantenernos siempre fieles el uno…

—Ohhh… pues es una pena, señor mío —lo interrumpió Frederika —. Entonces no tendré más remedio que contarles a su madre y a todos los aquí presentes la escena tan bochornosa y repulsiva que acabo de presenciar.

Giró sobre sus talones e hizo ademán de marcharse.

—No, ¡por Dios! Espere, no puede hacer eso. —Baldomero la sujetó por el brazo, obligándola a detenerse.

El muchacho sudaba copiosamente. La túnica se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y tenía la frente perlada.

—Claro que puedo —le advirtió la alemana con voz torva y mirada gélida—. En menos de un mes debe desposar a mi hermana o, lamentablemente, toda Córdoba sabrá que es usted un ser depravado y vicioso con conductas pecaminosas. ¡Ah, se me olvidaba! Mi hermana no va sola al matrimonio, trae regado. Se lleva usted un lote a precio de ganga. Belter está preñada del gaucho. ¡Alégrese!, va a ser usted papá.

Al ver la cara de estupefacción del señorito Castañeda, Frederika salió de la habitación riendo a carcajadas. Baldomero se quedó mirando fijamente la puerta por donde había salido aquella malvada mujer. Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente.

Belter no daba crédito a lo que decían su hermana y don Cipriano. El señorito Castañeda había pedido su mano y ellos habían aceptado sin consultarla.

—¿Cómo puedes hacerme algo así, hermana? —gritaba desesperada una Belter que se veía arrastrada irremediablemente hacia una vida que no quería vivir—. ¿Y mis sentimientos, no cuentan? ¡Yo no le amo!

—Querida, no creo que tu situación nos permita tener en cuenta lo

que quieres o lo que no —le decía una Frederika serena e insensible —. Has mancillado el buen nombre de la familia y en esta vida todo tiene sus consecuencias.

—Hija, entiéndelo, tu hermana quiere lo mejor para ti —don Cipriano intentaba convencer a la muchacha de que había cometido un error gravísimo que era indispensable solventar—. Si consientes casarte con Baldomero, el nombre de la familia no quedará en entredicho; sería un deshonor que fueses madre soltera.

—No seré madre soltera —se defendía Belter—. En cuanto llegue Alonso nos casaremos, él me ama.

—¡Ja! ¿Qué te ama? —rió con ironía Frederika, mordaz y maliciosa—. Lleva cerca de cuatro meses fuera, ¡no te ha enviado ni una sola carta, ilusa! ¿Cómo sabes que volverá? Eres una imbécil si piensas que te ha querido alguna vez.

—Doña Ramonita, por favor, ayúdeme usted —suplicó Belter con la voz rota—. No puedo casarme con un hombre al que no amo. ¡Tenemos que esperar a que vuelva Alonso! Por favor, os lo suplico. —Belter se sentía indefensa e impotente ante una decisión que ya estaba tomada.

—¿Y qué pasaría si no atendiésemos a razones y decidiéramos esperar a Alonso? —preguntó Ramonita a su cuñada y a don Cipriano, intentando valorar otras posibilidades.

—¡No existe la opción de esperar al gaucho porque no va a volver nunca! —gritó Frederika fuera de sí—. Cada vez será más evidente su estado de gestación, hay que casarla cuanto antes. Si no, la llevaremos a un convento de clausura y su hijo se dará en adopción. Se dedicará a preparar huesos de santo y rosquillas durante el resto de su vida.

Doña Ramonita vio la determinación en la mirada de Frederika, sabía que sería capaz de cumplir su amenaza. Ante la disyuntiva de prometer a Belter o perderla para siempre entre los muros de un convento, el mal menor sería casarla con alguien a quien no amaba pero con el que, al menos, podría disfrutar de su bebé. Ramona tendría que ponerse del lado de los verdugos, y aquello le rompía el alma.

—Hija —dijo Ramona afligida por el sufrimiento que veía en los ojos de la muchacha y el dolor que ella misma le iba a infligir—, a tu hermana no le falta parte de razón. —Belter miraba atónita cómo también su querida Ramona le daba la espalda cuando más la necesitaba—. Es extraño que Alonso no haya dado señales de vida desde su marcha; tal vez le haya pasado algo grave, no quiero ser mal

pensada. Pero pronto tu estado no pasará desapercibido y, si esperamos más tiempo, será muy notorio y seremos la comidilla de toda la ciudad. Tampoco deseo verte enclaustrada de por vida en un frío convento y alejada de tu bebé, por eso pienso sinceramente que esa boda es la mejor solución.

Belter la miró con los ojos arrasados por las lágrimas. Doña Ramonita, su protectora, su amiga, su segunda madre, estaba de acuerdo en perpetrar aquella felonía, era cómplice de aquella injusticia contra ella.

La muchacha salió de la habitación rota de dolor, estaba sola en el mundo, todos la habían fallado. Doña Ramonita sacó su pañuelo de encaje de chantilly y secó dos gruesas lágrimas que caían por sus mejillas. Sentía que le había fallado a Belter y siempre llevaría su mirada de desamparo y de reproche clavada en el corazón.

En menos de tres semanas se celebraron los esponsales de Elizabeth Therese y don Baldomero Castañeda. Fue una boda íntima, casi privada, con poco jolgorio y no muy feliz para ninguno de los desposados. Belter lloraba por Alonso, resignada a su destino.

Baldomero, por su parte, lloraba por Juan Villasante que, roto de dolor, había decidido marcharse a vivir a París.

La noche de bodas, la joven desposada temblaba en el lecho, temiendo que Baldomero quisiera hacer uso de su derecho marital. Sobre media noche, su marido llamó a la puerta de la habitación; el corazón de Belter, desbocado, empezó a latir con fuerza. Su cabeza inventaba mil excusas para que su esposo no la tocase. Pero Baldomero, cortésmente, sin cruzar el dintel, dio las buenas noches a su mujer, se disculpó con ella y se marchó a su propia alcoba. Había preferido utilizar sus propios aposentos, algo que ella agradeció fervientemente al cielo. Belter respiró aliviada. Tocó su vientre levemente abultado y lloró con tristeza hasta que, rendida por el cansancio, se quedó profundamente dormida.

Una semana después, Alonso pisaba tierra española.

Cuando Alonso llegó a Córdoba, acompañado de los hijos de Rosalía, era ya noche cerrada. Estaba visiblemente emocionado y nervioso, pero no eran horas adecuadas para hacer visitas, aunque estuviese impaciente por abrazar a Belter. ¡La tenía tan cerca! Tuvo que contenerse y respirar hondo para calmar su ansiedad y no salir corriendo a aporrear como un loco la puerta de don Cipriano. Y lo estaba, estaba loco, loco de amor por ella. Se dirigió hasta la casa de su tío, convencido de que la noche se le haría interminable. Una de las criadas de don Diego, sobresaltada por las horas tan intempestivas de aquella visita nocturna, salió en camisón y despertó a Jacinto, el jardinero, para que fuese él quien abriese el portón. El hombre, medio dormido, no podía dar crédito a que fuese realmente la voz del gaucho la que oía al otro lado de la puerta. Cuando abrió, aún receloso, pudo ver que efectivamente era don Alonso, el sobrino del amo, y venía acompañado de dos muchachos jóvenes. El jardinero le tendió la mano, el gaucho la rehusó para abrazarlo emocionado. Se sentía inmensamente feliz por estar de nuevo en casa. Ya algo más tranquilo, el hombre le explicó que su tío seguía delicado pero luchando contra la enfermedad. Se encontraba en la finca, allí, más tranquilo y sosegado, parecía que mejoraba algo. Se había llevado a Fuensanta. La muchacha, con su buen carácter y desparpajo, alegraba la vida al viejo militar, que no quería separarse de ella ni un segundo. Alonso respiró hondo, su mayor temor durante todo este tiempo había sido que don Diego, debido a su precaria salud, hubiese muerto durante su ausencia. Más aliviado, pidió que acomodaran a los muchachos en una de las habitaciones de la planta alta y que le llevasen a él un balde con agua caliente y algo de fruta. Estaba demasiado excitado para poder dormir. Después de cenar, y ya aseado, se echó sobre la mullida cama. El resplandor de la luna daba de lleno en su cara. Pensó que tal vez el astro plata tendría también despierta a Belter. ¿Estaría ella pensando en él en aquellos momentos? Estaba muy cansado, pero le costaba conciliar el sueño; en pocas horas podría besarla.

A pocas manzanas de allí, la muchacha miraba la luna desde su ventana. Selene iluminaba sus bellos ojos azules, llenos ahora de una profunda tristeza. Dónde estaría Alonso, fue su pensamiento, como cada noche. ¿Se encontraría bien o la habría olvidado? Lanzó las preguntas al viento, que tuvo la descortesía de no devolverle ninguna respuesta.

A la mañana siguiente Alonso se levantó temprano, estaba inquieto y apenas había pegado ojo. Desayunó y se dispuso a dar una vuelta por la ciudad para ir haciendo tiempo. Debido a la hora tan temprana,

se cruzó con pocos vecinos. Las calles comenzaban a despertar lentamente. Saludó al panadero, que tiraba de su burro con las alforjas cargadas de pan caliente. El sereno, con su chuzo en mano, se retiraba a descansar después de llevar toda la noche velando las calles y encargándose de que los faroles funcionaran debidamente. Una anciana, con una toquilla de croché echada sobre sus famélicos hombros, barría la puerta de su casa. Alonso miró su reloj de bolsillo, pensó que ya era una hora prudencial para ir a casa de don Cipriano. Tocó el aldabón de la puerta con el corazón acelerado, estaba nervioso como un quinceañero. Se quitó el sombrero y se atusó el pelo. En una de sus manos llevaba el bonito estuche tallado que guardaba el fastuoso abanico de plumas.

Los señores se encontraban desayunando en el comedor cuando Virtudes, la doncella, les anunció que el señor don Alonso Fernández de la Oliva y Venegas deseaba ser recibido. Don Cipriano, ante aquella inesperada noticia, se atragantó y a punto estuvo de ahogarse con un trozo de pan. Doña Ramonita, acalorada, se encendió como una amapola. Comenzó a abanicarse con viveza, parecía que el oxígeno de la habitación había desaparecido repentinamente. Unos tremendos sofocos le humedecieron el pelo de la nuca. A su lado, Frederika parecía la única de los presentes en no sorprenderse con la inesperada visita. La alemana, con aplomo, comunicó a la sirvienta que don Alonso sería recibido en el gabinete.

El gaucho, mientras esperaba, tomó asiento en un cómodo sillón tapizado en verde esmeralda. Observaba distraído unos cuadros de gran tamaño que colgaban de la pared. Representaban una escena de caballos salvajes corriendo por una extensa llanura. El paisaje de la pintura le recordó a su añorada Pampa. Frederika entró en la habitación con temple, seguida por su marido, con la tez blanca como la de un cirio; detrás de ellos, doña Ramonita no paraba de suspirar, sintiéndose terriblemente culpable.

—Alonso, cómo me alegro de verle —lo saludó Frederika tendiéndole la mano para que el muchacho pudiera besarla—. Le dábamos por desaparecido. Incluso por muerto.

—¿Por desaparecido? ¿Por muerto? No entiendo a qué se refiere —preguntó Alonso desconcertado. Mientras, miraba inquisitivo a doña Ramonita, que mantenía la mirada fija en el suelo, temerosa de cruzarla con la del gaucho.

—Tomemos asiento, tenemos mucho que hablar —sugirió don Cipriano, hombre práctico en todo—. Alonso, es cierto lo que dice mi esposa, nos ha tenido muy preocupados durante todos estos meses.

—No entiendo a qué viene todo esto. He enviado cartas periódicas a Belter durante todo este tiempo, dando noticia sobre mi viaje —miró a su alrededor buscando a la mujer de sus sueños—. Por cierto, ¿dónde está ella? ¿Por qué no está aquí con ustedes? —Doña Ramonita, sin poder aguantar por más tiempo, prorrumpió en un llanto inconsolable—. ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo durante mi ausencia? ¿Está enferma? —preguntó Alonso alarmado mientras suplicaba con la mirada una respuesta a los allí presentes.

Don Cipriano bajó la vista, incómodo. Ramona, con el corazón en un puño e incapaz de articular ningún sonido que no fuese un sollozo, se llevó el pañuelo a la boca.

—Mi hermana se encuentra bien, es una joven fuerte y muy saludable —replicó Frederika, sintiéndose dueña de la situación—. Pero me temo que tenemos que darle una noticia que no va a ser de su agrado. —Alonso se removió inquieto en el sillón, el obsequio para Belter aún seguía en sus manos—. Mi hermana se desposó hace dos semanas con el señor Baldomero Castañeda, está esperando un hijo de él.

El gaucho quedó paralizado, miró fijamente a Frederika como si no entendiese bien lo que acababa de decirle. Tal vez había oído mal, se sentía aturdido y mareado, los nervios y el cansancio le estaban pasando factura. Sí, debía de ser eso, pensó. De pronto, un agudo y estridente zumbido comenzó a martillearle los oídos, el corazón le latía a toda velocidad dentro de su comprimido pecho, sentía unas ganas enormes de vomitar y un sudor frío le recorrió la espalda. Movió la cabeza con brusquedad hacia ambos lados, como para sacudirse aquella desazón que le corroía el alma.

—¿Podría repetirme lo que acaba de decir? —La pregunta estaba dirigida a Frederika, pero miraba expectante a doña Ramonita, con la esperanza de que esta le dijese que todo era un malentendido.

—Alonso, hijo, no hemos tenido ni una sola noticia suya en todo este tiempo —argumentaba Ramona procurando hacerle entender—. No sabíamos nada en absoluto de usted. Belter no ha recibido ninguna de sus cartas durante estos meses, no sabía si estaba muerto, si volvería o si habría añorado tanto su tierra que habría pensado quedarse allí para siempre. Hace unos meses Belter comenzó a sentirse mal y…

—¡Calla, Ramona! —Frederika interrumpió a su cuñada de manera brusca, temía que pudiese hablar más de la cuenta. El gaucho jamás, nunca, bajo ningún concepto, debía saber que el hijo que esperaba su hermana era de él. Lanzó una mirada helada a doña Ramonita, que

enmudeció de inmediato. Frederika prosiguió su relato—: Belter ahora es una señora casada y está esperando su primer hijo. Esa es la única realidad y espero que usted la entienda y sea un caballero comportándose como tal y dejándola en paz.

—¡Mandé cinco cartas dirigidas a ella, es imposible que no recibiese ninguna! —gritó Alonso exasperado, poniéndose en pie—. ¿Cómo pudo pensar siquiera que no volvería? ¿Esa es la confianza que Belter tenía en mí? ¿Pensaba que yo sería un ser tan despreciable como para haberla engañado con falsas promesas y abandonarla después? Qué pronto se lanzó a los brazos de otro hombre. ¡Maldita sea!

Doña Ramonita se mordió el labio inferior nerviosa e impotente por no poder explicar toda la verdad. Alonso, sin despedirse, se dirigió lleno de rabia y de ira hacia la puerta. Cuando había andado solo unos pasos, se dio cuenta de que aún aferraba el abanico de plumas. Se volvió hacia Ramona y arrojó el estuche sobre el regazo de la mujer.

—Ruego le entregue usted a Belter este presente. Dígale que fue encargado expresamente para ella en Buenos Aires. Espero que lo disfrute; y dele la enhorabuena de mi parte por su enlace —Su voz bronca denotaba todo el despecho, el dolor y la rabia que sentía en aquellos momentos—. Dígale también que jamás pensé que su amor fuese tan banal y tan ficticio como para olvidarme en menos de cuatro meses.

Dio media vuelta y se marchó dando un portazo. Un jarrón de porcelana china colocado en una mesa cercana comenzó a tambalearse hasta que cayó y se hizo añicos. Doña Ramonita intentó seguirle, pero su cuñada, agarrándola de la muñeca, se lo impidió.

—¡Ramona, siéntate! Es mejor así, pronto la olvidará.

Frederika apenas podía disimular el inmenso regocijo que sentía en su interior. En esos momentos saboreaba la dulce venganza. Decían que era amarga, pero ella lo que sentía era una embriagadora y dulce felicidad.

Alonso salió sofocado de casa de don Cipriano, montó en su caballo, lo espoleó y salió a galope tendido por las calles de Córdoba. La gente tuvo que esquivarlo y le lanzaban improperios a su paso. Se fue sin mirar atrás, con el corazón en un puño, rumbo a La Carlota. Precisaba desahogarse con Fuensanta, tenía que hablar con la gitanilla, necesitaba que le contase qué había pasado en su ausencia. Entender por qué Belter lo había traicionado. Sí, esa era la palabra,

traición, y precisamente con Baldomero Castañeda. Era una burda broma del destino. Debería haber esperado su regreso, tendría que haber sabido que él nunca le fallaría. Habían sellado un pacto, una alianza sagrada solo unos meses atrás, cuando se entregaron en cuerpo y alma el uno al otro. Se sentía roto por dentro, engañado y herido. Se alzó un poco sobre la silla y se acercó al cuello del caballo «¡Corre, pequeño!» —le gritó en la oreja, emprendiendo una carrera desbocada y peligrosa. Alonso presentaba un aspecto salvaje. Su pelo negro azabache ondeaba al viento, sus ojos brillantes de fiebre eran dos carbones encendidos. La cara manchada por la mezcla de polvo y llanto. Era la primera vez en su vida que lloraba por amor.

Frederika tenía intención de ir a ver a Belter aquella misma tarde, estaba impaciente por ver su cara cuando le comunicara la noticia del regreso de Alonso. Doña Ramonita le rogó que no lo hiciera, ya sabía la mujer la poca delicadeza que tendría la alemana para darle la noticia. La intentó convencer argumentando que, debido al estado de buena esperanza de la muchacha, lo más prudente sería que la noticia se le diera con sumo tacto, ofreciéndose ella misma para tan difícil misión. Pero Frederika no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de oro de ver a su hermana sufrir. La detestaba desde siempre, la había odiado desde su nacimiento. Le robó el amor de la persona a la que más había amado en su vida, su padre. Cuando este volcó todo el cariño en aquella niña de rostro angelical y ella tuvo que conformarse con las migajas sobrantes, juró que la odiaría hasta el final de sus días.

Don Cipriano, por una vez, se impuso y dio la razón a su hermana, aunque de nada le sirvió; su esposa se negó en redondo, sería ella la que le diera la noticia en persona y no había nada más que hablar. Pero esta vez no pudo salirse con la suya.

Frederika bajó las escaleras precipitadamente, el coche la esperaba para llevarla a casa de su hermana. Se iba atando las cintas de un coqueto sombrero que estrenaba para la ocasión. Se había acicalado con esmero, tenía mucho que celebrar. Sus planes habían salido a la perfección. Estaba satisfecha, había demostrado ser una buena estratega. Bajaba ya los últimos peldaños cuando, en un descuido, se pisó la falda y perdió el equilibrio. Trastabilló y a punto estuvo de caer de bruces contra el suelo. Justo cuando comenzaba a recomponerse, su tobillo se torció emitiendo un desagradable sonido. Se agarró al pasamanos de la escalera para equilibrarse y soltó un grito de dolor. Varios criados acudieron en su auxilio. El pie aparecía ya amoratado y con una hinchazón considerable. Era una gran tortura intentar apoyarlo en el suelo. Entre varios sirvientes la llevaron hasta su habitación y se avisó al doctor. El diagnóstico fue torcedura de

tobillo: Frederika debería guardar reposo y estar un par de semanas sin caminar. Se decidió que sería doña Ramonita la encargada de ir esa misma tarde a hablar con Belter, antes de que esta pudiese enterarse del regreso de Alonso por cualquier conocido.

Aquella tarde, como tantas otras, Belter leía y miraba por la ventana distraída. Salía poco. Con mirada melancólica observaba pasar las nubes que, empujadas por el viento, chocaban unas contra otras formando fantásticas figuras. Sobre su regazo, el libro abierto de *Don Juan Tenorio* reposaba olvidado. Cuando doña Ramonita entró en su habitación, la encontró tan triste y desamparada que se le cayó el alma a los pies. Dura era la misión que debía cumplir. Respiró hondo y, con decisión, se aproximó a la muchacha.

—Belter, hija, ¿cómo te encuentras hoy?

La joven se sobresaltó al oírla, no la había oído entrar. Solo Ramona tenía permiso para entrar en su alcoba sin ser anunciada. Al verla, esbozó una sonrisa.

—Aquí estoy. En mi jaula dorada, en soledad, como siempre. Apenas veo a mi esposo, no me molesta para nada, pero me encuentro muy sola, doña Ramonita. Estar encinta debería ser motivo de júbilo, no de tristeza o de vergüenza. He hecho todo lo que mi hermana me dijo, me he casado con un hombre al que no amo, y aún no está contenta. Quiere que permanezca aquí, enclaustrada, hasta el nacimiento del bebé. Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo, mi niña? —le preguntó doña Ramonita, mientras le acariciaba la mejilla.

—De que mi hermana esté pensando en dar a mi hijo en adopción. Por eso no quiere que nadie sepa de mi estado. Usted no lo permitirá, ¿verdad? ¡Júremelo!

—No sufras, hija. No creo que tu hermana, por muy despiadada que sea, y perdona que te lo diga con esta sinceridad, intente deshacerse de su propio sobrino, sangre de su sangre. Tu marido tampoco lo consentiría.

—No sé, doña Ramonita —Belter bajó la voz—. He observado que Baldomero es un muñeco en manos de Frederika, es como si le tuviese miedo. A veces parece su lacayo. Hay ocasiones en que hasta lo ha humillado delante de mí y de su propia madre.

—Pues no sé cómo doña Matilde consiente que nadie trate así a su hijo del alma.

—El otro día los oí discutir, a madre e hijo —susurró Belter—.

Doña Matilde lo llamaba calzonazos «por dejar que esa alemana pordiosera te manipule…», esas fueron sus palabras. —La muchacha suspiró y tocó suavemente su vientre—. La verdad que no lo entiendo, pero me da igual todo. Mi hermana ya no es la que era, creo que el hecho de verse con buena casa y buena posición la ha trastornado. Se ha caído del pedestal donde siempre la tuve, doña Ramonita. Si no fuese por esta criatura que llevo dentro, no sé qué hubiese sido capaz de hacer.

Doña Ramonita se alarmó. Si ese era su estado de ánimo, apático, deprimido y nostálgico, ¿qué sería de ella cuando le dijera lo que había venido a contarle? Pero tampoco podía aplazarlo más. La buena mujer tomó aire, resopló, sacudió las manos para espantar su ansiedad, giró los hombros para descargar tensión, ladeó el cuello hacia el hombro derecho, luego hacia el izquierdo y volvió a tomar aire, insuflándose valor.

—¿Le ocurre algo, doña Ramonita? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó la joven, extrañada por la cantidad de aspavientos que la mujer acababa de realizar.

—Belter, hija —dijo Ramona mirándola fijamente a los ojos—, dame las manos y agárramelas con fuerza. Quiero que te mantengas tranquila, por el bien de tu hijo, no te alarmes ni te….

—¡Por Dios, hable de una vez! Me está usted asustando —gritó la muchacha impaciente.

—Belter, Alonso ha regresado. Esta mañana apareció en casa, sin más. Vino para verte, deseaba hablar contigo.

La muchacha empalideció, si la hubieran pinchado con un alfiler, no hubiese brotado ni una gota de sangre. Estaba lívida, la mirada perdida, sus oídos escuchando sin entender. Hubo un largo e incómodo silencio. De pronto, la muchacha reaccionó, abrió los ojos desmesuradamente y se llevó la mano al pecho para detener el ritmo alocado de su corazón.

—¡Alonso ha vuelto, ha vuelto, ha vuelto! Está vivo —decía mientras danzaba por la habitación y llenaba de besos la cara de doña Ramonita—. Lo sabía, sabía que no me había olvidado. Me quiere, me quiere…

—Sí, Belter, pero ahora eres una mujer casada. —Ramona le hizo poner los pies en la tierra con total crudeza. La muchacha, ante aquella despiadada realidad, cortó en seco su danza y se dejó caer abatida sobre un diván.

Doña Ramonita se acercó y, acariciándole el cabello, le fue narrando toda la conversación mantenida con Alonso. Un Alonso que, según le explicó a Belter, no aceptaba su boda, que juraba y perjuraba haber mandado cinco cartas dirigidas a ella desde que partió, un Alonso que, doña Ramonita evitó contarle, la había maldecido por traicionarlo.

Ramona rompió a llorar desconsoladamente. Se sentía responsable de todo lo que había ocurrido. No había sabido protegerla evitando ese matrimonio desdichado. Mil veces le pidió perdón a la muchacha de rodillas mientras le besaba las manos y las mojaba con su llanto. Belter permanecía callada, muda, pensativa. Su mente solo le decía que tenía que ver a Alonso. Era importante explicarle que ella no lo había traicionado, que su lealtad y amor por él seguían intactos. Tenía que saber que el hijo que esperaba era suyo y no de su esposo, como le habían contado. Baldomero ni siquiera la había tocado. El pacto sagrado que habían hecho seguía intacto. Ella continuaba siendo su esposa y él su esposo. Se enfrentaría a su marido, a Frederika, al mundo entero, porque el gaucho había regresado.

—Tengo que verlo, doña Ramonita. Es importante que se lo explique.

—No quiere verte —sentenció Ramona—. No quiere saber nada de ti.

—Me da igual. Tendrá que escucharme. Tengo que mandarle una nota. Le escribiré ahora mismo, se lo explicaré todo, y usted, doña Ramonita, se la hará llegar. Tiene que ayudarme. Cuando sepa la verdad, lo entenderá. Nacerá nuestro hijo y luego tomaremos una decisión sobre nuestro futuro. Si tenemos que huir, huiremos los tres y empezaremos una nueva vida.

Doña Ramonita calló. Esta vez no sería ella la que se interpusiera en el destino y la felicidad de Belter. De pronto, Ramona se acordó del estuche que Alonso le había entregado para ella. Lo había dejado sobre una mesita auxiliar y, con tantas emociones juntas, lo había olvidado. Se levantó y se lo entregó a la muchacha.

—Toma, es un regalo de Alonso; me lo dio para ti.

La joven abrió la caja despacio, ceremoniosamente, emocionada. Le temblaban las manos. Se estremeció al pensar que, cuando Alonso lo adquirió al otro lado del océano, estaba pensando en ella. Ese elegante y bonito estuche de madera labrada había estado en sus manos hacía pocas horas. Sacó el abanico cuidadosamente, como si se tratara de una reliquia sagrada. Se deleitó con la suavidad de sus

plumas, acariciándolas con los dedos. Admiró el fino engastado de sus piedras y la sutileza con la que habían sido grabadas sus iniciales. Comenzó a abanicarse suavemente, un olor reconocido y añorado le trajo a Alonso. Rompió a llorar.

Alonso llegó al *Potro Andaluz* enfermo, confuso y apenado. Su estado era lamentable. Encendido por la fiebre y casi extenuado por todo lo acontecido en los últimos meses. Tuvo que ser atendido por Fuensanta que, loca de alegría, no paraba de besarlo. Estuvo dos semanas en cama delirando. Poco pudo explicar esos días de su agitado viaje a su tío que, cada vez más enfermo, no se levantaba ya de la cama. Cuando se vio con las fuerzas suficientes, lo primero que hizo fue darle a don Diego la faltriquera que había pertenecido a su padre. Según le contó su tío, con la voz llena de emoción, dicho objeto había sido un regalo que él mismo había hecho a su hermano antes de partir a tierras americanas. Alonso pensó que aquel viaje había merecido la pena aunque solo fuese por ver la sonrisa de su tío y el entrañable abrazo que le dio al recibir la bolsa de terciopelo. Fuensanta regañó a Alonso y lo obligó a volver a la cama, ya habría tiempo de contar los pormenores del viaje a don Diego cuando se encontrara mejor. Ahora tenía que reponer el cuerpo con buenas viandas. También debería restaurar su alma, se dijo la gitanilla; conocía demasiado bien a su amigo como para no saber cuál era el verdadero motivo de su estado.

Por las noches a Alonso le subía la fiebre y deliraba. Lo oía hablar entre sueños sobre un bebé, una traición, matar a un lechuguino y prender fuego a Córdoba entera. La gitanilla se levantaba de madrugada y ponía paños de agua fría en la ardiente frente de Alonso para bajar su temperatura. Se quedaba allí, a su lado, cantándole nanas como si fuese un niño hasta que se dormía de nuevo y oía su respiración acompasada. No hacía falta ser una experta en la interpretación de los sueños para saber qué ocurría en el subconsciente de su querido amigo y cómo sufría.

Una mañana, Alonso se levantó lúcido y con más energía; había pasado más de una semana en cama, según le contó Fuensanta. Alonso se inquietó. Los hijos de Rosalía seguían en casa de don Diego, solos en la ciudad. Estarían preocupados por él, nadie sabía de su marcha. Había salido de manera tan precipitada de Córdoba e iba tan perturbado que había olvidado por completo a los muchachos. Era urgente que fuese alguien a buscarlos y los trajera hasta La Carlota. La gitana, que le estaba preparando un buen tazón de leche caliente con pan migado, lo tranquilizó diciéndole que inmediatamente mandaría a un jornalero a por los muchachos.

—Fuensanta, ¿por qué crees que Belter se ha casado con ese patán? —le preguntó Alonso con una amargura con una voz que a su amiga le llegó al alma. Era la primera vez que el gaucho se veía con ánimos para sacar el tema desde que llegó—. No puedo creer que me olvidase en tan poco tiempo, tal vez nunca me quiso. ¡Me volveré loco de pensar, Fuensanta!

—Dicen que *amor que conoce olvido, no fue amor sino sarpullido* , pero no creo que sea el caso de Belter, amigo mío. La muchacha estaba bien enamorada, no había *na* más que guindarla . Es verdad que lo que ha hecho es *mu chungo* , pero no debemos juzgarla sin saber . No me extrañaría que su hermana, con lo *asaúra* que es, no tuviese que ver algo en todo esto.

—Da igual, ya no tiene remedio y eso no es excusa —afirmó Alonso lleno de pesimismo—. Aunque hubiese sido así, no se negó, no supo aguantar, debería haber luchado por nuestro amor. No se impuso por una vez en su vida a su hermana. Lo que me hace pensar que no me quería con la misma devoción que yo la amaba a ella. No la perdonaré jamás, Fuensanta, jamás.

—Jamás es mucho tiempo, amigo mío —argumentó Fuensanta.

— Jamás es el tiempo que merece una traición —aseveró Alonso.

Doña Ramonita había ido en varias ocasiones a casa de don Diego

para entregarle a Alonso la nota de Belter, pero ningún sirviente sabía su actual paradero. Una mañana se acercó hasta el taller de botas para ver si alguien le daba noticias del gaucho. Ni los criados ni los artesanos sabían dónde podría encontrarse su amo. Doña Ramonita temió que el muchacho, despechado, se hubiese marchado de nuevo a su tierra para no volver jamás.

Belter seguía confinada en casa, sola y abatida. Su estado de gestación era ya más que notorio. Su marido apenas hacía acto de presencia en el hogar y, cuando lo hacía, la ignoraba como si fuese un mueble más en la decoración de su casa. Doña Matilde iba en ocasiones a visitarla y le manifestaba lo contenta que se sentía porque pronto sería abuela. También era inmensamente feliz por el hecho de que su querido Baldomero hubiera sentado la cabeza y se sintiese tan dichoso al lado de la muchacha. Belter pensaba en qué patrañas le habría contado su marido a su madre para que la pobre señora tuviese una versión tan falsa sobre aquel desgraciado matrimonio.

Había transcurrido algo más de un mes desde el regreso de Alonso a Córdoba cuando falleció don Diego. El viejo militar parecía que había estado aguantando hasta el momento en que su sobrino, ya recuperado de su enfermedad, pudo contarle con todo detalle su viaje por tierras americanas y el descubrimiento de cómo murió su padre. El relato sumió al hombre en una profunda tristeza, su hermano asesinado por un canalla… ¡Qué injusto final para un hombre bueno! Saber la verdad de lo acontecido tranquilizó su alma y don Diego dejó de luchar, supo que había llegado su hora. El funeral se celebraría en Córdoba. Alonso no tendría más remedio que abandonar su seguro refugio de La Carlota y volver a la ciudad para enfrentarse a la realidad de su vida.

Las exequias tuvieron lugar un día gris y desapacible. En las ramas desnudas de los árboles empezaban a aparecer los nuevos retoños. La vida se abría paso un año más. El cielo color plomizo daba más tristeza, si cabe, al entorno y a los rostros de los amigos y familiares allí congregados. Don Diego, antes de morir, había pedido ser enterrado con la faltriquera de su hermano, y así se cumplió su última voluntad.

La Iglesia de San Nicolás de la Villa estaba a rebosar de gente que quiso dar el último adiós al respetado y querido militar. Ahora era Alonso su único heredero. Su hijo, don Pedro Fernández de la Oliva, seguía viviendo en la sierra como un simple ermitaño. Había hecho voto de pobreza y cedido la parte legítima de su herencia a su admirado primo.

Belter acudió con doña Matilde y Baldomero a dar el último adiós al señor Fernández de la Oliva. La muchacha aún no había visto al gaucho desde su regreso de América. Le habían llegado noticias de que se había refugiado en *El Potro Andaluz* . Belter sabía que, por fuerza, acudiría al funeral, y tendría la oportunidad de verle. Se le había ocurrido una idea. Escribió una extensa carta explicándole al gaucho cómo había sido su vida durante su ausencia y la causa por la que la habían obligado a casarse con Baldomero. Desvelaba también cómo era su ficticio matrimonio, que ni siquiera había sido consumado. No se atrevió a contarle por carta la verdadera paternidad de la criatura que esperaba. Tenía la esperanza de que Alonso, después de leer esas letras, recapacitara y ella pudiese darle la buena nueva en persona. Releyó varias veces la nota, ahora tendría que buscar una ocasión para poder entregársela. Lo intentaría cuando se acercara hasta él para darle el pésame.

La homilía fue emotiva y cercana, alabando las cualidades del difunto, que no eran pocas. Acabado el funeral, los asistentes al duelo hicieron una larga cola para expresar sus condolencias a la familia. Belter buscaba expectante los primeros bancos, donde se encontraban los familiares del finado. Estaba cada vez más próxima a Alonso. Lo observó desde lejos y lo encontró cambiado, más delgado, sus ojos más duros. Llegó el momento de acercarse. El corazón comenzó a latirle con fuerza, notó que se ruborizaba. Se desabrochó dos botones del largo abrigo de terciopelo negro que disimulaba su estado de buena esperanza. Cuando solo quedaban tres personas delante de ella para ofrecer sus condolencias, Belter se quitó el guante de cabritilla con intención de darle la mano, tocarlo, sentir su piel. Llevaba solapadamente la carta doblada en mil pliegues, notó que toda ella temblaba. Al llegar a la altura de Alonso, lo miró a los ojos y le tendió la mano; apenas pudo balbucear las palabras que llevaba días memorizando para la ocasión. Se quedó frente a él, clavada, mirándolo expectante, esperando ver algún resto de amor en sus ojos, pero solo encontró en aquellos pozos negros, que tanto había echado de menos, una mirada fría y esquiva que le partió el corazón. Cuando estaba a punto de estrechar su mano, su marido la empujó sin más miramientos.

—¡Vamos Belter! No te quedes ahí parada como una boba, que hay mucha gente esperando.

La muchacha comenzó a andar hacia la puerta de salida sin haber podido entregarle la nota a Alonso. Un llanto sordo atenazaba su garganta a punto de ahogarla. En la mano izquierda seguía la carta arrugada dentro de su puño. Doña Ramonita, que había observado la escena, la esperaba en la calle. Belter, al verla, se fue directamente

hacia ella con los ojos brillantes, pugnaba para que aquellas lágrimas no tuviesen la osadía de salir delante de toda la flor y nata de Córdoba.

—Doña Ramonita, ¿lo ha visto? Me odia, apenas me ha mirado —gemía Belter, dolida y rota.

—Tiempo al tiempo, mi niña, no sabe la verdad. Está dolido y enfadado. ¿Has podido entregarle la carta?

—No he tenido ocasión, ni siquiera he podido estrecharle la mano. —Belter se llevó el pañuelo a la boca para ahogar un sollozo.

—Dámela, yo me acercaré. Sube al carruaje, que no vea tu marido ni tu hermana que estás llorando o les darás una satisfacción a ambos.

Alonso salió de la iglesia llevando a hombros el féretro de su tío junto con amigos y familiares del difunto, entre ellos don Cipriano y don Pedro. Lo posaron suavemente en el coche fúnebre, tirado por seis caballos azabaches adornados con plumas negras. La gente empezaba a colocarse detrás del carruaje para formar la comitiva que acompañaría a don Diego hasta el cementerio de La Salud. En un descuido en que Alonso se encontraba un poco apartado del resto, doña Ramonita se acercó hábilmente hasta él.

—Buenos días, Alonso, siento profundamente el fallecimiento de su tío. —Estrechó su mano—. Quería entregarle una carta que me ha dado Belter para usted, es muy importante que la lea, no debe usted juzgarla sin saber. Está sufriendo mucho.

Alonso miró atentamente el papel que le ofrecía doña Ramonita. Luego buscó con la mirada a Belter entre la gente, la vio asomada a la ventanilla del carruaje, sus ojos le rogaban que leyese la carta. Él le lanzó una mirada llena de indiferencia, agarró la nota y, alzándola sobre su cabeza para que Belter pudiese verle desde la distancia, la rompió en mil pedazos para el asombro de doña Ramonita. Lanzó al aire los trozos de papel, que volaron esparciéndose por las cabezas de los allí presentes.

—Ciertamente, doña Ramonita, no me interesa en absoluto lo que su pupila tenga a bien decirme —casi le escupió con desprecio a la sufrida mensajera—. Y no insista usted más, ya actuó bastante en el pasado como celestina. Dígale a Belter que ella ha elegido su propio destino, que me olvide, como yo la he olvidado a ella.

—Pero, pero… —La mujer intentaba explicarse.

Alonso alzó una mano instándola a callar.

—No siga, señora, no serviría de nada, y no quiero tener que llegar a ser grosero.

Dio media vuelta y comenzó a andar detrás del coche fúnebre camino del cementerio.

Doña Ramonita lo hubiese abofeteado allí mismo. Belter, protegida en el cubículo de su coche, lloraba sin consuelo. Su alma estaba volcada en aquellas letras que ahora volaban esparcidas como hojas de otoño. Pidió a su cochero que la llevase a casa, no esperaría a su marido. No deseaba hablar con nadie, solo quería estar sola y dar rienda suelta a su tristeza; en esos momentos se sentía la mujer más desdichada del mundo.

Belter se acercaba a la recta final de su embarazo. Desde su último encuentro con Alonso en el funeral de don Diego, hacía meses, una aguda tristeza se había adueñado de cada poro de su ser. Estaba apática, desganada y mustia. La única compañía de la que disfrutaba era la de doña Ramonita, que iba a visitarla todos los días para rezar con ella el rosario. Una joven protestante que rezaba a diario a la Virgen María por no ofender a su amiga. Algún que otro domingo, su benefactora le insistía para que la acompañase a misa. Belter accedía, esperanzada con poder encontrarse con Alonso y verlo, aunque fuese de lejos, pero este nunca fue un hombre de iglesia. En alguna ocasión, doña Ramonita había utilizado a Fuensanta como enlace para hacerle llegar a Alonso las notas de Belter. La muchacha seguía insistiendo en explicarse para hacerle recapacitar, pero todo había sido inútil. En cuanto la gitanilla le entregaba la misiva a su amigo, este la quemaba o la rompía en mil trozos antes de leerla. Belter terminó desistiendo y se resignó a su suerte. La culpa era toda suya, había sido débil. Alonso no la perdonaría jamás y ella estaba pagando por su cobardía.

Frederika visitaba a su hermana todos los miércoles. Llegaba vestida como una marquesa, enjoyada y engalanada, solo para tomar un chocolate. Sentada al lado de su hermana, monopolizaba la

conversación y la dirigía hábilmente hacia las últimas aventuras y desventuras que se contaban sobre el gaucho. Alonso se había convertido en el don Juan Tenorio de la ciudad de Córdoba. De todos eran conocidas las juergas que se pegaba en las tabernas hasta altas horas de la madrugada. En más de una ocasión habían tenido que acompañarlo a casa por el estado de embriaguez tan lamentable en el que se encontraba. Más de un marido celoso había acabado retándolo en duelo por las atenciones que el argentino tenía para con las señoras casadas. Todas las muchachas solteras de la ciudad suspiraban al verlo, a pesar de que sus madres las amenazaban con meterlas a monjas si se atrevían a hablar con el señor Alonso Fernández de la Oliva. Él se reía de todo y de todos. Estaba enojado con el mundo.

No había vuelto a La Carlota desde la muerte de su tío. Había dejado allí al joven Juan al mando de la yeguada. El chaval tenía muy buena mano con los caballos, era listo y espabilado. Según el capataz, era una excelente ayuda para él y al muchacho se le veía feliz. Al taller de zapatería tampoco le prestaba demasiada atención; con buen criterio, había puesto al frente a Fernando y a Fuensanta. La muchacha lo mantenía a raya, para algo ella era la jefa veterana, le decía. Pero, a pesar de las disputas, a la gitana le atraía irremediablemente algo de aquel muchacho de piel oscura y ojos negros como tizones. Le gustaba hacerlo rabiar, aunque él no se lo tenía en cuenta y se reía por aquella forma tan peculiar y graciosa que tenía de hablar.

—Fernando, ¿todavía no has acabado el pedido del señor Montero? —lo amonestaba la gitana con las manos en jarras—. Pues ya sabes que *boquerón que se duerme, se lo lleva la corriente.* Se lo diré a Alonso en cuanto lo vea, para que te ponga de patitas en la calle —Y le soltaba una sonora colleja.

Fernando, lejos de enfadarse, se estallaba en carcajadas con aquella risa franca y abierta que tanto le gustaba a la gitana. El pampeño era listo y despierto, como su hermano, y pronto, con la ayuda del maestro zapatero y algunas directrices que le dio Alonso, se convirtió en uno de los artesanos más finos y profesionales de la ciudad. Así que el gaucho, tranquilo por la buena marcha de sus negocios, se dedicaba a vivir la vida y disfrutarla. Esa era su inviolable filosofía. Pasaba los días de taberna en taberna y las noches de cama en cama. No era consciente de que su vida en los últimos tiempos se estaba convirtiendo en un remolino de aguas turbulentas. Estaba perdido, ofuscado y herido de amor.

A mediados de agosto, Belter dio a luz una preciosa niña. El parto se presentó de madrugada y con dificultad. La muchacha, como de

costumbre, se encontraba sola, con la única compañía de la servidumbre. Su marido andaba de juerga, como todas las noches. La joven parturienta no quiso avisar a nadie, no eran horas, y tampoco quería inquietar a doña Ramonita. Cuando a la mañana siguiente la buena mujer fue a visitarla y vio que ya era madre, y que había ocurrido todo sin estar ella presente, su disgusto fue mayúsculo. Regañó a Belter severamente por no haberle mandado aviso. Pero Ramona pronto desistió en su enojo y la besó en la frente, conmovida por la palidez de la joven. La muchacha estaba débil y cansada, muy cansada. Necesitaba reposo absoluto, fue el primer consejo dado por el galeno; además, no podría amamantar a la pequeña. Habría que buscar urgentemente un ama de cría. Baldomero había llegado al amanecer, cantando y palmeando alegremente. Al oír tanto revuelo en la casa, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de su esposa y encontró todo un barullo de criadas que iban y venían, sábanas ensangrentadas, baldes con agua… El doctor le anunció que había sido padre de una preciosa niña. El *encantado* papá primerizo, sin acercarse siquiera a la criatura, argumentó encontrarse agotado. Después de presentar las pertinentes disculpas, se retiró a sus habitaciones. Se alejó cantando y bailando tal y como había llegado ante la perplejidad del médico, que se quedó plantado con la niña en brazos.

En cuanto la pequeña abrió los ojos se vio que era digna hija de su madre. Eran como dos pequeños lagos de un tono azul algo más oscuro que los de Belter. La niña, en vez de rubicunda, lucía un cabello negrísimo y liso, como si fuera plumón de ave. La tez morena, también como la de su padre, hacía que sus ojos claros destacaran aún más en su pequeño rostro. Pronto toda la ciudad se hizo eco del nacimiento. Muchos conocidos y amigos se acercaron los siguientes días a dar la enhorabuena al matrimonio Castañeda. La gente comenzó a hacer cuentas y hubo comidilla durante semanas en todos los salones de postín, aunque la familia se afanaba por explicar que la niña se había adelantado a su tiempo y Frederika insistía en que tenía un gran parecido a don Baldomero.

Habían pasado ya tres días desde el alumbramiento cuando Fuensanta se dijo que era hora de informar a su amigo de la buena nueva. Descorrió las cortinas de la habitación de Alonso, eran casi las dos de la tarde y el gaucho aún seguía durmiendo. A saber a qué hora y en qué estado habría llegado. El hombre se tapó los ojos con los brazos para evitar que la luz le diera de lleno en la cara.

—Mujer, ¿por qué me haces esto? —le recriminó enfurruñado a Fuensanta—. Ya no eres una sirvienta, ¡déjame dormir!

—Ni hablar. Hay que airear la habitación, *donde no entra el sol, entra el doctor* —argumentó la muchacha mientras tiraba de las mantas, dejando al gaucho en calzones y cubriéndose las partes pudendas.

—¡Déjame en paz! Gitana del demonio, vete a tus quehaceres.

—Mira, no me seas *esaborío ni salamanqueso* . Tienes que levantarte , no puedes seguir así por más tiempo, acabarás con tu vida con tanto vino y tanta fiesta. —Fuensanta se quedó pensativa, no sabía cómo enfocar la noticia del nacimiento de Enriqueta y optó por la manera más directa—. Belter ha sido madre, anoche tuvo una niña.

Alonso se sentó en la cama de un salto, la miró fijamente a los ojos.

—¿Belter está bien? —Su mirada lo decía todo.

—¿Y tú por qué te preocupas? ¿No dices que ya la has olvidado? —Alonso le lanzó la almohada a la cabeza, llamándola descarada—. Sí. Están bien. Las dos. Dicen que la niña es preciosa.

—Entonces será porque se parece a su madre, porque el tal Baldomero de bonito no tiene nada. Pues espero que sean una familia muy feliz. —Se levantó airado y tropezó con el orinal. Consiguió evitar meter el pie en él, pero se golpeó el dedo meñique contra la pata de la cama—. ¡Maldita sea, no vuelvas a hablarme de esa mujer! —amenazó a Fuensanta con el dedo.

—Cómo está el *gachó* , y *tó* porque iba a meter el *pinrel* en el orinal y *s'a jodio* el meñique con la *piltra* —se burló la gitanilla.

—¡Y no hables en caló, que sabes que no te entiendo!

La muchacha le sacó la lengua y se marchó dando un portazo, no era un buen día para dar conversación al gaucho.

Alonso se miró al espejo, estaba irreconocible. Había cogido peso debido a los excesos. Unas enormes bolsas colgaban como dos odres de vino bajo sus ojos. Por un momento, se arrepintió de la vida desordenada y loca que llevaba, pero se decía a sí mismo que solo sería durante un tiempo, el indispensable hasta que pudiera olvidar a Belter y la herida, que aún estaba abierta, dejara de escocerle tanto.

—Olvidar, olvidar… —le susurró a esa imagen desconocida que le devolvía el espejo—. Mientras permanezca en esta ciudad tan cerca de ella será imposible. Todos los días, por un motivo o por otro, alguien me la nombrará. Tarde o temprano tendré que marcharme porque, si sigo aquí, me volveré loco.

Dio un puñetazo sobre la cómoda y el agua de la jarra se esparció por el suelo. Tenía que tomar una decisión.

A la semana se celebró el bautizo de la pequeña Enriqueta, nombrada así en honor a su abuela materna. La ceremonia se llevó a cabo en la pequeña capilla familiar que había en casa de doña Matilde Castañeda. La orgullosa abuela quería celebrar por todo lo alto el nacimiento de su primera nieta, pero por ahora solo se llevaría a cabo el sacramento religioso. El porcentaje de bebés muertos era muy elevado y los padres se apresuraban a bautizar a sus hijos para que, si ocurría una desgracia, pudiesen ir directamente al limbo de los niños. La celebración fiesta de Enriqueta se celebraría tras un tiempo prudencial, cuando su madre estuviese totalmente recuperada.

A finales de agosto, en una noche calurosa, los invitados al baile comenzaron a llegar temprano montados en sus galanos carruajes. Las damas, acompañadas de sus inseparables abanicos, con vestidos repletos de sedas, blondas, flores, encajes, volantes y lazos, daban un toque de colorido al gran salón. Los caballeros, con sus chaqués oscuros, sus camisas de seda blanca y los chalecos adamascados aportaban un toque de distinción y elegancia. Belter había elegido para la ocasión un traje de seda color champán, adornado con pequeños capullos rojos en la cintura. El pelo lo llevaba recogido en un moño alto y una cascada de tirabuzones caía con gracia sobre su espalda. Aún débil por el parto, se sentó en un butacón estampado, apartado de la pista de baile Así podría observar de manera discreta sin ser molestada constantemente con agasajos. Solo llevaba unos minutos en aquel rincón cuando vio entrar a Alonso. El corazón empezó a latirle con una fuerza desmesurada, pensó que se desmayaría si seguía con aquellas alocadas pulsaciones. El joven no iba solo, venía acompañado por una bella muchacha de cabello castaño y hermosos ojos verdes. Era realmente guapa, alta y esbelta. Su ceñido vestido negro realzaba su bonita figura. Como supo más tarde Belter por su suegra, se trataba de *mademoiselle* Cousineau, la nueva amante del señor Fernández de la Oliva, una aristócrata francesa de visita en la ciudad. Doña Matilde la había invitado por cortesía, ya que se hospedaba en casa de unos amigos en común. Lo que nunca imaginó la señora Castañeda es que aparecería acompañada del gaucho. Colette, que así se llamaba la joven, hizo su entrada en el salón como si de una reina se tratase. Agarrada del brazo de Alonso, arrogante y altiva recorrió con la mirada a todos los presentes, como si sopesara de qué estatus eran los invitados allí reunidos y si estarían a su exquisito nivel. Belter, ante la visión de la bonita pareja, no pudo evitar sufrir una punzada de celos. Allí estaba el padre de su hija, el hombre al que amaba con toda su alma, del

brazo de otra mujer, risueño, despreocupado y alegre, sin siquiera dignarse a mirarla. Cogió de su regazo el abanico de plumas de ñandú, el que Alonso le había traído de Argentina, y comenzó a abanicarse con la esperanza de que él pudiese ver que lo llevaba y apreciara el sutil detalle. Observó cómo el gaucho buscaba disimuladamente a alguien. Belter, con el corazón en la garganta y apenas sin respirar, se decía a sí misma que no debía hacerse ilusiones, pero que tal vez la buscase a ella. La penetrante mirada oscura y salvaje de Alonso dejó de pasear, posándose en sus bellos ojos azules. La había encontrado. Ella le sonrió tímidamente. Alonso observó que estaba pálida y había perdido peso. El argentino no pudo evitar emocionarse al ver el objeto que Belter tenía entre sus manos. Por unos instantes, la sala se quedó vacía, solo dos cuerpos y dos almas existían en aquella estancia. La muchacha cerró lentamente el abanico y lo colocó sobre su sien. Alonso recordó el misterioso y secreto lenguaje, parecía que habían pasado mil años desde aquellos días felices; Belter le decía «pienso en ti».

Baldomero, instigado por su cuñada Frederika, fue a sentarse al lado de su esposa, le cogió la mano con gentileza y se la besó cariñosamente. Ella lo miró extrañada y sorprendida ante aquel acto tan inusual.

—¿Qué haces, a qué viene esto? —dijo Belter irritada procurando no perder de vista a Alonso. Este, como imaginaba, le había dado la espalda enojado.

— *Ma cherie* , tenemos que dar la sensación de que somos un matrimonio bien avenido y de que estamos felices y emocionados por el nacimiento de nuestra pequeña. Sonríe, *mon amour* . No quiero que llegue ningún tipo de especulaciones a mi madre y que pueda sufrir por nuestra causa. —El señor Castañeda prodigaba sonrisas a diestra y siniestra, cuando, de pronto, se puso en pie de un salto—. ¡Maldita sea! Apenas puedo respirar —se quejó. Belter lo miró extrañada—. Llevo un corpiño —le explicó a su esposa, bajando el tono de voz—. Te lo robé esta mañana, quería disimular esta sebosa barriga que me está apareciendo. No sé cómo podéis aguantar las mujeres todo el día con este trasto. Iré a quitarme ahora mismo esta tortura.

Baldomero subió la escalera ágilmente para despojarse del artilugio que provocaba su tormento. Belter lo miraba estupefacta ante el descubrimiento de que su marido, en ocasiones, usaba corpiño. Pronto olvidó el incidente y buscó a Alonso con la mirada.

El muchacho bailaba un vals llevando con gracia a su bella acompañante. Belter lo contempló deseosa de volver a cruzar su

mirada con la de él, pero el gaucho la evitaba con premeditación y alevosía. Estaba furioso. «No tendría que haber venido. —Esas palabras martilleaban en su cabeza—. No había necesidad de remover la herida». Belter estaba allí, con su marido y su familia, él estaba ya fuera de su vida.

Sin poder evitarlo, la miró de reojo. Vio cómo ella seguía todos sus movimientos. Deseó ser cruel, descargar su enojo sobre ella, hacerle daño por lo que le había hecho. Se acercó premeditadamente al oído de su pareja y se susurró unas palabras que hicieron reír a la francesa. Los rizos de la muchacha rozaron la mejilla de Alonso, Colette reía con ganas las ocurrencias del gaucho, echando la cabeza hacia atrás y mostrando su esbelto cuello. «Es hermosa de veras», pensó Belter. Loca de celos, iracunda y tremendamente enojada, comenzó a pasarse el abanico de una mano a otra. El joven, al verla, entendió el mensaje: «estás flirteando con otra». Como respuesta, él cogió una copa de champán que en ese instante le ofrecía uno de los sirvientes y, en un descuido de su acompañante, la alzó por encima de su cabeza y, mirando a Belter descaradamente, le dedicó el brindis. La muchacha, indignada, se levantó de su asiento e hizo ademán de acercarse hasta donde él se encontraba. Pero Alonso, raudo y veloz, trató de evitar una escena. Giró sobre sus talones y se escabulló entre el gentío. No se sentía aún preparado para hablar con ella. Tampoco quería que la señora de Baldomero Castañeda quedara en evidencia delante de todo el mundo. Belter se quedó desolada, lo había perdido de vista. Se volvió a sentar, desconcertada y confusa. Estuvo jugando durante un buen rato con el bello abanico, acariciando las plumas una por una, complacida con su suavidad. Entonces advirtió algo que le había pasado desapercibido hasta aquel momento: en una de sus varillas descubrió una inscripción. Se acercó a la luz de las velas colocadas estratégicamente en candelabros de plata y contempló con emoción cómo, escondidas entre el varillaje, había unas palabras talladas que decían « *Te amo* ». Belter no pudo evitar que amargas lágrimas acudieran a sus ojos. En ese mismo instante se juró que, tarde o temprano, recuperaría el amor de Alonso. No sabía cómo ni cuándo, pero él volvería a amarla.

El gaucho se escabulló entre las sombras del jardín, deseaba estar solo. Se sentó en un banco al lado de un parterre donde había florecido un jazmín. Era agradable oler la mezcla de aromas que embriagaban la noche: espliego, dama de noche, jazmines, peonias… Se oía el rumor del agua de una fuente cercana. No había luna.

Alonso se sentía a gusto allí sumergido y oculto en aquella oscuridad. Fumaba un cigarro habano mientras tomaba pequeños sorbos de la copa de champán que aún tenía en la mano.

—¿Qué hace aquí tan sólo, acaso le aburre la fiesta? —Frederika se acercó sonriendo adonde él se encontraba, lo había seguido hasta el jardín.

Alonso se sobresaltó por la irrupción de la mujer.

—Ah, es usted. No, no me aburro en absoluto, pero prefería estar un rato a solas. —Esto último lo dijo con la intención de que la alemana pillase la indirecta, pero Frederika, haciéndose la desentendida, se sentó a su lado.

—Está bonita la noche, ¿verdad? Es muy guapa su acompañante, ¿acaso es su novia? ¿Podría ser que diese la campanada este año y el empedernido soltero de oro se nos case con una francesa?

—Hace usted muchas preguntas. Solo le diré dos cosas. Una, es solo una amiga. Dos, no soy de los que se casan.

—Una amiga, sí, es cierto que ha llegado hasta mis oídos que tiene usted muchas amigas —le confesó Frederika con retintín—. Incluso tengo entendido que entre ellas hay varias señoras casadas. ¿Acaso le da morbo engañar a los confiados maridos? —La alemana se fue acercando coqueta y acarició, mimosa, la solapa de Alonso. El gaucho la miró como si no la conociera, como si fuese la primera vez que la veía en su vida. Una mirada extraña y perturbadora que no pasó desapercibida a Frederika y que la estremeció.

Los ojos del gaucho desprendían chispas. Podría poseer a esa mujer en ese instante, allí en el jardín, sobre el banco, retozar juntos como vulgares animales. La alemana estaba deseando que la hiciese suya desde hacía mucho tiempo y él lo sabía. Sería divertido y escandaloso que lo descubriesen todos, sería una buena manera de vengarse. ¿Qué podría hacer más daño a Belter que saber que él se había acostado con su propia hermana? Se lanzó sobre Frederika con un deseo ansioso, desmedido. La besó con furia, mordiéndole los labios hasta hacerle daño. Liberó del corpiño un pecho, que asomó provocativo por el escote, y lo chupó con ansia. Ella gemía de placer. Por fin, Alonso sería suyo.

—Alonso, Alonso… —le susurraba al oído, mientras se entregaba al goce de sus caricias —. No sabes cómo he deseado este momento. Cuántas veces me he imaginado que besabas mi cuerpo y me hacías tuya… Que eras mío, solo mío, por fin mío…

La última frase restalló como un látigo en la cara del gaucho. Él nunca sería de Frederika, ni de ella ni de nadie. De pronto lo vio claro, su corazón solo podía pertenecer a una mujer, a Belter. Separó violentamente de la alemana como si estuviera apestada, y la miró

angustiado.

—¿Qué estoy haciendo, Dios mío? —Se llevó la mano a la frente, como para poner orden en sus pensamientos.

Se puso en pie bruscamente.

—¡Jamás seré tuyo, Frederika! —casi le gritó—. Ni de ti ni de nadie. ¿Me oyes? Solo he amado a una mujer en mi vida, y esa mujer es Belter. —La agarró por los hombros y la zarandeó con fuerza—. Solo puedo amarla a ella y eso, ahora, es mi tormento.

Giró sobre sus talones y salió huyendo por el camino empedrado que llevaba hacia el salón. Frederika, sintiéndose humillada, le arrojó uno de sus zapatos, que no alcanzó su objetivo.

—¡Maldito seas, Alonso! ¡Maldito seas, gaucho del demonio! —gritaba mientras lloraba de impotencia y por despecho—. Te acordarás de esto… Te haré sufrir… Te veré llorar sangre —masculló con las manos en el rostro mientras su amor imposible se alejaba en la oscuridad.

Alonso cruzó el salón de baile a grandes zancadas. Evitó mirar a Belter. Sentía vergüenza de sí mismo y se veía como un ser despreciable por lo que había estado a punto de hacer. No podía enfrentarse a los inocentes ojos de la muchacha. Tenía que poner tierra de por medio. No podía seguir más tiempo en aquella situación. Esa misma madrugada saldría con Colette para Nimes, aceptaría la invitación de la aristócrata de pasar una temporada en su palacete. Agarró a su pareja de la mano y, sin despedirse, abandonaron el baile. Belter, angustiada, lo vio salir de manera precipitada sin saber la causa de tan extraño comportamiento. Algo había pasado. Ni siquiera había tenido la oportunidad de cruzar unas palabras con él. Posó el abanico sobre su pecho y volvió a sentirse tremendamente desdichada.

Eran las cuatro de la madrugada y el baile estaba llegando a su fin cuando un grito desgarrador desde el fondo del pasillo heló la sangre de todos los allí presentes. El ama de cría entró en el salón corriendo despavorida y buscando a Belter con ojos desencajados.

—¡La niña, la niña, la niña, señora! —eran las únicas palabras que salían de su boca.

La gente, alarmada, se apartaba a su paso. La madre de la criatura, al oír aquellos gritos espeluznantes, salió al encuentro de la niñera.

—¿Qué ocurre, Pastora, qué le pasa a mi hija? ¡Habla, por Dios! —Belter, blanca como la cera, zarandeaba fuera de sí al ama de cría.

—¡Señora, la niña… no respira, no respira! —Pastora cayó al suelo de rodillas con las manos en la cara pidiendo perdón.

La música había cesado. Un murmullo sordo se oyó en el salón ante la nefasta noticia de la cuidadora. Belter, con los ojos llenos de pánico, salió corriendo hacia el dormitorio, donde se encontraba su bebé. Doña Ramonita y doña Matilde la seguían a duras penas. Los invitados se miraban unos a otros sin saber cómo actuar.

Cuando la joven madre llegó a la habitación infantil, que había sido decorada por su abuela paterna, la niña parecía estar dormida tranquilamente en la cuna. Se encontraba boca arriba, pero Belter, al acercarse, puedo observar que su piel estaba levemente amoratada. Enriqueta no respiraba. Estaba muerta. Lo más probable es que, en un descuido del ama de cría, que había salido unos minutos a por una jarra de agua, la niña se hubiese asfixiado con sus propias flemas, o tal vez hubiese sufrido la muerte súbita tan frecuente en los bebés. Belter, sin querer aceptar una realidad demasiado dura para asimilarla, cogió a la pequeña en brazos y, mientras le hablaba cariñosamente, puso su oído en la boquita de la pequeña para ver si quedaba hálito de vida. La diminuta cabeza de Enriqueta colgaba inerte entre sus brazos. Su madre comenzó a zarandearla angustiada mientras gritaba su nombre. Todo fue inútil. Belter soltó un grito estremecedor. A duras penas, doña Matilde y doña Ramonita pudieron arrancar a la pequeña de los brazos de su madre que, como dos vigorosas tenazas, se negaban a soltar el fruto de sus entrañas. La gente se había agolpado en la puerta de la habitación y en el pasillo. Todo el mundo lloraba ante la visión de la pequeña sin vida como si fuese una triste muñeca de trapo y ante el dolor desgarrador de aquella joven madre destrozada. Todos estaban conmovidos y rotos, todos menos una de las allí presentes, Frederika, con mirada fría, observaba impávida el cadáver de su sobrina.

Había transcurrido más de un mes desde la muerte de la pequeña Enriqueta. Belter pasaba los días recluida en su habitación, a oscuras, con las persianas entornadas. Pasaba jornadas enteras sentada en una

vieja mecedora, viendo pasar los días y las noches, sin que su corazón notara ningún tipo de emoción. Doña Ramonita pidió permiso a don Baldomero para trasladarse a vivir a su casa durante una temporada para atender a la joven y hacerle compañía, al menos hasta que su alma abatida se resignase. Deseaba cuidar de la muchacha en ese difícil trance. El señor Castañeda, al que le daba igual todo lo concerniente a su esposa, no tuvo ninguna objeción al respecto. Él paraba lo indispensable en casa, la mujer no sería ninguna molestia. Para él la muerte de la pequeña había sido un hecho fatídico y era en verdad una lástima, pero, si lo pensaba fríamente, lo acaecido lo liberaba de una obligación y una responsabilidad: la de tener que criar a la hija del gaucho y encima tener que hacer el paripé como padre amantísimo durante el resto de su vida. La muerte de Enriqueta lo había facilitado todo.

Ramona se instaló enseguida en el dormitorio contiguo al de Belter. No le extrañó en absoluto que los aposentos de Baldomero estuviesen al otro lado de la casa. Era costumbre de la época que los señores con un nivel económico destacable y con casas donde abundaban las habitaciones durmiesen en alcobas separadas, considerándose de mal gusto y de gente sin recursos lo contrario.

Todas las mañanas, doña Ramonita le subía el desayuno a Belter. La obligaba a comer y a asearse como si fuese una chiquilla. La peinaba, la ayudaba a vestirse con aquellas ropas enlutadas que daban un aspecto más nacarado, cadavérico a su bello rostro. Le contaba historias, le cantaba, le leía sus libros favoritos… Todo esfuerzo por animarla era inútil. La muchacha no se sentía con fuerzas para hablar, ni para reír, ni le apetecía tener compañía. Ni siquiera mencionaba a Alonso, es como si se hubiera esfumado de su mente y su corazón. El gaucho no había dado señales de vida, se encontraba en Nimes con su amante. No tenía noticia de la muerte de la pequeña Enriqueta. Qué importancia tendría ya contarle que era su hija, pensó Belter, cuando el fruto de su amor yacía helado en una pequeña tumba en campo santo.

Una calurosa tarde, la bella alemana, echada sobre su cama, dormitaba en un ligero duermevela. Estaba vestida y con las chinelas puestas. El doctor le había recetado un brebaje hecho a base de hierbas que la mantenía adormecida durante casi todo el día. Así sosegaba su espíritu y podía descansar. Belter comenzó a soñar, estaba en el valle del Kinzig. De pronto se vio en la cocina de su casa junto a su madre, colgando unos jamones para que se ahumaran. Más tarde salieron las dos descalzas, corriendo por el prado, sintiendo la

mullida hierba. Reían y cantaban cogidas de la mano mientras los suaves rayos de sol les acariciaban el rostro. De improviso, algo la despertó, el sonido de una bandeja de loza al caer contra el suelo y hacerse añicos; seguramente habría sido la nueva sirvienta, que era casi una niña. Se pasó la mano por la cara para despejarse y se dio cuenta de que el sueño la había hecho inmensamente feliz. Permaneció mirando al techo durante un buen rato, sintiendo aquella paz que la embargaba y de la que hacía semanas que no disfrutaba. Últimamente verse de niña en sus sueños retozando en los prados junto a sus padres era algo recurrente. Tal vez eso era lo único que le quedaba en la vida, sueños y recuerdos… Era extraño que en esos sueños jamás apareciera Frederika. La relación con su hermana se había vuelto fría, distante y tensa desde hacía un tiempo. Nunca le perdonaría que la hubiese obligado a casarse con Baldomero, y menos aún que la hubiese amenazado con dar su bebé en adopción. Belter estaba segura de que habría cumplido su palabra. Ella jamás le hubiera hecho eso a su hermana. Frederika le había destrozado la vida. Córdoba empezaba a despertar en ella recuerdos demasiado dolorosos, solo deseaba estar sola y pensó que el campo sería un buen abrigo para dar algo de paz a su espíritu.

Frederika fue a visitarla al día siguiente. Como tantas otras veces, llegaba vestida de hipocresía, demostrando una exagerada compasión por su hermana. Iba preparada para, como en otras ocasiones, recibir la excusa de que Belter no podía recibirla porque se encontraba indispuesta y tendría entonces que aguantar durante horas la insufrible cháchara de su cuñada, con la que no tenía nada en común. Ramona y ella se odiaban mutuamente. Su animadversión se había enconado desde hacía tiempo, pero sabían mantener las apariencias. La alemana quedó sorprendida cuando la doncella le comunicó que Belter bajaría a recibirla.

Cuando Frederika vio aparecer a Belter vestida totalmente de negro, con traje de cuello alto de encaje y como único adorno un camafeo de colmillo de elefante, se quedó impresionada. El color del vestido acentuaba su extremada delgadez, que la hacía parecer más etérea. Su cabello rubio y su palidez la hacían parecer un ser frágil y desvalido. Sin embargo, pudo atisbar en su mirada cierta frialdad y recelo hacia ella, algo que la descolocó. No sabía que su hermana, en las interminables horas de insomnio, había tenido mucho tiempo para pensar.

—¿Cómo te encuentras, mi querida hermana? —pregunto Frederika levantándose para saludarla, a la vez que la besaba en la mejilla—. No sabes cómo me alegra que hayas decidido recibirme y…

—Quiero pedirte un favor —la interrumpió Belter con total frialdad.

—Pues claro que sí —balbuceó su hermana, desconcertada ante su forma de tratarla—, faltaría más. Dime qué es lo que quieres, o si es algo que te apetezca que te traiga, o que yo…

—Quiero que le pidas a tu esposo que me permita ir a pasar unos días al cortijo. Necesito respirar aire fresco, cabalgar, andar descalza por la hierba, que los rayos de sol acaricien mi cara, sentir el rumor de los árboles cuando los mece el viento. Necesito sentirme libre. —Se hizo un espeso silencio—. Aquí me ahogo, me asfixio, no sé si puedes entenderme.

—Cómo no voy a entenderte, hermana. —Un brillo de nostalgia cruzó la mirada de Frederika, también echaba de menos su tierra. La diferencia era que ella jamás cambiaría su cómoda vida actual por su antigua vida en la granja—. Me parece una idea excelente. Cipri no se negará en absoluto, sabes lo mucho que te aprecia. Yo te acompañaré, pasaremos unos días inolvidables. Estará encantado de que…

—¡No! —exclamó Belter bruscamente, con determinación—. Deseo ir sola. Necesito ir sola —recalcó—. De acompañarme alguien, solo aceptaré a doña Ramonita —miró a la mujer, que le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Está bien, si ese es tu gusto, así será —le contestó Frederika ofendida ante tan abierto rechazo hacia ella—. De verdad que no entiendo por qué no me dejas acompañarte.

Belter no contestó. Su hermana hacía tiempo que había caído del alto pedestal en el que ella misma la había colocado cuando era una niña.

A la semana siguiente, la dulce alemana y su estimada amiga tomaban rumbo hacia *El Potro Andaluz* , un lugar que le traía recuerdos entrañables.

En los pocos días que llevaba en el cortijo, Belter había notado cómo su alma se iba sosegando. Aquellas jornadas de paz en el campo habían cambiado la dureza de su semblante y su tez se veía de nuevo sonrosada y luminosa. Sus ojos iba adquiriendo día a día esa luz que la caracterizaba. Es cierto que no podía evitar pensar en los momentos felices pasados en aquel lugar, cuando Alonso era solo un mozo de cuadra encargado de los caballos. Recordaba su primer beso en la poza, sus charlas bajo las estrellas, sus risas despreocupadas y sinceras. ¡Qué poco tiempo habían podido disfrutar de su amor! Todo se había precipitado de una manera tan vertiginosa… El viaje de

Alonso, su embarazo, su boda, la muerte de Enriqueta…

Doña Ramonita la mimaba como si se tratase de la ansiada hija que nunca tuvo, no la dejaba sola ni un instante. La entretenía contándole divertidas historias de cuando estaba casada y vivía en Madrid. A veces la mujer la hacía reír y Belter se lo agradecía en el alma, porque había llegado a pensar que jamás tendría ánimo para volver a hacerlo. Por las tardes le gustaba pasear sola, dar largas caminatas inmersa en sus pensamientos. Cuando el sol daba una tregua y se mitigaba el calor, que perduraba a pesar de estar acabando el mes de septiembre, gustaba de acercarse hasta la poza. Solía ir acompañada por la estilizada galga Cleopatra, que la seguía a todas partes y era su sombra inseparable, brindándole una compañía silenciosa que ella agradecía.

Esa tarde, Belter, después de merendar una jugosa tajada de sandía, se dispuso a dar su paseo vespertino junto con su amiga de cuatro patas. Iba con ropa ligera y un gran sombrero de paja atado a la barbilla con un lazo de raso verde. Su pelo lo había recogido ella misma en una gruesa trenza. Parecía la joven sencilla e inocente que llegó de Alemania no hacía tanto tiempo.

No había transcurrido una hora desde que había salido Belter cuando Ramonita, que leía tranquilamente sentada a la sombra de una parra, avistó a lo lejos un jinete que se acercaba a toda velocidad por el camino de entrada al cortijo. Entornó todo lo que pudo sus cansados y miopes ojos para poder distinguir al caballero que se aproximaba a galope tendido hacia la casa dejando a su paso una espesa nube de polvo. Cuando lo tuvo cerca, sus ojos se abrieron desmesuradamente al descubrir de quién se trataba. No era otro que don Alonso Fernández de la Oliva y Venegas.

El gaucho había vuelto de Nimes aquella misma mañana. La vida frívola y cortesana no estaba hecha para él y pronto se cansó de los caprichos de su amante francesa. Había llegado a primera hora a casa de don Cipriano para despachar unos asuntos urgentes. El hombre le había contado la desgracia ocurrida en casa de los Castañeda horas después de que él abandonase la fiesta y cómo Belter había estado a punto de perder la cordura ante el desgarrador dolor por la muerte de su pequeña.

Alonso escuchó en silencio aquella terrible noticia y confirmó que amaba a Belter más que nunca. De pronto sintió cómo se disipaba su aflicción, su herida cauterizó, su enojo se esfumó, así como su despecho y sus celos. Belter lo era todo para él y estaba intentando superar un evento traumático. Ella era su verdadero amor, su mujer,

su alma gemela, y estaba sufriendo la peor desdicha que se puede infligir a una madre: ver morir a un hijo. Y él no estaba con ella para ofrecerle consuelo. La dulce Belter había sufrido aquella desgracia sola, lejos de él. La piel se le erizó y tuvo que luchar para que las lágrimas no rodaran por sus mejillas.

Dejó a don Cipriano literalmente con la palabra en la boca. Salió a la calle con una angustia que le oprimía el pecho y le impedía respirar, montó en su caballo y salió a todo galope en dirección al cortijo, donde estaba recluida voluntariamente su amor. Solo tenía un pensamiento en mente: deseaba pedirle perdón a Belter por su egoísmo, abrazarla, besarla, quererla. Ignoraría que ahora era una mujer casada, eso no lo frenaría, necesitaba decirle que la amaba, que era y sería por siempre la única mujer de su vida.

Llegó sudoroso y sucio del polvo del camino.

—¿Dónde está? —preguntó Alonso sin descabalgar a una doña Ramonita, que daba gracias a Dios por aquella presencia inesperada.

—¿Sabes lo ocurrido, verdad? —La buena mujer no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Lo sé —respondió impaciente el gaucho.

—Belter está en la poza.

Alonso, sin mediar palabra, espoleó a su caballo.

Belter había tomado el camino de tierra amarilla que atravesaba los campos de algodón. Bajó la vaguada que llevaba hasta el arroyo cristalino y fresco. Cleopatra se metió presurosa en el agua para refrescarse. Al salir, el animal se sacudió con brío su pelaje, que salpicó la falda de Belter, la cual, entre risas, protegía su cara con ambos brazos para no acabar empapada. Ambas amigas continuaron el camino sosegadamente bajo las sombras de los árboles que crecían a la orilla del riachuelo. La muchacha se paró a observar unos renacuajos que repetían el ciclo del misterio de la vida. Anduvo un buen trecho hasta que llegó a la poza y se sentó a descansar en una piedra enorme situada al borde del arroyo. Animó a Cleopatra a que entrara de nuevo en el agua transparente y clara, el can la obedeció. Belter miró para todos lados, le apetecía bañarse, pero quería cerciorarse de que no hubiese testigos incómodos por los alrededores. Cuando confirmó que estaba sola, se arremangó la falda, se quitó los zapatos, los pololos y las medias e introdujo sus torneadas piernas en la refrescante agua. Se apartó la trenza y se mojó la nuca. Desabrochó los primeros botones de su camisa y, haciendo un cuenco con sus manos, volcó agua sobre su turgente pecho.

—Está fresca, ¿verdad, amiga? —le preguntó a la perra, sin esperar, por supuesto, respuesta alguna. El fiel animal la miró con sus enormes ojos rasgados—. Deberíamos quedarnos aquí para siempre, Cleopatra.

De pronto Belter se sobresaltó. Escuchó atenta, le había parecido oír el relincho de un caballo. La perra comenzó a ladrar y salió corriendo de la poza para proteger a su ama. La muchacha, instintivamente, soltó su falda, que quedó flotando como si fuese un gigantesco nenúfar sobre el agua transparente. Se llevó la mano al pecho para ocultarlo, indudablemente había alguien cerca. Era un individuo de complexión fuerte que ataba las bridas de su caballo al tronco de un árbol. El hombre apartó las espesas ramas que ocultaban su presencia. Belter soltó un grito de sorpresa y alegría al reconocer a Alonso. Antes de que pudiese reaccionar, el gaucho se metió en el río, la rodeó con sus poderosos brazos y la besó hasta dejarla sin respiración. Le susurró mil veces perdón al oído mientras ella le acariciaba el pelo y respondía a sus ardientes besos. Se abrazaron con ansia, con desesperación, con deseo, con temor de volver a separarse. Ella lloraba, lloraba de dicha por volver a tenerlo entre sus brazos, por poder volver a sentirlo, oír su voz, oler su piel…

Alonso la cogió en brazos y la llevó hasta la orilla. Se despojaron de sus ropas mojadas, no hacían falta palabras. Sus miradas y su propia piel hablaban un lenguaje que lo explicaba todo entre ambos, en sus ojos se veía la desesperación y el dolor sufrido por la separación. Hicieron el amor entregándose sin reservas y convirtiéndose en un solo cuerpo, una sola alma, sintiéndose vivos como hacía mucho tiempo no recordaban, percibiendo cada caricia, cada palmo de piel, la anhelante respiración, los músculos en tensión. Extenuados y rendidos, se quedaron abrazados en un dulce duermevela, ella con la cabeza reposando sobre el pecho de él.

—Belter, siento mucho la muerte de tu hijita —dijo el gaucho besando su cabeza con infinita ternura—. Ha tenido que ser un duro golpe para ti, mi amor. Un sufrimiento atroz. No me perdonaré nunca no haber estado a tu lado en esos momentos.

La muchacha se incorporó despacio, se apoyó sobre su codo y lo miró fijamente con inmensa tristeza.

—No era solo mi hijita, Alonso. Enriqueta era nuestra hija.

El gaucho sintió cómo los latidos de su acelerado corazón le martilleaban las sienes. Se quedó mudo, intentando asimilar la revelación de aquel duro secreto. Un nudo en la garganta le impedía articular palabra. ¿Enriqueta era su hija? Entonces rememoró la

noche en la cabaña antes de su partida hacia América. Un sudor frío perló su frente, aquel encuentro apasionado había dado un fruto. La cabeza le iba a mil por hora, se sentía mareado. Ahora lo entendía todo; Belter, durante todo este tiempo, había intentado comunicarse con él para contarle que tenían una hija en común. Él, obcecado y orgulloso, se lo había impedido. Cómo habría sufrido aquella mujer con su desdén. Y ahora, su pequeña, sangre de su sangre, había muerto sin llegar siquiera a conocerla.

Abrazó a Belter con todas sus fuerzas y hundió la cara en su cuello, llorando como un chiquillo, dando rienda suelta a su enorme pena. La muchacha le explicó cómo la obligaron a casarse con Baldomero al enterarse de que estaba embarazada. Cómo la habían amenazado con dar al bebé en adopción si no aceptaba desposarse. Lloró contándole todo lo que había sufrido pensando que él había muerto en tierras americanas y lo desdichada y sola que se había sentido durante ese tiempo. Y por último, le reprochó no haber tenido noticias suyas desde que se marchó de España.

—Belter, tienes que creerme, ¡te envié cinco cartas! —dijo Alonso con vehemencia intentando defenderse de tan injusta acusación—. No sé cómo no llegó ninguna a su destino. Deberías haber confiado en mí y en nuestro amor. Yo te quería y te quiero más que a mi vida, ¿cómo iba a abandonarte? Cuando volví y me dijeron que te habías casado, me volví loco.

—Pues no parecía que estuvieses tan triste —le reprochó. Dolida, Belter—. Hasta mis oídos llegaban todos los días tus innumerables aventuras amorosas.

Alonso la cogió de la barbilla y la miró con ternura.

—Es verdad que he llevado una vida llena de excesos, estaba perdido y enojado, furioso contigo. Pero puedo jurarte que todas esas palabras, caricias y besos estaban dedicados a ti. Cerraba los ojos e imaginaba que era tu cuerpo el que acariciaba y tus labios los que besaba. Luego me rebelaba ante ese pensamiento, que me exasperaba aún más y me torturaba. Entonces me emborrachaba para olvidarte, para que salieses de mi cabeza al menos durante unas horas. Bebía hasta casi perder la conciencia, para no recordar. —Le acarició dulcemente la mejilla—. Tú eres mi Belter, mi mujer. —Se quedó pensativo unos segundos—. Y tú, cuando estabas con tu marido, ¿pensabas en mí?

Belter negó con la cabeza.

—No hizo falta, nunca he yacido con él.

Le explicó que, aunque pareciera increíble, su matrimonio no se había consumado. Su marido jamás la había tocado en el tiempo que llevaban casados. Belter le confesó que no había conocido más hombre que a él. En su corazón ella siempre había sentido que Alonso era su verdadero amor, era su esposo tal y como se prometieron en la cabaña la noche de la tormenta. Ella nunca lo había traicionado. Hicieron de nuevo el amor entregándose al deseo y a la ternura mientras las sombras se apoderaban del paisaje.

Luego, cogidos de la mano y seguidos de la fiel Cleopatra, volvieron al cortijo, alumbrados por una luna generosa que les sirvió de guía.

Doña Ramonita había mandado preparar una suculenta cena para celebrar la visita del gaucho. Estuvieron departiendo agradablemente durante toda la velada, a la que se unió Juanito, el hijo pequeño de Rosalía, que estaba muy contento de volver a ver a su padrino, como llamaba a Alonso. Quería explicarle todo lo que había aprendido en el cortijo. Belter reía con ganas ante las divertidas anécdotas del muchacho. Doña Ramonita, con lágrimas en los ojos, miraba a Alonso y, sin palabras, le daba las gracias por haber conseguido obrar el milagro de que la niña de sus ojos volviera a ser feliz.

A las once de la noche, todo el mundo se retiró a sus habitaciones. Cuando Ramona iba a entrar en su alcoba, vio cómo Belter se colaba disimuladamente en el dormitorio de invitados, habilitado para Alonso. La muchacha, iluminada por la tenue luz de una vela en su fanal, miró con una sonrisa cómplice a su amiga, que la miraba desde el extremo del pasillo. Doña Ramonita entornó los ojos y asintió con la cabeza, dando su beneplácito; ella había sido participe de la desgracia de la muchacha. Era algo horrible que no se perdonaría jamás. Ahora su empeño sería procurar la felicidad de Belter y de Alonso por encima de todo.

Transcurrió un mes y medio maravilloso en aquel idílico paraje entre caballos y campiña. Belter había cogido algo de peso y estaba más bella aún si cabe. Sus mejillas sonrosadas, el brillo de sus ojos, su risa alegre revelaban que volvía a ser sumamente feliz con Alonso a su lado. Lejos de la ciudad y no teniendo que guardar las apariencias, hacían la vida de cualquier matrimonio joven y enamorado. Hasta los habitantes del cortijo vieron con buenos ojos y de manera natural la relación entre los dos jóvenes que, no había lugar a dudas, se profesaban un gran amor. Dormían juntos todas las noches, abrazados el uno al otro hasta el amanecer. Salían a cabalgar, merendaban en el campo, paseaban por el arroyo y, por las noches, disfrutaban de interesantes tertulias. Doña Ramonita no los juzgaba, al contrario,

solo pensaba que merecían ser felices para siempre. La mujer era consciente de que, tarde o temprano, aquel sueño acabaría, habría que volver a Córdoba, pero mientras tanto...

A últimos de noviembre los días se hicieron mucho más fríos y cortos, obligando a pasar más horas dentro de casa, al calor de la lumbre. Las tertulias se hacían alrededor de la chimenea después de cenar. Eran pasadas las diez de la noche y jugaban al juego de la oca. Belter, Alonso y Juanito reían divertidos al ver el enfado de doña Ramonita, que perdía partida tras partida. Cleopatra, echada a los pies de su ama, levantó las orejas y salió corriendo hacia la puerta de entrada dando fuertes ladridos. Alonso la ordenó callar y pudieron oír los cascos de un caballo que, a todo galope, se acercaba hacia la casa. Se asomaron a una de las ventanas y vieron entre las sombras a un hombre que descabalgaba y se acercaba hasta el portón, aporreándolo con impaciencia. El gaucho abrió y se encontró frente a él a Antonio, el cochero de la familia Fuentes. Don Cipriano había sufrido una apoplejía.

Esa misma mañana, don Cipriano se había levantado temprano con la intención de ir hasta el cortijo a darle una sorpresa a su hermana y ver qué tal se encontraba Belter. Hacía tiempo que no sabía nada de las mujeres, solo le llegaba alguna carta de vez en cuando de Ramona, que mandaba con algún sirviente que venía a hacer algún recado a la ciudad. Según le contaba, el tiempo pasado en el campo estaba siendo crucial para la mejoría del estado de salud físico y anímico de su protegida. Por supuesto, doña Ramonita no había hecho ninguna mención de la presencia de Alonso en La Carlota.

Cipriano le había comunicado a Frederika la noche anterior su intención de ir hasta el cortijo, por si le apetecía acompañarlo y darle una sorpresa a Belter. Ella había rechazado la invitación, recordándole que los jueves tenía una cita ineludible con la Junta de Damas en la Casa de Expósitos. Era costumbre que las señoras distinguidas de la ciudad tuviesen como misión caritativa el cuidado de pequeños que habían sido abandonados por sus madres. Las damas

vigilaban su crianza, contrataban a las nodrizas, supervisaban el destete y se encargaban de que acudiesen a la escuela. También se aseguraban de que se les administrasen las vacunas pertinentes. El señor Fuentes comparaba a su mujer con un ángel caído del cielo, de tan buena y generosa que era, así que no quiso insistirle más sobre el tema del cortijo. Sabía que, para Frederika, hacer el bien a los más desfavorecidos estaba por encima de cualquier cosa. Nunca dejaría de realizar su labor humanitaria por asuntos más mundanos.

Don Cipriano había ordenado a Antonio que enganchase el carruaje. Irían al *Potro Andaluz* y no volverían hasta el día siguiente, pero antes debía dejar arreglados unos asuntos de gran importancia. Hizo una primera parada para tratar unos temas con el señor Velázquez, respetado banquero y amigo de juventud. Más tarde fue a visitar al señor don Andrés Vallejo, notario de profesión. Se demoró más de lo previsto en las dos empresas. Cuando se disponía a subir al carruaje para emprender el viaje hasta La Carlota, sintió un leve mareo y el cuerpo algo indispuesto, así que, pensándolo mejor, decidió que lo más acertado sería posponer el viaje para el día siguiente.

Llegó a su casa pasadas las doce del mediodía, hacía fresco. Fue a cambiarse de ropa, se puso cómodo con sus zapatillas de pana y su batín de terciopelo burdeos. Bebió un poco de agua, cogió un libro, sus lentes, una manzana y se dispuso a leer un rato en el comedor hasta la hora en que volviese Frederika de su labor humanitaria. Hizo que le encendieran la chimenea y se sentó en un butacón al lado de la puerta que daba al jardín; le gustaba contemplarlo. Se echó una manta sobre las piernas para no coger frío. Llevaba solo unos minutos leyendo cuando le pareció oír unos ruidos que provenían del cuartillo destinado a los jardineros. Estaba situado no muy lejos de donde él se encontraba, junto a una pequeña alberca destinada al riego. Era un habitáculo de pequeñas dimensiones donde se guardaban los aperos y las herramientas necesarias para el cuidado de las plantas. Seguramente Justino, el jardinero, estaría enredando a esas horas. Continuó leyendo sin dar mayor importancia al asunto cuando oyó nítidamente una voz de hombre que gemía. Aguzó más el oído y escuchó unos gritos ahogados de mujer que salían del mismo lugar. Se levantó intrigado para ver qué estaba sucediendo. Aporreó tímidamente la puerta y susurró el nombre del jardinero, pero no obtuvo respuesta alguna. Se decidió a abrir la puerta, lo hizo despacio, con cautela. Cipriano se quedó helado al descubrir la escena que se presentaba ante sus ojos. Frederika se encontraba de espaldas a él, con las palmas de las manos apoyadas sobre la pared, su vestido levantado hasta la cintura y sus firmes nalgas al aire. Detrás de ella,

Justino, el joven jardinero barbilampiño contratado hacía pocos meses, la agarraba de las caderas mientras la montaba dándole enérgicos empellones como si fuese un semental. Lo que el buen hombre había confundido con gritos de dolor no era otra cosa que los gemidos y jadeos de placer que emitía su mujer, como si se tratase de una vulgar mujerzuela y su joven amante. Don Cipriano jamás había visto a Frederika comportarse de aquella manera en sus relaciones íntimas, y menos en aquella postura ordinaria y chanflona que él, por decencia, jamás se le hubiese ocurrido pedirle. El engañado marido sintió ganas de abofetearlos a ambos ante aquella abominación. La claridad que entró en el pequeño almacén hizo que el jardinero se volviese hacia la puerta, descubriendo allí a su señor que, sin expresión ni color en el rostro, los miraba furioso. Justino se separó de golpe de la mujer, como si hubiese sufrido una descarga, y comenzó a abrocharse apresuradamente los botones del pantalón.

—¿Por qué te paras? —refunfuñó Frederika melosa. Giró la cabeza y pudo ver cómo su marido, plantado en la puerta, la miraba como si fuese una auténtica desconocida. Se avergonzó de la situación, aunque solo le duró un instante; enseguida la mujer se recompuso, se bajó las faldas y trató de rehacer su indumentaria con total dignidad.

Justino fue hacia la puerta con la intención de marcharse. Don Cipriano se apartó para dejarle paso.

—Coge tus cosas inmediatamente y no vuelvas a poner los pies en mi casa. ¡Sinvergüenza! —le gritó el hombre sin apenas mirarlo. No podía apartar la vista de su mujer.

—¡No soporto que me mires así! —exclamó Frederika con altanería cuando quedaron a solas. La mujer intentaba hacerse dueña de la situación.

—¿Cómo quieres que te mire, desvergonzada? —Le reprochaba un don Cipriano humillado y dolido—. Te saqué de la miseria y te hice una señora, te he dado una casa, posición… hasta me he enfrentado a mi hermana por ti, ¡y así me lo pagas! —gritó don Cipriano fuera de sí—. Coge tus cosas y márchate esta misma mañana, ¡márchate, porque no sé de lo que sería capaz! —Se dio media vuelta y se apoyó en el quicio de la puerta, no quería verla.

—¿Me echas? ¡No serás capaz, Cipri! —Frederika sintió miedo, se vio repudiada, en la calle, sin nada—. Mi amor, tienes que perdonarme, yo te quiero, esto ha sido solo un momento de locura, no sé por qué lo he hecho, apenas es un niño, un… —Se acercó y se colocó delante de él con ojos llorosos. Pero a su marido se le había caído definitivamente la venda que le había estado ocultando la

verdad durante demasiado tiempo.

—¡Fuera, he dicho! —La agarró con fuerza del brazo y la sacó de forma violenta hasta el jardín—. Vete a servir casas, ese será tu futuro de aquí en adelante, vete a vivir a un barrio de mala muerte con tu joven jardinero; tal vez sea esa la vida que te gusta en realidad. ¡Pobre ignorante, desgraciada, mujerzuela…!

Frederika lo vio todo perdido, pero su instinto de supervivencia hizo que se revolviera como una leona.

—¡Suéltame, no te atrevas a tocarme! —le dijo arrastrando las palabras y apretando los dientes furiosa—. ¿Qué te creías, viejo estúpido? —Estaba decidida a jugar fuerte, se largaría si no tenía más remedio, pero antes le diría al bobo de su marido todo lo que pensaba sobre él. Deseaba hacerlo sufrir, provocarle el mayor daño posible, destruirlo—. ¿De verdad creíste que alguna vez te amé o que gozaba contigo? ¡Nooo! Me daban asco tus manos, siempre sudorosas, torpes e inútiles sobre mi cuerpo, tu boca llena de babas besando mis labios. He fingido contigo desde el primer día y no sabes lo imposible que a veces me resultaba. Jamás te he amado, ¡nunca! ¿Piensas que Justino ha sido mi único amante? He tenido muchos, algunos hasta eran amigos tuyos. Sí, no me mires así, de esos que vienen a las tertulias de los jueves. Mientras tú hablabas en el salón de política, yo retozaba con ellos en la biblioteca y nos reíamos del cornudo y pánfilo Cipri…

Don Cipriano se tapó los oídos con ambas manos, no quería escuchar el veneno y la infamia que salían de la boca de su mujer. El hombre, de pronto, sintió un dolor agudo y punzante que le martirizaba la nuca. Se llevó las manos a la cabeza, intentó hablar, pero su mente no encontraba las palabras adecuadas. ¿Qué le estaba ocurriendo? Sintió pánico, era incapaz de unir las letras de manera que conformaran lo que quería explicar. Dijo algo ininteligible y confuso que su mujer no entendió. Intentó caminar, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo de bruces. Extendió los brazos hacia Frederika implorando ayuda, pero ella no se movió. La visión del hombre se hizo borrosa, su mujer se difuminó delante de él, se hizo la oscuridad más absoluta.

Cuando a la mañana siguiente llegaron a Córdoba doña Ramonita, Belter y Alonso, se dirigieron directamente al hospital. Allí, en una fría e inhóspita habitación, se encontraba don Cipriano. Tenía toda la parte derecha de su cuerpo inmóvil, la cara paralizada, el ojo cerrado y la boca ladeada. Intentó decir algo, pero nadie lo entendió, no podía articular palabra. Una lágrima cayó rodando por su mejilla.

—Cipri, Cipri —lloraba doña Ramonita abrazada a él—. No te

preocupes por nada, hermano. No llores, que me partes el alma, yo te cuidaré, te pondrás bien, te recuperarás, ¡te lo prometo!

Frederika, muy afectada, sollozaba desconsolada sentada en el borde de la cama del enfermo.

—Ayyy, mi marido, pobre. Cuando llegué como todos los jueves de la Casa de Expósitos, me encontré a los criados intentando reanimarlo en el jardín. Lo habían encontrado tirado en el suelo, allí, solito, sin nadie que lo hubiese podido socorrer. No sé por qué estaba allí. Me dijo que iba al cortijo y que volvería al día siguiente, pero se ve que algo lo hizo cambiar de opinión. Creí que el pobrecito mío se moriría en mis brazos. —Sacó de la manga de su vestido su pañuelo de encaje y enjugó sus lágrimas.

Don Cipriano, que no estaba sordo, oyó aquella sarta de mentiras de la boca de su esposa y apretó con la poca fuerza que le quedaba la mano que tenía cogida a doña Ramonita. Su hermana lo miró compadecida. No entendió que su querido Cipriano estaba tratando de enviarle una señal.

Hacia mediados de diciembre don Cipriano había empeorado irremediablemente. Estaba en cama, en estado casi vegetativo. Doña Ramonita se dedicaba a él en cuerpo y alma, no se separaba de su lado en ningún momento. Frederika apenas pasaba unos minutos por la cabecera del enfermo, se excusaba diciéndole a su cuñada que ella no era enfermera, que para atenderlo ya tenían a las criadas. La esposa de Cipriano continuaba haciendo una vida social muy activa, acudía sin ningún tipo de remordimientos al teatro, tertulias o paseos a caballo.

A Ramona se la llevaban los demonios, raro era el día que no se enzarzaba en una violenta discusión con Frederika. Sabía que su cuñada, como un ave carroñera, esperaba impaciente a que don Cipriano muriese para convertirse en una joven viuda, heredera del suculento patrimonio de su hermano. Doña Ramonita rezaba a la Virgen para que esa terrible desgracia tardase en ocurrir. Estaba

convencida de que cuando ese infortunio sucediese, a ella la pondrían de patitas en la calle inmediatamente.

Alonso, después de las largas semanas pasadas en el cortijo, se había encontrado con que su taller de zapatería funcionaba a la perfección. Esto se debía a la buena gestión del joven Fernando, que había sabido dirigirlo con maestría y determinación. Además, contaba con la inestimable ayuda de Fuensanta para llevar las finanzas y la vara de mando. El gaucho observó que entre los jóvenes se había creado una gran complicidad. Risas sofocadas, miradas ardientes, roces de manos. Todos estos gestos no pasaron desapercibidos a un Alonso que había sido cocinero antes que fraile. El argentino preguntó a la gitanilla, medio en broma, medio en serio, por aquella amistad con su pupilo. Era la primera vez desde que la conocía que veía a su amiga sonrojada hasta las orejas y no acertaba a soltar ningún refrán a derechas, por lo que dedujo que su Fuensantilla se había hecho mujer y su corazón había sido cautivado por el joven Fernando. Se convenció de ello una mañana en la que el muchacho, bien temprano, aporreó la puerta de su despacho.

—Buenos días, Alonso, venía a darle las gracias por habernos traído a España a mi hermano y a mí. Creo que aún no se lo había dicho. ¡Qué habría sido de nosotros si nos hubiésemos quedado en Argentina tras la muerte de mi madre y mi tía! —dijo emocionado—. Voy a trabajar duro en el taller para compensárselo y que pueda estar muy orgulloso de mí. Además —añadió—, quiero ofrecerle un futuro a la mujer a la que amo más que a mi vida y quiero confesarle que no es otra que Fuensanta.

Fernando le pidió al gaucho permiso para poder cortejarla formalmente, a lo que su protector, por supuesto, loco de alegría, no puso ningún impedimento. El muchacho, con una gran sonrisa de oreja a oreja, solo acertó a decir: « *Cuando Dios quiere, en sereno llueve* ». Alonso no pudo evitar una sonora carcajada. La gitanilla ya estaba adiestrando a su prometido en la sapiencia de los refranes.

Esa misma tarde, en el salón de su casa, el gaucho le contaba a Belter lo hermoso que le parecía que sus dos protegidos estuviesen enamorados y que él hubiese sido el lazo de unión entre los dos jóvenes. La muchacha, sentada en su regazo, sonreía y escuchaba atenta mientras le acariciaba su negro pelo.

—Es caprichoso y extraño el devenir de la vida, ¿verdad? —prosiguió Alonso—. Me dejé a dos mozalbetes allá en Argentina cuando tuve que huir solo y sin plata. Y luego, por pura casualidad, a la primera persona que conocí acá fue a mi gitanilla y ya nunca me

separé de ella. Tal vez todos tenemos una misión en esta vida, algo que se escapa a nuestro entendimiento. Puede que yo tuviera que ser el instrumento de unión para que estas dos almas llegaran a conocerse.

—¿Y nosotros? —preguntó Belter, besándolo dulcemente en los labios—. Tú en tu Pampa y yo en mi Selva Negra. Dos continentes y dos mundos totalmente distintos de por medio. Nuestras vidas también estaban destinadas a cruzarse. Yo pienso, mi amor, que no existen las casualidades sino las causalidades, una cadena de acontecimientos que te van guiando hasta donde está tu destino. Tarde o temprano también nosotros estábamos predestinados a encontrarnos.

—Y es lo más bonito que me ha pasado en la vida, encontrarte —Alonso le acarició la mejilla. Se quedó durante un momento dubitativo y luego hizo partícipe a Belter de sus pensamientos—. Amor mío, hace tiempo que una idea me ronda en la cabeza.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué te pones tan serio? —preguntó extrañada la joven.

—Porque es un asunto muy importante lo que voy a proponerte. —La miró a los ojos—. Creo que deberíamos marcharnos de aquí, huir. Ahora tengo dinero, buena posición. Podríamos irnos a tu país si quieres y eso te hace feliz.

—¿Irnos a vivir a Alemania? ¿Lo dices en serio? —Belter se retiró un poco para poder observar el rostro de Alonso por si veía algún atisbo de broma—. Va en serio. Pero… tendría que abandonar a Baldomero. Y, además, ¿qué sería de tus negocios?

—Lo tengo todo pensado. —El gaucho hablaba rápido, lo tenía muy meditado—. Mi intención es regalar el taller a Fernando y a Fuensanta, tengo la seguridad de que lo harán crecer y puede ser una magnífica oportunidad de futuro para ellos. Mi parte del cortijo se la dejaré a Juanito, aunque buscaré a alguien de confianza que se lo administre; él aún es muy joven. Don Cipriano no creo que dure mucho y lo que menos me apetece es ser socio de tu hermana. —Su voz denotaba emoción y firmeza—. Llegué hasta Córdoba sin una moneda en el bolsillo. Ahora que el dinero no es problema para mí, podría permitirme el lujo de vivir en cualquier lugar del mundo, pero mi hogar solo estará donde estés tú. —La besó con infinita ternura. De pronto, pareció recordar algo—. Espera, se me olvidaba que tengo un regalo para ti.

La muchacha se incorporó para que Alonso pudiera levantarse. El

gaucho entró en el dormitorio mientras Belter esperaba expectante. Salió sonriendo con una cajita nacarada entre sus manos. Se la ofreció a la bella alemana, que la abrió, risueña y nerviosa, como si fuese una chiquilla. Dentro del estuche había dos alianzas de oro reluciente de distintos tamaños. La muchacha lo miró emocionada. Cogió el anillo de menor tamaño y, cuando se disponía a probárselo, Alonso se lo arrebató de las manos.

—Ni hablar, señora mía, soy yo quien debe poner esta joya en su dedo. Así, desde este mismo instante, se hace oficial que usted es la esposa del señor Fernández de la Oliva y Venegas. —Le colocó ceremoniosamente la alianza en el dedo anular. Belter no pudo reprimir que dos lágrimas rodaran por sus mejillas—. Ahora usted debe ponerme el mío. Así, muy bien… ¡Y nos declaramos ante el mundo marido y mujer!

El gaucho la besó en los labios con pasión y, cogiéndola en brazos, se dirigió a su alcoba mientras Belter escondía tímidamente la cara en su pecho.

—Hoy es nuestra noche de bodas —le susurró Alonso cariñosamente al oído, después de hacer el amor—. Dormirás toda la noche conmigo. Tu ilícito marido, Baldomero, se encuentra de viaje en París, ¿no? Así que yo, tu esposo real y amantísimo, voy a amarte hasta que acabes exhausta. —Belter iba a protestar, pero el gaucho se adelantó a sus reproches—. Y si te preocupa lo que puedan pensar tus criados porque hoy la señora no vuelve a casa, creo sinceramente que debería importarnos un bledo. Dormiremos abrazados y desnudos toda la noche hasta que los rayos de sol entren por la ventana y acaricien nuestros cuerpos

Ella se sonrojó, todavía no había conseguido vencer la timidez ante la naturalidad con que Alonso trataba ciertos temas que para ella seguían siendo tabú. Toda mujer estaba educada en la idea de que lo relativo al sexo era pecaminoso y sucio; una mujer decente no debía sentir, sino ser un elemento pasivo que solo sirviera para el goce absoluto del varón. Pero el gaucho estaba enseñando a Belter a comprender que el amor era entrega mutua, que el placer y la sensualidad que ella experimentaba cuando se entregaba hacían el deleite y el disfrute de él también, que hacer el amor era una experiencia sublime entre dos seres libres e iguales que se aman.

Se aproximaban las fiestas de Navidad cuando ocurrió lo que doña Ramonita tanto temía: su hermano Cipriano, su Cipri, su amigo del alma, su protector, su ángel de la guarda, murió una madrugada de niebla y frío. Ramona, vestida de riguroso luto, tenía tanta pena, tanto dolor en su alma, que sentía que se desgarraba por dentro. Era tal el vacío que su hermano había dejado en ella que pensó que jamás volvería a ser la misma de antes. Se despertaba sobresaltada en mitad de la noche y lloraba sin consuelo hasta que llegaba el día. Su mente, cruel e injusta, no paraba de enviarle retazos de tiempos pasados. Se veía de niña jugando al escondite con Cipriano y haciéndole fullerías y su hermano, fingiendo estar enfadado, le tiraba de la trenza mientras la llamaba tramposa y le hacía cosquillas. Recordaba los veranos en el cortijo de sus abuelos en Badajoz y cómo les gustaba ir hasta el arroyo a buscar renacuajos. Atesoraba esos momentos en su alma y ahora su mente los revivía con una nitidez tan real… Sentía la casa triste, doliente, desolada sin su añorado dueño. Ramona, después de toda una vida allí, había dejado de sentirla como su hogar.

Frederika iba y venía a sus asuntos, vestida de negro de pies a cabeza, como mandaba la tradición y las normas de conducta. Doña Ramonita sabía que lo hacía por el qué dirán, no por el doloroso sentimiento de haber perdido a su esposo. Ramona, indignada, la oía canturrear por la casa cuan alegre gorrión, sin ni siquiera disimular su alegría por verse viuda y… libre.

Una fría mañana, la alemana anunció a su cuñada que se celebraría la fiesta de la Navidad, le molestara a quien le molestase, y añadió que le importaba un comino lo que doña Ramonita y toda Córdoba pudieran pensar. Expuso en su defensa que la Pascua era una celebración religiosa. Ella la había celebrado siempre, incluso cuando su padre murió, y Dios se sentiría muy ofendido si no celebrase el nacimiento de su Hijo como había hecho siempre. Así que, sin esperar el beneplácito de Ramona, que no se tragó para nada su alegato de

ferviente devota, envió las invitaciones pertinentes para la cena de la Natividad a sus amigos y conocidos. Encargó inmensos centros de flores que engalanarían el comedor principal y contrató personal de refuerzo para ayudar en las cocinas. Doña Ramonita le suplicó a Frederika, con lágrimas en los ojos, que no la obligase a asistir a un evento que, creía, era a todas luces inadecuado. Su intención para esa noche no era otra que quedarse en su habitación, rezando por el alma de su hermano. Más tarde le gustaría acudir a la Misa del Gallo.

—Puedes hacer lo que te plazca, Ramona, a mí me trae sin cuidado.

Eso era algo totalmente cierto. Doña Ramonita se había convertido en un mueble más de la decoración de la casa, no tenía ni voz ni voto en nada. Frederika jamás tenía en cuenta su opinión, la ignoraba por completo. Pasaba por su lado sin apenas dignarse a mirarla, intentaba no coincidir nunca con ella durante las comidas y, si se veía obligada a dirigirle la palabra por algún asunto banal, lo hacía con total desprecio. Ramona sufría y callaba. «¿Adónde podría ir?» —pensaba la buena mujer.

La cena de Nochebuena fue un derroche de comida y bebida sin parangón, un dispendio inusual en aquella casa, cuya divisa había sido siempre la austeridad y la generosidad para con los menos afortunados. Belter, sentada a la derecha de su hermana en la mesa y acabada la cena, pidió permiso para subir a las habitaciones de doña Ramonita.

La muchacha llamó varias veces a la puerta de la alcoba, sin obtener respuesta. Se marchaba ya cuando una voz desgarrada le dio permiso para entrar. Belter encontró a Ramona echada sobre la cama, vestida de negro, con el moño suelto, los mechones lacios cayendo sobre su cara y los ojos enrojecidos por el llanto. Se acercó y la besó en la frente.

—Belter, Belter. ¡Ay, si mi pobre hermano levantara la cabeza! Esta fiesta, esta algarabía, estas risas cuando su cuerpo aún está caliente… ¡Qué daño me hacen! Tu hermana es una desvergonzada y no tiene corazón, con lo que él la quería.

—Doña Ramonita, cálmese o se pondrá enferma. Ahora no quiero hablar de mi hermana, yo tampoco apruebo esta cena. Quiero que hablemos de usted. Me duele en el alma verla tan triste. Debería venir a mi casa por un tiempo, hasta que se mitigue este dolor tan grande que siente. Usted me ayudó cuando perdí a mi niña y ahora me gustaría devolverle el favor. Ya sabe que me encuentro muy sola y su compañía siempre ha sido un bálsamo para mí. Puedo hablar con mi

marido, sé que él dará su consentimiento, siempre le ha tenido aprecio. —La muchacha acariciaba la cabeza de la mujer, que estaba apoyada sobre su regazo.

—¡Ni hablar! —dijo Ramona, incorporándose de golpe tras unos segundos de silencio—. Solo saldré de esta casa con los pies por delante. Esta fue la casa de mis abuelos, luego fue de mis padres y más tarde de mi querido hermano. He vivido aquí desde que nací, exceptuando el tiempo que estuve casada. Es la casa de mi familia. Tengo mucho más derecho que Frederika a vivir bajo este techo. Si ella me está echando un pulso para que me marche que no me subestime, pues sabrá quién es de verdad doña Ramonita. —Lo dijo con el dedo en alto, señalando al cielo, a modo de juramento.

De un brinco se puso en pie, parecía imposible que una señora de su edad y altura tuviese tal agilidad. Se recompuso el vestido con ambas manos y le pidió a Belter que le hiciese el moño. La muchacha, más tranquila ante el cambio de actitud de su amiga, la besó cariñosamente en la frente.

—Se acabaron los llantos —dijo doña Ramonita mirándose al espejo—. Me acompañarás a Misa del Gallo, ¿verdad? ¡Qué bonito habría sido tener una hija como tú, Belter!

Llegó abril y con él el aire tibio y el embrujo de la primavera. El olor a azahar de los naranjos, el trisar de las golondrinas, el cielo de un azul intenso, sin rastro de nubes. Belter y Alonso seguían viéndose a escondidas, eran sumamente discretos y contaban con la inestimable ayuda de doña Ramonita. Aprovechaban una semana al mes, durante los frecuentes viajes de Baldomero a París, para dar rienda suelta a su pasión. Su amor estaba cada vez más consolidado y sufrían por no poder estar juntos siempre que querían. Se veían gracias a urdir constantemente mentiras, quedando al atardecer emboscados como criminales. No era eso lo que la pareja quería para su futuro, así que los jóvenes enamorados habían tomado una transcendental decisión

que estaban dispuestos a llevar a cabo hasta las últimas consecuencias. Fuensanta y Fernando se casaban el último día de mayo. Una semana después de la boda, Belter y Alonso lo tendrían todo preparado para huir juntos. Era el plazo que deberían esperar porque el gaucho deseaba ser el padrino de boda de la gitana y su pupilo. Jamás se perdonaría no asistir al enlace de sus protegidos. Alonso tenía pensado poner a la venta la casa de don Diego, entregando más de la mitad de los beneficios que se obtuvieran a su primo don Pedro. Sabía que la ilusión del ermitaño había sido siempre construir una escuela para niños pobres y sin recursos. Él lo haría posible como regalo de despedida. Con el capital adquirido en los últimos años, el dinero de la herencia de su padre y la venta de la casa tendría más que suficiente para empezar una nueva vida con Belter. Daba igual a qué lugar del mundo lo llevaran sus pasos si ella estaba a su lado. Habían intentado convencer a doña Ramonita para que los acompañase, pero la mujer se había negado rotundamente, decía tener demasiados años a sus espaldas para empezar de nuevo.

Frederika, por su parte, seguía siendo totalmente ajena al romance que mantenían su hermana y el gaucho. Ella se dedicaba a disfrutar de la vida y de sus amantes esporádicos, de los que se cansaba pronto. Eran muchos los hombres que la pretendían, una viuda joven y rica era un buen partido, sin lugar a dudas. Pero ella se había prometido a sí misma que no volvería a casarse jamás. Ahora era una mujer libre y con una buena posición económica. Ni en el mejor de sus sueños hubiera podido imaginar una situación tan idílica.

Aquella mañana, doña Ramonita había estado desayunando en el jardín, debajo del tilo, cerca del pozo. Le gustaba aquel rincón íntimo y acogedor. Acababa de releer la carta que Belter le había enviado el día anterior, donde trataba de convencerla por enésima vez para que se marchase con Alonso y con ella. La mujer sonrió, su pupila no cejaba en su empeño, ¡cómo la echaría de menos! Pero no podía abandonar su casa, aquel era su hogar. Dobló el papel cuidadosamente y lo escondió astutamente en el bolsillo secreto de su falda. La mala fortuna hizo que la indiscreta misiva resbalase y cayese al suelo sin que la mujer se diera cuenta del extravío. Ramona subió hasta su habitación para arreglarse, había quedado con doña Matilde para ir al Hospital de Agudos a visitar a los enfermos, querían entregar un sustancioso donativo.

Frederika no había salido esa mañana a pesar del buen tiempo, tenía un dolor de cabeza terrible, aquella maldita jaqueca la estaba martirizando. Se encontraba recostada sobre el elegante sofá d e tres

plazas, al lado del gran ventanal que daba al jardín. Mataba el tiempo mientras esperaba a que la avisasen de que ya tenía preparado el almuerzo. Pensó que tal vez, cuando llenase algo el estómago, remitiría el dolor. Desde aquel ángulo podía disfrutar del cuidado y hermoso vergel que se mostraba ante sus ojos. La primavera estaba en todo su esplendor, el jardín era una hermosura de colores y olores. Estaba leyendo un folletín por entregas, lectura que se había puesto muy de moda. Distraídamente la alemana alzó la vista del capítulo que tenía abierto y miró el parterre lleno de pensamientos. De pronto, un objeto caído sobre el albero llamó su atención. Se levantó, perezosa, y se acercó hasta el banco de forja donde solía sentarse Ramonita. Junto a este, en el suelo, había un papel doblado minuciosamente en varios pliegues; se agachó a recogerlo y enseguida reconoció la letra de su hermana. Intrigada, guardó la carta entre las páginas del periódico, subió a su habitación a toda prisa, se sentó en la cama y desdobló el papel, interesada enormemente en su contenido. A medida que leía, su cara se iba contrayendo en una mueca terrible. Se mordió el labio inferior hasta casi hacerse sangre.

«¡No puede ser!» —casi gritó. Aquella carta dejaba claro que Belter y Alonso pensaban huir en breve. Eso es lo que revelaba aquel infame papel. Aquello significaba que la relación entre su hermana y el gaucho nunca había terminado y que la habían engañado miserablemente, tomándola por una estúpida. Recordó la última conversación que mantuvo con Alonso. Había sido en el jardín de doña Matilde, el día que murió Enriqueta. En aquella ocasión, el hombre le había confesado cómo detestaba a Belter por haberse casado con Baldomero. ¿Cuándo se habrían reconciliado? ¿Desde cuándo se estarían viendo? La cabeza le iba a estallar. De seguro que la alcahueta de su cuñada tendría mucho que ver en todo aquello. Presa de la ira, rompió la carta en mil pedazos. Tiró los trozos en la chimenea, encendió una cerilla y les prendió fuego. Se quedó mirando absorta cómo ardían. Sus ojos, brillantes de odio, refulgían más si cabe con aquella diminuta fogata, dando a su rostro un rictus casi diabólico. «Juro que no se saldrán con la suya» —dijo entre dientes. Tenía que hacer algo, actuar con rapidez, pensar en cómo impedir la huida. Se acercó decidida hasta un pequeño escritorio. Su corazón clamaba venganza. Escribió una nota y llamó a Virtudes, la doncella, para que la llevase urgentemente a casa del señor Baldomero Castañeda; debía entregársela en mano. En ella le indicaba que era apremiante que hablase con él lo antes posible. Era cuestión de vida o muerte.

Mayo, el mes de las flores, había llegado. Pronto Fuensanta y Fernando se darían el «sí, quiero». Los muchachos se amaban sinceramente, se respetaban y estaban ilusionados por formar su propia familia. Todos andaban atareados con los preparativos de la boda. Belter y doña Ramonita se habían ofrecido para ayudar a la muchacha a preparar su ajuar pues era mucho lo que había que bordar y adornar con puntillas y encajes; apenas quedaban un par de semanas para el enlace. Las mujeres se reunían casi todas las tardes en casa de los Castañeda y entre risas, bromas, refranes, chistes y cantos de la gitanilla, pasaban veladas llenas de complicidad y amistad que quedarían para siempre en sus recuerdos.

— *El melón y el casamiento han de ser acertamiento* —decía Fuensanta mientras cosía una tira bordada en el extremo de unos pololos—. Pero yo con mi Fernando del alma sé que no me equivoco, estoy segura.

—Pues mi madre lo que decía al respecto del matrimonio —sentenciaba doña Ramonita, mientras hilvanaba el dobladillo a una sábana — es que *casamiento y mortaja del cielo bajan* .

—Ay, es que es más *resalao* —seguía diciendo la gitana—. Ya iba siendo hora de que tuviese algo de *potra* en esta vida, señoras mías, que no todo iban a ser desgracias. —Todas rieron su genuina jerga, la alegría de esa muchacha era algo contagioso.

A media tarde, Fernando hizo su aparición en la casa, venía a recoger a su prometida. Tenían que cuadrar las cuentas de la semana antes del cierre del taller. Para los números no había nadie que tuviese una mente más privilegiada y clara que Fuensanta. Educadamente hizo notar su presencia antes de entrar en el salón.

—Permiso —dijo el muchacho dando dos golpes en la puerta, que se encontraba entreabierta.

—Ahí tienes a tu *resalao* —le comunicó Belter imitándola de forma divertida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Si es que lo veo y *se me alegran las pajarillas* ! —dijo salerosa Fuensanta. La gitanilla soltó su labor y, con una sonrisa en el rostro, se acercó a su prometido, que la besó tímidamente en la mejilla.

—Señoras, veo que están aquí *riunidas* y, dada la algarabía que hay, creo que se lo están pasando en grande —comenzó a decir Fernando—, por lo que lamento decirles que debo llevarme a Fuensanta. Esta muchacha está *aquerenciá* con ustedes, pero tenemos que ir a cerrar cuentas. Como dicen en mi tierra, hay que pagar el arriendo y la botica.

—¡Ay, madre mía! Y además de ser más bonito que un San Luis —exclamó orgullosa Fuensanta, a la par que pellizcaba la mejilla de su novio con tanto ardor que el muchacho se quejó de la efusividad de la caricia—, ¿no da gusto oírle hablar con esas palabrejas tan raras que suenan tan bien en mis oídos?

Ramona y Belter rieron de buena gana. No era Fuensanta precisamente la más adecuada para hablar de palabrejas. La joven alemana se levantó para despedir a la pareja, pero una punzada en la boca del estómago la hizo encogerse sobre sí misma y ahogar un grito de dolor. Sus mejillas perdieron toda lozanía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Fuensanta cogiéndola del brazo—. Se te ha puesto mala cara.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, no es nada, enseguida se me pasa —dijo la muchacha mientras, penosamente, volvía a sentarse en el sillón—. Llevo dos días con ardores y dolor de estómago, he debido de comer algún alimento en mal estado. Vete tranquila.

Doña Ramonita la observó preocupada. Belter le sonrió para quitar hierro al asunto y volvió a sus quehaceres de costura.

Llegó el último domingo de mayo. Apareció un día radiante y con una luz resplandeciente. Doña Ramonita tenía el gran honor de ser la madrina de boda y Alonso sería el padrino. Desde los contrayentes a padrinos y amigos, todo el mundo estaba realmente emocionado. Dos buenas personas unían sus vidas para siempre y elegían iniciar un largo camino juntos. El casamiento reunió a un numeroso grupo de personas de lo más influyente de la ciudad. Alonso ya era un reputado empresario en el mundo del calzado y un reconocido criador de caballos de fama nacional. Toda la boda corría de su cuenta, desde los trajes de los contrayentes hasta el almuerzo. No había escatimado en gastos, quería que todo saliese perfecto y que fuera un día inolvidable.

Después de la emotiva ceremonia se dirigieron a disfrutar del magnífico banquete que se celebró en casa del difunto don Diego, propiedad ahora de Alonso. El salón grande se había iluminado y adornado para la ocasión con guirnaldas de azahar. Para aquella ocasión se sacó la mejor cristalería y vajilla de la casa. Se sirvieron gelatinas, jamón, ensalada de salmón, truchas y perdices… Todo tipo de dulces y bebidas como jerez, oporto, champán… Acabado el opíparo banquete, comenzó el baile. Alonso pidió un rigodón a Belter, que miró a su marido para ver si este le concedía su permiso. Baldomero asintió con desgana y giró la cabeza hacia otro lado con gesto despectivo. Castañeda vio cómo Frederika se dirigía hacia él con cara de pocos amigos. Intentó escabullirse, pero era demasiado tarde, la mujer le dio alcance.

—¡Eres un cornudo! —le increpó la alemana en voz baja—. Míralos ahí, bailando como dos tortolitos, embobados el uno con el otro, delante de todo el mundo. Y tu madre viendo cómo se ríen de ti en tu cara. No tienes dignidad. Mañana serás la comidilla de toda Córdoba.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó el muchacho, mirándola desesperado.

—¡Quiero que acabe pronto todo! No puedes permitir que se larguen juntos o serás el hazmerreír de toda la ciudad.

—Frederika, sabes que… —Baldomero ahogó un sollozo.

—No quiero oír de nuevo tus lloriqueos, ¡ya lo hemos hablado! —gritó Frederika fuera de sí. Una pareja de avanzada edad que estaba cerca de ellos volvió la cabeza al oír el tono brusco de la mujer. La alemana se acercó al oído de Castañeda—. Le contaré a tu madre lo que haces a altas horas de la noche en ciertos tugurios. Le diré cómo te gusta pasear por ciertos callejones de la ciudad oscuros y siniestros. Además, le hablaré de tus frecuentes viajes a la capital de Francia. Sabrá que su hijo es un invertido y un depravado. —Dicho esto, Frederika le dio la espalda y se alejó dejando a Baldomero en un lamentable estado de nerviosismo. El muchacho se mordió el labio inferior para evitar que la barbilla comenzase a temblarle. Sentía unas inmensas ganas de llorar.

A pocos metros de él, Belter bailaba feliz en brazos de Alonso. Faltaba solo una semana para que sus vidas cambiasen para siempre, el tiempo necesario para que el gaucho dejase bien atados todos los cabos legales de la cesión de sus negocios. Luego podrían amarse sin tener que ocultarse, sin tapujos ni mentiras. Tendrían media docena de hijos y envejecerían juntos cogidos de la mano. No necesitaban la

bendición de Dios, porque ellos siempre se habían sentido como marido y mujer.

—Belter —le susurró Alonso al oído—, debemos vernos la próxima semana, tenemos que ultimar algunos detalles antes de nuestra partida. Estoy deseando que llegue el día. ¿Crees que podrás poner alguna excusa a Baldomero para poder vernos el martes por la tarde en mi casa? —La muchacha asintió.

—Lo intentaré.

Al acabar la pieza de baile, se separó de Alonso y volvió al lado de su esposo, que parecía estar ausente, preocupado por algo. Le preguntó si se encontraba bien; él la miró de un modo extraño, una mirada compasiva que Belter no entendió. La relación entre ambos era fría, distante, pero siempre cortés. Apenas se veían pero, cuando coincidían, el trato entre ellos era respetuoso y amable. Baldomero se limitó a decirle que se marchaba a casa. Belter pronto olvidó a su marido. Alonso, desde el otro extremo del salón, solo tenía ojos para ella. La muchacha, con mirada pícara, comenzó a jugar con el abanico. De las suaves plumas de avestruz salían mensajes encriptados para su amante. Señales que hablaban de amor, de pasión y de anhelos. Recados que atravesaban, discretos, el suntuoso salón al compás de una mazurca.

Llegó el martes previsto, pero Belter no acudió a su cita con Alonso. El maldito dolor de estómago había vuelto con más virulencia si cabe. Un sudor frío le recorría la espalda. Se miró al espejo y descubrió, preocupada, que su tez tenía un mortecino color amarillento. A duras penas pudo bajar hasta el gabinete para escribir una nota a don Genaro, el médico de la familia, para que acudiese cuanto antes. Ya hacía varios días que convivía con aquel malestar intestinal que no remitía. Empezaba a estar preocupada. No se había percatado de la presencia de su marido, sentado en un diván justo al lado de la ventana. Los codos apoyados sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, moviéndola sin parar. Miraba fijamente al suelo y mascullaba

algo ininteligible. No era habitual que a esas horas del día se encontrara en casa. Llevaba una semana con un comportamiento poco usual. No trasnochaba y cenaba con ella en el comedor, cada uno en un extremo de la mesa, silenciosos, cabizbajos… No tenían nada que decirse. Marido y mujer guardaban cada uno su propio secreto. A veces Belter sorprendía a Baldomero mirándola de una manera extraña. El hombre, de pronto, al verse descubierto, parecía querer decirle algo, pero luego se arrepentía y callaba.

—¿Qué ocurre, Baldomero? ¿Te encuentras mal? —Belter, con la nota aún en la mano y apenas sin fuerzas, se sentó al lado de su marido.

—Una noticia inesperada, acabo de recibir esta carta. —El hombre sacó un papel arrugado del bolsillo de su chaqueta y lo entregó a su mujer, que comenzó a leerlo.

La misiva estaba fechada en París, escrita con letra elegante y puntiaguda por mano de Juanito Villasante. El amigo de su marido, compungido y destrozado, le expresaba a Baldomero que no podía continuar con aquella tortuosa relación en la que vivían. Le declaraba seguir amándolo tanto como el primer día, aquella vez lejana en la que sus labios se rozaron siendo apenas dos adolescentes. Pero sus padres, que comenzaban a sospechar de sus frecuentes viajes a Madrid y de las visitas cada vez más asiduas de Baldomero a París, le habían concertado un matrimonio. En breve se casaría con madame Savary, una viuda mayor que él, madre de dos hijos y dueña de una pequeña fortuna. Se marcharía a vivir a la región de Medoc, donde se encargaría de administrar las miles de hectáreas de viñedos que había heredado la señora Savary de su difunto marido. Por supuesto, él no la amaba pero quería intentar ser feliz, dejar esa doble vida que lo hacía estar asustado constantemente por miedo a ser descubierto. Por último, le deseaba suerte y que encontrase la felicidad junto a Belter. El destino, decía, había puesto en su camino a una gran mujer.

—¿Lo entiendes ahora, Belter? ¿Lo entiendes? —sollozaba Baldomero mientras la sujetaba fuertemente del brazo—. Ahora sabes la verdad, tu marido es un invertido, un pervertido, un enfermo, un depravado al que le gustan los hombres. Sí, ahora podrás entender por qué no te he tocado desde que nos casamos. Jamás en mi vida he estado con ninguna mujer. Todo el mundo sabe que he tenido infinidad de amantes, pero lo que nadie sabía es que eran hombres. Te escandalizarías si te nombrase los apellidos de algunos de ellos, familias decorosas y recatadas de esta hipócrita ciudad. —Soltó una carcajada estridente e histérica—. Todos vivimos en una farsa, Belter,

todos. Nos importa mucho el qué dirán, los juicios morales, y eso hace que nos ocultemos como ratas por pura cobardía.

—Entonces, ¿te casaste conmigo por acallar esos rumores? —preguntó Belter, sintiendo una enorme pena por Baldomero.

—Sí, me casé contigo, amenazado por tu querida hermanita. Es una maldita arpía. Me dijo que lo contaría todo si no accedía a casarme contigo. —Baldomero paseaba desesperado de un lado a otro de la habitación—. Ella lo sabe todo desde hace tiempo, nos descubrió a Juanito y a mí en su casa la noche de los disfraces. Me juró que se lo contaría todo a mi madre, ¡mi pobre madre! —comenzó a llorar mientras se mesaba el cabello—. Se moriría del disgusto si se enterase. Hace años que cree que he vuelto al redil, que me he rehabilitado.

—¿Frederika te obligó…? —La muchacha no daba crédito a lo que escuchaba. Sintió una nueva punzada de dolor en el estómago y le entraron unas náuseas terribles.

—Sí, me contó que habías mancillado el apellido de la familia Fuentes. Que estabas embarazada del gaucho y que tenía que desposarte enseguida o difundiría la verdad por toda la ciudad. Tu hermana ha destrozado tu vida y también la mía, Belter. —Se tapó el rostro con las manos y unas amargas lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Baldomero, si me lo hubieses contado antes, yo te habría ayudado. Te hubiese entendido, habrías tenido en mí una amiga. —Belter comenzó a acariciarle el pelo como si de un niño se tratase. Era la primera vez que había contacto físico entre ellos.

—Mi padre me pegaba, ¿sabes? —Castañeda sacó un pañuelo y se sonó la nariz de forma ruidosa—. Cuando era un adolescente imberbe me sorprendió besándome con Juanito en la bodega. Sin darme ni pedirme explicaciones, se quitó el cinto y me dio una paliza de órdago que casi me mata. Entonces se lo contó a mi madre, que estuvo días llorando. Más tarde se empeñó en curar mi desviación y me llevó a varios médicos ilustres de Madrid. Quiso alejarme de Córdoba para que nadie pudiese descubrir que tenía un hijo con un trastorno mental. Uno de los afamados galenos a los que me llevó me llamó invertido y anormal; diagnosticó que yo sufría una anomalía psíquica y que, con medicación y mano dura, me harían dominar mis perversas inclinaciones. El segundo doctor fue algo más amable, le explicó a mi padre que no era vicio lo que yo tenía, sino una lamentable desgracia. Mis padres debían ayudarme a remontar la corriente para que volviese a tener tendencias normales. El tercero sentenció que estaba

demostrado que la desviación sexual que yo sufría era debida a madres frías e insensibles. Por lo que mi sufrimiento se amplió también a mi pobre madre. Mi progenitor nos hizo la vida imposible a los dos, a mí por marica y a mi madre por, según él y el doctor, ser la causante de mi pecado. A Dios gracias que el señor Castañeda murió dos años después del diagnóstico y pudimos vivir aliviados. Pero entonces monté una ficción, una doble vida, hice creer a mi madre que milagrosamente me había curado. Pobrecita, si ahora supiese que todo ha sido un engaño, se moriría del disgusto. —Miró a Belter con los ojos enrojecidos por el llanto.

Su mujer, conmovida, le acercó un vaso de agua y lo abrazó. Él estuvo unos segundos dejándose mimar por su esposa, como si fuese un chiquillo pidiendo comprensión y algo de ternura. De pronto, inesperadamente, se puso en pie de un salto y la miró aterrado.

—¡No me abraces, Belter! —le gritó mientras se apartaba de su lado horrorizado—. No merezco tu comprensión. Tú eres buena y yo soy un demonio, soy un ser vil y despreciable. —Se tapó la cara con ambas manos—. Dios mío, ¡¿qué estoy haciendo, qué estoy haciendo…?!

Salió despavorido de la habitación mientras Belter, sentada en el sofá y con la carta de Villasante aún en la mano, miraba desconcertada hacia la puerta por donde acababa de desaparecer su esposo.

Al día siguiente, Alonso rogó a doña Ramonita que fuese a visitar a Belter. Estaba preocupado por ella. Le contó que había recibido una nota de la muchacha en la que se excusaba por no poder acudir a la cita por encontrarse enferma. Ramona, sin dudarlo, se presentó esa misma tarde en casa de Belter. La criada la pasó al salón y le pidió que tomase asiento mientras avisaba a su señora. La casa estaba silenciosa y oscura, llena de tristeza, como ella nunca la había visto antes. La mujer sufrió un escalofrío. Tuvo un mal presentimiento.

Belter bajó a saludar a su amiga. Llevaba un camisón de lino, una bata de raso color azul noche y el pelo recogido en una trenza. Con paso lento y cansado, se acercó a besar a doña Ramonita. La buena señora observó que la muchacha tenía dificultad para respirar, la tez amarillenta y unos oscuros surcos alrededor de sus hermosos ojos.

—¿Pero qué tienes, mi niña? —La mujer la besó dulcemente en la frente y la ayudó a sentarse. Belter se recostó sobre el sillón, doña Ramonita le colocó solícita varios cojines tras la cabeza para que pudiese estar más cómoda—. Hija, me manda Alonso, está muy preocupado por ti. No sabía que estuvieras así, he estado muy

ocupada con el asilo; de haberlo sabido, habría venido a verte antes.

—Llevo varios días así. En un principio pensé que se trataría de una gastroenteritis o algún alimento que había consumido en mal estado —dijo la muchacha preocupada y con voz apagada—. Pero cada día que pasa me encuentro peor. Le he dicho a Baldomero que avise al doctor.

—Entonces me quedaré aquí contigo hasta que llegue. No te dejaré sola. Quiero estar delante cuando te examine el médico.

A las siete de la tarde llegó Baldomero; dijo haber ido a casa de don Genaro, pero estaba ausente. La mirada que le dedicó Castañeda a doña Ramonita dejó entrever que no le gustaba la presencia de la señora en su casa precisamente en aquellos momentos; se le notaba nervioso y alterado. Con voz trémula explicó que le había sido del todo imposible dar con el doctor. Según le había contado la mujer de don Genaro, había tenido que salir urgentemente de la ciudad a visitar a un paciente, había sido un compromiso ineludible. Baldomero le había dejado recado de que, en cuanto regresara, fuese a su casa para examinar a Belter. La enferma, contrariada y débil, pidió que la ayudasen a llegar hasta su habitación. Doña Ramonita se quedó con ella hasta que la muchacha, rendida, cayó en los brazos de Morfeo.

A pesar de las horas tan intempestivas, Ramona quiso acercarse a casa de Alonso para darle noticias de Belter. Sabía que lo estaba pasando mal por no poder estar al lado de la muchacha. El gaucho la esperaba ansioso. Escuchó en silencio y sobrecogido el diagnóstico que Ramonita hizo del estado de la muchacha. Le mortificaba el hecho de que ella estuviera sola y enferma y no poder abrazarla. No deseaba otra cosa que salir corriendo a casa de los Castañeda, se paseaba inquieto de un lado para otro de la habitación, como un león enjaulado, impotente, sin saber qué hacer y herido de amor y desesperación.

—¡Maldita sea! —Dio un puñetazo sobre la mesa. Su voz sonó desgarrada —Tengo que hacer algo, quiero ir a verla, me martiriza la idea de no poder estar a su lado. Esto tiene que acabar de una vez por todas, doña Ramonita, no podemos estar separados por más tiempo o me volveré loco.

—Sí, hijo, tienes razón. Os merecéis ser felices —Ramona posó la mano en su hombro y lo apretó para infundirle ánimos—. Tenéis que marcharos cuanto antes. Llévatela lejos de aquí, Alonso, muy lejos. Mañana volveré temprano a verla de nuevo; en cuanto sepa algo, te lo haré saber. Ahora manda que te preparen una tila, hijo, y descansa.

No puedes hacer nada.

Alonso siguió el consejo de doña Ramonita y se tomó una infusión doble, pero no se sintió más calmado. No pegó ojo en toda la noche. Se tumbó en el salón al lado de la chimenea apagada, vestido y calzado por si había alguna urgencia. Tan cerca de la felicidad y, en el último momento, el destino volvía a jugarle una mala pasada. Esta vez venía disfrazado de una inoportuna enfermedad.

Al día siguiente Alonso anuló todos sus compromisos para no moverse de casa, esperaba noticias. Con barba de dos días, el pelo alborotado y la ropa desaliñada, parecía el antiguo gaucho hermoso y salvaje que galopaba por la Pampa. Fumaba un cigarro tras otro sin dar tregua, estaba nervioso y de mal humor. Chilló a varios criados por su torpeza. Una joven recién entrada a su servicio se echó a llorar ante los gritos de su amo. El gaucho se arrepintió inmediatamente por su áspero comportamiento con la muchacha y, avergonzado, le pidió disculpas.

A media mañana apareció doña Ramonita, pálida y con cara de preocupación. La mujer no traía buenas noticias. El médico aún no había dado señales de vida. Según le había contado Baldomero, había vuelto a casa del doctor pero este había salido al amanecer para asistir a un parto complicado de la mujer de un amigo.

—No lo entiendo, Ramona —decía Alonso impotente y desesperado—. ¿Pero es que no hay más galenos en toda Córdoba? Si mañana mismo no ha ido ningún médico a ver a Belter, echaré abajo la puerta de los Castañeda y la llevaré yo mismo en brazos si hace falta hasta el hospital de agudos para que la examine mi amigo el doctor Fermín Noriega.

—Pues así se hará —afirmó Ramona con contundencia. La mujer tenía los ojos hinchados y enrojecidos, lo que demostraba que ella tampoco había dormido bien.

Doña Ramonita se marchó a su casa cariacontecida y afligida. Según le explicó a Alonso, Baldomero no había consentido que se quedara a cuidar de Belter. Le preocupaba seriamente el estado de salud de su pupila; no había querido contarle al gaucho los detalles sobre el estado de la muchacha, pero esa misma mañana Belter se había levantado con sudores y espasmos. Doña Ramonita había observado que su aliento desprendía un olor fuerte… como a ajo. Los vómitos de la muchacha tenían un extraño color fluorescente. Jamás había visto una cosa igual.

La noche se presentó con una tormenta primaveral imponente. Los

rayos iluminaban el cielo con hermosos y a la vez peligrosos destellos. Los más supersticiosos del lugar rezaban a Santa Bárbara, asustados por tamaño estruendo. Pasaban las dos de la madrugada y Alonso aún no se había ido a su alcoba. Tomaba un coñac mientras miraba hipnotizado, abstraído en sus pensamientos, cómo resbalaban las gotas por el cristal de la ventana. Era incapaz de conciliar el sueño. Un destello eléctrico iluminó todo el salón, solo alumbrado por las ascuas de una pequeña hoguera que había encendido el gaucho. Era junio pero sentía frío el cuerpo y el alma. Tras un relámpago, un fortísimo estruendo seco retumbó en el zaguán. En un principio, Alonso pensó que se trataba de un trueno, pero prestó mayor atención. Estaba equivocado, alguien aporreaba la aldaba de la puerta principal con todas sus fuerzas. El corazón comenzó a latirle con fuerza, el pulso acelerado en sus sienes le provocó un repentino dolor de cabeza. Encendió las velas de un candelabro y se dirigió hacia la puerta, la servidumbre dormía. Abrió. Delante de él se presentó la imagen de un Baldomero con la cara desencajada, empapado por la lluvia y llorando como un niño. Con voz trémula y apenas perceptible le rogó, por favor, que lo ayudase.

—Alonso, ¡tiene que venir a mi casa! —le gritaba Castañeda fuera de sí—. Belter ha empeorado, creo que se está muriendo. Belter se muere…

Alonso, con el miedo reflejado en su rostro, lo agarró por la solapa de la chaqueta y lo zarandeó con fuerza.

—¡¿Qué dices, hijo de puta?! ¡Belter no va a morir, no va a morir!

Baldomero, apenas sin fuerzas, gemía sin oponer resistencia. Alonso lo empujó para apartarlo de su camino y salió corriendo bajo la copiosa lluvia. Castañeda intentaba darle alcance. Ambas casas estaban muy cerca, pero para el gaucho el recorrido se hizo interminable. Llegó empapado y temblando de angustia. El dueño de la casa abrió la puerta y Alonso subió las escaleras de dos en dos. Ya en la segunda planta, Baldomero le indicó la habitación de Belter. La puerta estaba entreabierta. Alonso se acercó hasta la cama apenas iluminada por la suave luz de una vela dentro de un fanal. Belter deliraba… El muchacho se quedó paralizado al ver el estado en que se encontraba el amor de su vida. El cambio experimentado en tan pocos días le dejó el alma helada. La extrema delgadez, la debilidad, la tez cetrina… El gaucho era incapaz de hablar, sentía el corazón en un puño. Detrás de él, Baldomero lloraba y se mordía los nudillos.

—¿Qué te pasa, amor? —le decía Alonso angustiado a Belter mientras pasaba suavemente la mano por su frente sudorosa.

De pronto, la muchacha comenzó a retorcerse de dolor y a sufrir fuertes convulsiones. El gaucho reaccionó. Tenía que actuar rápidamente o Belter moriría. Echó para atrás las sábanas que cubrían a la muchacha y, cogiéndola en brazos, se dispuso a llevar aquel cuerpo frágil y ligero, casi sin vida, al hospital que dirigía su amigo a pocas manzanas de allí. Bajó las escaleras mientras gritaba a Baldomero que le abriese la puerta. No había tiempo de ensillar los caballos ni enganchar el carruaje. Corrió desesperado bajo el aguacero. Los relámpagos iluminaban las calles vacías. La noche estaba oscura, sin luna. Estuvo a punto de caer en más de una ocasión, pero su mente solo le repetía, una y otra vez, que tenía que llegar hasta el hospital cuanto antes, tenía que salvar a Belter.

La joven, en sus brazos, empapada y sin fuerzas, como en un sueño, lo oía gritar con voz desgarrada y lejana en la soledad de la noche.

—¡Ayuda, Dios! ¡Ayudaaaaa! ¡Ayúdame, Dios mío, por favor, que alguien me ayude!

Belter no entendía nada, su mente era como una niebla invernal. ¿Acaso Alonso lloraba por ella? No conseguía comprender bien qué pasaba. Recordaba haber estado muy enferma, pero ahora se encontraba mejor. Ese fuego en el estómago que la hacía vomitar había desaparecido, el dolor había cesado, ya no estaba. Seguía sintiéndose débil, pero estaba segura de que pronto se encontraría mejor. En pocos días se marcharían juntos y empezarían una nueva vida. Quería decirle eso y muchas cosas más, pero no podía comunicarse con él, la voz no llegaba a su garganta. Deseaba besarlo, decirle que no llorase, que no se preocupase, limpiar sus lágrimas. De pronto, extrañada, notó cómo los gritos de Alonso se hacían cada vez más lejanos. Apenas eran un susurro en el viento, sintió frío, estaba mojada y cansada, muy cansada. Una luz resplandeciente la cegó por completo, ¿qué era aquello? Colocó su mano en la frente a modo de visera para poder ver con claridad… ¡Era el sol! Un sol resplandeciente y brillante. No salía de su asombro. Estaba en un mullido prado verde, al fondo se encontraba su granja. Su madre extendía la ropa sobre la hierba para que blanqueara. Su padre, desde la orilla del río, la saludaba con una mano mientras que con la otra sujetaba a un bebé en brazos, ¡era su pequeña Enriqueta! El hombre la apremiaba para que se acercase hasta donde ellos se encontraban. Belter dudaba, no sabía bien qué hacer. Prestó atención, había dejado de oír los gritos y el llanto de Alonso.

Se entristeció. Entendió inmediatamente que debía marcharse para siempre, pero no quería irse así. Tenía que hacer un último esfuerzo,

tenía que despedirse de su amor, debía intentarlo. Se concentró en abrir los ojos, sabía que podía lograrlo. Sí, allí estaba su gaucho, su Alonso, su esposo. Era tan bello… La miraba con sus grandes ojos negros arrasados en lágrimas. Su pelo húmedo caía a jirones sobre sus anchos hombros. La contemplaba con una inmensa ternura y desesperanza a la vez. La amaba tanto… Belter realizó un esfuerzo titánico hasta conseguir alzar la mano y tocar su mejilla, le sonrió. Quiso hablarle, pero no podía, quería trasmitirle con su mirada que lo esperaría siempre adónde quisiera que fuese, sus almas no podrían separarse jamás.

Alonso posó su boca en los labios de Belter y le dio un beso dulce, eterno. Ella supo entonces que él había comprendido. Cerró los ojos tranquila. Ahora sí, había llegado la hora, tenía que marcharse. Se vio a sí misma caminando descalza por una estrecha vereda, volvía a su casa. Allí permanecería el tiempo que fuera necesario esperando a Alonso, en los verdes prados de la primavera o en los bosques helados del invierno. Todas las tardes, durante el ocaso, miraría el horizonte por si él aparecía en una cálida tarde de verano o entre los hermosos colores ocres del otoño.

El gaucho sintió cómo los brazos de Belter languidecían poco a poco y caían sin vida como ramas secas a lo largo de su cuerpo. La cabeza, inerte, reposaba sobre el pecho del hombre, mientras su cabello dorado y húmedo le cubría el rostro. Alonso, roto de dolor, lanzó un grito desgarrador que rompió el silencio de la madrugada. El eco se lo devolvió aún más lastimero. El muchacho cayó de rodillas sobre el empedrado, con Belter todavía en sus brazos. En la lejanía, los ladridos de unos perros se confundieron con un aullido salvaje que salía de la garganta del gaucho.

Alonso hundió su rostro en el cuello de Belter. Se quedó allí, arrodillado, meciéndola entre sus brazos, incapaz de separarse de ella, hasta que perdió la noción del tiempo. Aparecieron los primeros rayos de sol en un cielo completamente azul. El viento de la noche había barrido cualquier vestigio de nubes. No quedaba ningún rastro de la tormenta, el mundo continuaba girando, ajeno al dolor del gaucho.

Córdoba entera se levantó conmocionada por la terrible noticia. La joven y bella Elizabeth Therese Müller, conocida como Belter, había muerto. Esa misma mañana Venancio, el sereno, se había encontrado con don Alonso cuando regresaba hacia su casa después de la ronda. El gaucho estaba abrazado al cuerpo sin vida de la muchacha, con el juicio medio perdido.

Los agentes de la autoridad levantaron de la cama a doña Matilde a primera hora de la mañana. Habían acudido a casa de Baldomero para informarlo del fallecimiento de su esposa en extrañas circunstancias, pero los sirvientes no habían sabido informarles sobre el paradero de su señor. Los criados, según contaron los agentes a la señora Castañeda, habían oído murmullos, gritos y carreras por la casa durante la noche, pero luego todo había quedado en silencio. La mujer, descompuesta por la trágica noticia de la muerte de su nuera, se encaminó hacia la casa de su vástago para informarle ella misma en persona de lo ocurrido. Le abrió la sirvienta que, asustada, le contó nerviosa que don Baldomero había llegado a casa hacía aproximadamente una hora en un estado lamentable. Se había encerrado en su habitación y habían oído mucho ruido, objetos que caían y cristales rotos. Habían aporreado la puerta de la alcoba hasta dolerles los nudillos, pero estaba cerrada a cal y canto y nadie contestaba desde su interior.

Doña Matilde había llevado su propio manojo de llaves. Aquella casa era herencia de familia y había vivido allí hasta que Baldomero cumplió los diez años. Se la había regalado a su hijo como obsequio de bodas, pero guardaba copia de todos los llavines de las habitaciones. La señora probó con varias llaves ante la curiosa mirada del servicio, que aguardaba a su espalda. Por fin, una de ellas se acopló perfectamente a la vieja cerradura y giró. La mujer, cauta, abrió solo lo suficiente para poder pasar ella. Los criados alargaron el cuello para poder ver qué ocurría dentro. Doña Matilde cerró la puerta tras de sí. Había una lamparilla rota en el suelo, así como libros, cajones, un diván y más objetos tirados por toda la habitación. La cama con dosel tenía las cortinas echadas. La mujer, despacio, nerviosa y asustada, descorrió la hermosa tela, temerosa por lo que podría encontrarse. Allí, tumbado bocarriba, con los ojos abiertos y sin vida, estaba su hijo. Fue tal la impresión que sufrió la pobre mujer que tuvo que sujetarse a los largueros de la cama para no desmayarse. Vio una nota tirada sobre la alfombra; la recogió, las manos le temblaban, estaba escrita de puño y letra de su hijo. Comenzó a leerla en voz baja, horrorizada ante aquellas líneas condenatorias. Miró a su

hijo, no lo reconocía, en esos momentos para ella era un extraño. Un hondo suspiro escapó de su pecho, ayudándola a respirar con más soltura. Dobló la nota y la escondió, bien oculta, en su escote. Abrió la puerta a los criados, ordenó que llamasen al médico, al señor cura y que fueran al cuartelillo. Debían prepararlo todo para amortajar a su hijo. Se giró hacia el balcón de grandes cristaleras que daba al jardín. Los tulipanes, la flor preferida de Baldomero, llenaban todo un arriate de un vistoso color amarillo. Solo entonces doña Matilde se dio licencia para llorar sin consuelo.

A la tarde siguiente, Belter fue enterrada en el panteón familiar de los Castañeda junto a su esposo. Alonso no asistió al sepelio.

El regreso de Fuensanta y Fernando de su luna de miel en Roma no pudo ser más dramático. El joven matrimonio, consternado por la triste noticia de la muerte de Belter, se dirigió de inmediato a casa de Alonso a presentarle sus condolencias y ofrecerse para lo que hiciera falta. El gaucho, recluido desde hacía semanas en su habitación, se negaba a recibir visitas. Un silencio sepulcral, invitado de honor en aquella lúgubre casa, les dio la bienvenida. Fuensanta pidió a Fernando que la dejara a ella hablar a solas con su amigo. El muchacho asintió, lo entendía perfectamente. La gitanilla aporreó varias veces la puerta de la habitación del gaucho. Nadie contestó desde el interior.

—Alonso, soy yo, Fuensanta. He regresado, quiero verte —susurró la gitana a través de la ranura de la puerta.

Pasados unos minutos se oyeron unos pasos lentos, abatidos. La muchacha escuchó el ruido de la llave al girar en la cerradura. La puerta se abrió. Alonso, visiblemente más delgado y con los ojos hinchados, el pelo sucio y enredado, la barba larga y descuidada, le dedicó la mirada más desoladora que la muchacha había visto jamás en nadie. Fuensanta se lanzó a sus brazos y los dos lloraron amargamente.

Pasaron varias horas y la gitanilla, con su sabiduría natural y su paciencia, consiguió calmar el espíritu atormentado de Alonso. Pidió al servicio que prepararan una tina con agua bien caliente, algo de comida y una tisana que estuviera compuesta por tila, valeriana, hierbaluisa y lavanda. Una vez aseado, Fuensanta comenzó a peinar y desenredar el cabello azabache del gaucho mientras le cantaba una coplilla popular como si fuera un niño. Le dio de comer pacientemente con sus propias manos un caldo de gallina caliente y lo ayudó a acostarse. Llevaba noches sin dormir. Lo arropó y le cantó bajito hasta que, por fin, la gitanilla oyó la respiración acompasada y tranquila del gaucho. Salió de puntillas cerrando la puerta de la habitación con sumo cuidado para no despertarle. La muchacha apoyó su espalda sobre la pared y un amargo sollozo salió de su pecho, sentía rota el alma por su amigo. Alonso, siempre tan valiente, tan arrojado, tan bizarro y animoso, parecía ahora perdido, acobardado como un niño abandonado en medio de la oscuridad.

Fuensanta decidió ir a visitar a doña Ramonita esa misma noche. Se encontró lo que esperaba, una mujer destrozada por la pérdida de Belter. ¡Cuánto dolor estaba presenciando en un solo día! Estuvieron hablando durante horas hasta que las sorprendió el amanecer. Ramona necesitaba desahogarse, llorar, contar, recordar… No había tenido oportunidad de abrirle su corazón a nadie desde la muerte de la joven. Bastante tenía ya Alonso como para ir ella a incordiarlo con su tristeza.

Frederika llegó justo con la alborada. Venía de una de las numerosas fiestas a las que la joven viuda era invitada. Se dirigía a su habitación cuando oyó murmullos en el salón. Picada por la curiosidad, asomó la cabeza para ver de quién se trataba. Se sorprendió de ver allí a aquellas horas a Fuensanta; se acercó a saludarla, cortésmente, sin ningún afecto. Frederika iba de luto riguroso por su marido y por su hermana, había que guardar las formas. Se sirvió un oporto y le ofreció otro a la gitana, que lo rechazó. Animadamente entabló conversación con las señoras, preguntando a Fuensanta por su viaje a Italia. No mencionó a Belter en ninguna ocasión. Fuensanta, que detestaba a la alemana, sentimiento que era mutuo, no se extrañó de la actitud y frialdad que esta demostraba tras la pérdida de su hermana. Era un mal bicho, ella lo había sabido desde la primera vez que la vio. Ramona estaba indignada por el escandaloso comportamiento de Frederika y por aquella falta de sentimientos, moralidad y respeto por sus seres fallecidos. Se dijo a sí misma que tarde o temprano tendría que enfrentarse a su cuñada, porque ya no soportaba más aquella insolencia. Se armó de valor y se juró que al día siguiente, durante el almuerzo, mantendría una conversación con

Frederika y pondría las cosas en su sitio de una vez por todas.

Ramona estaba leyendo en la sala pequeña que daba al recibidor cuando vio entrar a su cuñada. Venía disfrazada de doliente viuda, con su vestido negro con mangas de encaje, su sombrero de terciopelo oscuro con las plumas teñidas para el luto y sus guantes de cabritilla color azabache. «Un buen *attrezzo* para tanta comedia» —pensó Ramona. Se levantó de su asiento y la abordó en el recibidor.

—Frederika, desearía hablar contigo un momento. —Esperó a que su cuñada se desprendiese de guantes y sombrero.

La alemana la miró extrañada.

—Está bien, pero sé breve. No dispongo de mucho tiempo —dijo Frederika con voz impostada y mirada altiva.

Ambas mujeres se dirigieron al que había sido el despacho de don Cipriano para tener mayor intimidad. Tomaron asiento. Ramona iba a comenzar a hablar cuando algo que llamó su atención la indignó: el collar que lucía la alemana al cuello. La mujer se levantó como impulsada por un resorte y miró furiosa a su cuñada.

—¡Ese collar de cuentas de azabache es mío! —la acusó doña Ramonita fuera de sí, señalando el cuello de Frederika, del que colgaba el objeto de la disputa—. Era de mi abuela y luego yo lo heredé de mi madre, estaba en mi habitación. ¿Cómo te has atrevido a hurgar entre mis cosas? No tienes ningún derecho.

—Te equivocas, Ramona. Te recuerdo que esta casa es mía, soy la viuda de tu hermano y todo me pertenece. Bastante que permito que sigas viviendo aquí —afirmó Frederika, arrogante y calmada. Se acercó desafiante a su cuñada, ocupando su espacio con intención de intimidarla—. Por lo tanto, todo lo que hay aquí es mío, incluida tú. Puedo entrar o salir de cualquier habitación cuando me plazca, incluso la tuya; hasta podría ponerte de patitas en la calle si me diera la gana.

Un par de sonoras bofetadas retumbaron en la habitación. Doña Ramonita, sin pensárselo dos veces, se las propinó en ambas mejillas a su cuñada. La alemana, que no esperaba aquella repentina agresión, colocó su mano en uno de sus carrillos.

—¡Vieja bruja! Podría echarte ahora mismo si quisiera, ¿me oyes? —gritó con voz jadeante y sofocada—. Me las pagarás, Ramona, me las pagarás…

La alemana salió furiosa soltando maldiciones. Doña Ramonita se sentó lentamente en un sillón. El temblor que se había apoderado de

sus piernas no le permitía mantenerse en pie. Suspiró hondo. Se sobrepuso, alzó la barbilla y sonrió orgullosa… Había ganado la primera batalla.

Habían pasado varios días desde el altercado con Frederika. La relación ya era totalmente inexistente entre las dos cuñadas, no se dirigían la palabra si se cruzaban por la casa y procuraban no coincidir en ningún momento del día. La alemana había salido muy temprano de casa aquella mañana, tenía pensado ir a cabalgar con un viudo de Cádiz al que ya había echado el ojo y que estaba de visita en la finca de unos amigos comunes. No volvería hasta el día siguiente.

Doña Ramonita dio orden a la sirvienta para que limpiase a fondo la habitación de su cuñada, encomendándole que, al terminar, dejase las ventanas y la puerta abiertas para que se airease bien la estancia; ya entraría ella misma luego más tarde a cerrarlas. Aprovechando que era la hora del almuerzo del servicio, Ramona estaba segura de tener vía libre. Entró, no sin aprensión, en la alcoba de Frederika. Entornó la puerta sigilosamente y se dirigió directa, sin vacilaciones hacia el cofre donde una vez había visto guardar a su cuñada la llave del bargueño. La mano le temblaba al introducir la minúscula llavecita en la cerradura; la giró con suavidad hacia la derecha y la puerta articulada del pequeño mueble se abrió al frente, dejando vislumbrar varias gavetas en marquetería de palisandro, nogal y placas de carey. Doña Ramonita comenzó primero a inspeccionar los cajoncitos de la izquierda. Allí se encontró una carta erótica y soez, escrita y firmada por uno de los muchos amantes de su cuñada. Eso no le interesaba lo más mínimo, la dejó en el mismo sitio. Siguió investigando con gran remordimiento. No era así como la habían educado sus progenitores, fisgonear las cosas ajenas era de muy mala educación. ¡Si su pobre madre levantara la cabeza! Pero se dijo a sí misma: «mamá, lo siento, pero no puedo permitir que esa parásita y sablista se quede con lo que me pertenece de cuna y encima se ría de mí en mi propia cara y me humille». Continuó curioseando por las casillas de la derecha. De vez en cuando se asomaba al pasillo para cerciorarse de que estaba sola. Y encontró lo que buscaba. En uno de los cajones estaban a buen recaudo algunas de sus joyas: sus pendientes de zafiro, su collar de perlas grises, el de cuentas de azabache, el broche de oro con brillantes y esmeraldas que llevó el día de su boda. A medida que iba encontrando alhajas se iba enfadando más y más. Murmuraba por lo bajo palabras injuriosas que dejaban a su cuñada como una hoja de perejil y a ella le hacían sentirse una vulgar verdulera. Ramona abrió una bolsa de terciopelo que llevaba anudada a la cintura y metió el botín recuperado de la fullera de Frederika. Siguió fisgando a ver qué más le podía haber sustraído aquella salteadora y bandolera. Solo le

quedaba un sitio donde mirar. Intentó abrir el último cajón de la derecha, pero algo estorbaba en su interior y le impedía abrirlo, parecía un papel. Tuvo que forzar la gaveta hasta que esta cedió y dejó ver su contenido. Se trataba de más cartas, seguramente de más amantes. Se disponía a cerrar la casilla y echar ya la llave en el bargueño cuando algo llamó poderosamente su atención. En el remite de la primera de ellas estaba escrito el nombre de Alonso Fernández de la Oliva. Doña Ramonita cogió intrigada las cinco cartas, que estaban anudadas con un lazo de raso azul, y las acercó a sus cansados ojos. Las manos le temblaban. Efectivamente, la correspondencia estaba sellada desde distintos lugares de América y el remitente no era otro que el propio gaucho. La mujer abrió los ojos como platos y se los restregó enérgicamente para cerciorarse de que no eran imaginaciones suyas. Intuyó de qué se trataba, sin poder asimilar que se pudiese actuar con tanta maldad. Agarró la bolsa con las joyas y se guardó las cartas en el bolsillo de la falda. Cerró el bargueño, depositó la llave en el pequeño cofre donde la había encontrado y salió precipitadamente hacia su habitación como alma que lleva el diablo.

Con las mejillas encendidas y el pulso acelerado se colocó sus binoculares, se sentó en el borde de la cama y se dispuso a leer una por una las epístolas en el mismo orden en el que habían sido enviadas. No podía ser cierto lo que estaba viendo. A medida que leía, sus ojos, arrasados en lágrimas, descubrían que Alonso había informado a Belter de su viaje paso por paso desde el primer momento y aquellas líneas dejaban constancia de su amor por ella. Cuando Ramona terminó de leer, intentó calmarse. La furia sobrepasaba a la pena y le revolvía las entrañas. Tenía la respiración acelerada, las mejillas coloradas, el pecho le subía y bajaba desbocado, la cara arrebolada por el enojo y el estómago revuelto por el asco que le producía la perversidad de Frederika. Ahora lo entendía todo. Aquel ser maligno había sisado premeditadamente las cartas del gaucho según habían ido llegando a la casa. ¿Motivo?: hacer daño. Ahora lo veía todo claro, su cuñada siempre había estado enamorada de Alonso, pero él amaba a Belter. Ramona estaba desolada, sentía remordimientos por su propia conducta. ¡Que débil había sido al dejarse convencer por Frederika para casar a Belter con Baldomero! Le había hecho creer que Alonso nunca volvería y ella la creyó, empujando a la joven a un matrimonio y a una vida desgraciada. Ramona sentía una profunda tristeza en su alma. Frederika destrozaba a cualquiera que estuviese cerca de ella. Esto tenía que acabar, no consentiría vivir ni un día más al lado de aquella perversa mujer. Ella jamás había sido cobarde y ahora actuaba de forma timorata y medrosa ante una intrusa, no lo iba a consentir. En cuanto su cuñada

regresase al día siguiente de su aventura con el gaditano, se enfrentaría a ella. Le enseñaría las cartas y la echaría de su casa sin contemplaciones. Aquel era su hogar, pertenecía a su familia, y aquel demonio no debía vivir ni un día más bajo su mismo techo. La correspondencia encontrada era la gota que colmaba el vaso.

Ramonita no sabía que aún le quedaba otra desagradable sorpresa en aquel aciago día. Doña Matilde se presentó por la tarde en casa de Ramona. Esta, sin ánimos para ver a nadie, a punto estuvo de pedir a la sirvienta que la disculpase ante la señora Castañeda por encontrarse indispuesta, pero su amiga había insistido a la criada que era un asunto de suma importancia. Hacía poco que había perdido a su hijo y tal vez necesitase consuelo; Ramona se apiadó de ella. Aunque de mala gana, accedió a recibirla. Cuando entró en el salón y vio a Matilde retorciéndose las manos, nerviosa, supo de inmediato que algo grave ocurría. Su amiga, siempre impecable a cualquier hora del día, iba despeinada, demacrada, con la tez blanca como la cera, los zapatos sin lustre. Hasta había olvidado algo imperdonable en una dama: su sombrero y sus guantes. Se veía de lejos que algo preocupaba sobremanera a la mujer. Doña Matilde fue la primera en tomar la palabra.

—Ramona, ante todo, quiero que me perdones por no haberte dicho antes lo que he venido a contarte. Pero mi Baldomero… —la mujer no pudo continuar y comenzó a gimotear, con voz entrecortada. Entre sollozos soltó lo que tanto le pesaba en el alma—. Yo no quería ensuciar la memoria de mi hijo, Ramona, tienes que comprenderme y perdonarme. Es horrible, horrible lo que hizo. Tengo que contártelo o no me lo perdonaré nunca.

Doña Ramonita pidió dos tilas bien cargadas ante el estado de ánimo en el que se encontraba su amiga. Ella tomaría otra, presentía que le iba a hacer falta.

Matilde le alargó la carta de confesión y despedida que Baldomero Castañeda había dejado escrita de su puño y letra antes de morir, hacía un mes. Doña Ramonita la cogió sin entender muy bien de qué se trataba. Con ojos interrogantes, miró a Matilde. Se puso sus binoculares y comenzó a leer. El corazón se le encogió en un puño, las lágrimas le emborronaban las negras letras impidiendo ver con claridad.

La carta era una confesión completa: el señorito Castañeda se había suicidado ingiriendo una dosis letal de fósforo blanco, lo mismo que había utilizado en pequeñas cantidades para envenenar a su esposa y no levantar sospechas. Se declaraba abiertamente marica,

invertido, pervertido, con un trastorno psíquico o como quisieran llamarlo. Exponía que su matrimonio había sido una farsa desde el principio. Aclaraba que su verdadero amor no era otro que su amigo Juanito Villasante y daba los motivos reales por los que había consentido casarse con Belter. Hacía hincapié en que todo lo había hecho para no hacer daño a su madre, la única mujer a la que había amado en toda su vida. Su progenitora ya había sufrido bastante viendo las palizas que su padre le había propinado para curar su desviación. Por último confesaba haber asesinado a su mujer, Belter, instigado por Frederika, la persona más cruel y despiadada que jamás había conocido. Se arrepentía de haberla matado, jamás se perdonaría a sí mismo. Declaraba que era una muerte injusta de una mujer buena que no se merecía ese final. Al llegar a ese párrafo, el hombre había llorado y las lágrimas habían corrido la tinta negra en varios renglones.

—No merezco vivir —proseguía—. Soy un cobarde y un ser débil y mezquino, toda la vida lo he sido. No tengo dignidad. Espero que esta confesión sirva para que la fuerza de la justicia sea implacable con Frederika. Solo espero que mi madre me perdone algún día, sabe que siempre la quise, la quiero y la querré.

Doña Matilde miraba a doña Ramonita fijamente, expectante, esperando una reacción colérica, violenta. Su amiga tendría toda la razón del mundo si la echaba a patadas inmediatamente de su casa. Su hijo era el asesino de su querida Belter. Pero para su sorpresa, Ramona se levantó y la envolvió en un tierno y largo abrazo. Ramonita, a pesar de no haber tenido hijos, entendió la angustia de esa madre. Su hijo había cometido tres pecados imperdonables: asesinato, suicidio y sodomía. No habría Dios que salvase su alma. Empatizaba con el sufrimiento que habría tenido que soportar Matilde hasta decidirse a entregar esa carta que inculpaba a Frederika, pero arrastraba al fango más infame el apellido de su único hijo. Las dos mujeres, abrazadas y con el alma rota, se sintieron más unidas que nunca.

Doña Ramonita no cenó ni pegó ojo en toda la noche, tenía el estómago totalmente alterado por los nervios. Su cabeza daba vueltas y vueltas hasta volverse loca. Mojó un pañuelo en loción de romero y se frotó las sienes con él para aliviar la cargazón.

«Pobrecita —se decía—, mi niña envenenada». No podía dejar de pensar en ello. Con razón se quejaba la pobre muchacha diciendo que no se encontraba bien. Lo que habría sufrido hasta su muerte. Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos, pero ella las secó con decisión, con rabia.

—¡No debo llorar! Ahora debo ser fuerte —se dijo, dispuesta a entregar a su cuñada a las autoridades.

Pasó por su cabeza llamar a Alonso y ponerlo al tanto de todo lo ocurrido en las últimas horas, de cómo había encontrado las cartas extraviadas que él había mandado durante su viaje, hablarle de la confesión de Baldomero, contarle que su amada Belter había muerto a manos de su esposo, instigado por Frederika, pedirle que estuviera presente cuando ella se enfrentase a su vil cuñada. Pero recapacitó. No, no podía hacer eso. Lo pensó largamente y cambió de opinión. No debía involucrar al gaucho, no sabía cómo podría reaccionar ante la noticia y no se perdonaría nunca ser la causa de que el joven arruinase su vida. Primero tendría que descubrir si la acusación de Baldomero contra Frederika era cierta o solo una táctica de este hacia su cuñada para vengarse de ella. Conseguiría averiguar toda la verdad.

Doña Ramonita estuvo toda la noche preparando su estrategia. Al día siguiente almorzó temprano, algo frugal y sin nada de vino. Se dirigió al jardín, a su rincón preferido. En una mano llevaba el rosario de plata y cuentas de marfil que había pertenecido a su madre; le gustaba ir a rezar allí por las tardes en memoria de su hermano Cipriano y de Belter. En el frondoso vergel, al lado del pozo, junto al tilo, había un banco de hierro forjado apoyado en una palmera washingtonia. Infinidad de veces se había sentado allí con Belter a leer o a compartir confidencias. Esa tarde esperaba impaciente el regreso de Frederika. Las cartas de Alonso y Baldomero reposaban a su lado.

Oyó llegar a su cuñada dando órdenes y voceando a las criadas para que acudieran prestas a su llamada. No obtuvo respuesta. Ramona había dado la tarde libre a todo el servicio, exceptuando a Saturnina, que estaba sorda como una tapia. No quería que hubiese testigos de la monumental tormenta que se avecinaba. A los pocos minutos escuchó el claqué de los tacones de su cuñada sobre el pavimento. Se dirigía hacia donde ella se encontraba. Salió al jardín y se encaminó con aplomo hacia el banco donde la esperaba Ramona. Esta, sutilmente, colocó un ejemplar de la Biblia ocultando las epístolas.

—Me ha dicho Saturnina que deseabas hablar conmigo —le espetó Frederika con voz hostil—. Me duele la cabeza. Sé breve.

—Lo seré, cuñada, breve y directa. Quiero que cojas todas tus cosas y te marches esta misma tarde de mi casa. —El tono de doña Ramonita, firme y frío, no admitía dudas. La alemana la miró

desconcertada.

—¿Cómo dices, te has vuelto loca? —Una mueca grotesca con pretensión de sonrisa apareció en su boca.

—Estoy muy cuerda, Frederika. Ya quisiera estar loca para no saber; en la ignorancia se es mucho más feliz pero, lamentablemente para ti, lo sé todo, y tengo pruebas de ello.

—¿De qué me estás hablando, vieja chiflada?

Ramona retiró con parsimonia el libro sagrado que ocultaba la verdad, destapando las cartas atadas con cinta azul enviadas por Alonso. Se puso en pie, segura de sí misma, se acercó para poder mostrárselas mejor. Frederika, que no esperaba ser descubierta, se tapó la boca instintivamente y ahogó un grito de espanto. Su cara estaba pálida, pero sus ojos echaban chispas.

—¡Vieja loca! —Hizo amago de arrancarle los escritos de la mano, pero Ramona, más rápida de reflejos, los escondió detrás de su cuerpo —. ¡Has estado fisgando en mis cosas! Vas a pagar caro este ultraje. No me subestimes, Ramona. —El puño de su cuñada, delante de la cara de la buena mujer, la amenazaba peligrosamente—. Tú no me conoces… No sabes de lo que soy capaz.

Soltó una carcajada histérica y diabólica.

—Sí te conozco, ya sé que podría enfermar de repente, como le pasó a Belter. —La mujer mostró su última baza: la carta escrita por Baldomero—. ¿Sabes qué es esto? Es una confesión del señor Castañeda donde explica cómo envenenó a su esposa y por qué lo hizo. Te acusa directamente a ti, Frederika. Esta misma tarde, sin falta, la llevaré personalmente a las autoridades competentes para que se haga justicia —Ramona se tiró el farol sin titubear ni un ápice. Esperaba que Frederika lo negara todo, pero sus palabras causaron el efecto contrario.

—¡Asqueroso marica! —Frederika escupió en el suelo—. Sabía que me traería problemas confiar en él, era un cerdo cobarde. Pero, ¿quién iba a creer a ese tarado? —Miró fijamente a Ramona—. No te atreverás a hacer nada contra mí, pues todo el mundo pensará que solo eres una vieja chiflada y excéntrica que me odia. Difundiré por toda la ciudad que la muerte de Belter te ha acabado de trastornar. Tengo amigos influyentes que te encerrarán en un manicomio en cuanto yo les pida el favor. Te crees muy lista, pero no juegues conmigo, Ramona, te lo advierto.

De pronto, comenzó a reír con carcajadas nerviosas que asustaron

a unos gorriones que descansaban en las ramas de una jacaranda.

—Pobre hermano tuyo, era tan bueno, tan noble, tan amoroso —continuó, utilizando un tono teatral y afectado—. ¿Sabes por qué enfermó? Te lo contaré. Me pilló jodiendo con el jardinero. Sí, has oído bien, vieja reprimida, ¡follando! El pobre nos sorprendió en el almacén del jardín y no pudo soportarlo. Se quedó allí plantado, mirándome, con sus ojitos muy abiertos. Luego se desplomó contra el suelo, sin poder hablar, alargando su mano para que yo lo ayudase. Supongo que siguió creyendo hasta el último momento que yo lo amaba y lo único que he sentido siempre por él es solo asco. ¡Asco!

Doña Ramonita perdió la entereza. Era horrible lo que aquella mujer decía sobre su hermano. Comenzó a sentir miedo. Tal vez había sido un error enfrentarse ella sola a aquel ser infernal. Se arrepintió de no haber avisado a Alonso o, al menos, de haber dado cuenta de todo a las autoridades competentes. El labio inferior comenzó a temblarle, no quería llorar, no debía llorar. Su mente le repetía insistente: tienes que ser fuerte, fuerte, fuerte…

—¿Y qué crees que le pasó al bebé de Belter? —prosiguió Frederika de manera cruel, disfrutando el momento—. Oh, qué niña tan bonita. Estaba dormidita, ¡era tan buena! Fue fácil colocar la almohada en su carita. Enseguida dejó de respirar, ¿sabes? Eran tan pequeños sus pulmones, pobrecita. —Su voz gélida y su mirada dura dejaban traslucir que no había ni pizca de remordimiento en aquellas terribles palabras.

Ramona se llevó la mano al pecho; aquello no lo esperaba, eran demasiadas emociones juntas. Le faltaba el oxígeno, no podía respirar. ¡Frederika había matado a la pequeña Enriqueta! Se estremeció. De pronto, un recuerdo acudió a su memoria dejándola paralizada, un detalle al que en su día no había dado importancia. La noche de la trágica muerte de Enriqueta, justo unos minutos antes de que la niñera apareciese en el salón gritando, ella, que venía del jardín acompañada de un amigo de la infancia, recordaba haber visto cómo una falda de color lila desaparecía por el fondo del pasillo donde se encontraba la habitación de la niña. No había podido ver la cara de la dama que lucía aquel traje y tampoco dio relevancia al asunto, por lo que continuó la conversación con su acompañante camino del baile. Ahora, aterrada, recordaba que el traje elegido por Frederika para aquella ocasión había sido un vestido de seda malva que fue la admiración de todos los invitados. ¿Cómo no se había acordado hasta ahora de aquel detalle?

—¿Por qué tanta maldad? — preguntó Ramona con la voz

desgarrada.

—Porque amo a Alonso, lo amé y lo deseé casi desde el mismo momento en que lo conocí, pero Belter me lo arrebató con su cara angelical y su dulce voz, siempre me quitaba lo que más amaba. ¿Sabes lo que es que te roben el amor de un padre cuando eres solo una niña? Yo aún no me había recuperado de la pérdida de mi madre y ella me lo quitó todo. La odié toda la vida por ello. Ahora me había robado también al gaucho, pretendía huir y vivir feliz con él para siempre, lejos de aquí. No podía consentirlo.

—Estás loca, loca de remate. Alonso jamás se hubiese enamorado de una mujer como tú. Llevas al demonio en tus entrañas. —Ramonita se hizo en la frente la señal de la cruz.

—Tal vez tengas razón —le sonrió Frederika— y esté endemoniada o incluso loca. Pero tú me vas a dar esas cartas ahora mismo, querida cuñada. Luego cogerás tus cosas y te marcharás de aquí. ¿Quién va a creer a un desviado que se ha suicidado, y a una pobre vieja que ha perdido la cabeza de dolor por la muerte de su pupila? Dame esas cartas, Ramona, o lo lamentarás. Acabaré contigo y te encerraré de por vida con una pandilla de locos. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Ordenaré a la criada que vaya haciendo tu equipaje.

Se recogió la falda y dio media vuelta para dirigirse hacia el interior de la casa.

—Puede que la justicia no me crea a mí, ni tampoco la confesión de Baldomero —le dijo Ramona con voz impostada antes de que se alejara—, pero sí habrá alguien al que seguro le interesará saber toda la verdad. ¿Qué hará Alonso cuando sepa de todo lo que has sido capaz? Él sí me creerá y te odiará por ello. Irás a la cárcel o, tal vez, él mismo vengará a Belter y a su hijita. —Frederika, al escuchar el nombre del gaucho, se paró en seco. Presa de la ira, se volvió como una fiera herida hacia su cuñada, la cara desencajada como quién ha perdido la cordura. Sentía miedo por primera vez en su vida.

—¡No harás eso, no le contarás nada a Alonso, te mataré antes! —gritó con todas sus fuerzas con las venas del cuello hinchadas y los ojos inyectados en sangre.

Se lanzó contra su cuñada con las uñas en forma de garras, dispuesta a descuartizar a su presa. Ramona, apoyada sobre el brocal del pozo, la vio venir hacia ella con los dientes apretados, gritando como una demente. La mujer, petrificada, no podía moverse, esperando la terrible embestida. Cuando la tenía a escasos tres pasos, doña Ramonita, en un acto reflejo, cerró los ojos y se apartó justo a

tiempo de evitar ser arañada y golpeada por Frederika. Esta, víctima de su propio impulso, tropezó contra el murete del pozo, perdió el equilibrio y, lanzando un grito de terror, se precipitó al abismo. En la caída se golpeó la cabeza contra el pretil, haciéndose una profunda herida. A medida que descendía hacia el fondo, recibía punzadas en piernas y brazos, magullándose contra las paredes del pozo. Al final se oyó el chapoteo del agua.

—¡Ramona! ¡Sácame de aquí! —gritaba mientras movía las piernas para no hundirse en las frías aguas. Los ropajes mojados dificultaban su flotación—. ¡Échame la cuerda! —chillaba desquiciada—. En cuanto consiga salir de aquí, me las pagarás. ¡Te mataré, te juro por Dios que te mataré!

Doña Ramonita, aún temerosa, se asomó temblando al siniestro agujero. Allí abajo estaba Frederika, mirando fijamente hacia arriba con los ojos llenos de odio. La alemana, que había que reconocer tenía agallas, no rogaba por su vida, no imploraba su perdón, no se arrepentía de las atrocidades que había cometido, ¡no! Estaba herida, en una situación de vida o muerte, y solo era capaz de amenazar, injuriar y escupir aquel veneno viscoso contra la única persona que podría salvarle la vida. Ramona se retiró del pozo y se sentó en el banco. Durante un buen rato siguió escuchando lo alaridos e insultos de su cuñada. Luego esta bajó el tono y dijo tener frío. Doña Ramonita se debatía entre ayudarla o dejarla morir, pero, a medida que las sombras se adueñaban del jardín, también lo hicieron de su alma. La mujer evocó a su querida Belter, enferma de muerte, a su hermano Cipriano, tirado en el suelo, esperando que su esposa lo socorriera, y a la inocente Enriqueta, asfixiada sin piedad por la mujer que ahora gemía desde el fondo del pozo.

Ramona miró al cielo. La oscuridad pronto sería absoluta. Los pájaros, armando un gran revuelo, empezaban a recogerse buscando cobijo en las ramas de los frondosos árboles. La mujer cogió su rosario y comenzó a rezar, sus habilidosos dedos pasaban ágilmente de manera autómata las cuentas de marfil. Una voz cada vez más apagada y débil llegaba desde el interior del foso. Doña Ramonita alzó la voz de sus rezos para no oír aquellos lamentos, a veces lúgubres y otros perversos. Cuando la luna apareció en el firmamento, el único ruido nocturno que quedó fue el de un molesto grillo rompiendo el silencio de la noche. Ramona se levantó, comenzaba a sentir algo de frio y tomó la vereda que llevaba hacia el comedor de la casa. Murmuraba la letanía en voz alta, así evitaba escuchar sus propios pensamientos: «Santa Madre de Dios / Santa Virgen de las Vírgenes / Madre de Cristo / Espejo de Justicia…».

Entró en el salón, que se encontraba a oscuras, solo iluminado por la débil luz de la luna que entraba por los ventanales. Encendió las velas de un candelabro, sabía que se encontraba encima del aparador con los fósforos a su derecha. Miró al pozo por última vez. Se hizo la señal de la Santa Cruz y cerró la gran puerta acristalada. Pausadamente, subió las escaleras hacia su habitación. Siguió rezando las letanías con un recogimiento casi místico: «Madre de la divina gracia / Madre purísima / Madre castísima / Madre siempre virgen / Madre inmaculada / Madre amable / Madre admirable…».

Las Ermitas de Córdoba, principios del siglo XX.

«En esta noche de otoño, sin luna ni estrellas, me siento algo nostálgico. Hago garabatos en un pliego de papel amarillento y pinto tu rostro, mientras la oscuridad me abruma y los recuerdos, implacables, vuelven a mi mente. Hace tiempo que no duermo bien, será que ya estoy en la recta final y para el poco vigor que queda en mi castigado cuerpo, no necesito muchas más horas de sueño. La vida ha pasado en un instante, Belter, en un segundo. Ahora soy un ermitaño solitario. Ya estoy viejo, ¿sabes? Viejo y cansado. Mi pelo abundante y negro que caía en rizos rebeldes sobre mi frente, que tanta gracia te hacían, hoy es cano y escaso y mis ojos negros han perdido el brillo y la fuerza que tanto te gustaba. Ahora, cuando los miro en un trocito de espejo roto que tengo sobre una tabla que me sirve de repisa, no los reconozco. El cristal me devuelve dos tizones apagados y fríos que han perdido toda picardía. Siempre oí decir a mis mayores "tienes toda la vida por delante", y resulta que el por delante ya ha quedado casi todo por detrás. A veces siento que mi vida ha sido como mil vidas vividas y otras me parece que ha sido muy corta, porque todo acabó cuando tú desapareciste de ella. He sido pobre, muy pobre, y rico, muy rico. Ahora no tengo nada, todo lo di y solo me tengo a mí mismo. Y me faltas tú, amor, desde hace tanto tiempo ya que duele, duele cada día más.

No sé si sabrás que algunos de nuestros conocidos, después de todo lo ocurrido, fraguaron con sus mentes enfermizas y morbosas mil historias descabelladas. La versión oficial que apareció en todos los diarios de la ciudad fue que Baldomero Castañeda, al enterarse de los amores pecaminosos entre la bella alemana y el atractivo argentino, así nos apodaron en aquella época, se había suicidado. Poco antes, y motivado por su deseo de venganza, había envenenado a su joven esposa lentamente con pequeñas dosis de fósforo blanco que le produjeron una encefalopatía hepática, causándole la muerte. Un asesinato por pasión y un suicidio por cobardía, dos motivos más que absurdos para perder la vida.

Es curioso que la sociedad no culpara a tu asesino de lo ocurrido. El supuesto honor del marido mancillado estuvo por encima de todo, incluso

por encima de tu propia vida. Se entendía que el señor Castañeda había sido un juguete del cruel destino y los acontecimientos lo habían precipitado a llevar a cabo aquella acción funesta. Nos culparon a nosotros. A ti, Belter, por adúltera y casquivana, cuando tu única culpa fue amarme con locura; a mí, por ser tu amante y quererte más que a mi vida. Y tu verdugo, al suicidarse, se convirtió en la pobre víctima. ¿Ves lo estúpidos que podemos llegar a ser los humanos? Me consuela saber que tú no estás sola: nuestra amiga doña Ramonita estará a tu lado, cuidándote como ha hecho siempre. Creo que Dios ha tenido que entenderla y perdonarla, si de verdad es justo. Cuando Frederika apareció ahogada en el pozo, me dio un vuelco el corazón; intuí que no había sido un accidente, como se dijo, que algo grave había debido de pasar. Ramona, al año de pasado lo ocurrido, desahogó su alma y me lo confesó todo. Tu vil asesinato, el de nuestra hija y el ensañamiento con su hermano la hicieron querer vengarse… Me odié a mí mismo durante mucho tiempo por no haberte apartado de aquella mujer endemoniada que era tu hermana. Vivía atormentado pensando que pude haberte salvado y no hice nada. Menos mal que tuve a doña Ramonita siempre a mi lado, que me consoló y me ayudó a superar mi remordimiento, mi desesperación y mi pena. Nuestra amiga estaba irreconocible, se empoderó convirtiéndose en una mujer nueva, con una fortaleza interior increíble. Creo que nunca tuvo mala conciencia por lo que hizo. Su alma estaba serena. Eso sí, después de aquello, jamás la volví a ver rezar el rosario ni asistir a la iglesia. No sé si por vergüenza de presentarse ante Dios con aquel pecado capital sobre sus espaldas o por estar enojada con Él. Nunca lo supe.

Ya anciana y enferma, sintiendo cercana su muerte, me rogó que buscase a un sacerdote; quería confesarse. Expiró a los dos días, sosegada y tranquila, con su mano cogida a la mía. Creo que se había reconciliado con Dios. La echo mucho de menos. Perdí a una amiga excepcional. Aunque aún me queda mi querida Fuensanta.

Ya sabrás que ella y Fernando tienen dos hijas. La pequeña, ya toda una mujer, lleva tu nombre, Isabel Teresa. La nombran con el diminutivo de Belter y a mí se me detiene el corazón cada vez que lo oigo. Vienen a menudo a visitarme. La gitanilla se ríe de mí cuando me ve con la saya y el cráneo tonsurado, dice que parezco un santurrón. Ya sabes el salero que ha tenido siempre, pues sigue igual a pesar de que ya es abuela. Hace años que Fernando quiere que deje mi retiro en la sierra y vaya a vivir con ellos, pero yo prefiero seguir aquí. Tú ya sabes cómo soy y conoces mi alma. Ahora ellos viven en la casa que perteneció a mi padre y a mi tío. Me hizo feliz regalársela, yo no la necesito. Mi hogar está aquí, en el Desierto de Nuestra Señora de Belén. Llegué justo dos semanas después de que profanaran tu tumba y se llevaran tus restos. ¡Qué revuelo se armó en la ciudad! El panteón de los Castañeda había sido deshonrado y habían

desaparecido distintos restos óseos de las tumbas.

Así que aquí vivo, cosa que casi nadie entiende. Porque nunca fui hombre de catecismos ni de iglesias, pero sabes que tengo mis razones para elegir este lugar. Vivo como un ermitaño más. Necesitaba volver a tener fe y confiar en el ser humano y aquí lo he conseguido. En este remanso de paz, ubicado en el Cerro de la Cárcel, con unas vistas magníficas de la ciudad de Córdoba, la metrópoli que un día fue romana y mora. Me siento útil por primera vez en mi vida. Soy feliz, si es que la felicidad existe, y lo he conseguido ayudando a mi prójimo y a los más desfavorecidos. Aquí espero mi muerte, ansioso por volver a verte. Necesito volver a abrazarte, Belter, oler de nuevo tu piel, oír el sonido de tu voz, ¡te sigo amando tanto! Espero que no tardes mucho más en venir a recogerme. En estos bellos parajes rodeados de pinos, encinas y quejigos, te espero. Aquí soy el hermano Alonso de Jesús. Aunque todo el mundo fuera y dentro de estos muros me sigue conociendo como El Gaucho».

Era el mes de noviembre y ya se sentía el frío en la sierra cordobesa. La noche estaba oscura como boca de lobo. Eran las dos de la mañana, acababa de sonar la campana de la Iglesia anunciándolo. Alonso recogió su pluma y pliego de papel y dejó de escribir cartas a Belter, como hacía cada noche. Los toques avisaban de que era hora de abandonar el lecho y rezar Maitines y Laudes. Alonso se levantó y se acercó a tocar su propia campana. No necesitaba luz, sabía palmo a palmo cómo estaba distribuida la pequeña celda. Oyó cómo, una tras otra, comenzaban a sonar las campanas de las trece ermitas. Encendió el candil de aceite y se sentó en un tosco tronco de encina que le servía como taburete. Comenzó a leer un punto de la pasión de Jesús. Luego, como todos los días, meditó durante una hora y rezó una parte del rosario. Siempre que lo hacía recordaba a doña Ramonita, tan aficionada a ello. Acostumbrarse a la monotonía y a la disciplina era lo que más trabajo le había costado. Pese a ello, era feliz dentro de aquellos muros blanqueados con cal. De cuatro de la mañana a las cinco y media, cuando volvían a sonar las campanas, Alonso

aprovechaba de nuevo para escribir, hasta el nuevo toque, que anunciaba la hora de rezar las Ave Marías y, seguidamente, la Prima y la Tercia.

Volvió a oírse la campana principal. Eran ya las seis en punto de la mañana. Se aseó un poco. El agua del cántaro que había junto a la cama estaba helada, como si estuviese recién recogida del manantial. Salió de la celda. Se unió a sus compañeros de rezos, que iban formando en fila india por la vereda que llevaba hasta la capilla. Hacía frío al alba. Se resguardó la cabeza con la capucha del hábito. Como todos los días a esa hora, los hermanos acudían a misa. Se veían pero no podían hablarse. Era uno de los pocos momentos del día en que estaban todos reunidos. Silenciosos, seguían la avenida de los Cipreses que llevaba hasta la modesta iglesia. Olía a jara y a pino. A lo lejos se oyó ulular a un búho real, aún no había amanecido.

La capilla era pequeña, con planta de cruz latina y coro alto. En el altar mayor, un lienzo con Nuestra Señora de Belén presidía el recinto. Como Alonso nunca había sido hombre piadoso, no podía evitar que su imaginación volase lejos de aquellas paredes mientras los monótonos rezos en latín rompían el silencio del templo.

¡Qué bonita le pareció Belter la primera vez que la vio! ¡Cómo se estremeció al cruzar su mirada con aquellos lindos ojos azules! Recordó escenas de risas y días felices…

Las oraciones enmudecieron y Alonso volvió a la realidad. Terminado el oficio, cada uno de los hermanos se dispersó para hacer sus trabajos manuales. Consistían, entre otras labores, en fabricar rosarios de madera para su posterior venta. A las diez y media de la mañana dejaban estos quehaceres y, de nuevo, rezaban otra parte del rosario y las horas Sexta y Nona. A las once de la mañana se servía la comida.

Mientras esperaba que el hermano cocinero le dejase el almuerzo en el torno que había junta a la puerta, Alonso se tumbó sobre el incómodo catre que era su cama para hacer tiempo. Cruzó los brazos bajo su cabeza y cerró los ojos. Así podría concentrarse mejor para recordar a Belter. Jamás había visto a una mujer tan hermosa, con el cabello más dorado, la piel más blanca y los ojos de un azul tan limpio. Era como un ángel en un cuerpo terrenal. ¡La deseó desde el mismo instante en que la vio! Sonrió, era joven y apasionado, su instinto animal predominaba en aquel tiempo. Todavía no había descubierto lo que era el verdadero amor.

El Hermano Mayor, Pedro del Calvario, su primo, se adentró en el bosque de pinos, encinas y alcornoques, por el camino de tierra que

llevaba hasta la ermita de Alonso. Golpeó tímidamente con el puño la humilde puerta del gaucho. Sobre esta, una calavera y dos huesos cruzados parecían darle la bienvenida. Eran las once de la mañana, hora de la comida. El fraile le llevaba ese día personalmente el almuerzo a su primo Alonso. El humilde alimento consistía en un potaje de habas y un trozo de pan basto. A veces, en días festivos, se servía bacalao.

Estaba totalmente prohibido entrar en la celda de un compañero a no ser que este estuviese enfermo. La comida debía depositarse en el torno que había contiguo a la puerta. Pero el hermano Pedro del Calvario se concedía con Alonso algunas licencias.

El ermitaño conocía la aciaga vida del gaucho. Él fue el primero en extrañarse cuando le pidió que lo dejara vivir allí. Pedro sabía mejor que nadie que nunca había sido un hombre de Dios. Sabía de su gran generosidad y delicada ternura, aunque intentara engañar a todos con una falsa rudeza que no existía.

En infinidad de ocasiones los trece ermitaños que allí residían y los mendigos que acudían a la puerta del Desierto buscando un trozo de pan habían comido gracias a las donaciones efectuadas por el gaucho. Siempre había sido un hombre desprendido. Así que Pedro del Calvario no dudó ni un solo instante en darle cobijo en las pequeñas ermitas cuando Alonso se lo rogó.

Al gaucho se le asignó desde el principio la tarea de cuidar del pequeño huerto, además de todas las manualidades requeridas por los frailes, pues siempre tuvo una gran habilidad con las manos. Eso sí, rezar, lo que se decía rezar, su primo sabía que no lo hacía mucho.

—Alonso, hermano, ¿estás despierto? —El fraile, al no obtener respuesta, aporreó nuevamente la puerta con los nudillos—. Te traigo la comida. Y a mí no me engañas, estoy seguro de que rezando no estás.

El gaucho, al oírlo desde el interior, no pudo hacer otra cosa que sonreír ante sus palabras. Abrió a su primo la desvencijada puerta. Vestía camisa y pantalón de lana basta, sujeto por una correa; encima, un hábito de paño pardo y alpargatas de esparto.

Si los ermitaños por alguna razón tenían que bajar a la ciudad, cambiaban su vestimenta por un pantalón, chaqueta y capa de paño, sombrero de ala ancha y zapatos de becerro.

—Puedes pasar, Pedro, ¿ocurre algo? —Alonso lo miró preocupado, no era habitual que su amigo lo visitara.

La ermita estaba dividida en dos alas: una para hacer el trabajo manual y otra para dormir y rezar. Alonso había llegado a conocer la opulencia, pero la pobreza también había sido su inquilina durante gran parte de su vida y aquella celda no era más grande de lo que había sido su *rancho* allá en su Argentina natal. En la pequeña ermita todo era sumamente humilde, tres tablones sobre el suelo para evitar la humedad hacían las veces de cama. En su Pampa dormía sobre un cuero sujeto con tientos a estacas de madera, así que aquel catre no le resultaba incómodo. Un pellejo de carnero, una manta, una almohada de paja, libros religiosos, un candil, un cántaro y un cuenco de madera para comer: ese era todo el mobiliario que se concedía en tan sencilla morada. En las celdas de algunos ermitaños colgaban de las paredes cilicios e instrumentos penitenciales. Con estos artilugios se flagelaban, expiaban sus pecados y limpiaban tanto su cuerpo como su mente mancillado por instintos pecaminosos. Pero Alonso Venegas, naturalmente, nunca usó ninguno de ellos.

Pedro del Calvario miró a su alrededor, observó que todo se encontraba ordenado y pulcro. Los dos amigos tomaron asiento, uno en el catre y el otro en el tosco tronco. El gaucho acercó una pequeña mesita de madera de encina fabricada por él mismo. Como siempre había sido hombre de buen comer, comenzó inmediatamente a dar cuenta del guiso.

—Tú dirás qué tienes que contarme. —Miró inquisitivo al hermano mayor, mientras mojaba un buen trozo de pan en el caldo del potaje.

—Verás, Alonso, quería hablarte del favor que durante estos últimos años me has pedido reiteradamente —dudó un momento—. Creo que debemos hacer partícipe de ello a toda la comunidad. —El gaucho, sentado frente a él, dejó de comer de inmediato.

—No te entiendo. ¿Por qué tengo que contar algo que pertenece a mi intimidad? ¡Maldita la gracia que me hace la *pucha* idea! —Se arrepintió al instante de sus palabras fuera de tono. Pero Pedro se lo había prometido, había contado con él para cuando llegase el momento, y ahora parecía dudar.

—Alonso, no te alteres. Soy el único que tiene conocimiento de tus últimas voluntades. Comprende que, si a mí me ocurriese algo y tú no pudieses explicarte por estar enfermo, no se podría llevar a cabo lo que con tanto empeño deseas.

El viejo argentino se quedó pensativo unos instantes.

—No sé. Lo pensaré. Sé que es algo inusual no querer ser enterrado en el pequeño cementerio del Desierto, sé que es la tradición entre los

ermitaños, pero tengo mis razones para haber elegido otro lugar —miró fijamente a su primo—. Me juraste que lo harías por mí y por todo lo que yo he hecho por ti. Sabes que no soy hombre de echar cosas en cara, pero siempre dijiste que harías por mí cualquier cosa que te pidiese y ahora percibo que has cambiado de opinión.

—No, mi opinión sigue siendo la misma, Alonso, pero, precisamente por ser algo fuera de las normas establecidas en nuestra comunidad, creo que debería ser consensuado. No creo que nuestros hermanos se opongan. El lugar donde uno es enterrado no importa. La ceremonia en sí es lo sagrado, no la tierra que envuelve nuestros cuerpos.

—Está bien, Pedro, lo pensaré. Dan las doce, debo irme. Esta semana soy el encargado de repartir la comida entre los pobres.

El Hermano Mayor, que conocía bien a su primo, entendió que la conversación se daba por zanjada. Vio cómo Alonso le daba la espalda y seguía el camino serpenteante que llevaba a la avenida de los cipreses hasta el cruce de caminos. Alonso se detuvo un momento, había algo que siempre le atraía de ese lugar. Justo debajo de una cruz de piedra, dentro de un nicho, había una tétrica calavera.

El Desierto era soledad, penitencia, oración, pero también una preparación de la muerte que, para el gaucho, era una más entre los habitantes de tan singular paraje. Prosiguió su camino, cogiendo el de la derecha, el que lo llevaba hasta las cocinas.

Agarró la olla de potaje, un cazo de madera y se dirigió hacia la puerta principal. Allí, arremolinados en la entrada del recinto, los pobres esperaban su ración de comida diaria y su pan. Muchos eran ya viejos conocidos suyos. Otros, debido a las malas cosechas y a la precaria situación del país, se habían ido incorporando en los últimos tiempos. Algunos indigentes cogieron su escudilla con el guiso caliente y fueron hasta la Fuente de las Ermitas para dar buena cuenta del condumio. Después de comer y beber unos sorbos de agua fresca, tomaron el Camino del Reventón para desandar lo andado de vuelta a la ciudad. Al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, estarían puntuales para recibir de nuevo su ración de alimentos.

Alonso, acabada su labor, volvió a su celda. Tocaba rezar Vísperas y Completas. Acabadas sus oraciones, salió del recinto como todas las tardes antes de que anocheciera, nadie le impedía salir a esas horas. Sus compañeros estaban acostumbrados a verle realizando ese paseo

vespertino a diario. Todos en aquella pequeña comunidad estaban al corriente de adónde iba, era un secreto a voces. Lo que no sabía nadie era el porqué de aquella extraña excursión.

El gaucho salió al camino que conducía desde las Ermitas a Córdoba. Sintió que las tardes eran cada vez más frías, pero él no faltaba a su cita diaria ni siquiera bien entrado el invierno. Se detuvo un momento para admirar las vistas de la ciudad en aquella hora crepuscular: era espectacular contemplar Córdoba desde esa panorámica. El ocaso le regalaba aquella maravilla de la naturaleza, jirones azules, rosas y morados teñían de colores el cielo sobre la sierra cordobesa.

Pronto se haría de noche. El ermitaño siguió su paseo hasta la XII estación del Via Crucis: El Calvario. Una vez allí, se desvió y cogió un estrecho sendero, apenas perceptible, que se abría a la derecha de la cruz. Subió un pronunciado montículo. Caminó durante más de veinte minutos por la espesura del monte, entre árboles y arbustos. Continuó hasta llegar a una pequeña explanada limpia de monte bajo. Allí, como siempre, estaba él, magnífico, espléndido, majestuoso. Lo miró. Lo admiró. Se acercó. Lo abrazó. Era su castaño centenario. Mediría unos veinte metros de altura. Rodeó con sus brazos el enorme tronco hasta donde le alcanzaban sus manos, apoyó su mejilla en la áspera corteza. Respiró hondo.

—Ya estás empezando a perder tus hojas, viejo amigo —le susurró cariñosamente—. Pronto nos darás tus deliciosos frutos.

Se sentó en la fría y húmeda tierra, apoyando su espalda en el rugoso tronco.

—Cuando llegue el momento, vendré aquí contigo. —Alzó la mirada para hablarle a sus ramas semidesnudas—. Quieran o no, seré enterrado aquí.

Qué bien olía la serranía cordobesa, aromas de jara, de resina, de madroños, de encina. En su querida Pampa los olores eran igual de buenos, pero bien distintos. Inspiró profundamente para empaparse del perfume de su tierra, recreándolo en su mente. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Como todas las madrugadas a la misma hora, las campanas repicaron llamando a Maitines y Laudes. La ausencia de uno de los toques en la lejanía extrañó a los doce ermitaños. Alguno de ellos debía de haberse quedado dormido; al fin y al cabo, a pesar de la entrega, la rígida disciplina y el sacrificio, no dejaban de ser simples mortales. A las seis de la mañana, como cada día, los piadosos hombres fueron saliendo

de sus diminutas celdas para asistir a la iglesia. Estaban intranquilos, en las campanadas de las cuatro de la madrugada también había faltado un toque. Pronto descubrieron de quién se trataba: Alonso de Jesús no estaba. Uno de los ermitaños se lo hizo saber al hermano Pedro del Calvario. Este, preocupado, enfiló apresurado el angosto camino hacia la ermita de su primo. Llamó varias veces, nadie respondió. Se decidió a entrar. La manta en el catre estaba sin retirar y el agua de la cántara llena hasta el borde. Pedro se alarmó, sabía de los paseos del gaucho al atardecer y a veces hasta bien avanzada la noche; podría haberle ocurrido alguna desgracia. Avisó a los demás ermitaños de que marchaba en su busca, sabía perfectamente dónde encontrarlo.

Se hizo con un farol ya que aún no había amanecido. Siguió el camino casi oculto que salía a la derecha de la cruz que representaba el Calvario, estuvo andando un buen trecho. Había tramos por los que se le hacía difícil avanzar debido a los espesos matorrales. Alzó el farol para poder ver un poco más lejos. Según sus cálculos, debía de estar ya cerca del lugar. Hacía unos cuatro años, Alonso lo había llevado hasta aquel rincón. Le explicó que aquel era para él un lugar especial y que quería ser enterrado allí. Pedro divisó, por encima de los arbustos, rodeado de encinas y alcornoques, un soberbio castaño. Ya había amanecido. Allí estaba Alonso, sentado en el suelo, su espalda apoyada en el áspero tronco del magnífico árbol, una sonrisa en el rostro. Parecía estar profundamente dormido. Pedro lo tocó y comprobó que estaba frío, muy frío. A su lado había una caja de madera labrada, cubierta con restos de tierra. ¿De dónde la habría sacado? Miró a su alrededor; a un metro de distancia la tierra había sido removida. El gaucho le había hablado en alguna ocasión de una caja con la que quería ser enterrado en el viejo castaño. Alonso la había desenterrado aquella misma noche, como si tuviese la premonición de que iba a morir. Pedro del Calvario abrió la tapa del cofre y miró en su interior, su cara palideció… Aturdido, miró el cuerpo sin vida del viejo ermitaño y lo entendió todo. Le hizo la señal de la cruz en la frente con su dedo índice y rezó por su alma.

—Qué Dios te perdone, mi querido Alonso, que Dios te perdone.

Alonso fue enterrado en un sencillo ataúd de pino junto al majestuoso castaño, tal y como había solicitado en sus últimas voluntades. Fue un funeral muy íntimo, solo los ermitaños acompañados por Fernando, Juanito, Fuensanta y sus hijas. Se introdujo en el nicho junto a él aquella caja misteriosa de la que nadie, salvo Pedro, conocía su contenido. Faltaba por encargar la lápida con el epitafio que el mismo Alonso había dejado escrito en un papel ajado.

Epílogo

Córdoba, 2018

Hacía semanas que Lucía había llegado a Córdoba procedente de Nimes, Francia. Su estancia en España se estaba alargando más de lo esperado. El mes de febrero había sido de grandes precipitaciones, más de tres semanas de copiosas lluvias, algo inusual en la provincia. «El cambio climático, por mucho que algunos dirigentes políticos se empeñen en negarlo, es ya una realidad» —pensó.

Había sido precavida al alquilar un apartamento, así podría pasar más de un mes en la ciudad. De lo contrario, se hubiese gastado una fortuna en hoteles, pero no podía marcharse sin llevar a cabo lo que había venido a hacer. El cielo seguía encapotado y la tierra de la sierra, embarrada, hacía que caminar por aquel cenagal resultase peligroso. Iba bien equipada con botas de *trekking* impermeables y sus bastones de senderismo para agarrarse bien al terreno.

Pierre, su marido, no había podido acompañarla, pero ella, cabezota, se había empeñado en ir aunque fuese sola. Hacía unos meses había sufrido un aborto, lo que la había llevado a una profunda crisis emocional. Hasta había pedido excedencia en el trabajo. Era médico forense en su país, nieta de emigrantes españoles que se marcharon a Francia para buscar una vida mejor. Había viajado a Córdoba a buscar una historia que escribir.

Se dio cuenta de que estaba en baja forma mientras subía, fatigada, la Cuesta del Reventón. A pesar de que el tiempo volvía a amenazar lluvia, se había arriesgado a ir hasta Las Ermitas. Al llegar arriba, descubrió que eran como siempre le habían contado: recoletas, encaladas, acogedoras. Le gustaba la paz que se respiraba en aquel lugar. Se asomó al mirador y contempló la sierra con sus pinos, sus madroños, sus jaras… Abajo, al fondo, la ciudad de Córdoba, «lejana y sola», como escribió Federico García Lorca. Lucía había cumplido ya los treinta y ahora veía un craso error no haber venido antes a la ciudad de donde eran sus antepasados. Había descubierto que era hermosa, mágica y llena de misterio. Alzó la vista y vio la majestuosa imagen del Corazón de Jesús bendiciendo la ciudad. Se sentó en un poyo de piedra, respiró hondo y admiró el paisaje.

Miró la puerta del recinto, pero decidió no entrar, lo haría más tarde. Quería encontrar el camino que llevaba al cortijo de El Pardo, del que siempre le hablaba su abuela. Se adentró en el espeso bosque y, en un momento, se vio rodeada de encinas, pinos piñoneros, alcornoques, quejigos y monte bajo. Fue apartando las ramas, algunas

le arañaban el rostro. Sacó del bolsillo un folio, una especie de plano, lo miró y fue siguiendo sus indicaciones. Llevaba ya un buen rato andando y no había conseguido encontrar nada que se pareciese a una vereda. Pensó que se había perdido. Debía volver a la ciudad cuanto antes, pronto comenzaría a llover de nuevo. Tenía que darse prisa. De pronto, vio la copa de un magnífico castaño que llamó su atención: sería un buen lugar para guarecerse de la lluvia que empezaba a caer. Se puso la capucha del cortavientos y lo cerró hasta el cuello. Se cobijó bajo las ramas del majestuoso árbol y observó el cielo gris plomizo que lloraba sin consuelo.

Lucía miró el papel que llevaba metido en un protector de plástico. El pulso se le aceleró, estaba segura de que el árbol allí dibujado era el mismo que la cobijaba en ese preciso momento. Mientras buscaba más pistas, tropezó con una piedra blanca plana que sobresalía del suelo. El agua había arrastrado la tierra y había dejado al descubierto un trozo de mármol. El resto seguía semienterrado. Pensó que tal vez era su día de suerte, podía ser lo que buscaba o tratarse de alguna antigüedad romana o árabe y que le diesen una millonada por ello. Sonrió… ella y su loca imaginación. Se acercó a la losa y, con las manos, escarbó la tierra mojada. ¡Se trataba de una lápida! Al lado del mármol sucio y embarrado, una gran caja de madera que parecía un ataúd podrido y desvencijado salió a la superficie. Se sintió emocionada, un montón de pensamientos se agolpaban en de su cabeza. Su profesión la había enseñado a no temer a los muertos y saber guardarse de los vivos. Así que se dispuso a examinar aquella tumba. Descubrió restos óseos de un ser humano que parecían ser de un varón. Hizo una videoconferencia con el móvil a su marido. Estaba entusiasmada.

—Pierre, creo que lo he encontrado —le dijo en su francés nativo.

Le enseñó el lugar, mostrándole el ataúd, la lápida aún sucia, los huesos… Hacía meses que su marido no la veía tan feliz. Hablaron durante un buen rato y luego se despidieron. Lucía prefería intimidad para el siguiente paso.

Dentro del ataúd encontró otra caja más pequeña, cuya madera se había hinchado a consecuencia de la humedad y las inclemencias del tiempo. Tenía una cerradura rota que saltó con un solo golpe. Su asombro fue mayúsculo cuando descubrió que dentro había más restos óseos. Gracias a su experiencia, concluyó que se trataba de un bebé y una mujer. Había varios objetos desperdigados por el féretro: unas boleadoras argentinas y un maltrecho abanico de plumas en muy mal estado, que debió haber sido bellísimo. Sin haberlos visto jamás, iba reconociendo todo lo que encontraba. Pasó la manga de su polar

por la superficie de la lápida, quería ver bien el epitafio, sabía perfectamente qué decía.

Acarició con la yema de los dedos cada palabra tallada en el duro mármol. La inscripción desvelaba unos nombres harto conocidos por ella. No pudo evitar emocionarse. Dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Allí estaba la historia de su familia, de generación en generación, narrada por la madre de su madre y así hasta llegar a Fuensanta, la gitana. Ahora sería ella, su descendiente, quien contaría al mundo aquella bella historia de amor. Con la voz temblorosa por la emoción, leyó en voz alta el bello epitafio.

†††

Dª Isabel Teresa Müller. Mujer que fue de don Alonso Fernández de la Oliva y Venegas. Símbolo de virtud sin par. Esposa dijo a su esposo: Te amaré constante. Y supo cumplirlo hasta el postrer instante.

AGRADECIMIENTOS

No sé por qué las circunstancias me llevaron a volver a escribir pasados los cuarenta. Bueno, sí que lo sé, pero no es nada romántico: fue por aburrimiento. Había escrito de pequeña cuentos y obras de teatro que luego representaba con mis amigas y mis hermanas, al más puro estilo Mujercitas, pero fui creciendo y no tuve la necesidad de volver a escribir. Hasta que un buen día, mientras nevaba en un pueblecito de Burgos, comencé mi primera novela. ¿La inspiración? Mi familia. Las historias contadas por mi madre, Antonia, esa mujer tímida pero fuerte, llena de bondad y entregada a los suyos. Mi padre, Benito, ese hombre maravilloso al que tanto echo de menos, que desde bien pequeña me inculcó el amor por la lectura. Mi hijo, José Ángel, por su nobleza, su paciencia y su empatía para con los demás, algún protagonista lleva esas virtudes. Agradecerle también haberme dado, junto con Sandra, a la preciosa Valentina. Algún día una de mis protagonistas llevará el nombre de esta niña. Gracias a mi hermana Carmen, que siempre me cuida y protege porque sabe de mi cabeza atolondrada. A mi hermana Esther, que, aunque es la pequeña, siempre está preocupada por todos y dispuesta a ayudarte y aconsejarte para que la vida te sea más liviana. Gracias también por ser la primera correctora de la novela y dedicar horas y horas de sus vacaciones a repasarla. Quiero dar las gracias a Luis Fernández, mi pareja, porque siempre ha estado en los buenos momentos y, sobre todo, en los malos, para ayudarme, cuidarme y consolarme.

Tampoco quiero olvidarme de algo que ha sido fundamental para mí, los clubes de lectura, que tanto me han ayudado. Quiero recordar especialmente a Belter y su Club Lectura Amiga, una mujer que, sin conocerme de nada, siempre me apoy ó de manera incondicional y recomendó mi libro hasta la saciedad . Ahora somos amigas, ha sido mi segunda correctora de El Abanico de Plumas. Lo mismo pasó con Paz Folgado y su Club de Lectura Paz Folgado Miranda, una mujer sincera a la que dejé que leyera mi manuscrito porque su opinión era importante para mí. Desde el principio me apoyó en todo lo que pudo y más, ahora somos también buenas amigas. También, como no, darle las gracias al club de lectura de Luz Gabás, por la generosidad y apoyo que siempre me ha brindado esta gran escritora. No puedo olvidarme tampoco del club de Paloma Sánchez-Garnica, una de las escritoras más prolíficas de este país. Las veces que la he visto en las presentaciones de sus libros me ha dado siempre buenos consejos.

Y una mujer fundamental para que El Abanico de Plumas haya visto la luz ha sido Ángela López de Arriba, del Club de lectura Sonríe

Libreando, que fue quien me puso en contacto con Uzanza Editorial.

Estos clubes de lecturas, claro está, no existirían si no tuviesen sus miembros, esos maravillosos lectores que han ido dejando preciosas reseñas a través del tiempo (algunas me han emocionado mucho) de mi primera novela, que fue autoeditada, Jazmines y Peinetas. Quiero deciros que no he tirado la toalla, alentada por todos vosotros para que siguiera escribiendo, así que gracias, gracias y gracias.

Gracias también a mis "conejillos de indias", mis amigos. Mis lectores cero, que han tenido la paciencia de ir leyendo el manuscrito y darme su opinión sincera, involucrarse en la historia, hacer suyos los personajes y entusiasmarse tanto como yo. Además de los ya nombrados están: María Jesús Muñoz, Claudia Cubero, Mercedes Moreno y su marido Antonio Repiso, Bea Valiente, Marisa Medalla, Yoli Payar y Paqui Molina. Mil gracias.

Por último, quiero destacar a alguien primordial en estos agradecimientos. Una mujer valiente y emprendedora que ha creado Uzanza Editorial, María Santórum. Gracias por confiar en mi novela, por contestar en apenas un mes, por apoyar a autores noveles, por tu profesionalidad, tu cercanía, tu amabilidad, tu implicación… Es un placer trabajar contigo. Ojalá este libro sea un éxito, porque eso significará que también lo es para ti. Te mereces que Uzanza sea pronto conocida como una de las editoriales más importantes de nuestro país. También, c ómo no, dar las gracias a Alejandro Santórum, por tener fe en mi historia y tener clarísimo que El Abanico de Plumas tenía que ser editado. Gracias a Lidia Salido, por su buen hacer, su entusiasmo y el respeto que muestra hacia el texto del autor. Y gracias a Laura S. López, por esa magnífica portada que ha creado y por su paciencia ante los caprichos de esta que escribe.

No creo que existan las casualidades, sino las causalidades. Una causa lleva a la otra. Estoy convencida de que cada una de mis vivencias, mis circunstancias, mis experiencias y las personas que, de una manera u otra, se han cruzado en mi camino son las que me han traído hasta aquí, hasta este preciso momento en el que usted está leyendo estas líneas. Así que solo me queda decirle gracias por elegir mi historia.